ANTILIADOS

La obsesión de Max



Slow Death 3

La obsesión de Max

Slow Death_3

©Antiliados, 2016.

Título original: La obsesión de Max. Slow Death 3

Registrado en SAFE CREATIVE: 1608078565118

Imagen de portada: ©123rf/Igor Gorevich

Diseño de portada: Fifty-Fifty.

Reservados todos los derechos. No se admite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier modo, sea este mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de su autor.

Agradecimientos.

A mis lokitas, siempre. A mi familia, la que siempre me ha dado espacio y ha demostrado paciencia infinita conmigo. Al Teamcruz, no me puedo olvidar de vosotras, sois geniales, no cambiéis. Y por último, pero no por ello menos importante, a mi pareja clandestina, gracias por acceder a mostrarme parte de vuestro mundo y ayudarme a documentarme sobre el universo de la Dominación y la Sumisión. A todos, mil gracias. Y ahora, espero no olvidarme de nadie, así que Scarlett, Alejandra, Jul, Eva no podíais faltar. Tampoco, puedo dejar de nombrar al grupo de Facebook “Las lokitas de Antiliados”, gracias por vuestro ánimo constante.

Sinopsis.

Alocado, extrovertido, mujeriego y juerguista son algunos de los adjetivos que definen a Max Foster, segundo guitarrista de la banda Slow Death.

Conocido principalmente en la prensa no sólo por su talento musical y destreza con la guitarra eléctrica, sino también por su estilo de vida en el mundo de la dominación y la sumisión. No lo esconde y no cree que deba ser algo de lo que avergonzarse.

Una de las primeras directrices que aprendió al integrarse en este mundo, muy clara y simple, es que siempre una sesión con una sumisa debe ser de forma segura, sensata y consensuada.

—No deberías estar aquí —le indico con voz autoritaria.

—¿Por qué no? No soy nada tuyo, puedo estar donde me plazca.

—Este no es tu sitio. —Llevo mis ojos a la cruz de San Andrés que tiene a su espalda mientras baja de ella una chica recién azotada por su Amo.

—¿Y cuál es mi lugar según tú?

Me acerco a ella con determinación, llevo demasiado tiempo alejándome de mi mayor obsesión y ya no hay vuelta atrás.

Índice

Capítulo 1. Prohibida.
Capítulo 2. Tentación.
Capítulo 3. Guardián.
Capítulo 4. Normas.
Capítulo 5. Contradicción.
Capítulo 6. Revelación.
Capítulo 7. Tarde.
Capítulo 8. Realidad.
Capítulo 9. Curiosidad.
Capítulo 10. Obediencia.
Capítulo 11. Vacío.
Capítulo 12. Decisión.
Capítulo 13. Marcas.
Capítulo 14. Reacción.
Capítulo 15. Ángel.
Capítulo 16. Iniciación.
Capítulo 17. Poder.
Capítulo 18. Fuerza.
Capítulo 19. Entrega.
Capítulo 20. Madurez.
Capítulo 21. Demanda.
Capítulo 22. Planes.
Capítulo 23. Lejanía.
Capítulo 24. El baile.
Capítulo 25. Nadie.
Capítulo 26. Una cita.
Capítulo 27. Mazmorra.
Capítulo 28. Especial.

Capítulo 29. Felicidades.
Capítulo 30. Conmoción.
Capítulo 31. Aceptación.
Capítulo 32. Me tienes.
Capítulo 33. Vive.
Capítulo 34. Alas.
Epílogo

Capítulo 1. Prohibida.

MAX

Sant Jordi Club, Barcelona (2012).

Saludo con la mano a los nuevos chicos que ha contratado Mike para la primera gira importante que vamos a tener por Europa. Me dirijo al escenario para empezar con las pruebas de sonido, sujetando en la otra mano el mástil de mi guitarra.

Me paro en seco al ver como una chica se acuclilla para recoger del suelo algo que se le ha caído. Lleva puesta una minifalda que se ajusta a la perfección a su trasero. Tengo que controlar el primer pensamiento que pasa por mi mente.

—¿Necesitas ayuda, pequeña? —pregunto en alto.

Ella deja de mover su perfecto y delicioso trasero, se yergue y termina por darse la vuelta. ¡Mierda, es una cría! Trago saliva con dificultad sin dejar de contemplar su hermoso rostro, dulce y tentador. Doy un paso atrás, y ella se sonroja de manera notoria mientras mueve sus pies alternando el peso de su menudo cuerpo en uno y otro.

—Gracias, pero ya conseguí recoger el botellín de agua que se me resbaló de las manos.

—Me alegro. Tengo… —«Mierda, ¿qué tenía que hacer?».

—Que hacer la prueba de sonido, me imagino. —Asiento.

—Exacto. ¿Trabajas aquí? ¿No eres demasiado joven para eso?

La chica mueve su pie y mira al suelo con el rostro totalmente ruborizado. Se muerde el labio inferior, ¡joder!, ni que lo hiciera a propósito. Está consiguiendo que se me ponga dura con sólo de imaginármela de rodillas frente a mí.

—Desde hoy soy la nueva asistente en prácticas de mi… del jefe de sonido. —Levanta la cabeza, y nuestras miradas se cruzan, estira una de las manos—. Me llamo Emilie.

—Mi nombre es Max —me presento, sosteniendo su mano en la mía, y notando como mi polla quiere tomar el control de mi mente—, encantado.

—Sé quién eres. —Sonríe, bajando la vista mientras se recoge un mechón de pelo y se lo coloca detrás de la oreja.

—Vaya, pero si estás aquí. —Escucho la voz de Mike que se acerca a nosotros, y Emilie suelta con rapidez mi mano, cosa que no me agrada—. Veo que te has encontrado con Emilie.

—Nos estábamos presentando —le contesto.

—Pues que se quede en eso, que te conozco —me dice en tono serio—, tiene dieciséis años y es la niña de mis ojos. No pienso dejar que, ninguno de los que andan por aquí, la echéis a perder.

Miro a Mike, luego a Emilie, una y otra vez, sin dar crédito a lo que me está diciendo. No puede ser cierto, es Em… la pequeña Em. Mike lleva trabajando con nosotros desde hace bastante tiempo, hace unos años trajo a un ensayo a su hija. No sé cómo no caí antes. Es ella.

Yo siempre la llamé Em. Me parecía tan dulce, tan inocente, todo lo que a mí me faltaba por aquel entonces. Joder, soy un maldito enfermo. Le llevo nueve años, nueve jodidos años.

—Tranquilo, Mike, nadie se acercará a tu hija. —«Yo, incluido»—. Te lo prometo.

Emilie frunce su ceño, está molesta, no sé exactamente el motivo, pero es demasiado expresiva como para no apreciarlo.

La prueba de sonido se me hace interminable. Veo de vez en cuando como camina por el lateral del *backstage* y charla animadamente con el resto de los trabajadores, dando pequeños saltitos encima de sus zapatillas Nike mientras lleva entre las manos un par de botellas de agua mineral.

—Déjalo, tío, ni lo imagines —me aclara John, pasando su mano por mi espalda.

—No tenía pensado hacer nada.

—Mejor que siga así, conozco esa mirada. Y no vas hacer nada con ella, es una niña, además de ser la hija de Mike.

—¿Alguien más se ha dado cuenta? —indago por lo bajo, mirando como el resto de los chicos recogen el resto del equipo. Adam mima su Gibson antes de guardarla en el estuche. Alex sonríe a unas *groupies* desde encima del escenario y alarga su salida dejándose querer. Busco a Henry con la

mirada y lo encuentro recogiendo sus baquetas del suelo, cabreado por no haberle salido el ritmo que él quería y diciendo que no estaba en el tempo. Gilipolleces, es una máquina, pero no sé qué mosca le ha picado últimamente.

—Nadie, excepto yo.

—Mejor, pero tranquilo, ya se me pasará el calentón.

—Si tú lo dices…

—Estoy convencido, ya verás.

Camino decidido hacia una de las chicas que llevan babeando por mis huesos toda la jornada de hoy y le indico que se acerque con un sutil guiño mientras le sonrío. Escojo a esta chica en particular porque la escuché gritar que deseaba que la atase y que hiciera con ella lo que quisiera.

La llevo hasta el *set* y no pierdo el tiempo, le ordeno que se desnude, y ella me obedece sin rechistar. Observo como poco a poco se desprende de cada una de sus prendas mientras le voy indicando con pelos y señales lo que le haré y me fijo en sus reacciones. No es una niña, tiene más o menos mi edad, estará cerca de los veintitrés años.

Fijarme en ese detalle me recuerda la imagen de la dulce Emilie por un instante. Sin embargo, la chica que tengo frente a mí no se asemeja para nada a ella. Tiene grandes pechos, sus curvas están acentuadas, el cabello corto y rubio.

No tardo demasiado en atar sus muñecas con una cuerda que siempre llevo en mi maleta. La coloco en posición, le inclino el cuerpo hacia delante de manera que su trasero quede en pompa, le recuerdo que no debe moverse y que sus manos tienen que estar siempre en el mismo punto en la pared. Ella sólo asiente con la cabeza dado que tiene una bola en la boca que le impide hablar.

La torturo durante unos minutos pellizcándole los pezones y comprobando su estado de excitación. Su respiración se acelera cuando introduzco dos de mis dedos dentro de su vagina e intenta retorcerse, pero los retiro y le indico que, si se mueve, pararé. Ella obedece.

Cuando creo que está justo en el límite, dejo de tocarla y camino detrás de ella, me quito con calma la ropa que llevo, quedándome desnudo. Busco entre mis pertenencias un preservativo y me lo coloco.

Paso una mano por su entrepierna, y ella se estremece, sonrío.

—¿Estás preparada? —le consulto, agarrándole del pelo con una mano, y la chica intenta asentir.

En ese mismo instante penetro de una sola estocada todo mi miembro para no darle tiempo a asimilar nada. Repito la acción una y otra vez sin soltarle el cabello.

El grito agudo de una mujer me sorprende y me quedo quieto. Giro la cabeza hacia el lugar del que creo que proviene y me asombro al ver a Emilie con la boca abierta tapándose ésta con las manos en el umbral de la puerta. En su rostro se refleja el horror de lo que está contemplando.

—¡Mierda! —suelto al darme cuenta de que no cerré con el pasador.

—Yo… yo, ¡lo siento! —se disculpa con un susurro antes de salir corriendo por el pasillo.

Vuelvo a maldecir en alto y me retiro del cuerpo de la chica con mi miembro ya totalmente flácido, se me ha ido todo el calentón. Imagino que he podido traumatizar a la pobre Emilie. Me quito el preservativo para enfundarme con rapidez el pantalón vaquero y los botines sin atarme los cordones. Dejo a la rubia en el *set*, aún atada con la cuerda, y le digo que ahora mismo vuelvo.

Busco desesperado por cada rincón a Em, pero no la encuentro por ningún sitio. Estoy volviendo sobre mis propios pasos cuando, de repente, oigo el sonido de alguien llorando en uno de los cuartos que usan los de la limpieza. Abro la puerta y la localizo sentada en el suelo con las rodillas pegadas a su cuerpo y con ambas manos sobre su cara intentando opacar el sollozo que emite.

—Emilie… —la llamo, alargando la mano para consolarla; de alguna manera, ver como llora, me está doliendo, pero decido no tocarla en el último momento, y añado—: Lamento que vieses eso.

—Yo… yo también. —Aspira por su nariz, su voz sale entrecortada.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a alguien? —Asoma la mirada por encima de los dedos, tiene los ojos hinchados, llenos de lágrimas que caen constantes sobre su piel de porcelana.

—Estaré bien, no llames a nadie, y menos a mi padre. Se me pasará rápido —comenta mientras pasa el dorso de las manos para limpiarse cada lágrima que por mi culpa ha derramado.

Me quedo en silencio sin saber qué más decir. Emilie se pone de pie y llena sus pulmones con lo que parece todo el oxígeno que hay en el pequeño cuarto. Doy dos pasos atrás saliendo para poder dejar el sitio suficiente para que ni nos rocemos al pasar por mi lado.

—Max… —pronuncia mi nombre, pasando cerca de mí a modo de despedida, sus ojos tienen el color del chocolate oscuro y me observan con intensidad. Tengo que recordar que es una cría y me alejo de ella dando otro paso.

—Emilie —le correspondo de igual manera.

—Sabes, me gustaba más cuando me decías Em —me revela, girando la cabeza por encima de su hombro mientras se marcha por el pasillo.

Me quedo quieto y sin saber cómo reaccionar hasta que su figura desaparece de mi vista. Camino en un estado de aturdimiento hasta el *set* y descubro que la chica sigue en la posición que le ordené. ¡Mierda! La he dejado a solas, maniatada y amordazada. Soy un imbécil, joder. Esto mismo lo llego a hacer en el club y me expulsan seguro, menos mal que parece estar bien.

Desato la cuerda de sus muñecas y masajeo las mismas lo necesario para que la circulación vuelva a fluir con normalidad por la zona. Reviso que no tenga ningún tipo de laceración debido a la textura de la cuerda y retiro la mordaza de bola que impide que pueda hablar nada.

—¡Wow! —exclama de repente—, esto ha sido intenso. Más incluso que imaginándolo o leyéndolo. ¿Cuándo repetimos? —me propone con entusiasmo—. Yo podría ser tu Anastasia; y tú, mi Grey —ronronea como gata en celo.

—¿A qué te refieres? —cuestiono, sin saber muy bien a quién hace referencia.

—¡Oh!, ¿no sabes sobre Cincuenta Sombras? —Niego con la cabeza—. Estoy enamorada de Christian, quiero uno en mi vida. Acaban de salir los libros hace unos meses y después de leer sobre ello… —hace una pausa para tocar mi tórax con las uñas postizas que lleva puestas—, estoy dispuesta a que me azotes todo lo que quieras.

¡Pero qué mierda! Me separo de ella con el ceño fruncido y negando de nuevo con la cabeza.

—Me halaga que desees repetir —le indico mientras empujo con sutileza su espalda hacia la salida, aprovechando que ya se ha vestido entretanto me daba su discurso—, pero soy un hombre muy ocupado.

—Lo comprendo, dejaré mi número de teléfono para que me localices siempre que te apetezca.

—Como quieras, dáselo a uno de los de seguridad. Adiós. —Cierro la puerta.

Me dejo caer sobre el sofá, aturdido con todas las cosas que acaban de ocurrir en tan poco tiempo, y me levanto al rato para poder guardar en su sitio tanto la cuerda como la mordaza, una vez que le paso el antiséptico para limpiarla y desinfectarla.

Abro la maleta que me acompaña en cada viaje que realizo desde hace un par de años y, a continuación, paso mi mano por encima de varios de los juguetes que uso: unas esposas metálicas con candado, dildos anales de diferentes diámetros, unas pinzas para pezones regulables y un *flogger* con mango de cuero y varias colas. Sujeto entre mis dedos una de ellas, tiene el largo suficiente como para poder controlarlo a la perfección y el ancho necesario para que cuando lo uso, en vez de dar la sensación de cortar, deje a la sumisa con la piel palpitante.

Cierro la maleta de golpe, la mirada de horror e incomprensión que Emilie me dio se vuelve presente en mi mente. No soy un sádico, en comparación con algunos de los que frecuentan los clubs de este mundo, pero reconozco que no me gusta el sexo vainilla, que me excita llevar el control y que, de alguna manera, también gozo el alargar y controlar el placer de la otra persona.

Me importa una mierda si el resto del mundo no comprende ni entiende lo que hago. No pienso cambiar mi manera de vivir por gente con prejuicios, a los que no les interesa informarse al respecto.

¡¿Acaso yo les digo cómo deben follar con sus parejas?! Pues que no juzguen sin tener ni puta idea de lo que hablan. Sin embargo, no puedo evitar cabrearme y sentirme mal por primera vez en mi vida al pensar en las lágrimas derramadas por Emilie, Em…

Olvídate de ella o lo pasarás mal.

Mi conciencia tiene razón, debo hacer lo posible para alejarme lo máximo posible de ella. Está prohibida para mí, es la hija de Mike, es

menor, una mocosa. Será sencillo pasar página.

Pues pásala cuanto antes.

Eso mismo haré.

EMILIE

«Quédate cerca de mí en todo momento»; «no interrumpas nunca un ensayo», rememoro, una y otra vez, cada uno de los consejos que mi padre me ha dado mientras recojo del suelo los botellines de agua que se me han resbalado de las manos. Estoy tan nerviosa, le pedí una oportunidad para formar parte del equipo en esta gira y así empezar mi formación.

Quiero ser técnico de sonido igual que él, no obstante, cuando se lo dije, no me tomó en serio. Sé que mi juventud no ayuda a que me tenga en cuenta, pero, dado que este año mamá ya no está con nosotros, y no estaba dispuesto a dejarme sola en Londres durante todo un verano hasta que él volviera, ha cambiado de parecer.

Ésta es mi oportunidad para que se dé cuenta de lo decidida que estoy con respecto a mi futuro. Hace un par de años me quedé maravillada cuando me llevó por primera vez a un concierto. Las luces, los efectos visuales, el movimiento incesante del ir y venir de todas las personas que deben estar sincronizadas como si fuera una sola para conseguir que el *show* sea un éxito, todo aquello me encanta.

—¿Necesitas ayuda, pequeña? —Escucho a mi espalda la voz inconfundible del chico que he admirado desde hace tanto tiempo.

Me incorporo con cuidado, reconozco esa voz. Es Max, uno de los componentes del grupo y el más joven de todos ellos. Me muerdo el labio inferior antes de darme la vuelta e intento responderle de manera que no se me note lo mucho que me impacta su presencia. Es tan guapo... Siendo sincera conmigo misma, él ha sido otro de los motivos por los que tanto le he insistido a papá para que me dejara venir. Con catorce años Max se convirtió en mi ídolo, sin que mi padre se enterara, escondía debajo de la cama recortes de las revistas en las que iba saliendo la banda y en las que aparecía él.

Ahora que empiezan a ser más conocidos, los cotilleos y rumores de lo que hacen van en aumento. Yo…, yo no me creo lo que cuentan. Es imposible imaginarse a Max haciendo las cosas tan feas que dicen de él, viendo su

apariencia. Vale, sí, tiene algún que otro tatuaje y las orejas perforadas, pero es mirarlo a los ojos y sentir que me derrito.

Me decepciona un poco darme cuenta de que no me reconoce, pero al mismo tiempo me da cosa que deje de hablarme por ser la hija del jefe de sonido. Me presento y repaso cada uno de los rasgos de su rostro mientras sujeto su mano de manera formal. Su mirada transmite dulzura, el pelo es de un castaño oscuro brillante que hace que su tez destaque más al ser tan pálida. Es un hombre delgado pero, al mismo tiempo, fibroso.

Me intimida como me mira, mi nerviosismo aumenta, escucho la voz de mi padre y suelto su mano con rapidez. No soy capaz de mantener la vista en su rostro y, cohibida, termino por bajarla para fijarla en los pies.

Papá hace su discursito delante de Max. Creo que se me va a caer la cara de vergüenza. ¡¿Cómo puede decirle que soy la niña de sus ojos?!

—Tranquilo, Mike, nadie se acercará a tu hija. Te lo prometo. —«¡¿Qué?!, no puedo creer lo que estoy escuchando».

La respuesta de Max me molesta, y mucho.

Me paso todo el ensayo observando de reojo a Max mientras repite una y otra vez alguno de los acordes más famosos que ha catapultado a Slow Death entre las listas de los más vendidos este último año.

Cuando terminan de tocar, uno de los chicos de mi padre me pide que vaya a preparar el *set* para que a la noche tengan todo listo y lleno de bebidas frescas. Así que vago por los pasillos de este estadio inmenso con varias cervezas en busca del famoso lugar donde tendrá la celebración después del concierto. Doy varias vueltas con ellas entre los brazos hasta casi quedar cansada de tanta ida y venida.

Las dejo posadas en una mesa que está pegada a la pared y reviso los carteles de las puertas para ver si en alguno está escrito algo parecido a: *¡Aquí! ¿Acaso estás ciega?* Pero lo único que está escrito es el nombre de los chicos. La primera puerta es la de Alex, el cantante, doy unos pasos más y la siguiente es la de Adam, luego va la de Henry que es la que le sigue. Quedan dos puertas y sé que una de ellas es la de Max, vigilo con miedo a un lado y al otro del pasillo comprobando que nadie se fije en cómo voy a actuar, sólo tengo un poco de curiosidad… no haré nada malo.

Giro el pomo de la puerta, asomo la cabeza, mordiéndome el labio sin darme cuenta. La puerta se termina de abrir del todo ella sola por simple

inercia y, ante la escena que contemplo agrando los ojos. Asustada, chillo en alto sin reprimirme, no puede ser. Max… él… ¡Oh, Dios mío! ¡Pero ¿qué le está haciendo a esa mujer?!

No, no puede ser. Todo lo que cuentan es cierto. Siento como mi corazón se desgarra…

—¡Mierda! —suelta en alto al verme.

—Yo… yo, ¡lo siento! —tartamudeo sin más que decir. Me doy la vuelta y salgo corriendo por el pasillo.

Empiezo a llorar sin saber muy bien el porqué, al fin y al cabo él es quién es. Una estrella de *rock*, un famoso guitarrista de una banda que empieza a ser de lo más conocida por todo el mundo. Mientras que yo… yo solamente soy una chica de lo más normal en la que nunca se fijaría, sin curvas, sin pecho, sin amigas…

El sonido de unos pasos por el pasillo me advierte de que alguien se acerca, entro en la primera puerta que tengo a mano. Unas estanterías llenas de productos de limpieza y papel higiénico me rodean por cada lateral. ¡Estupendo, ahora tengo con que limpiarme!

Me siento en el suelo esperando que nadie me encuentre. Duele tanto…

Me seco las mejillas y aspiro por la nariz. ¿Qué esperaba acaso? ¿Llegar y que se enamorara de mí, que se diera cuenta de que soy la única que lo ve cómo es? Soy estúpida, acabo de comprobar lo poco que realmente lo conozco. Me tapo la cara con ambas manos y sollozo intentando que nadie me escuche.

—Emilie… —Max me observa de una manera que no soy capaz de descifrar—. Lamento que vieses eso.

—Yo… yo también —me cuesta encontrar mi propia voz.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a alguien? —Asomo la mirada por encima de los dedos. No creo que pueda volver a mirarlo a los ojos en mucho tiempo. Seguro que piensa que soy una niña que se impresiona a la primera de cambio.

—Estaré bien, no llames a nadie, y menos a mi padre. Se me pasará rápido. —Me limpio nuevamente las mejillas con el dorso de las manos.

El silencio se asienta entre ambos. Me pongo de pie y aspiro con fuerza para insuflarme algo de valor. Max da dos pasos retrocediendo y así dejarme salir del cuarto de la limpieza.

—Max… —pronuncio su nombre al pasar por su lado para que perciba que estoy bien.

Fuerzo cada paso que doy a lo largo del pasillo para alejarme de él. Debo centrarme en lo que he venido hacer, aprender un empleo al que me quiero dedicar y no fantasear con algo que nunca sucederá.

—Emilie —contesta, y siento una pequeña punzada de decepción en cuanto lo hace.

—Sabes, me gustaba más cuando me decías Em —le confieso, girando la cabeza por encima del hombro mientras sigo caminando e intentando aparentar algo de madurez, cuando en realidad lo único que quiero es poder volver a sentirme como cuando tenía catorce años y verbalizaba mi nombre de esa forma, cobrando todo sentido.

Los siguientes días al concierto han ayudado a que me despeje un poco. He llegado a escuchar algunos comentarios de los empleados de mi padre a mi espalda de que soy una enchufada. Muchos han dejado de poder usar el dormitorio del autobús, en el que viajo con el resto del equipo técnico durante la gira, para sus ligues con *groupies* al cedérmelo para mi uso en exclusividad. Le dije a mi padre que dormiría en las literas como el resto, pero se negó en rotundo. Piensa que debe protegerme de determinados comportamientos.

Si él supiera lo que ya has llegado a ver.

Trabajo intentando fijarme en cada uno de los detalles que, tanto en los ensayos como durante los conciertos, se van desatando. Me ocupo de darles un botellín de agua fresca cada vez que los chicos terminan de tocar y de esa forma puedo, aunque sea de una manera absurda, tenerlo cerca durante los únicos segundos que se permite estar ante mí, ya que parece que me rehúye cada vez que se cruza conmigo.

Como cada noche desde que comencé la gira escribo en mi diario una página sobre lo que me ha sucedido a lo largo del día:

Sábado, 2 de agosto del 2012.

Querido Diario,

¿Cómo he podido estar tan ciega?

Hoy ha sido el cumpleaños de uno de los chicos. Para ser precisos, el de Magister, y han montado una fiesta por todo lo grande en la planta del

hotel.

Pensaba entrar a felicitarlo, pero me lo han denegado al considerar que lo que sucedia dentro no era para los ojos de una niña como yo. Unas chicas pasaron por delante de mí en el instante en el que el de seguridad me lo dijo. Se empezaron a reír entredientes y a hablar entre ellas alardeando de lo bien que lo pasarían en compañía de los chicos. Una de ellas en concreto no paraba de autoproclamarse la novia oficial de Alex. Creo que se llama Kimberly, la he visto en más de uno de los conciertos, siempre pendiente de cada rato que él tenía libre para estar a su lado y que la prensa la fotografiara junto a él.

Cuando eso sucedió, me di cuenta de qué tipo de celebración estaban realizando y comprendí que nunca llegaré a formar parte de ese núcleo que conforman entre ellos. No encajo.

Nunca lo haré en ningún sitio.

Nunca seré tan importante para que repare en que admiro cada detalle de él: los momentos en los que se ríe con los chistes malos de Henry; cuando ensaya, sin que nadie lo sepa, hasta altas horas de la madrugada con la guitarra para perfeccionar cada una de las canciones antes de cada concierto; o cuando su rostro cambia, de un modo casi imperceptible, en el instante que sube al escenario y se transforma en la estrella de rock que todo el mundo conoce, como si alguien presionara un chip al escucharse los primeros gritos del público.

Max Foster…

Cierro el cuaderno que uso como diario y lo guardo en una de las mochilas que siempre tengo a mano. Escribir sobre lo que pienso me ayuda a sobrellevar el sentimiento de soledad que noto en mi interior. De esa manera, puede que me centre en el trabajo y termine por dejar de fantasear con un imposible algún día.

Capítulo 2. Tentación.

MAX

Londres (2014)

La gira de Estados Unidos ha sido todo un éxito. Estadios a reventar de gente coreando nuestras canciones, las fans, la nominación a los Brits. Una locura.

El taxi aparca en la entrada de mi casa. Bajo del coche y le agradezco al amable conductor, que me ayude a dejar las maletas en la entrada. Me fijo en que los *paparazzis* están esperando la llegada de Adam, y me río por lo bajo. Ya pueden ir esperando, puesto que, ayer nada más salir en la prensa la imagen filtrada de la fiesta en Las Vegas del final de la gira en Estados Unidos, Magister pilló un avión para llegar lo antes posible e ir a visitar a su chica.

Giro la llave y, nada más entrar, me dan ganas de darme de cabezazos contra la pared hasta perder el sentido. La casa está hecha una mierda. ¡¿Qué diablos hice o hicimos aquí hace tres meses?!

Cierro la puerta de la entrada y avanzo mientras tropiezo a cada rato con vasos de plástico vacíos y alguna que otra botella de alcohol. Si mal no recuerdo, le tocó a Adam prestar su casa para el desmadre que Henry tenía preparado. Me rasco la cabeza intentando rememorar lo sucedido.

¡Mierda, ya me acuerdo! Llegaron mis amigos Isaac y Kevin con algunas de las muchachas del club… y se nos fue un poco de las manos. Con razón no dejan beber más de dos copas en el local cuando empiezan los juegos.

Recojo del suelo unas esposas y las suelto al instante. No quiero saber qué cojones es esa cosa pegada y reseca. Mucho menos de quién proviene.

Voy directo a la cocina y, al menos, esta zona no está caótica. Me lavo las manos mientras pienso en que hay que llamar a una empresa de limpieza para que se ocupe de todo este caos. Me doy la vuelta hacia la entrada y agarro el estuche de la guitarra para llevarla a su sitio, que está en la planta de arriba.

Adoro mi hogar. Por casualidad, hace unos años encontramos que habían restaurado varias de las casas de este vecindario y que las estaban poniendo

en venta. La idea principal era buscar una enorme, compartirla entre los cinco y desmadrarnos todos los días con fiestas y chicas, pero la aparición de Kimberly en la vida de Alex jodió todo eso y, al final, cada uno adquirió una propiedad para sí mismo. La distribución en ellas es exactamente la misma. Posiblemente, la única diferencia que haya es que alguna tiene garaje y otras no, como la de Adam, aunque él es un caso aparte, ya que nunca le ha gustado conducir.

El *jet lag* me está empezando a pasar factura. Son las doce del mediodía y estoy rendido. Bostezo abriendo la boca del todo y, una vez tengo la guitarra a buen recaudo, me voy directo al dormitorio. Ya avisaré en otro momento a alguien para que venga a limpiar.

Al entrar en mi cuarto, me doy cuenta de que el colchón está sin sábanas ni mantas. Paso de hacer la cama ahora. Me dejo caer boca abajo con los brazos extendidos y cierro los ojos.

El puto móvil no deja de sonar. Me giro quedando boca arriba y, sin la necesidad de abrir los ojos, saco el teléfono del bolsillo del pantalón. Termino abriendo sólo uno y compruebo que está empezando a anochecer, o a amanecer, no tengo ni idea de cuánto tiempo llevaré dormido.

—¿Sí, diga? —contesto la llamada de manera perezosa.

—¡Aleluya! Ya estás de vuelta. ¿Cuándo te pasarás por el club? —Me llevo la mano libre a la cara y la restriego para intentar despejarme mientras escucho a Isaac ponerme al día sobre todos los festejos que me he perdido en mi ausencia.

—Tío, frena un poco que pareces una cotorra. Aún ni he vaciado las maletas —espeto de manera lenta mientras estiro todo mi cuerpo.

—¿A qué esperas? ¡Hazlo de una vez y vente! Si no te apetece ir a Subversion —nombra alargando más de lo normal el nombre del club al que suelo acudir— podemos pasar por Mazmorra. Están preparando una fiesta tremenda para dentro de dos meses.

—Deja que me establezca y en un par de días os veo.

—Venga, hombre, tienes que venir. Llevas sin estar en escena cuatro meses, se te va a caer como no la uses. —Se ríe al terminar la broma.

—Con toda seguridad la he utilizado más que tú, cretino —me burlo de manera seria—. Te he dicho que ya iré y lo haré.

—Está bien pero… —Me levanto de la cama mientras sigue insistiendo en el tema.

—Isaac, nos vemos —me despido de manera cortante. ¡Joder!, ni que me necesitara para echar un polvo. Bueno, puede que sí, ya que a él le excita mirar. Por mucho que niegue ser un *voyeur*, lo es. Y no sé el motivo de ocultar que la excitación que le produce, pues a mí me anima ver a dos personas, o tres…

Sonrío sólo con imaginarlo.

Eres un pervertido.

Eso lo sabe todo el mundo, no es nada nuevo. ¿Y por qué me contesto a mí mismo? Estoy empezando a perder el norte.

Bajo las escaleras con calma y, al llegar al *hall*, veo las cuatro maletas que traje desde el aeropuerto. Tendré que empezar a desempacar. La primera que busco con la mirada es la negra, puesto que dentro se encuentra el maletín que llevo siempre conmigo. La arrastro hasta el salón y con el brazo tiro al suelo todos los vasos que están encima de la mesa para subirla y abrirla.

—¡Pero qué cojones! —exclamo en alto al reparar en la ropa de mujer de su interior.

Levanto una prenda para examinarla extendida y reconozco al instante de quién es. Arrastro la mirada al resto y no puedo evitar sujetar entre los dedos una braguita de encaje blanco. El borde de una libreta llama mi atención, y tengo mucha curiosidad por saber su contenido.

En el instante en el que he decidido indagar un poco más, el timbre de la calle suena y cierro a toda prisa la maleta. Voy a abrir la puerta cuando me doy cuenta de que aún sostengo la prenda íntima, llevo la mano a la espalda y la escondo. Con la otra giro el pomo y me preparo para mandar a la mierda a quien venga a fastidiar a estas horas.

¡Joder!

EMILIE

Me muerdo el labio al ver como se aleja con las maletas hacia la zona de taxis. La prensa ha venido en busca de las imágenes y declaraciones de Adam y se han decepcionado bastante al ver que no se encuentra con nosotros al salir de la terminal de Heathrow.

Mi padre me llama pidiéndome que le ayude con el carro que transporta nuestro equipaje. Desvío la mirada suspirando en alto y camino arrastrando los pies de manera cansada, mientras que el conductor de nuestro transporte llega. Es un lujoso taxi del siglo pasado y que, según veo, tiene el interior lleno de periódicos atrasados. El taxista sale del vehículo y mete nuestras pertenencias en el maletero con la ayuda de papá sin perder un segundo.

—Ya no hace falta, entra que estoy deseando llegar a casa —dice papá, señalando la parte trasera de mi majestuoso carruaje.

—A sus órdenes —mascullo entre dientes, poniendo los ojos en blanco.

Nada más sentarme levanto la mano de la tapicería y noto lo pringosa que está. Por favor, ¡qué asco! Intento buscar un sitio donde poder limpiarlas y mi cara debe ser un poema, puesto que, cuando entra y me mira, papá frunce el ceño. Le sonrío y termino por pasar las palmas de las manos en la tela del asiento delantero. En cuanto llegue, me doy una ducha, ¡puaj!

—North Acton, Victoria Road. Gracias —le indica él al conductor nada más sentarse.

Nuestro piso está en las afueras de Londres, por suerte el aeropuerto no queda muy lejos. Lo malo es que vivo pegada a un cementerio. Sí, aún no me habitúo a ello. Cuando el grupo empezó a tener éxito, todos sus empleados directos lo notaron, entre ellos mi padre, porque pasamos de vivir en un edificio que se caía a cachos a tener un piso nuevo en propiedad en las afueras.

Tardamos una media hora en llegar al bloque de pisos, sigue siendo tan feo como cuando me marché. Odio vivir tan lejos del centro. Me bajo del taxi en cuanto éste aparca enfrente de la fachada color teja, hago una carrera para abrir el portal y, así, ayudo a trasladar todo al ascensor.

Cuando alcanzamos al sexto piso, y entro en casa, me dirijo al baño sin pensármelo dos veces. Paso el recibidor y dejo la chaqueta encima del sofá al cruzar por el salón. Camino por el pasillo, al fondo está el dormitorio de mi padre y un poco antes a la izquierda el mío. Justo enfrente, el jabón me aguarda.

—¡Hey! ¿A dónde vas, señorita?, tienes que colocar todas tus cosas.

No hace falta ni que lo mire, seguro que está con los brazos cruzados y poniéndome cara de enfado.

—Deja las mías en mi dormitorio, luego ordeno todo. Quiero darme una ducha y descansar un poco —le aclaro, entrando al baño.

Acerrojo la puerta y me desvisto. Echo la ropa en el cesto que hay pegado al lavamanos y abro el grifo a la espera de que se caliente el agua. Me da pereza tener que lavarme el cabello, no por el hecho en sí, sino por todo el trabajo que da secarlo luego.

En cuanto el agua toca mi piel y me enjabono el cuerpo, siento que empiezo a ser otra. Cierro los ojos y aplico el champú en mi cabello. Los recuerdos de la gira de este año llegan a mi mente y mi corazón se acelera al recordar el momento en el que todos, —¡TODOS!—, escucharon en el bus como confesaba que era virgen. No he podido volver a mirar a los ojos a ninguno de ellos.

Salgo de la ducha agarrándome a la mampara para no resbalar, me coloco la toalla alrededor del cuerpo y veo mi reflejo en el espejo que hay encima del aseo. Estoy roja como un tomate. Pongo las manos en mis mejillas intentando que desaparezca, pero nada, no hay manera.

Toda la culpa es de Mey y Alice, pero, sobre todo, de la rubia y sus preguntas para saber más. Arrugo la frente al darme cuenta de que gesticulo mientras pienso todo esto. Menos mal que estoy sola y nadie me observa, o creerían de mí que me está dando un ataque o algo similar.

Tienen razón, eres una cría.

Lo soy, ¿verdad?

Dejo caer la toalla y me miro de perfil. Guío las manos a los pechos y los levanto juntándolos para acto seguido soltarlos. Prácticamente, no tengo, no puedo ni llamarlas *peras*, pues son más bien botones abultados.

Decido dejar de autocompadecerme y enciendo el secador. Veinte minutos más tarde, y cuatro canciones desentonadas por mi parte, tengo el pelo seco. Salgo al pasillo con un albornoz y entro en mi dormitorio que está justo enfrente.

Me desanimo al ver las tres maletas que tengo que vaciar y colocar su contenido en el armario. Mañana iré a inscribirme en el curso de Imagen y Sonido. Por una parte, me emociona saber que con un título, que acredite que sirvo para algo más que llevar las bebidas o hacer recados, me respetaran más a la vuelta; no obstante, por otra, estoy algo triste, eso significa que me perderé la gira de Latinoamérica cuando se marchen.

Creo que necesito desahogarme un poco.

Sujeto la maleta negra, donde sé que guardé mi diario, y la arrastro hasta los pies de la cama para luego ponerla en el centro de la misma y abrirla. ¡No! No, no, no, no. Doy vueltas por la habitación como una desequilibrada.

¡¿Dónde están mis cosas?!

Me acerco temerosa otra vez a ella, la reviso por encima sin tocar nada. Parece ropa de hombre, creo, creo que me suena… Muevo un par de prendas y noto que al fondo hay algo duro. Remuevo un poco el contenido y me alejo al reconocer el maletín que Max siempre lleva consigo. Estoy segura de lo que contiene, no soy tan tonta como para no saberlo. Bueno, estoy casi segura, digamos que en un noventa por cien, aunque siento curiosidad de verificar mis sospechas. Me subo y cruzo las piernas encima del colchón, la coloco cerca de mí y empiezo a abrir la cremallera que me mostrara su contenido.

—¡¿Has empezado a guardar las cosas?! —Doy un salto sujetándome el pecho al oír el grito de mi padre detrás de la puerta.

—Sí, claro que sí —afirmo con nerviosismo.

Escucho como entra en su dormitorio y vuelvo a centrarme en mi tarea. ¿Pe… pero qué son estas cosas? Ladeo la cabeza y levanto una especie de… cuerda con pinzas en sus extremos. La suelto negando sin saber muy bien para qué servirá. Mis ojos se agrandan al ver un látigo en miniatura, sujeto el mango y lo alzo. Bueno, no es tan «mini» ahora que me fijo bien. Paso entre mis dedos las hebras que salen de él y compruebo que son suaves al tacto. Muy suaves.

Lo dejo a un lateral y sigo la inspección. Eso de ahí lo reconozco, es un consolador. Espera… ¿lo es? Creo que no estoy muy segura de a dónde iría eso precisamente. Unas esposas, cuerda, antifaz y una bola para…

El recuerdo de hace casi tres años llega de repente y empiezo a guardar todo en su sitio. No sé qué estoy haciendo, debería decirle a mi padre que nos equivocamos de maleta y que…

—¡Mierda! —grito en alto al darme cuenta de que, si yo tengo su maleta, él tiene la mía y que eso significa que puede leer mi diario.

—¡Emilie Rose Parker, esa boca! —papá me recrimina en alto.

Me visto con lo primero que encuentro, un *short* y una camiseta de tiras. Reviso si llevo el bono del metro y el móvil, me calzo las deportivas y

arrastro por el pasillo la maleta.

—Papá, vuelvo en un par de horas —le anuncio sin levantar mucho la voz justo al abrir la puerta. Noto que sale de su dormitorio y me apuro.

—¿A dónde vas?

—Por ahí… —le respondo con rapidez. Cierro y me apresuro a llamar al ascensor.

Venga, llega. Venga, ábrete.

¡Llegó!

Los quince minutos que normalmente recorro hasta la boca del metro se convierten en media hora al llevar carga extra. Encima en las pantallas aparece un mensaje que avisa que tardará diez minutos en pasar. ¡Genial!

No me creo que haya llegado a Chelsea, he tardado en total una hora y media desde que salí de casa, pero aquí estoy. Miro hacia el cielo y compruebo que está empezando a anochecer. Mi padre me va a matar a preguntas cuando regrese, lo veo venir.

Paso por delante de las casas y me quedo como una boba soñando lo bonito que sería vivir en una de ellas. Imposible, debe de ser carísimo comprar en esta zona. Nunca he venido a visitar a ninguno de los chicos. Sé dónde residen, por supuesto, quién no lo sabría si salen continuamente en la prensa, pero nunca he tenido ningún tipo de conversación con ellos fuera de las giras.

Ya la diviso. El latido de mi corazón aumenta mi nerviosismo, me sudan las palmas de las manos. ¿Y si ha leído algo y decide que no puedo volver, jamás? Trago saliva temerosa de que eso se haga realidad. Paso la lengua entre los labios, noto su sequedad. Tengo sed.

Me muerdo el labio inferior con fuerza y comienzo a mover compulsivamente el pie. ¿Y si me pregunta si curioseé dentro de ella? ¡Ay, no sé qué hacer! ¿Debería llamar?

¡Llama de una vez!

Toco el timbre y aguardo a que alguien abra la puerta, espero que él y no una mujer.

Capítulo 3. Guardián.

MAX

¿Cómo no lo vi venir? Está claro que se acercaría a por su equipaje. Trago saliva al tenerla tan cerca de mí y me doy cuenta de que aún sostengo en la mano su ropa interior. ¡Joder!

La guardo en el bolsillo trasero del pantalón sin que se percate y abro la puerta del todo invitándola a que pase.

—Hola, Emilie. Imagino que vienes a por tu maleta —le espeto de manera distante. Su rostro adquiere un tono rojizo al mencionársela y no sé si será porque cree que he revisado su interior o por otro motivo.

—Sí —responde con timidez sin ser capaz de mirarme a los ojos.

—Pasa, está en el salón —le indico—. Disculpa el desorden.

—No te preocupes. No, no me molesta. —Su forma de titubear y la manera en la que observa los objetos que están esparcidos por el suelo me da a entender que no es cierto lo que me está diciendo, pero no voy a pronunciarme al respecto, ya que es una tontería.

—Trae, deja de cargar con ella. —Extiendo la mano y agarro el asa por la que lleva la maleta. Por un segundo, un mísero segundo, he podido sentir la calidez de su piel en la mía—. Ya me ocupo yo —digo bajando la voz al quedarme prendado de su mirada.

—De… de acuerdo —responde tartamudeando.

Dejo que camine delante de mí. No puedo evitar llevar la mirada a su trasero, lleva unos *shorts* ajustados que… Joder, ¿se habrá vestido así a propósito para provocarme? Lo dudo. Em es toda inocencia. Ahora que lo pienso, ¿habrá revisado el contenido de mi equipaje?

—Emilie —la llamo, y se gira de forma que su melena queda encima de uno de sus hombros—, ¿cómo supiste que la maleta era mía? —Baja la vista y el rubor de sus mejillas aumenta—. ¿La has abierto? —le pregunto, acercándome con pasos cortos hasta quedar justo enfrente de ella.

—No… —comenta con un murmullo, mirando a sus pies. Le levanto la cabeza colocando un dedo en su mentón.

—¿No? —Emilie desvía la mirada—. No me mientas, Em.

En esta ocasión alza sus ojos y los fija en los míos como si al nombrar el diminutivo de su nombre hubiese pulsado un resorte, pues le brillan con intensidad mientras mantengo su mentón entre mis dedos e inevitablemente desvío mi atención a sus labios. Unos labios carnosos, rosados, húmedos y de lo más tentadores.

El sonido del móvil hace que mis sentidos vuelvan de golpe. ¡Joder! ¿A qué cojones estoy jugando?

Bien lo sabes, no te hagas el imbécil.

Está prohibida, es la hija de Mike. Es como una hermana para los del grupo.

Para ti no.

Es menor...

En un mes dejará de serlo.

Me alejo de ella. Hasta mi conciencia suena con picardía y eso es peligroso. Es lo mejor, es joven, tiene tanto que explorar y conocer aún de sí misma. Sin embargo, es imaginármela en los brazos de algún estúpido y una ira irracional asciende en mi interior.

—¿Diga? —contesto al móvil sin dejar de mirarla.

Ella, incómoda, desvía la mirada, gira el cuerpo y da los pasos necesarios hasta llegar a la mesa donde están sus pertenencias mientras hablo con Kevin. Estoy seguro de que está con Isaac y que ahora es su turno para convencerme de salir, aunque mi respuesta es la misma y le vuelvo a decir lo que le comenté hace un rato a éste. Emilie revisa el interior de su maleta y su postura pasa de estar tensa a relajada. ¿Será por la libreta que vi antes? Tengo curiosidad por saber qué contiene. Es una pena que llegara justo en este instante y no me diera tiempo a echarle un vistazo.

Me despido de Kevin y le aseguro que no tardaré en ir en un par de días. Guardo el móvil de nuevo en el bolsillo del pantalón y rodeo la mesa para acercarme a ella por su espalda.

—¿Tienes todo? —le susurro al oído sin llegar a tocarla en ningún momento. El vello de su piel se eriza y escucho un leve gemido por parte de ella que logra que me la imagine bajando las escaleras que van hacia el sótano, predispuesta a todo lo que le pueda ofrecer.

—Creo… —Emilie traga saliva con tal fuerza que la escucho perfectamente—, creo que sí. Será mejor que me marche. Mi padre ha de estar algo preocupado por la hora que es.

Sus hombros se encogen y en lo primero que pienso es que la estoy presionando a algo que no quiere. Me alejo de ella y echo un vistazo dirección a la ventana. Ya es de noche. No debería dejar que fuera sola, pero sé que, si paso un solo segundo más a su lado, no podré evitar hacer algo de lo que me arrepienta.

—Tienes razón. —Mi voz sale dura y distante—. Te llamaré un taxi para que te acerque.

—Un taxi —repite de manera seria—. ¿Me vas a llamar un taxi? —Se da la vuelta y se cruza de brazos con el ceño fruncido.

—Sí, ¿ocurre algo?

—Nada, no ocurre nada. —Está mintiendo, es tan obvio.

—No puedo llevarte en la moto y con tus cosas. Lo único que puedo hacer es llamar a un taxi —me excuso con lo primero que se me pasa por la cabeza. Lo cierto es que podría llevarla en el coche que tengo, pero casi nunca lo uso y muy poca gente lo sabe, ya que en la prensa sólo me han sacado con la Ducati.

Emilie cierra la maleta con enfado. La baja sin ningún tipo de cuidado. Estoy seguro de que nunca la he visto de esta manera. Camina cargada hacia la entrada sin mirar atrás en ningún instante.

—¿A dónde vas? —le pregunto, y ella se para justo antes de abrir la puerta.

—Al metro. —Su mano está en el pomo, no se mueve. Sin embargo, sus hombros empiezan a encogerse y ella aspira por la nariz. ¿Está llorando?

—Em…

—No me llames así, soy Emilie —me replica y abre, alejándose de mí sin dejar que sepa lo que ocurre.

—¡Emilie! —grito sin saber muy bien por qué—. Te… ¿te veré en la gira?

¿De verdad le acabo de preguntar esta gilipollez?

Debes tener toda la sangre acumulada en la polla porque tus neuronas no rigen.

—No, voy a empezar un curso que durará nueve meses y la gira comienza en seis.

¡¿Qué?!

— Pero ¿vendrás a los Brits, verdad? —vuelvo a preguntar en alto al ver que sus pies se mueven.

—Aún no estoy segura, ya lo veré. Adiós, Max.

Abro y cierro la boca impotente ante la imagen de Emilie largándose. La sensación de malestar comienza a reconcomerme las entrañas y provocarme la necesidad de saber si llegará bien a su casa y de que no le ocurrirá nada durante el trayecto.

Cierro la puerta con rapidez y busco las llaves de la moto. En cuanto me coloco el casco, empiezo a dudar si es correcto lo que voy a hacer, pero la preocupación al saber lo tarde que es y que irá sola en metro es mayor. Me subo a la Ducati y salgo acelerando la velocidad lo máximo que está permitido en esta zona de la ciudad. En menos de cinco minutos la visualizo esperando la llegada de la línea 49 del bus en la parada de Kings Road que la dejará cerca de la boca del metro en Gloucester Road, en donde enlazará con otro metro hasta llegar a North Acton.

Joder, había olvidado lo agobiante de tener que esperar para ir de un lugar a otro en La City.

Aparco en un lateral de la calle para que no me vea y me quedo observando cada gesto que realiza mientras espera. Se pasa las palmas de las manos en repetidas ocasiones limpiándose lo que desde la distancia me parecen lágrimas. El sentimiento de culpa aumenta en mi interior.

El autobús llega y ella se sube con algún que otro problema para cargar con la maleta. Arranco la moto y sigo de cerca el trayecto que realiza el conductor. Cuando llega a su destino, ella baja, y decido ir en dirección a North Acton calculando mentalmente lo que puede durar el recorrido en metro.

Cuarenta minutos más tarde, y con unas ganas tremendas de decirle cuatro cosas por no aceptar que la llevara un taxi, me relajo al comprobar que llega sana y salva a su casa.

Al llegar a Chelsea, lo primero que hago es colocar todo en su respectivo lugar. En esta zona de mi hogar todo está organizado de manera minuciosa. Las paredes del sótano están insonorizadas, los estantes lucen los objetos

con los que suelo tener alguna escena pactada previamente con cualquier chica del club y que esté dispuesta a complacer mis órdenes y mandatos.

Estoy convencido, por cómo reaccionó, que Em ha visto lo que contenía el interior de mi equipaje. ¿Qué es lo que habrá pensado sobre ello? Seguro que se ha asustado.

Puede que haya sentido curiosidad.

Lo dudo. Todavía recuerdo con nitidez el día que me encontró, ahora casi dos años, en esa situación tan comprometida con una mujer.

EMILIE

Me despierto a la mañana siguiente aún con los ojos hinchados de haber llorado toda la noche. No me puedo creer que me haya mentido tan descaradamente. Sé de sobra que hace unos años se compró un Porsche clásico del ‘78 descapotable. Si no quería que estuviera más tiempo en su casa, vale, pues muy bien, pero me dolió que me mintiera de esa manera.

Aún encima ayer me cayó una de las grandes por parte de papá al llegar a la hora que era sin avisar de dónde estaba metida. Estoy deseando que pase el mes lo más rápido posible para cumplir la mayoría de edad y de esta manera no tener que estar dando explicaciones de a dónde voy y qué hago a cada rato.

Desayuno sin cruzar ni una sola palabra con mi padre y salgo de casa para hacer la inscripción del curso. Espero que me acepten, realmente lo deseo. Tengo que centrarme en algo más que no sea Slow Death, los conciertos o Max. Tengo que superar mis sentimientos por él lo antes posible. No puedo continuar de esta manera.

La academia a la que asistiré es enorme. La fila de personas, que hacen cola esperando para recoger los formularios, llega hasta la misma entrada y me hace dudar si realmente valgo para esto. Inhalo con fuerza y me muerdo el labio inferior con nerviosismo. No dejo de moverme ni un momento mientras veo como las personas salen con una sonrisa en sus rostros tras ser atendidos en el mostrador de la recepción.

—Hola, ¿vienes por lo del curso también? —me pregunta la chica que está detrás de mí. El color de su cabello me llama la atención, es imposible no fijarse en él. ¡Es verde!—. Por cierto, me llamo Meghan.

—Emilie, encantada. Sí, vengo por lo del curso —le respondo, intentando sonar segura, aunque por dentro estoy temblando como una hoja.

—¡Genial! —grita asustándome—. ¡Trevor, ven que os presento!

¿Trevor? ¿Quién es Trevor?

Busco entre las cabezas alguien que tenga cara de Trevor.

¿En serio? ¿Cómo es la cara de alguien con ese nombre?

¡Y yo qué sé! Es un decir.

Agrando los ojos al ver como se acerca un chico un poco mayor que yo. Es alto y delgado, tiene el pelo corto y viste con la típica ropa holgada. Me guiña el ojo nada más llegar a nuestra altura.

—Emilie, éste es Trevor. Trevor, ésta es Emilie, y vendrá lo más seguro con nosotros al curso de formación.

—Hola, pequeña —me saluda, y creo que me acabo de poner roja como un tomate. Bajo la mirada y le respondo un «hola».

—Bueno, estoy deseando que todo comience, ¿vosotros no? —pregunta entusiasmada Meghan.

—Y tanto, puede que al final esto no sea tan muermo como me había imaginado —contesta él sin dejar de observarme.

—¿Vosotros ya os conocíais de antes? —Intento ignorar la frase que acaba de decir y miro a Meghan para no sentirme tan perturbada por el escrutinio al que Trevor me está sometiendo.

—Sí, de alguna que otra fiesta. He trabajado de DJ en algún local, pero, si pretendo que me contraten en un futuro, debo tener algún tipo de formación… —dice ella, poniendo los ojos en blanco al tiempo que resopla exageradamente.

Me adelanto al ver que soy la siguiente para que me atiendan y recojo todo lo necesario para rellenar en casa con tranquilidad lo que requieren. Me fijo en la fecha del comienzo de las clases, en menos de quince días se sabrá si soy aceptada o no.

Me despido tanto de Meghan como de Trevor y salgo de la academia con una sensación extraña. No me gustan los cambios, me dan miedo, no saber lo que se espera que haga o diga me incomoda. Pese a esto, me he propuesto hacer todo lo posible por realizar lo que anhelo y lo conseguiré.

O eso espero.

Capítulo 4. Normas.

MAX

Desde que llegué a Londres, he evitado romperme demasiado la cabeza con lo ocurrido con Em. No me ayuda tener en mi poder su braguita y quedarme dormido cada noche tocando la fina tela de encaje. Henry ya está un poco harto de que vaya cada dos por tres a su casa para usar el saco de boxeo.

Supuestamente, ayer íbamos a empezar con los ensayos. Me dirigí a casa de Alex y mi sorpresa fue de lo más agradable al ver que había montado una fiesta, ya que era justo lo que necesitaba. A pesar de que dos chicas no dejaron de darme la distracción que precisaba en cada instante, no me acosté con ellas. No lo hago con cada mujer que se me acerca como piensan mis amigos. Lo cierto es que no todas pueden o quieren probar lo que me gusta, pero reconozco que admiro a las mujeres, a todas y cada una de ellas, no sólo por el físico que puedan tener, sino por la fuerza y entereza que las caracteriza.

La chica de Adam se marchó con Mey de compras y, después de unas cuantas copas, nos dio por tocar un poco, más que nada fue algo improvisado y divertido, como cuando aún no éramos nadie y las fechas de la discográfica no eran primordiales. Me fui a casa de madrugada, medio borracho y cansado de estar horas tocando como un auténtico poseído la guitarra.

Pensé que todo iba bien hasta que me desperté y miré el calendario. No, no es por tener la gala de Brits a la vuelta de la esquina, el motivo es otro. Hoy es veintiuno de noviembre... y, eso, sólo tiene un significado.

Que ya es toda una mujer.

He pasado toda la mañana practicando a solas hasta sentir que las puntas de los dedos me dolían. Me dio por cocinar, pero ha sido un auténtico desastre, y terminé tirando a la basura lo que hice. Al final llamé a un local de comida rápida y me trajeron algo decente y masticable.

Miro la hora y los minutos no pasan. Necesito hablar con alguien, alguien que me haga recordar que lo que merodea por mi mente no es lo correcto y

que me ayude. Marco el número de John y éste responde al segundo tono.

—Me imaginé que llamarías —me dice a través del teléfono, y me recuerda—: ¿Es su aniversario, verdad?

—Sabes, tan bien como yo, que sí. —Cierro los ojos y aprieto el puño libre de la otra mano—. Necesito…

—Sé lo que necesitas —me interrumpe—. ¿Vas a cambiar?

—No —contesto con firmeza.

—¿Estás dispuesto a que alguien cambie por ti? —me pregunta y me es inevitable imaginármelo poniendo los ojos en dos finas líneas como suele hacer cada vez que le pido esto.

—Nunca.

—¿Serías capaz de romper la promesa que le hiciste a Mike? —Puede…

—No, eso causaría problemas para la banda.

—Exacto. Y la última, ¿estás enamorado? —Esta última pregunta siempre me la hace y es extraño, puesto que, aunque siento muchas cosas por ella, creo que la principal es simple obsesión. Una que ha crecido a lo largo de los días, meses y años al no poder ni siquiera tocarla, ya que es obvio que mi cuerpo reacciona por sí solo ante su presencia.

—No, no lo estoy —afirmo, sintiendo una punzada en el pecho al instante.

—¿Cuánto llevas sin hacer una escena? —me cuestiona con curiosidad.

—Tres meses desde Michigan. Allí encontré un club y conocí a una chica. Me perdí el abrazo en grupo de Alice —menciono, volviendo en mí.

—No seas capullo que te dio uno al día siguiente delante de todos.

—Porque se lo pedí. —Me río en alto más relajado.

—Ahora en serio. Llama a Isaac o a tu otro amigo Kevin y queda con ellos. Te conozco bien y sé que lo necesitas.

—Gracias, bro —agradezco antes de colgar.

Miro de reojo a Kevin. Revisa la vestimenta que han traído dos de las chicas novatas. Aquí es conocido como el Maestro K. Es importante separar la vida del gremio con la cotidiana y, por eso, no nos llamamos por nuestros nombres y cada uno usa la inicial del suyo. Excepto yo, que me llaman

Maestro X, ya que hay un Michael y sería muy confuso tener dos Maestros M.

—Estoy contento al ver que habéis acatado las directrices de vestimenta —las felicita—. Hoy recibiréis el collar por parte de los que serán vuestros Amos, pero antes, el Maestro X os recordará un par de directrices para que no las olvidéis.

Me adelanto dando dos pasos y ninguna de ellas levanta la vista. Bien. Las normas que una sumisa debe acatar son simples. Sin embargo, siempre hay alguna a la que hay que recordárselas y, generalmente, cada vez que vengo hasta Aldgate al club Subversion solicitan de mis conocimientos para aleccionarlas. Al llegar, me he encontrado con lo que es una ceremonia doble y, cómo no, me han pedido que les señale con sutileza lo que se espera de ellas.

—No os dirijáis nunca a vuestro Amo sin permiso —comienzo sin preámbulos—. Nunca toquéis a vuestro Amo sin su permiso —continúo con firmeza—. Nunca debéis cerrar ni las piernas ni la boca, siempre deben estar semiabiertas. —Inevitablemente, el sonido de mi voz cambia a uno más ronco—. Una buena sumisa nunca debe llevar ropa interior a no ser que su Amo así lo solicite —advierto, acercándome a una de ellas por la espalda y le levanto la minifalda para comprobar que no lleva nada debajo y continúo acto seguido—. Si vuestro Amo os ha regalado el collar, siempre lo deberéis llevar en su presencia —digo, recalcando el «siempre»—. Siempre debéis dirigiros a vuestro Amo bajo el nombre de «Mi Amo» o aquel otro que se pacte en su momento.

—¿Vais bien por ahora o necesitáis que vaya más despacio? —pregunta K a las chicas.

—Todo bien, Maestro —responden a la vez ellas.

—Perfecto, continuemos. —Sonríe de medio lado y hace un gesto con la mano para que continúe.

—Una sumisa nunca hablará con nadie sin el permiso de su Amo —enumero las bases de lo que se espera de ellas—. Una sumisa no deberá tutear nunca a su Amo y jamás deberá estar en una posición más elevada que éste. Una sumisa si se sienta deberá hacerlo con las manos abiertas hacia arriba y sus piernas entreabiertas. Una sumisa nunca deberá mirar a los ojos a su Amo. —Cosa que no comparto para nada, pero cada cual pone sus matices a la hora de jugar—. Una sumisa nunca deberá llamar «Mi Amo» a

otra persona o Amo que no sea el suyo. Y siempre, siempre estableceréis la palabra de seguridad antes de iniciar una sesión o juego.

—Pequeñas *sumis*, vuestros Amos os esperan. No los hagáis esperar —el Maestro K les indica que entren en la sala que está acondicionada para la ceremonia.

Para muchos de nosotros, la entrega de un collar es como el anillo de pedida de una pareja vainilla. Es el símbolo visual que demuestra que hemos encontrado a la persona que nos complementa en todos los sentidos. No es sencillo, la mayoría de los Amos no logran tener una sumisa permanente para llegar a ese grado de complicidad que sólo logran unos pocos. Así como la mayoría de sumisas no llegan a confiar plenamente en un Maestro para que llegue a ser su Amo de pleno derecho.

Isaac o Saky, como aquí le llamamos, camina dos pasos por detrás de su Amo, el Maestro H, sin levantar la mirada del suelo. Llevan más de tres años de relación. Se conocieron en un club y empezaron a salir fuera del ambiente BDSM para conocerse mejor, ya que ninguno de los dos son de tener un 24/7. Algo que comparto, sería agotador tener que desempeñar el rol constantemente. Son una combinación peculiar, les gustan tanto hombres como mujeres, pero no permiten que nadie entre dentro de su relación fuera de aquí. H conoce de sobra el fetiche que siente su sumiso con respecto a observar a otras parejas y se benefician de ello, mutuamente, dejando entrar a alguna otra pareja en el juego.

—Hola, X —me saluda H—. Saky tienes permiso para hablar —le indica con voz de mando y él levanta la mirada sonriente.

—Me alegro de que hayas decidido aparecer al fin —comenta Isaac—. ¿Nos dejarás ver? —pregunta curioso.

—Saky, eso será si lo decidimos entre ambos —lo reprende H.

—Sí, Amo —responde él, bajando la mirada con la sonrisa aún en su rostro. Sabe perfectamente lo que acaba de hacer el muy cabrón y que lo ha provocado, pero a H no hay quien lo engañe y menos su chico.

—Por mí, no hay problema, podéis mirar —les insto, caminando dirección a la sala de juegos que han preparado para una sesión con una chica nueva.

Aún ni la he visto, ni hace falta que lo haga. Generalmente, preparo a la sumisa explicándole lo que voy hacer, investigo lo que le gusta y le pregunto

cuáles son sus límites, aunque soy de la opinión que siempre hay que probar todo antes de decir si te agrada o no. No se puede decir que «no» a lo que no se conoce y lo mismo a la hora de decir que «sí».

Las reglas de los clubs que frecuento son bastantes estrictas con respecto a los controles médicos que hay que realizarse. Es obligatorio usar medios anticonceptivos como el preservativo para evitar el contagio de enfermedades venéreas. Cosa de lo más lógica.

Entro en la sala, la cual está en la penumbra y la música de fondo anima el ambiente. En la mitad de la misma una chica menuda con el pelo castaño largo está sentada sobre sus piernas, con la espalda erguida. Inmediatamente, el corazón me da un vuelco. No puede ser ella, es imposible.

Acelero el paso perdiendo por completo mi *alter ego* en el camino. Toco el hombro de la chica y me inclino para poder mirarle la cara. Cuando compruebo que no es Emilie, suelto todo el aire de mis pulmones. Su rostro no es el mismo, no es ella, pero tiene un aire que me la recuerda.

Doy un paso atrás.

—¿Qué sucede? —pregunta H.

—No, no puedo. Me voy. Atiende a la sumisa.

—¿He hecho algo mal? —indaga ella con la mirada triste.

—No, no has hecho nada mal. Ahora viene un Maestro a atenderte —le comento a la chica apresurado—. No me encuentro bien para poder hacerlo. Lo lamento —me disculpo con H al pasar por su lado y salgo del local lo más rápido que puedo.

Mi respiración al llegar a la calle es inestable. Me sudan las manos y creo que cada vez voy a peor.

¡¿Qué cojones me ocurre?!

EMILIE

Me han admitido en la academia y comenzaré las clases en dos semanas. Me levanto temprano y realizo el trayecto en metro hasta la academia, ya que hoy tengo la presentación. Los nervios no desaparecen cada vez que tengo el edificio frente a mí y siento que las personas me miran. La mayoría de los alumnos están entre los veinte años y los veinticinco y casi todos tienen experiencia laboral. Yo soy la más pequeña, y mi aspecto no ayuda nada.

Al entrar al aula que será la que ocupe el resto de año académico, veo a Meghan, la cual me hace señas con las manos para que me acerque hasta donde se encuentra. Lo hago y, al sentarnos, me comienza a hablar un poco más de ella.

Tiene veintiún años, es hija única como yo, y vive compartiendo apartamento con otra chica. Por el poco rato que he estado en su compañía, tengo claras dos cosas: una, le gusta hablar mucho, y, la otra, que va de celestina por la vida. En cuanto tuvo oportunidad, empezó a hablarme maravillas de Trevor y a decirme que, de alguna manera, a él le gusto.

Voy a negarle tal afirmación cuando lo veo entrar. Inmediatamente, al divisarnos, éste cambia el rumbo que tiene en un inicio y viene a sentarse a nuestro lado, bueno, para ser más precisa al mío, ya que yo estoy en medio de ambos.

A pesar de que intento centrar toda mi atención en el profesor y en las tareas que nos va a pedir a lo largo del curso, Meghan no deja de hablar de sus cosas con su compañera de piso y las salidas que realiza o del chico con el que ha ligado el día anterior. Trevor, por su parte, insiste en que quedemos para tomar algo y conocernos mejor.

—Venga, vayamos a tomar un refresco —insiste de nuevo.

—Hoy me es imposible —comento mientras recojo la carpeta de encima de la mesa—, mi padre me espera en casa.

—¿Seguro? —suspiro en alto y lo miro a la cara para responderle.

—Sí, estoy segura.

—No te lo ha contado, es su cumpleaños. —Cierro los ojos con fuerza en el momento en el que Meghan abre la boca, aún no sé muy bien cómo llegué a contárselo—. Cumple dieciocho y no quiere celebrarlo, ¡¿te lo puedes creer?!

—Vaya, qué calladito te lo tenías —me suelta él, dando un paso en mi dirección. Coloco la carpeta a modo de escudo. La sujeto con ambas manos y me muerdo el labio con nerviosismo—. ¿Seguro que no te apetece celebrarlo?

—Gracias, pero, como ya os he comentado, mi padre me espera en casa.

Rodeo a Trevor para salir del aula. No obstante, cuando parece que ya me he librado de las presiones por parte de ambos, siento que me sujetan del

brazo. Me giro cansada de la situación y, sin esperármelo, me da un beso en la mejilla.

—Felicidades, pequeña —me susurra a pocos centímetros de mi boca.

Trago con fuerza, tiemblo internamente y asiento con rapidez mientras le doy las gracias. Cuando vuelvo a empezar a caminar, las piernas me flojean y el latido de mi corazón se acumula en mis oídos. Freno en seco al salir a la calle y aprieto con las manos la carpeta contra mi cuerpo. El primer pensamiento que me viene a la mente es Max y, sin saber muy bien el motivo, me siento culpable.

Apenas cruzo la puerta de casa cuando doy un salto al escuchar el grito que da mi padre felicitándome mientras sostiene con las manos una pequeña tarta de chocolate. Me pide que sople las velas y obedezco al ver el brillo de sus ojos, está feliz y eso me alegra.

—¿De dónde la has sacado? —quiero saber, señalando con el dedo el postre que me imagino disfrutaremos después de comer.

—La hice yo —responde, y levanto una ceja mirándole fijamente—. Está bien, está bien. —Se ríe solo—. Me has pillado. La he comprado en el supermercado.

—Menos mal, pensé que tendríamos que pasar la noche en urgencias por indigestión —me burlo de él.

Dejo las cosas en mi cuarto y lo escucho a lo lejos mientras dice que no es para tanto. ¡Já! No se lo cree ni él. Ayudo a colocar la mesa, y papá termina de servir los platos. Ha hecho mi comida favorita, espaguetis a la boloñesa, y le doy un beso en la mejilla al saber lo difícil que ha tenido que ser para él.

Comemos en silencio. Saboreo la salsa e irremediablemente sale un sonido de mi garganta de puro placer al sentirla en el paladar. Mi padre se ríe por lo bajo al oírlo, siempre que alguna comida me gusta mucho termino por hacer esto y no soy capaz de controlarlo.

—Nos ha ido bien, ¿verdad? —El tono de su voz es bajo, levanto la mirada del plato y contemplo su rostro, lleno de marcas de expresión adquiridas a lo largo de estos años. Es un hombre alto y fuerte, un poco canoso, pero para mí siempre será mi héroe, el que me llevaba a los

conciertos y me subía a los hombros para que pudiera ver el escenario sin problemas, sin quejarse ni una sola vez, durase lo que durase el evento.

—Nos ha ido muy bien, papá —le contesto en su mismo tono y sonrío mirándolo a los ojos.

El resto del día lo pasamos viendo viejas películas, a las que mi padre me ha enganchado desde pequeña, como *La historia interminable* y *Los Goonies*. Al irme al dormitorio después de cenar enciendo la calefacción, ya que empieza a hacer algo de fresco en esta época del año. El invierno está a punto de llegar y en nada será el día de la gala de los Brits.

Me tumbo boca abajo encima de la cama y abro el diario en la última página mientras sujeto el bolígrafo entre mis dedos. Antes de empezar a escribir, mordisqueo un poco el capuchón de manera distraída.

Sábado, 21 de noviembre del 2014.

Hola, querido diario,

Creo que tendré que dejar de hacer esto dentro de poco. Hoy he cumplido dieciocho años, pero no me siento distinta. Es más sé que sigo siendo la misma.

Llevaba tanto tiempo esperando ser mayor de edad que ahora que lo soy, oficialmente, estoy algo extrañada. No dejo de pensar en él cada día, sobre todo, en las noches cuando estoy en mi cuarto a solas a punto de quedarme dormida.

Hoy me he dado cuenta de que debo pasar página de una vez por todas y olvidarme de los sueños de adolescencia. Tengo que empezar a relacionarme con otras personas y darme la oportunidad de conocer a… otros chicos.

Trevor no me parece un mal chico, aunque no me atrae como Max. Pese a que estoy comparándolo con él y eso es imposible, tengo que ser realista y diferenciar entre un sueño y la realidad.

Y la realidad es que nunca se fijará en mí como yo lo he hecho con él.

He decidido que iré a la ceremonia de los Brits. Ése va a ser el punto de partida para la nueva Emilie. Estoy harta de aguardar por algo que sé, de sobra, que nunca sucederá. Me ha demostrado una y mil veces que no le intereso ni lo más mínimo. Durante los últimos dos años casi no

ha cruzado palabra conmigo y, siempre que me veía cerca, terminaba por irse junto a John.

Trevor, sin casi conocerme, ya ha demostrado más interés por salir conmigo que él y, quizá por eso, estoy dispuesta a darle una oportunidad.

Estaba deseando que sucediera algo que realmente no pretende hacer nunca. Estoy cansada, cansada de esperar un gesto, una mirada o una palabra. Se acabó.

Adiós, Max.

Cierro la libreta y la guardo en la mesilla que está al lado de mi cama. Aparto las sábanas y entro para intentar conciliar el sueño. Tengo todo el fin de semana para despejarme y comenzar con lo que me he propuesto. Aprovecharé las tardes estos días para ir de compras y tener un vestido con el que acudir a la gala que se celebrará en breve.

Tengo ganas de ver a Alice y a Mey. Estuve poco tiempo con ellas en la gira, pero me cayeron muy bien. Me centraré en ellas, sí. Eso mismo haré.

Capítulo 5. Contradicción.

MAX

The O2, Londres.

Camino por la alfombra roja, prodigando sonrisas, a diestro y siniestro, a fans agolpadas tras las vallas que no dejan de gritar los nombres de todos los del grupo. Visualizo tanto a Alice como a Mey en un lateral algo apartado de la zona donde se realizan las fotografías antes de entrar al estadio.

No puedo evitar buscarla con la mirada por los alrededores para saber si ya ha llegado con Mike. Sin embargo, no la veo y me dirijo al *photocall*, donde ya están tanto Henry como John esperando por Adam que se hace de rogar un poco al no querer alejarse de su chica. Alex es el último en incorporarse y los *flashes* no dejan de resplandecer en nuestra dirección.

En un momento dado vuelvo a mirar dirección a las chicas al contemplar como Adam no deja de atisbar hacia donde se encuentra Alice y ahí es cuando la veo. Tengo que controlar la respiración para que nadie se dé cuenta de que acabo de perderme por completo al descubrir un ángel. El tono blanco perla de su vestido dulcifica su rostro, destacando, más si cabe, sus ojos oscuros. Bajo la mirada, poco a poco, observando meticulosamente cada zona de su cuerpo expuesta, los hombros están al aire y, aunque no lleva escote, la tela se le ciñe al completo desde el pecho hasta los muslos. Es un vestido sencillo, luminoso y puro, tal y como es ella.

—Max, tío, despierta. —Henry me da un codazo para que salga del trance—. ¿A quién estás mirando?

Sin haberme percatado, los encargados de organización nos piden que nos movamos para dejar que el resto de los nominados sean retratados. Avanzo seguido de todos.

—No miraba a nadie —miento descabelladamente.

Henry empieza sondear a las mujeres que están cerca de nosotros, modelos cantantes… Me empiezo a poner nervioso cuando su mirada se dirige a donde están las chicas. Rodeo su cuello con un brazo cargando el peso de mi cuerpo en él y me burlo de la estúpida idea que ha tenido sobre que todos lleváramos pajarita. Si me llegan a preguntar a mí, hubiese venido con vaqueros y camisa, en la que apareciera el logo de nuestro grupo.

Saludo de manera formal a Mike y, en consecuencia, a Emilie al pasar cerca de ellos. Entramos en el recinto y nos muestran dónde está situada la mesa que ocuparemos el resto de la noche. Me gusta la zona donde nos han colocado, bien cerca del escenario.

Cada uno toma asiento donde le apetece. Adam y Alice están juntos, al lateral de ella está sentada su amiga Mey. Y… después de Mey está Em, quedando justo enfrente de mí. Mike, que está a la izquierda de su hija, conversa animadamente con John. Henry, sin perder tiempo, llama la atención de una camarera pidiéndole que se dejen de *champagne* y que nos traigan cerveza. Le doy un codazo riéndome en alto y dándole la razón.

Giro la cabeza mirando a Alex, frunzo el ceño extrañado al notar lo callado que está. Cualquiera diría que no se alegra de que estemos nominados al mejor grupo británico. Seguro que el que esté así de serio es por culpa de la ex.

Las luces comienzan a parpadear y la música del comienzo de la gala suena a todo volumen. Me centro en los grupos que van subiendo al escenario para tocar, la mayoría de pop, y Henry no deja de burlarse de alguna manera imitándoles y haciendo que nos riamos todos. Me hace gracia que la gente diga que nosotros somos los de las pintas raras y extrañas cuando veo cómo van algunos vestidos, cualquiera lo diría.

La miro de reojo de vez en cuando, y John niega con la cabeza cada vez que me pilla haciéndolo, pero, al ver como alarga la mano para agarrar una cerveza, decido ignorarla y espero la reacción de Mike, ya que, conociéndole, sé que le dirá algo al respecto.

—¿Se puedes saber qué haces? —le increpa, mirándola fijamente.

—Papá, déjalo. Ya soy mayor de edad y creo que puedo tomarme una cerveza si quiero —lo reta y, sin esperar contestación alguna de Mike, termina por llevar la botella a esos deliciosos labios carnosos que tiene.

Mierda, la imagen que acabo de tener de ella de rodillas con los labios semiabiertos a la espera de…

—¡Espera un maldito segundo! —grita Mey, borrándome de un plumazo la imagen que rondaba mi mente—. ¿Me estás diciendo que me perdí una fiesta de cumpleaños?

Emilie sonríe victoriosa después de haber dado un gran trago a la bebida. Se gira hacia la derecha para responderle.

—No lo celebré. En breve comienzo con el curso y tampoco tenía con quién hacerlo de todas formas.

—¡La madre que te…! —Mey, mira hacia Mike y se disculpa—: Perdón. ¿Cómo que no tienes con quién? ¿Y nosotras dos qué somos? —dramatiza de forma exagerada—. En cuanto se me pase la resaca que tendré después de hoy, tú, Alice y yo nos vamos a celebrar tu cumpleaños como que me llamo Mey Wood.

Miedo me da saber qué sucederá en esa celebración. Mey es una mujer que se le nota a leguas la experiencia que tiene, y Emilie… No, no sucederá nada, va a ir con Alice, y ella está embarazada, no creo que ocurra nada.

Nos avisan de que es nuestro turno para tocar dentro de diez minutos. Alex se levanta el primero para ir a una zona apartada, me imagino que para calentar la voz como hace antes de cada concierto.

Me fijo en los gestos que hace Emilie con disimulo, en cómo se aparta el cabello del rostro y sonríe en cada uno de los comentarios que escucha de Mey o Alice. Cuando su boca dibuja una sonrisa como lo hace ahora, no es necesario iluminación artificial, todo en ella es pura luz, intensa y pura. Por eso, estoy convencido de que alejándome de ella hago lo correcto. No quiero dañarla, no quiero romperla. Estoy seguro de que lo haría si le contara las fantasías que tengo con respecto a ambos.

EMILIE

Lo estoy haciendo bien, lo estoy haciendo bien. Mey y Alice, Mey y Alice. Tengo que centrar mi atención en mis amigas. Necesito otro trago.

Sujeto la botella de cerveza de nuevo, y veo a mi padre como se queja por lo bajo diciendo que no es necesario beber para divertirse. Sin embargo, acto seguido va y bebe de la copa de *champagne* que tiene a mano. Miro de reojo y nuestras miradas se cruzan por un instante tan fugaz que debo haberlo soñado.

Se levantan para ir al escenario y no sé el motivo por el cual se están haciendo de rogar para comenzar a tocar, pero Alex está dando un discurso de los suyos al público. Miro a los demás chicos e imagino cuál es el motivo, la guitarra de Magister está desafinada. A alguien de la organización se le va a caer el pelo.

Observo hipnotizada el comienzo de la actuación de los chicos. La destreza que muestra Max con la guitarra eléctrica es asombrosa. La postura

de su cuerpo cambia con rapidez a cada paso que da sin dejar de perder la concentración en ninguno de los acordes que realiza con precisión. Suspiro sin poder evitarlo y vuelvo a darle otro sorbo a la bebida. Los cuatro minutos que han estado en el escenario pasan volando y el público aplaude eufórico una vez que acaban.

Es el momento. Rihanna sube al escenario sosteniendo entre las manos un sobre. Dentro del mismo se encuentra el nombre del ganador al mejor grupo musical británico. Estoy nerviosa, aunque seguro que no tanto como ellos. Hace un par de comentarios graciosos sobre los nominados y desvela el resultado. ¡Sí!

Me levanto dado un salto de alegría al escuchar «Slow Death». Abrazo a mi padre y a varios de los chicos. Me acerco a Max. Quedaría raro que sólo felicitara a unos pocos y a él no.

—¡Enhorabuena! —Sonrío nerviosa al tener que dirigirme a él.

No me dice nada, ni siquiera un «gracias». Se queda mirándome por un momento a la cara y asiente despacio. John le da un codazo al pasar por su lado, y él cambia la expresión de su rostro al instante.

Me siento en la silla notando que la euforia y fuerza con la que llegue a la gala va decayendo. Agacho la cabeza, tengo las palmas de las manos sobre las rodillas y me quedo contemplándolas como si las líneas que las surcan fueran a contarme qué me depara el futuro. Parece que olvidarse de Max no va a ser tan sencillo.

Aprovecho que todo el mundo está pendiente de Alice y Adam, los cuales se funden en un abrazo, y le susurro a mi padre que voy a los lavabos. No quiero que nadie me vea llorar.

Camino entre varias mesas donde celebridades internacionales observan lo acontecido a distancia. No se fijan en mí, yo no soy nadie especial ni famosa. Soy… sólo soy una estúpida que no sabe avanzar.

Al llegar a uno de los extremos del auditorio, empiezo a preguntarme si saben lo que son los carteles. Debe de ser que como es una gala de tal calibre quedaría mal que se apareciese por la televisión la palabra WC. Sigo caminando mientras siento como se me acumulan las lágrimas en los ojos. Un poco más, tengo que aguantar un poco más, y podré desahogarme por completo.

Lo único que encuentro son unas puertas por las que sale alguien del personal del evento. En la parte superior hay un cartel donde está escrito: *Sólo personal autorizado*. Sin embargo, hay tanto ajetreo entre los asistentes y trabajadores que nadie está mirando y parece un lugar tranquilo. Camino alejándome de las cientos de personas que escuchan la actuación de una de las cantantes de moda, sé que debo volver pronto, ya que en nada finalizará la gala y se preguntarán por dónde ando.

Un camarero pasa a mi costado y frunce el ceño al encontrarse conmigo, pero está tan apurado que no se para ni para consultarme qué hago aquí. Veo una puerta que creo es de los de la limpieza y, a falta de un baño, qué mejor sitio para tener un momento de desahogo.

Entro sin pensarlo demasiado y compruebo que la estancia es bastante grande. Tiene varias estanterías y, como la puerta es robusta sin cristal, decido encender la luz. Respiro en profundidad intentando alejar los nervios y la sensación de soledad que tengo en este momento. Ni siquiera me ha contestado cuando lo felicité.

Lloro, lloro como una niña tapándome la cara con las manos. Pensé que podría ser fuerte, pero no lo soy.

—¿Tienes algo especial con los cuartos de limpieza? —Escucho a mi espalda y doy un salto al instante.

Paso el dorso de la mano por mis mejillas limpiando el rastro de lágrimas que he de tener y no puedo creer lo que veo. ¿Qué hace aquí?

—Yo… ¿Qué…? —pregunto sin saber qué decirle.

Max da unos pasos hasta llegar a mí. Acerca la mano a mi rostro y se frena antes de tocarme, me mira a los ojos, y noto que voy a desmayarme inmediatamente. Traga saliva con tal fuerza que hasta yo me doy cuenta de ello.

Cuando sospecho que lo que está sucediendo es todo un producto de mi imaginación, mueve su cuerpo y termino por sentir la piel de su mano sobre mi mejilla. Me acaricia la misma con lentitud, soy capaz de notar cada una de las asperezas que tiene en los dedos, producto de todos los años que lleva tocando la guitarra.

—¿Por qué lloras, Em?

Por ti, por mí, por no ser lo suficientemente fuerte como para que el estar junto a ti no me afecte.

—Por nada —miento.

¡Díselo! Es el momento.

No. No serviría de nada.

—¿Por qué no me lo cuentas? Sé que es por algo —insiste en saber.

El corazón me va a mil por hora, y supongo que lo sabe, ya que percibo el latido de mi corazón como si de un tambor se tratara. Me muerdo el labio inferior con nerviosismo y bajo la mirada. Su mano recorre mi rostro hasta llegar al mentón y mueve mi cabeza para que no deje de mirarlo. Tiene unos ojos verdes preciosos que brillan con intensidad, en ocasiones parecen grises, y me asombro lo expresivo que puede llegar a ser con la mirada.

Paso la lengua entre mis labios para responderle, pues me hizo una pregunta. Cerebro, reacciona y busca en tu sistema de datos, sé qué ha dicho algo.

—No creo que te importe. —¡Al fin recuerdo cómo se habla!

—¿Tan segura estás? —cuestiona, acercando su rostro al mío. Mi respiración se acelera y no soy capaz de moverme ni de hablar.

Cierro los ojos, ¿me va a besar?

Mi pecho sube y baja con rapidez. Sus manos van a mi cintura. ¡Mierda, me va a dar un paro cardiaco!

Y sus labios, me besan en la… ¿frente? ¿En serio? ¿Me ha besado en la frente?

—Todos nos preocupamos por ti, no lo dudes —reconoce, y siento que me acabo de hundir en el subsuelo. Sólo le ha faltado decir que se preocupan por mí como de una hermana para rematarlo.

Abro los ojos y me alejo de él, muevo la cabeza asintiendo de manera nerviosa y fuerzo una sonrisa antes de salir al pasillo.

¿Qué es lo que acaba de suceder?

MAX

Comienzo a respirar con fuerza una vez que la veo salir al pasillo. Aprieto los puños con fuerza y golpeo el estante que está a mi lateral tirando al suelo varios productos. Miro mis nudillos y compruebo que no me he dañado la mano.

¡Joder, soy un estúpido! ¿Qué cojones pasa por mi cabeza para ir detrás de ella? ¡¿Qué mierda?! He estado a punto de besarla y cometer el mayor

error de la historia jodiéndolo todo. Si se enterase Mike, me castraría al instante, aunque eso es lo de menos. Estoy seguro de que dejaría de ser nuestro técnico de sonido y eso no puede ocurrir, es el mejor que hay. Nos llevamos bien con él, y se implica como el que más en su trabajo para que todo sea un éxito en cada concierto.

Y encima tengo una erección que dudo se me baje en el resto de la noche. ¡Joder!

Me llevo la mano a la entrepierna y coloco mi polla de manera que no se note lo evidente de mi estado. Salgo a la zona donde están todas las mesas y camino con seguridad entre los asistentes que se levantan para aplaudir el término de la ceremonia. En cuanto llego a nuestra mesa, me doy cuenta de que ya no está por ningún sitio.

—¿Dónde está Mike? —¿Dónde está Em?

—Emilie se encontraba mal y se marcharon hace un minuto —me comenta Henry—, creo que la pequeña aún no sabe beber. —Se ríe por lo bajo e ignoro lo último que dice para salir al exterior.

Me entero de que hay organizada una fiesta en el ático del Hilton y creo que es lo que necesito para arrancarme esta sensación que tengo en el pecho. Música a todo volumen y mujeres predispuestas, una noche ideal.

Mey nos acompaña en la limusina hasta el lugar donde se celebra, Alex parece mudo, y Henry no deja de hablar por los codos. Entramos al edificio y subimos en el ascensor. Empiezo a decir en alto las ganas que tengo de ver las preciosidades que han de estar en el lugar, pero, cuando las puertas se abren y la mayoría sale, John sujeta mi brazo y me dirige una mirada inexpresiva.

—¿Dónde te metiste antes en la gala? —me interroga sin ningún tipo de sutileza.

—Fui al baño —aseguro con rotundidad.

El sonido de la música tecno está a todo volumen, en la zona exterior donde se encuentra la piscina ya hay varias personas bañándose prácticamente desnudas. Noto que John que me vigila de cerca y expulso el aire de mis pulmones empezando a estar cansado de haberle pedido ayuda. Voy directo a la barra y me pido algo fuerte. Muchos de los asistentes nos reconocen al instante y es casi innecesario ir de caza para conseguir que una chica se acerque con la pretensión de algo más que una charla amistosa.

Llevo sin follar demasiado tiempo, de hoy no pasa.

Una mujer morena me da conversación y contonea sus caderas incitándome cerca de mi cuerpo. Envuelvo su cintura con mis brazos sujetándola con fuerza y la atraigo a mí. Al ver que estoy dispuesto a continuar con otro tipo de celebración, ella, sin pensarlo demasiado, rodea mi cuello y me besa.

¡Uh, error! A pesar de que tenga un cuerpo de infarto, besa fatal. Temo que me ha dejado babas por toda la cara. Me aparto de ella con ganas de pasarme la manga de la chaqueta para limpiarme, pero se lo tomaría a mal y necesito sexo. Sujeto su mano y tiro de ella para que me siga hacia la zona donde están dos dormitorios, los cuales se sitúan al fondo de un pasillo.

—Mi nombre es…

—No es necesario, belleza, no me hace falta saberlo. —Le sonrío, y ella asiente siguiendo mis pasos.

Una puerta se abre y me quedo de piedra al ver a Mey salir con su vestido rojo totalmente mojado despidiéndose de Alex que está detrás de ella en el baño. Abro la boca y levanto una ceja mirando a uno y al otro. En el baño…

—Ya me puedes ir contando —le exijo a mi amigo.

—Cierra el pico, Max —dice entredientes, mirando la figura de Mey alejarse por el pasillo.

—Joder, pero es un notición, tú con Mey, la mejor amiga de Alice —comento eufórico.

—Más te vale que no cuentes nada o te quedas sin huevos para follar lo que te queda de vida —me amenaza y señala con el dedo mi entrepierna.

—No, gracias, les tengo mucho aprecio a mis bolas.

Mi humor ha cambiado repentinamente, estos dos harían una pareja explosiva. Creo que Mey es justo lo que Alex precisa en su vida. Me lo voy a pasar de miedo metiéndome tanto con Adam como con él.

La morena tira de mi mano. Me había olvidado por completo de ella.

Mis pies se mueven solos casi sin prestar atención a dónde nos dirigimos. La imagen de Emilie llega en un destello repentino a mi mente, tiene los ojos vidriosos y su gesto cambia por completo alejándose de mi tacto. Es el recuerdo de hace unas horas en el instante en el que le dije que todos nos preocupábamos por ella.

Me quedo estático en mitad del pasillo y frunzo el ceño, la reacción que tuvo… Puede que… No. No puede ser que sienta nada por mí.

Alejo ese pensamiento irracional y entro en el dormitorio con la morena. Mis movimientos son bruscos, la sujeto de la nuca y eso parece que le gusta por como gime en cada uno de los besos que me devuelve. Mierda, no he traído ningún preservativo. Tendrá que conformarse con otro tipo de placer. La incito con un movimiento a que se ponga de rodillas, y ella, sin que diga nada más, me desabrocha el pantalón. Cierro los ojos y dejo el peso de mi cuerpo contra la pared.

Algo no va bien, no estoy cómodo, ni siquiera estoy al cien por cien excitado. Tengo la mente en otro sitio, en…

—Déjalo —le susurro en voz baja—, estoy demasiado bebido como hacer nada.

La chica pone pucheros, y la ayudo a levantarse. Sospecho que ella está más ebria que yo, pero eso es lo de menos.

—¿Crees que John o Henry estarán disponibles? —Estallo en una carcajada al escucharla.

—Henry estará encantado de conocerte. —John es más selectivo con respecto a lo de tener sexo con alguien, así que no lo nombro.

Dejo a la chica en la pista improvisada de baile, y ella visualiza a Henry que se mueve a son de la música mientras bebe de una botella de cerveza observando como alguna que otra mujer le hace ojitos e intenta acercarse a él. La morena no lo duda y, sin despedirse, se va directa hacia él.

Termino por marcharme del Hilton, tal y como llegué, confuso y sin haber echado un polvo. Llamo a un taxi, ya que la limusina no sé por dónde anda. En vez de dar mi dirección, doy la del cementerio que está en la parte trasera del edificio de Emilie. El conductor me mira de manera extraña, pero obedece y conduce hasta el sitio.

Le pago nada más llegar y me coloco en la zona más oscura que hay para poder estar seguro de que no me puede ver si sale al ventanal. Me quedo mirando la luz que proviene de su cuarto hasta que ésta se apaga una hora más tarde. Es la primera vez que he tenido esta necesidad de cercanía y me asusta el motivo por el cual estoy reaccionando así.

Me alejo de allí. Por suerte, como dijo Em, pronto comienza las clases y no la veré en mucho tiempo. Lo suficiente como para que me recomponga. Lo

he hecho en otras ocasiones y no he tenido problema, no será diferente ahora.

Antes era una niña, ahora ya es una mujer.

¡Joder! ¡¿Por qué cojones aparece esta voz cuando menos la necesito?!

Capítulo 6. Revelación.

EMILIE

La gala del otro día me dejó agotada pero, también, desconcertada por el comportamiento que tuvo Max. Lo más seguro es que sean alucinaciones mías y que un acto de afecto lo esté magnificando con la esperanza de que sea algo más.

La cerveza que me bebí me sentó mal y me revolvió el estómago. Le pedí a mi padre marcharnos a casa nada más salir del cuarto donde estuve a solas con Max. Al llegar, tardé varias horas en conciliar el sueño, quizá no sólo por el malestar físico, pero eso es lo de menos.

Ayer me quedé todo el día en casa en pijama, viendo películas románticas, tumbada en el sofá. Patético, lo sé. Hoy me encuentro mejor de ánimos, aprovecharé para organizar las cosas pendientes que tengo y así tener todo listo para las clases. Se acabó lamentarse.

Me siento en la silla frente al escritorio y abro el portátil para buscar por Google la librería más cercana para ir a comprar los dos libros de texto que preciso. Mi teléfono comienza a sonar y giro la cabeza para ver la pantalla iluminada. ¿Mey? ¡Ay, no!, seguro que es por lo de celebrar mi cumpleaños.

Sostengo el móvil en la mano y busco algún pretexto para declinar su propuesta. No soy de fiestas, ¿o sí? Lo cierto es que nunca estuve en ninguna de las que hacían los chicos en las giras y, una vez que llegaba a Londres, mi vida se convertía en algo monótono.

—Hola, Mey —saludo nada más aceptar la llamada.

—A las seis y media Marcus pasará a recogerte por tu casa con el coche. Alice ya está avisada y tengo las entradas para Amika —menciona de carrerilla sin ni siquiera saludarme. Abro la boca para responderle, pero no me deja hablar—. No te vayas a vestir como una monja o subiré contigo en cuanto te vea y haré que te cambies —amenaza y en consecuencia abro los ojos sin creer lo que escucho—. ¡¿Me has escuchado!? —me pregunta gritando en alto y doy un pequeño salto desplazando la silla de ruedas de su lugar.

—¡Eh… sí! Sí, te escucho, pero… —dudo qué contestar, y ella aprovecha para despedirse con un «nos vemos» antes de colgar.

Me… ¿me ha colgado? Separo el teléfono del oído y reviso lo que ya sé con seguridad. ¡Lo ha hecho! Miro el reloj digital que aparece en la esquina de la pantalla del portátil y me levanto al darme cuenta de que tengo una hora y media para arreglarme.

Abro el armario y empiezo a retirar de su interior varias prendas dejándolas encima de la cama. Amika, ¿se puede saber cómo me debo vestir para ir al que se considera el local de moda del que dicen que acuden incluso los famosos? ¡Y aún tengo que lavarme el pelo! Salgo corriendo al pasillo y abro la puerta del baño para preparar todo.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué tantas prisas? —mi padre indaga desde la puerta. No le hago mucho caso, ya que estoy buscando una toalla en la estantería.

—Me vienen a buscar en un rato para ir al Amika.

—¿Quién te viene a buscar? —El sonido de su voz cambia y me giro con lentitud sujetando la toalla entre los brazos —. Estoy esperando que me contestes.

—Me llamó Mey y me dijo que me preparara, Alice va a venir con nosotras. Nos va a llevar Marcus en coche —le explico.

—Vale. —¿Eh?

¿Quién es éste y qué han hecho con nuestro padre?

Dirás mi padre, tú sólo eres mi conciencia.

—¿Vale? —cuestiono confusa. Me esperaba que me dijera que ni de broma me dejaría ir.

Papá da un paso entrando al baño, sonríe de manera tierna como sólo él sabe hacer y sujeta mis hombros con las manos para acto seguido inclinarse y depositar un beso en la parte superior de mi cabeza.

—Sí, vale. —Lo miro a los ojos asombrada—. Confío en ti. Eres una chica responsable, me lo has demostrado en más de una ocasión durante estos últimos años en los que has trabajado codo con codo conmigo y los asistentes en los conciertos —coge aire y se da la vuelta dejándome perpleja—, pero Emilie —me advierte, dándome la espalda antes de salir al pasillo—, no bebas mucho.

—No, no. Claro que no —termino por decirle nerviosa. Si una sola cerveza me ha dejado el estómago hecho papilla, no quiero imaginar cómo puedo terminar si bebo algo más fuerte.

¡Lo conseguí! Después de estar dudando durante quince minutos sobre qué ponerme, al final me decidí por algo que no me diera calor dentro del local. Llevo puesto un vestido de tiras oscuro que me llega hasta el muslo. Me he maquillado con tonos suaves, ya que no me gusta demasiado llamar la atención, y, para no tardar demasiado en peinarme, me eché espuma al cabello para llevarlo suelto dejando que las ondas vayan a su antojo.

Escucho el timbre a lo lejos, termino de pasar la tira de las sandalias plateadas de medio tacón que decidí ponerme y me levanto del borde de la cama para ir a contestar. Cuando llego a la entrada, descubro que no es necesario, ya que mi padre lo ha hecho por mí.

—Te esperan —me anuncia y yo asiento—. Estás preciosa.

—Gracias, papá. —Cubro mis hombros con un abrigo para no pillar frío, ya que las noches en Londres son muy traicioneras—. Me voy —me despido, agarrando el pequeño bolso antes de abrir la puerta.

—Pásalo bien.

—¡Lo haré! —exclamo al entrar al ascensor mientras las puertas se van cerrando.

En cuanto llego a la planta baja y salgo al exterior, veo como Mey levanta una ceja y me obliga a enseñarle lo que llevo debajo del abrigo. Se queja indicando que tiene poco escote, pero que valdrá, dado que vamos justas de tiempo para ir a por Alice a su casa. ¡¿Para qué ponerme algo con más escote si no tengo nada que mostrar?!

Subo al coche y saludo a Marcus. En veinte minutos llegamos a la entrada de Chelsea y recogemos a Alice. Mey se emociona de tal manera que me asusta y lo que comenta sobre chicos, música y bebida durante el trayecto no ayuda a calmarme.

Dejamos los abrigos en el maletero del auto, y Marcus nos comenta que le avisemos cuando sea preciso para llevarnos de vuelta. Al entrar, me froto los brazos incómoda, no sé qué hacer. La música suena y se puede caminar con facilidad entre la gente. Alice y yo seguimos de cerca a Mey que se dirige a la barra moviendo su cuerpo al ritmo que se escucha, pide dos copas

y me pasa una que contiene un líquido transparente y un trozo de limón en su interior. Asiente mientras bebe de la suya, dudo pero obedezco. Es un poco amargo pero no demasiado fuerte. Mmmm, me gusta. Doy otro sorbo.

—Ten cuidado con esa bebida —me advierte Alice—, la última vez que tomé una, acabé embarazada. —Me atraganto al momento y toso. Ambas se ríen mientras intento volver a respirar.

Caminamos con nuestras bebidas en las manos y localizamos un reservado. Nos sentamos en los sillones de terciopelo negro, y coloco uno de los cojines a mi espalda. Todo se ve tan elegante y reluciente. La lámpara en forma de araña, que está colgada en lo alto de local es preciosa, le da un toque de distinción a un lugar que no se parece en nada a lo que me imaginaba encontrar.

Charlamos y reímos hablando de cosas sin importancia mientras el alcohol viene sin parar. Es increíble lo a gusto que me encuentro con estas dos chicas, espero poder conservarlas como amigas.

—¡A bailar! —grita Mey, sujetándome del brazo para que la siga a la pista de baile—. ¡Vamos, Alice! —Ella niega con la cabeza.

—Id vosotras.

—Tú te lo pierdes, aburrida —le comenta su amiga, bueno ahora también es la mía. ¿No?

Muevo los pies mientras contemplo a todo el mundo que nos rodea. Algunos chicos se fijan en el escote de Mey. ¡Ves! Ella sí que puede lucir uno sin complejo alguno. Acerco la copa a los labios sin usar la pajita, ya que no sé por dónde se habrá metido, porque en algún momento la he perdido. No tengo ni idea de cuántas llevaré encima, pero me siento bien.

Cada vez me encuentro más ligera y cómoda. Levanto los brazos al escuchar una canción que me gusta y sonrío al ver como Mey le da esquinazo a un chico diciéndole que llamarla *rubia* no va a hacer que se vaya con él a su casa y que tiene un nombre que no tiene por qué compartir con él. Se le ve tan segura, ojalá yo fuera así.

—Hay un chico mirándote a ti —me grita al oído debido a que en la última media hora han subido el volumen del sitio.

Uh, alguien está mirando…

—No te creo, será por ti. —Observo a mi alrededor y, efectivamente, un chico rubio me guiña el ojo nada más cruzarse nuestras miradas. Me giro y siento como empiezo a temblar por dentro.

—¡Estás toda roja! —Eleva la voz y me llevo la mano libre a la mejilla mientras ella se echa a reír—. Eres demasiado inocente, eso tiene que cambiar.

—Estoy bien así —balbuceo, arrastrando un poco las palabras y tengo que centrar la vista de nuevo al notar que me he quedado quieta. De repente, empiezo a sentir como todo se mueve demasiado rápido alrededor de mí.

—No, no lo estás. ¿Acaso ya te hace caso ese chico misterioso? —Niego con la cabeza.

¡Mala idea! Sujeto el brazo de Mey al perder el equilibrio hacia un lateral. Alice llega junto a nosotras al rato y nos dice que necesita salir a tomar el aire. Creo que será buena idea. A ver si así me despejo un poco.

—¡Eres una sosa! —grita la rubia—, pero eres mi sosa y te quiero. —Se deja caer sobre los hombros de Alice. ¡Ay, qué bonito…!

—Yo también quiero un abrazo —digo e intento rodear a ambas con los brazos.

Nos preguntan si volveremos a entrar más tarde al pasar por la puerta de la salida mostrándonos la posibilidad de ponernos una marca en la mano, pero Alice es la primera en decir que no. Caminamos por las calles empedradas y comenzamos a cantar a pleno pulmón las canciones de Slow Death. Mey se frena al ver que estamos en una pequeña plaza con una fuente iluminada en el centro y corre hasta ella exclamando en alto que tiene que bautizarme.

¿Qué? No entiendo nada, pero la sigo de todas maneras mientras escucho que Alice se ríe con nuestras locuras. La loca de Mey se saca los zapatos y entra en la fuente.

—¡Venga, a qué esperas!, es tu bautismo a la vida pecadora y perversa de la mayoría de edad —anuncia ella, haciéndome reír.

Entro a la pila y, cuando estoy dentro, me doy cuenta de que no me he sacado las sandalias. Comienza a salpicarme con el agua, la cual está congelada, y le respondo de la misma manera. De repente, y sin saber muy bien cómo o qué es lo que ocurre, oigo el sonido de las rudas de un coche derrapar a lo lejos y reparo en que Mey se lleva las manos a la boca gritando el nombre de Alice en alto.

MAX

Ya no sé qué hacer. Las palabras que me dijo hoy por la mañana mamá Fuller no paran de atormentarme. Esta mañana fuimos a visitarla al hospital porque le tienen que hacer el examen que nos aclarará si el cáncer está en remisión o si se ha extendido.

Amo a esa mujer como si fuera mi propia madre. Si le ocurriera algo, no sólo su hijo lo sentiría, todos nosotros nos hundiríamos con él. ¡Jodido, bicho de mierda!, espero que la terapia a la que ha estado sometida en estos últimos meses haya servido para erradicarlo de una vez por todas.

Las chicas se han ido a celebrar el cumpleaños de Emile. Em, Em, Em, todo gira en torno a ella a donde quiera que vaya o haga lo que haga. No dejo de pensar constantemente en su rostro, en esas piernas que me vuelven loco y, joder, en esa boca…

Intento centrarme de nuevo en la conversación de los chicos. Estamos en la casa de Alex y comentan algo de hacer un concierto benéfico, me apunto sin pensarlo demasiado. Si es por una buena causa y Adam lo propone es que merece la pena sin duda alguna. Alex nos asegura que se ocupará de buscar un sitio donde poder hacerlo, y Henry dice de hablar con Mike para saber si se apunta a ayudarnos.

Joder, cada vez que escucho el nombre de nuestro técnico se me suben los huevos a la garganta.

Cobarde.

¿Con Mike? Por supuesto que sí. Aún recuerdo la vez que uno de los de iluminación le propuso ir a tomar un refresco a Em. El pobre chaval lució un ojo morado el resto de la semana. Vale, reconozco que a mí también me entraron ganas de darle una somanta de hostias, pero se me adelantó y, cuando me enteré de lo ocurrido, sólo pude comprobar lo mucho que protege a su hija.

El teléfono de Adam suena y éste se levanta del sofá para atender la llamada. No presto atención a la conversación que tiene, ya que Henry está divagando sobre si deberíamos llamar a Paul y a sus hermanos para que vayan de teloneros. Le insinúo que dudo que acepten de manera gratuita. La realidad es que en este mundo poca gente lo haría en plan altruista. Y si queremos que lo recaudado por las entradas que se vendan vaya de manera íntegra al ala que queremos que se construya en el hospital, deberíamos de utilizar en la medida que podamos todos nuestros equipos e intentar no depender demasiado de terceros.

—Cuando quieres eres listo, pequeñajo —se mete conmigo dándome un codazo.

—No me llames así, idiota, que sólo me llevas un año —le increpo.

De repente, y sin entender lo que ocurre, Adam alza la voz. Levanto la vista y compruebo que su rostro se desencaja. Me alarmo al escucharle decir algo de un coche. Joder, las chicas. Em.

«No dejes que sea demasiado tarde o te arrepentirás. Ve a por ella», escucho la voz de Martha en mi cabeza. ¡Mierda!

Me levanto del sofá como el resto, preocupado, ansioso por saber qué cojones ha ocurrido. Adam parece en *shock*, está sentado en el suelo de la entrada sin decir una palabra, y eso no me ayuda en nada. ¡Joder!

El sonido de un coche suena en la entrada y Alex mira por la ventana para saber quién es. Abre la puerta y sale corriendo. Mi curiosidad me lleva a asomarme para comprobar si son las chicas y respiro más tranquilo al verlas. Aunque, creo, no, estoy seguro de que Mey y Em están borrachas por como caminan. Alice corre y entra para atender a su novio, Emilie entra ayudada por Marcus que la sujeta de la cintura.

Gruño por lo bajo sin darme cuenta al fijarme donde tiene colocada la mano y sigo los pasos de ambos hasta el salón. Él la postra sobre el sofá y ésta se deja caer mojando toda la superficie del mueble. ¿Por qué está mojada? Joder, el vestido se le pega al cuerpo sin dejar nada a la imaginación, bueno quizá sí. Emilie sube las piernas y llevo la mirada a las mismas. El borde del vestido le llega a un poco más de la mitad de los muslos y trago con fuerza al mirarla de reojo mientras tomo asiento lo más lejos que puedo de ella.

—¿Por qué no deja de moverse todo? —se queja murmurando.

Al poco rato de que Alex y Mey entren al salón, Adam y Alice también lo hacen y empezamos el interrogatorio tanto a Marcus como a la chica de mi amigo, el cual parece que se ha recuperado del susto, fuera cual fuera. Porque puedo asegurar que yo no me entero de nada y menos teniendo las vistas que tengo en este instante a mi lado.

Una media hora más tarde sigo igual de confuso, y creo que no soy el único. No tengo ni idea de qué hora será, pero Adam comenta que se va con su chica a casa y Marcus se ofrece a acercar a Emilie y a Mey a las suyas en el coche. Sin embargo, Alex dice que se encargará de llevar a Mey a su casa más tarde en el Jaguar. ¡Já! No se lo cree ni él.

Me despido de mi amigo y decido no meterme con él por el momento, ahora mismo lo que me preocupa es otro asunto. Salgo a la calle y soy el primero en despedirme de todos dirigiéndome a mi casa. Camino unos cuantos pasos con calma y, cuando saco las llaves para abrir la puerta, me fijo en que tanto Henry como John ya han entrado en la suya. Marcus ayuda a Em a sentarse en la parte delantera del auto y le coloca el cinturón de seguridad. Rodea el coche y entra cerrando la puerta. ¡Joder! No puedo.

Hazlo, lo estás deseando.

Retiro las llaves de la cerradura y voy directo al garaje. Me coloco el casco y me subo a la moto. ¡¿Qué cojones hago?! Salgo a la carretera y en unos minutos los diviso a lo lejos. No es que no me fíe de Marcus, pero necesito saber que Emilie llega bien a su casa.

Los sigo durante todo el camino intentando mantener la distancia. Las cosas que estoy haciendo son para ir al médico. Si mi padre me viera, seguro

que no dudaría en llevarme a un especialista. Joder.

Apago el motor cuando oteo que han llegado al destino. Marcus sale y niega con la cabeza. ¿Qué habrá pasado? Abre la puerta y se despide de ella. ¡Se despide! ¿¡Eres idiota o qué te pasa!? ¡Espera a que entre al portal al menos, joder!

Me bajo de la moto y termino por tirar el casco al suelo al ponerme a correr. ¡Mierda, se va a matar! Emilie se tambalea perdiendo el equilibrio al pisar mal sobre el borde de la acera torciéndose el tobillo.

Juro que voy a matar a Marcus cuando me lo encuentre. Me acerco hasta ella y me agacho comprobando que no tenga ninguna herida.

—¿Estás bien?¿Te has hecho daño? —le pregunto sin aliento por el *sprint* que me he dado.

—¿Qué haces aquí?

—Respóndeme, Em —demando.

Su respiración se acelera, me atrevo a posar las manos sobre su tobillo, buscando algún tipo de daño que no se aprecie. Paso las manos por su piel, y ella emite un quejido débil.

—Estoy bien, no es nada. —La miro a los ojos y ella aparta la mirada sabiendo de sobra que me ha mentido.

—Te acompañaré al portal. —Le ayudo a levantarse y me doy cuenta de que necesita de mí para poder caminar. Rodeo su cintura con el brazo. Noto como aguanta la respiración por un instante. ¿Le duele tanto?

Doy pasos cortos hasta aproximarnos al portón. Ella busca en el bolso las llaves, aunque termino por abrir yo, dado que no es capaz de acertar a la primera.

—Será mejor que me marche —medito en alto cuando le devuelvo las llaves.

—¿Me… me ayudas a llegar al ascensor? —Miro a su tobillo, el cual está empezando a hincharse, y asiento.

Vuelvo a rodearla con el brazo, tengo la mano sobre su cadera y esto está siendo una tortura. Necesito irme de aquí cuanto antes.

—No me has contestado —susurra con timidez—. ¿Qué haces aquí, Max? —Levanta la vista. Le brillan los ojos, posiblemente sea por culpa del alcohol, pero hay algo que tira de mí queriendo saber qué oculta. Aprieto los dientes con fuerza y mi razón se va directamente a sus labios.

—No quieras saberlo. —Mejor que no lo sepas. Casi no reconozco mi voz, jamás he estado tan excitado con sólo estar sosteniendo a alguien de la cintura.

—Quiero —asegura mientras se pasa la lengua entre los labios.

No sé el momento exacto en el que mi cerebro toma la decisión, pero mis labios se posan sobre los de ella con rapidez. Arrimo mi cuerpo al suyo de manera que su espalda choca con la pared. Ella gime en mi boca y no puedo controlar mi lengua que quiere explorar y conocer.

Entreabre los labios lo suficiente para que pueda llevar a cabo mi cometido. El sabor ligero del alcohol es lo primero que noto, pero pronto pasa a segundo plano cuando saboreo más a fondo el verdadero aroma de Emilie. Ella lleva las manos a mi espalda. La sujeto por las muñecas retirándoselas y las levanto en alto imaginándome que tengo cerca mi maletín para poder atárselas. Vuelve a gemir, esta vez acompañada del movimiento de todo el cuerpo rozándolo contra el mío. No hace fuerza para soltarse y eso me gusta. Escucho el sonido del ascensor al abrir la puerta y maldigo por lo bajo alejándome de su calor.

Miro el interior del mismo y compruebo que no hay nadie. La respiración de Em está acelerada y me sorprendo al descubrir que estoy sujetando sus manos. Poso la frente sobre la de ella, intentando recomponerme.

—Esto no debería de haber ocurrido —confieso en alto y suelto la sujeción que estaba ejerciendo sobe ella. Sin embargo, me cuesta alejarme y sigo mirándola a los ojos.

—¿Por… por qué? —me pregunta y por primera vez quiero ser sincero con ella.

—Porque está mal. Eres la hija de Mike.

—¿Qué? —Me empuja para que me aleje—. ¿De verdad acabas de decirme que…?

—Emilie, estás borracha, será mejor que subas a casa y en otro momento lo hablamos —le interrumpo.

—Hablar. —Entra al ascensor cojeando ligeramente—. ¿Acaso eso va a cambiar el hecho de que Mike es mi padre o lo que acaba de suceder? Por cierto, ¡¿qué acaba de suceder?!

—No levantes la voz —le indico, dando un paso al frente.

—No me des órdenes, estoy cansada.

¿Cansada, de qué habla? Veo como mueve el brazo y presiona el botón del piso en el que vive. Me quedo como un auténtico gilipollas viendo las puertas cerrarse hasta que lo hacen. Tardo en reaccionar y, cuando salgo a la calle de nuevo, soy consciente de que a partir de este instante me será más difícil que nunca separarme de ella.

El camino de vuelta a Chelsea es una odisea. No dejo de recordar su piel, y el calor de sus labios contra los míos. Me devolvió el beso, incluso le gustó, y le molestó que le comentara lo de Mike. Tengo una conversación pendiente con ella, llevo dos años cumpliendo la promesa que le hice a su padre y hoy la he cagado.

Sin embargo, no me siento mal solamente por eso. Lo que me fastidia es haber besado a Emilie estando en el estado de embriaguez en el que se encontraba. Necesito saber si lo que creo es efecto del alcohol o no. Necesito comprobarlo y pienso hacerlo cuanto antes, porque si hay una mínima posibilidad de que ella haya sentido lo mismo que yo, no seré capaz de seguir acatando mi palabra.

EMILIE

¡No puedo creerlo! ¡Me ha besado! Lo ha hecho. Rozo con los dedos mis labios que aún palpitan tras haber saboreado el mejor beso que he sentido en mi vida. De acuerdo, el beso que me robó el chico de sonido hace un año sin casi darme cuenta, no tiene validez frente a éste.

Sin embargo, hago un ruido de fastidio con la lengua, tuvo que fastidiarlo todo diciendo lo de papá. Estoy harta y asqueada de escuchar constantemente que mi padre es el motivo, por el cual nadie se acerca a mí, y más si sale de la boca de Max.

Salgo del ascensor, aún medio aturdida por todo lo que acaba de ocurrir, y entro en casa intentando no hacer ruido con las llaves. El tobillo me molesta un poco al caminar y creo que parte de la borrachera se me ha marchado de lo enfadada que me siento. Las luces están apagadas, así que decido no encenderlas para evitar despertar a papá. Procuro no armar un escándalo con la puerta al cerrarla, pero un estornudo sale sin previo aviso.

Mis estornudos no son nada silenciosos por desgracia, más bien todo lo contrario. Me tapo con las manos la boca y abro en exceso los ojos esperando captar algún sonido que provenga de alguna zona. El carraspeo de mi padre me anuncia que no se encuentra en su cuarto. La luz de lámpara que tenemos al otro extremo del salón es encendida, y lo veo sentado a la mesa de brazos cruzados.

Trago saliva y balanceo los pies, nerviosa, sin moverme del sitio. Creo que está un poco molesto con las pintas que traigo.

—No, no tenías que esperarme despierto —hablo yo primero al ver que no me dice nada.

—Estás empapada, ve a darte una ducha caliente y descansa —comenta más serio de lo normal—. Mañana tendrás una resaca de las grandes y prefiero tener una conversación contigo en otro momento. Buenas noches. —Se levanta de la silla que arrastra hacia atrás y se dirige a su dormitorio sin volver a mirarme.

¡Lo que me faltaba! ¿Se puede saber qué he hecho yo ahora?

Camino dirección al baño y me tropiezo con la puerta del pasillo. Me toco el hombro, ¡auch!, eso dolió.

Patosa.

La ducha me ayudó a despejarme. Estoy tumbada encima de la cama boca arriba y tengo sobre el tobillo una bolsa de guisantes congelados para bajar la inflamación que estaba empezando a notarse.

No lo he soñado. Ha ocurrido de verdad, me ha besado y luego ha lamentado haberlo hecho. Puede que ahora me vea como una chica y no como una niña, pero dudo mucho que lo haga como a alguien especial. Max es un mujeriego, le gustan todas las mujeres, altas, bajas, delgadas, con curvas, rubias, morenas o pelirrojas, para él todas son bellas en algún sentido. Sin embargo, no soy especial por encima de ninguna con la que haya estado.

Me tapo la cara con los brazos y cierro los ojos. Exhalo con fuerza. Un beso, me he emocionado por un simple beso cuando para él, lo más seguro, no significa nada. No tengo ni idea de sexo, no es que fuera a perder la virginidad en la entrada del edificio a las tantas de la madrugada, pero sé que no estoy a su nivel con respecto a lo que a ese asunto respecta.

Los párpados me pesan, mucho. Estiro el brazo sin necesidad de mirar a donde lo dirijo. Conozco perfectamente a qué altura está el interruptor de la luz. La apago y me acomodo para intentar conciliar el sueño.

Me ha besado… Lo hizo… No es un sueño, no es un sueño.

Capítulo 7. Tarde.

EMILIE

—¡Es hora de levantarse, dormilona!

¡Mi cabeza! Dios, me va explotar. Sujeto la almohada y me tapo con ella intentando amortiguar la voz de papá que vuelve a insistir para que salga de la cama.

—Ya voy, ya voy. No es necesario gritar tanto. —Alzo las piernas apartando la sábana. El tobillo parece que ya no me molesta tanto. Al incorporarme, la habitación no deja de moverse y creo que voy a vomitar como no deje de hacer esa ondulación extraña.

—¿Resaca? —pregunta con sarcasmo.

—Creo que sí.

—¿Te duele la cabeza con cada sonido que escuchas y todo te da vueltas?

—Sí —le contesto de manera escueta. Me molesta hasta el sonido de mi propia voz.

—Bueno, tendrás que soportarlo. Tienes que ir a comprar los libros a la librería. Mañana comienzas el curso y no puedes ir sin ellos.

—¿Sigues enfadado? —cambio de tema al notar la manera en la que me habla.

—¿Tú qué crees? —Cruza los brazos y me mira directamente a la cara sin mover un solo músculo que me permita apreciar cuán grande es su malestar—. Llegas a las tantas, sin que sepa si estás bien o no, cuando lo haces entras a casa como recién salida de la lavadora, y ebria. —Abro la boca para explicarle lo que sucedió, y blande la mano dando un paso al frente que evita que lo haga—. Pese a que te advertí que no bebieras demasiado.

—Papá, yo…

—Ni papá, ni nada —me corta, obligándome a cerrar la boca—. Ven a desayunar a la cocina y prepárate.

Lo veo salir de mi dormitorio y me siento otra vez como si volviera a tener seis años. Lo he decepcionado, me duele haberlo hecho.

Me levanto con lentitud. Recojo la bolsa de guisantes descongelada, la cual está situada en una esquina de la cama, y voy a la cocina para desayunar, como me ha pedido. Lo tomo en silencio sentada en el taburete frente a la barra que separa el salón de la cocina mientras él se toma el café de cada mañana. En cuanto termino, me voy a lavar los dientes y elijo la ropa que llevaré puesta hoy. No me rompo demasiado la cabeza, me visto con una camiseta y unos vaqueros cómodos y decido que, después de llevar ayer los incómodos tacones, mis pies necesitan un merecido descanso, así que me calzo las zapatillas deportivas. Busco en el bolso de ayer la cartera, el móvil y las llaves. Como la temperatura ha bajado mucho en los últimos días, decido ponerme el plumífero rojo, ya que es ligero y guardo todo en los bolsillos laterales de éste.

—Alto ahí —me indica justo antes de que pueda abrir la puerta—. Antes de que te marches, quiero decirte dos cosas. —Bajo la mirada y retuerzo las manos con nerviosismo—. Una, se acabó el alcohol para ti. Mientras vivas en mi casa, no pienso volver a permitir que mi niña llegue en las condiciones en las que lo hiciste anoche. Y dos, a partir de ahora irás de aquí a la escuela y viceversa, hasta nuevo aviso.

—Pero eso no es justo. Era la celebración de mi cumpleaños y ya soy mayor de edad para poder beber. —Mi voz sale cohibida, sin fuerza. Para mí es imposible rebatir a papá.

—Emilie. —Da dos pasos y sostiene mi rostro entre sus manos—. Aún eres mi pequeña y, por muy rápido que quieras crecer, lo seguirás siendo. No pienso perderte, no voy a permitir que te desvíes y empieces a hacer tonterías.

—¿No confías en mí? —cuestiono en voz alta.

—¿Te recuerdo como llegaste ayer, lo que sucedió?

—No fue mi culpa lo que pasó. Y, sobre lo demás, no es para tanto. No me drogo, no salgo con ningún chico. Sólo salí con Alice y Mey y me divertí un poco. Sí, bebí algo, pero no creo que sea para que me trates como a una niña, porque no lo soy —termino elevando la voz, enfadada, separándole las manos de mi cara.

—¿Se puede saber qué te ocurre?

—¡Pero si te lo acabo de explicar! —grito frustrada.

—No voy a cambiar de opinión. Mientras sigas viviendo bajo mi techo, harás lo que te diga.

—¿Es acaso una invitación para que me vaya?

Silencio, no me contesta. Da un paso atrás, pierde color del rostro como si acabara de pasar un fantasma frente a él. Puede que esté dramatizando demasiado, pero todo este discurso paternalista de mi progenitor me ha hecho pensar en que quizá nunca logre ser totalmente independiente si sigo viviendo bajo su techo, como bien ha mencionado él.

Al cabo de un rato sin respuesta alguna por su parte, me despido y voy al ascensor. En cuanto llego a la planta baja, veo que han dejado otra vez la puerta abierta. Odio cuando los vecinos hacen eso. Me aseguro de cerrarla cuando salgo a la calle y respiro hondo intentando calmarme.

Pruebo a no pensar en todo lo que me ronda por la cabeza mientras camino sin distraerme directa a la librería. Al entrar, me dan los libros y les pago. Suspiro con pesar al saber que tengo que volver a casa. Lo más seguro es que me meta en mi cuarto y deje pasar las horas hasta que llegue el momento de irme a dormir. Mañana será el primer día de clases y espero que todo vaya bien.

MAX

Sus labios entreabiertos, el tacto de su piel suave y aterciopelada que me invita a recorrer el resto de su cuerpo para explorar las zonas que aún no he podido ver, acompañada de esa mirada cálida llena de confianza… No he dejado de fantasear y tener sueños en los que el tono de sus mejillas adquiere un precioso color rosado a causa de la excitación. Me pregunto cómo sonará su voz después de llegar al orgasmo. ¿Será de gritar, gemir o chillar?

No soy capaz de pensar en otra cosa desde hace dos días. Em, sólo en ella. Ni siquiera he dejado apartada su imagen cuando recibí hoy al mediodía un mensaje de WhatsApp de Adam, en el que me daba la noticia de que la enfermedad de su madre está en remisión.

Las emociones se me mezclan solas. Por una parte, quiero ir a buscarla y traerla sin contemplaciones a mi casa para seducirla e ir mucho más lejos de lo que hemos hecho. Por otra, cuestiono el hacerle daño, no sólo a ella, sino

también a Mike. Los conozco desde hace años. La he visto, como quien dice, crecer.

No, no puedo. No debo.

El timbre de casa suena. Camino hasta la entrada y, al abrir, me encuentro que son Adam y su chica. Esta última sujeta un recipiente. ¡Oh, sí!

—¡Tarta de calabaza! —grito, arrebatándosela de las manos, la acerco a la nariz e inspiro el delicioso aroma que desprende—. Mamá Fuller es la mejor —aseguro, intentando abrir el *tupper* con ganas de hincarle el diente y poder disfrutar de lo que queda del día sin romperme más la cabeza.

—Espera, Max. Martha recalcó que no te olvidaras de lo que hablasteis —me advierte ella, a lo que yo me quedo petrificado.

Miro con desconfianza el postre más delicioso que han degustado mis papilas gustativas. La boca me saliva más de la cuenta, pero le devuelvo el envase a Alice.

—No, no puedo —niego, moviendo la cabeza. Estoy seguro que si la acepto terminarán por cumplirse las predicciones de mamá Fuller, porque ella nunca falla.

—¡Joder! —grita Adam—, trae para acá. —Me retira el *tupper* de las manos—. No te la quieres comer tú, pues me la comeré yo solito. Ya estoy hasta los cojones de que os creáis a pies juntillas todas las cosas que dice mi madre. Joder, ni que estuviese envenenada.

Envenenada, no, pero algún tipo de elixir para que acepte lo que me está ocurriendo sí.

¿Qué te está ocurriendo?

Nada, no me ocurre nada de nada.

Seguimos a Adam hasta la cocina. Cuando Alice y yo entramos, él ya está sentado cortándose una porción. Tengo que volver a tragar con fuerza, ese olor me está matando. Giro la cabeza para no seguir con esta tortura.

Empiezo a moverme dentro la cocina como un ratón que intenta escapar de la trampa en la que lo han metido. No dejo de escuchar los sonidos exagerados que hacen al comer: «Ummm». Cierro los ojos y… mierda, es peor, ya que cualquiera que los escuche diría que están follando encima de la mesa de la cocina.

—¡Joder!, parad de una vez. No sé si queréis ponerme cachondo o hacerme rabiar —exploto.

Me siento al lado de ellos y alejo el último trozo que queda de la maravillosa tarta de Martha. Serán glotones, casi no me dejan nada. Sujeto una cucharilla cortando una pequeña porción que me llevo a la boca. La crema inmediatamente se esparce por todo el paladar. Esto es el manjar de los majares.

—Sabía que caerías —le dice Adam, riéndose.

—Será tu culpa si cometo un error. —Lo fulmino con la mirada mientras levanto la cucharilla a modo de amenaza.

—Antes tendrías que contarme quién es ese error. —Alza una ceja y acto seguido vuelve a introducir otro trozo en la boca mientras me sonríe de medio lado. Alice nos mira con cara de circunstancia, lo más seguro es que no se imagine nada de lo que estamos hablando.

—Cuanta menos gente lo sepa mejor… es, es complicado. —Mi voz sale en un tono serio y bajo. Es mucho más que complicado. Adam, seguramente, sea uno de los que me intenten partir la boca en cuanto se entere de que me he interesado por Emilie. Joder, sólo rezo para que el que me dé la paliza no sea Henry o ya puedo ir comprando un buen ataúd.

Espera, ¿esto significa que voy a ir a buscarla?

¡Sí! Joder, ya era hora. Dos años machacándotela pensando en una misma mujer no es sano.

Me despido de mi amigo y su novia que se van a su casa escoltados por Marcus. Últimamente, la prensa está más pesada que nunca. Voy al garaje y subo en la moto. Calculo que a esta hora acabará de salir de la primera clase que ha tenido y, si me doy prisa, quizá la pueda ver antes de que suba a su casa.

Aumento la velocidad y la fiera que tengo entre las piernas ruge como nunca. Joder, me encanta la sensación de libertad que da conducir esta preciosidad. No obstante, a medida que me acerco a mi destino, las preguntas se agolpan una tras otra: ¿qué le voy a decir?, ¿quiero seguir con esta locura?, ¿se acordará del beso?, ¿y si fue todo a causa de estar borracha?

Todo esto deja de tener importancia al divisar a lo lejos su figura. Sostiene entre las manos una carpeta que aprieta contra su pecho. Aminoro poco a poco hasta que agarro con fuerza el freno de golpe al observar como

un chico, que en mi vida he visto, le sonríe mientras le aparta un mechón de cabello del rostro.

¡¿Quién cojones es ese niñato!? ¿Y por qué Emilie le devuelve la sonrisa?

«No dejes que sea demasiado tarde o te arrepentirás. Ve a por ella». La voz de mamá Fuller hace eco en mi cabeza más fuerte que nunca.

Camino con decisión con el casco de moto en una mano, reparo en cómo el chico le sujeta de la cintura con la intención de besar unos labios que no le pertenecen. Más vale que quite sus sucias manos de ella, Emilie no es suya.

Es mía. Bueno, no lo es, pero suya ni de coña.

Capítulo 8. Realidad.

EMILIE

Miro de reojo a Trevor que está sentado frente a mí. ¿Cómo he llegado a esta situación tan incómoda?

Vuelvo a colocar la carpeta sobre las piernas y juego con la goma de la misma mientras espero a que llegue a la parada del metro en la que tengo que bajarme. Hoy he ido a estudiar y no ha sido tan malo como me imaginaba. Meghan es una chica muy simpática y no me ha dejado ni un momento a solas, ni siquiera en el descanso para ir a comer. Trevor se nos unió, y terminaron por preguntarme qué tal me había ido estos días. Les terminé contando lo sucedido con las chicas y la regañina de mi padre de ayer. No saqué el tema de Max, ya que no los conozco tanto y, además, no sabría muy bien qué decirles.

A la hora de despedirnos, Trevor me consultó en qué línea de metro tenía que ir y me pilló de sorpresa cuando me reveló que él también iba en la misma. Me pasé todo el camino callada mientras caminaba a mi lado y ahora estoy nerviosa al ser observada meticulosamente por él.

¡Al fin, mi parada!

—Yo también me bajo aquí —me aclara, acercándose demasiado a mi cuello.

Me aparto y frunzo el ceño. No sé por qué tengo la sensación de que no vive por esta zona.

—No vives por aquí, ¿verdad? —cuestiono y se abre la puerta para que la gente baje.

—No, con exactitud.

—¿Entonces por qué me acompañas?

—Quería pasar más rato en tu compañía y conocerte mejor. —Sonríe de medio lado.

—No era necesario. Nos vamos a ver durante meses.

—No es lo mismo.

Subo las escaleras que me dejan en la calle. Tengo que cruzar un semáforo y sigo recto por una avenida durante unos cinco minutos hasta llegar a mi casa. La proximidad de Trevor no me hace sentir muy cómoda, así que acerco a mi cuerpo la carpeta y apresuro el paso.

—¡Hey! ¿Te vas a marchar así sin más? —pregunta, sujetándome del brazo.

—Ya llegué. Tengo que irme. —Muevo la cabeza dirección al portal, y él sonríe de nuevo con esa media sonrisa que parece que tanto usa.

—¿No me vas a invitar a subir? —indaga convencido, dando unos pasos hacia la entrada, que, por cierto, está otra vez abierto. ¡Es que no saben que hay que cerrarlo!

—Será mejor que no. —Le sujeto del antebrazo para que no siga avanzando—. Mi padre está en casa y no le caen bien los chicos, en general —añado al final para que no se piense que es por él.

—Por eso, no hay problema. —Lleva la mano y me toca la mía. Yo me aparto de su contacto algo incómoda—. Les suelo gustar a los padres.

—¿Ah, sí? —Levanto una ceja, no me imagino a Trevor intentando caer bien a mi padre.

—¿Acaso lo dudas? —Baja el tono de su voz acercándose poco a poco a mí. Asiento y trago con fuerza al notarlo tan cerca. Levanta la mano y aparta un mechón suelto que tengo para dejarlo detrás de mi oreja—. Pues mis padres me adoran —termina diciendo y no puedo evitar reírme ante ese comentario tonto.

Mi risa se esfuma y mi respiración se atasca cuando Trevor inclina la cabeza y me sujeta de un brazo. Cierro los ojos y aprieto con fuerza la carpeta sin saber qué hacer. ¿Me va a besar?

Dios, mira que eres lenta…

—Em, siento llegar tarde. —Doy un salto al escucharle.

—¿Max? —¿Qué hace aquí? Me retiro un poco de Trevor y me fijo en la mirada de Max. ¿Es cosa mía o ha disfrutado cuando me he apartado de él?

—Emilie, creo que mejor me voy. Nos veremos mañana —se despide y se acerca de nuevo para depositar un beso en mi mejilla sin dejar de mirar de reojo a Max que lo reta con solo un vistazo.

—Sí, será mejor que te marches. Em y yo tenemos que hablar —le contesta con seriedad. Decido que es mejor que Trevor se vaya y me despido

de él. En cuanto veo que se aleja, me giro y espero algún tipo de explicación—. ¿Quién cojones es ese niñato? ¿Sabe tu padre que te acompaña a casa?

Vale, eso no es una explicación.

—Es Trevor, un compañero de clase, y no necesito pedirle permiso a mi padre para que nadie me acompañe. —¡¿Se puede saber qué le pasa?!

—No me gusta. —Pongo los ojos en blanco al escuchar el tono grave que ha adquirido su voz—. No me gusta nada. Tenemos que hablar, Em.

—Habla —le invito a que comience.

—El otro día, cuando… ¡Joder! El beso, ¿te acuerdas del beso? —Asiento al ver lo nervioso que se ha puesto—. No he cumplido la promesa que le hice a Mike.

—Si vas a seguir por ese camino, mejor me voy. Recuerdo perfectamente todo lo que sucedió y no necesito volver a escuchar como soy rechazada.

—¡Joder, Em! —Deja caer el casco de la moto al suelo, sujeta mis brazos y se arrima a mí—. ¿No lo entiendes? No puedo quitarte de mi jodida cabeza. Y eso puede acarrear consecuencias —susurra contra mis labios.

Dios, estoy deseando que me bese.

—Mierda, no puedo.

Nada más escuchar esas palabras que salen de sus labios, me aparto de él con la sensación de un nuevo rechazo. Bajo la mirada, triste y decepcionada ante las ilusiones que me había hecho. Mi corazón se contrae de dolor. Sin previo aviso, Max me sujeta de la cintura y me atrae a su cuerpo en un impulso logrando que la carpeta caiga al suelo. Levanto la vista y sus labios tocan los míos de manera posesiva. Sujeto sus hombros invitándolo a que continúe. El calor de mi cuerpo aumenta por segundos, la respiración me falla, pero no quiero que pare. Abro un poco la boca para poder respirar mejor y su lengua, ¡oh, madre mía!, su lengua se mueve con maestría jugando con la mía sin dejar que recobre el aliento.

Las manos de Max recorren mi espalda, no deja de besarme y creo que estoy a punto de morir de un paro cardiaco. Da un paso llevándome con él hasta que mi espada choca con la pared del edificio. El calor de sus labios se escapan un instante para intentar recuperar el oxígeno que nos falta. Con la respiración entrecortada sonrío mordiéndome el labio inferior sin creer aún lo que acaba de suceder, de nuevo.

Su pecho sube y baja con rapidez casi tanto como el mío. Sujeta mi mano y tira de mí para que lo siga. ¿A dónde me va a llevar? Rodeamos el edificio hasta quedar en la parte trasera de éste. Justo en donde comienzan las vallas del cementerio que veo desde la ventana de mi dormitorio. Max gira la cabeza a un lado y al otro revisando que no hay nadie cerca. Acto seguido acerca su frente a la mía y quiero volver a probar esos labios que me tienen loca. Hago el amago de querer besarle y no me rechaza. ¡No me rechaza!

Los movimientos son cada vez más frenéticos, coloca sus manos en mi trasero y doy un gemido que es amortiguado por su boca. Siento en el abdomen la presión que ejerce al juntar su cadera con la mía y ahí es cuando noto su excitación. Me entra el miedo y me aparto con la respiración agitada de él.

—Yo, ehm, yo creo que… —Muevo con indecisión los pies alejándome de él.

—¡Joder, mierda! Soy un imbécil. —Frunzo el ceño al oírle. ¿Ya está otra vez arrepintiéndose? Se mueve para llegar a mí y acaricia mi mejilla—. ¿Tienes idea del tiempo que llevo queriendo hacer esto? —Niego asombrada por su confesión—. No puedo quitarte de mis pensamientos, Em —susurra bajando la voz, se queda en silencio durante un rato y comienza a negar con la cabeza—. Te mereces algo mejor. —Me retiro de golpe.

—¡Qué! —exclamo en alto sin saber cómo reaccionar.

—Tú, tú eres dulce, tierna e inocente. No conoces todas las cosas que hago o de las que soy capaz de hacer. —Intenta volver a tocarme, y me aparto más.

—Sé mucho más de lo que crees. Te olvidas de que llevo viajando en vuestras giras dos años. No soy idiota, Max. He visto desfilar a cada una de las chicas con las que te has acostado durante todo este tiempo y sé que tienes una experiencia de la que carezco.

—No es cuestión de experiencia, Em. Es… es cuestión de que no puedo pedirte que seas lo que no eres.

—¡¿Cómo puedes estar tan seguro de cómo soy?! ¡Si ni yo misma lo sé!

Me asombro ante lo que acabo de decir en alto, pues no me había dado cuenta hasta ahora de ello. No me conozco, no sé lo suficiente de mí misma para afirmar o negar nada, porque, aún, no he experimentado lo suficiente.

Trago saliva con fuerza y bajo la mirada, tiene razón. Quizá no sea capaz de ofrecerle lo que él necesita.

Visualizo los pies de Max que se ha arrimado a mí, percibo el tacto de su piel contra la mía y reprimo unas lágrimas que no quiero derramar.

—Em, no puedo ofrecerte una relación. No soy de relaciones. No voy a negar que tú me atraes, joder, me atraes mucho. Sin embargo, ir agarrados de la mano paseando por el parque o salir al cine a ver una película no es algo que te pueda ofrecer. —Siento como la humedad de una lágrima se desliza sin mi consentimiento y él la retira con el dorso de su mano.

—Podríamos intentarlo. —Tengo la garganta cerrada, me cuesta vocalizar. Prácticamente, estoy suplicándole que dé una oportunidad a lo que sentimos, porque ahora soy consciente de que él también siente algo, aunque ese algo sea puramente físico.

MAX

Escucho su súplica y veo como una lágrima cae por su rostro. Joder, no lo soporto. La retiro con el dorso de la mano. Debo ser realista, su reacción a mi toque y la forma en la que se alejó de mí al notar que estaba todo excitado ha sido un jarro de agua fría que me ha ayudado a darme cuenta de que ya no es sólo cuestión de la promesa que le hice a su padre o de que por culpa de mi polla el grupo pueda tambalearse. Mis gustos, mi forma de vida… si la dejo entrar en ella, no habrá vuelta atrás. No obstante, por cómo ha reaccionado, no está preparada.

Por primera vez en mi vida dejo las tonterías y las bromas. No voy a incitarla a ir más rápido de lo que ella quiere. Posiblemente, nunca esté dispuesta. Un sentimiento de opresión se me acumula en el pecho y la rabia me corroe ante el pensamiento de que pueda encontrar lo que necesita en los brazos de otro. De ese… estúpido niñato de antes.

Me obligo a inhalar para acumular el valor que preciso.

—¿Qué sucederá cuando quiera sexo? —Ladeo la cabeza y la miro a los ojos. Su expresión cambia y su cuerpo se pone inmediatamente rígido. Como me imaginaba, aún no está lista para un paso así. Retiro la mano de su mejilla bajándola a mi costado y aprieto con fuerza el puño—. Sabes que eso sucedería en algún momento y lo que te pediría no es precisamente romántico, Emilie —utilizo su nombre completo para intentar distanciarme

lo máximo, emocionalmente, como para seguir hablando—. ¿Estás dispuesta acaso a ser atada? ¿Dejarías todo el control de esos momentos para mi disfrute?

—Yo… yo, no sé… —Escucho su balbuceo y me dan ganas de abrazarla para que no se sienta tan insegura.

—Creo que es mejor que olvidemos lo que acaba de suceder, lo que ha pasado entre los dos. Céntrate en los estudios, eso es lo que debes hacer. —Joder, ahora sueno como un padre protector, pero tengo que hacer esto, aunque me esté muriendo por dentro.

Me quedo esperando un rato a que me replique, pero no reacciona. Parpadea varias veces antes de mirarme fijamente. Tiene los ojos vidriosos, intenta aguantarse las ganas de llorar; sin embargo, me alejo de ella y doblo la esquina del edificio. Soy un auténtico cabrón.

—¡Espera! —La escucho gritar a mi espalda. Freno en seco sin darme la vuelta a la espera de que me diga lo que quiera—. ¿Y qué sucede con lo que sientes? ¿Con lo que sentimos?

Cierro los ojos con fuerza y aprieto los dientes.

—Olvídate, Emilie. Yo no siento nada más que deseo —miento en alto y oigo un sollozo que me parte el alma.

Recojo el casco del suelo y camino directo a la moto sin volver la vista atrás, me subo a ella y enciendo el motor. Es lo mejor para ella, aunque aún no lo sepa. Conduzco directo a Chelsea, puesto que necesito hablar y sacarme todo este peso que llevo dentro. Aparco y bajo de la moto nada más llegar a mi destino. Llamo a la puerta, sin utilizar el timbre, usando el puño con fuerza. John abre, y lo miro a los ojos. Él frunce el ceño y se hace a un lado para dejarme pasar.

—La he besado —confieso.

—Joder, tío, ¡eres idiota! —Lo escucho mientras camino hacia el salón de su casa y me siento dejando caer mi cuerpo en el sofá.

—Y luego le he dicho que olvidara lo que pasó —continúo, ignorando el momento en el que se sienta a mi lado.

—¿Vas a cambiar? —Me sorprende realizándome las mismas preguntas a las que me he aferrado durante estos años para no cagarla.

—No —contesto con firmeza. Sé quién soy y no voy a cambiar.

—¿Estás dispuesto a que ella cambie por ti? —Me mira con detenimiento esperando una respuesta.

—Nunca. —Y es cierto, no voy a hacerlo. El mundo en el que me muevo no es algo que se elija. No es como ir un día al peluquero y decir que te apetece cambiar de *look*. Cuando entras, te cambia la vida y hay mucha gente que, una vez conoce la realidad y vive la fantasía de su mente, se da cuenta de que no es para ellos. No podría soportar llegar a ese extremo con Em. Ver en su mirada algún tipo de repulsión o de duda. Saber que no es capaz de ofrecerme su confianza plena.

—¿Serías capaz de romper la promesa que le hiciste a Mike? Bueno, más de lo que ya lo has hecho —puntualiza.

—Sí, aun siendo consciente de que eso causaría problemas a la banda. —Necesito ser honesto conmigo mismo.

—¡Me cago en todo, joder! Y la última, ¿estás enamorado?

Guardo silencio durante un rato. Su sonrisa, la manera que tiene de mover los pies cuando está nerviosa, el aroma de su cuerpo a flores silvestres, sus labios carnosos…

—Sí. —Coloco los codos en las rodillas y me paso las manos con frustración por la cabeza.

—¡Mierda! ¿Y qué vas hacer ahora?

—Ser el hombre más desdichado de la tierra.

Porque te da la gana. Ve a por ella.

Escucho a la jodida de mi conciencia decir lo que realmente me gustaría poder hacer.

—Me olvidaré de ella con el tiempo.

—Eso no te lo crees ni tú. Llevas dos putos años reprimiéndote —me cuestiona, suspirando en alto, y muevo echando la cabeza hacia atrás de manera que ahora sólo puedo contemplar el blanco del techo—. ¿Quieres que te siga ayudando?

—Sí, ahora más que nunca, bro. Ahora más que nunca.

Sujeto la cabeza con ambas manos y cierro los ojos con fuerza. En el momento en el que me hice famoso supe que nunca podría tener una pareja, formar una familia. Lo asumí con facilidad, no la buscaba para ese instante. Jamás pondré a Em en la situación de que la prensa y la gente la señale al

caminar por la calle por mi forma de vivir. No soportaría ver que su luz es apagada por culpa de los insultos hacia su persona.

Paso los días como un puto robot. Voy a la casa de Henry a menudo y descargo toda la rabia en su saco de boxeo. Ha pasado un mes y aún no soy capaz de ser yo mismo. Por suerte, los ensayos han empezado y me distraigo tocando la guitarra, si no sé qué estaría pendiente de ir a ver cómo está, aunque sea desde la distancia. Intento que nadie note mi estado anímico e invento varias excusas para no ir al club cada vez que Isaac y Kevin me llaman. Sé que tendré que volver pronto, no puedo seguir así mucho tiempo. Me han comentado que mañana hay una fiesta a la que quieren que acuda en Mazmorra y, aunque es justo el día del concierto benéfico, creo que voy a ir, ya que será a la noche cuando se celebre. Necesito comprobar hasta qué punto me ha afectado todo esto.

Capítulo 9. Curiosidad.

EMILIE

He pasado por un millón de estados de ánimo; sin embargo, no he sido capaz de sonreír durante varios días. Trevor y Meghan han intentado animarme, pero, aún, me duele recordar el calor de sus brazos al rodear mi cuerpo.

Hoy, al salir de clase, hice el esfuerzo para llegar a tiempo al concierto que han organizado los chicos en Hyde Park. Y lo hice, sin aliento pero a tiempo. Subí las escaleras laterales que daban al escenario para saludar al equipo y me encontré con que Alice y Mey que estaban hablando con Max. Él nada más verme se retiró sin ni siquiera saludarme o dirigirme una simple mirada.

Me he dado cuenta en este último mes que no es sólo la edad lo que nos separa. He rememorado una y otra vez lo que sucedió y creo que fue mi forma de actuar lo que hizo que se marchara. Dejar todo a su control…

No sé si sería capaz de hacer eso.

Veo el concierto en compañía de las chicas. Saltamos y coreamos las canciones a pleno pulmón mientras por dentro siento como mi corazón se parte a cada rato en mil pedazos al comprender que jamás podré estar a su lado. Nunca me cansaré de admirar su manera de tocar ni de cómo es capaz de trasmitir toda esa fuerza en cada uno de los acordes con los que deleita al público.

Cuando está por finalizar el concierto, observo como Alice se aleja de nosotras y de una esquina apartada saca una guitarra que estaba guardada en una funda. No puedo creer lo que ven mis ojos. Es un espectáculo precioso, la complicidad que Adam le profesa es notoria en cada uno de los gestos que hace. Se despiden entre aplausos y vítores ante un millar de espectadores que han venido a disfrutar del mejor grupo de *rock* que hay en Reino Unido.

Me acerco a Alice para felicitarla por su actuación y veo como Adam se refresca con un botellín de agua que le pasa Jimmy, uno de los chicos que trabaja en el *backstage*. Me doy cuenta de que Magister me observa de reojo y pone una cara extraña.

—No me mires así, estoy de vacaciones, ¿recuerdas? —digo, encogiéndome de hombros.

Mi padre se une al pequeño grupo y felicita a los chicos por el espectáculo. Recibo un wasap de Meghan que me pregunta si mañana podemos quedar después de clase en su casa para que le explique una serie de dudas que tiene con respecto al proyecto que nos han solicitado. No me puedo negar, ya que es por equipos y, aunque cada uno de nosotros hemos decidido adelantar en solitario todo lo posible, la nota final dependerá del trabajo final que se presente entre todos. Le respondo diciéndole que iré, pero que tenga todo listo para cuando llegue porque no quiero regresar en metro demasiado tarde.

Al colgar la llamada, me doy cuenta de que la mayoría de los que estaban a mi alrededor hace un segundo se han esfumado y, al llegar al último peldaño, me quedo petrificada al ver como Adam está dándole una paliza a un hombre mayor. Mey da un grito pidiéndole que se aleje mientras ambos no dejan de rodar por el suelo dándose de puñetazos mutuamente. Adam obedece, como para no hacerle caso a Mey, vamos. Y ella le da con todas sus ganas una patada en sus partes a ese señor.

—Emilie —me llama mi padre, y me acerco a él mientras se siguen escuchando las amenazas de ese tipo a lo lejos—, ¿te encuentras bien? —Asiento con la cabeza aún algo nerviosa con lo que acaba de suceder—. Los de seguridad ya se están ocupando de él, no te preocupes. Tengo que quedarme un par de horas más para recoger todo el equipo.

—De acuerdo, volveré en metro a casa más tarde. —Henry y Max hablan entre sí a poca distancia de nosotros, y escucho su conversación sin prestar demasiada atención a mi padre.

—Emilie, ¿me estás atendiendo? —Pasa la mano por delante de mi cara, y vuelvo a centrar la mirada en él.

—Sí, sí que lo hago.

—Te preguntaba si vas a volver a salir con esos dos amigos tuyos o irás directa a casa. —El semblante de su cara cambia al mencionar a Meghan y a Trevor. No le gustan demasiado.

Una idea un poco arriesgada se me pasa por la cabeza al haber escuchado lo que Max le decía a Henry y decido ser un poco impulsiva por una vez en mi vida.

—Sí que voy a quedar con ellos, ya me lleva Meghan en su coche más tarde, así que no me esperes —le miento para que no sospeche ni me interrogue sobre a dónde voy a ir. Me pongo de puntillas para poder dejar un beso en la mejilla de papá y me doy la vuelta antes de que empiece a sermonearme.

Camino entre la multitud de fans que se aglomeran entorno a las vallas que separan la zona donde están situados los coches de los chicos y… la moto de Max. Distingo como este último se sube a ella y con decisión prosigo con la caminata hasta salir de Hyde Park. Saco el móvil y busco en la aplicación cómo se llega a… ¿Cómo dijo que se llamaba?

Mazmorra.

Eso, Mazmorra. Con ese nombre estoy por afirmar que es uno de los clubs a los que suele acudir. Quiero comprobar con mis propios ojos lo que hacen allí.

Tengo que tomar una línea de metro en la que nunca me he subido para luego enlazar con el tren de cercanías. Me muerdo con tanta ansiedad y nerviosismo el labio inferior que me hago daño. Quizá no ha sido buena idea, pero tengo tanta curiosidad por saber qué es lo que sucede en ese sitio y qué es lo que cree que no soy capaz de hacer. Porque en pocas palabras es lo que dijo, que no sería capaz de darle lo que necesita.

Tuerzo la boca haciendo una mueca al recordar que me quedé muda cuando sacó a relucir lo del sexo. Sé que para él es algo importante…

Me bajo en la parada cercana al aeropuerto Heathrow. He usado el tren Express y he llegado en unos quince minutos. Me doy cuenta de que varias personas bajan en esta misma parada vestidas de una manera un tanto peculiar. Decido seguir sus pasos, ya que me da que van hacia el mismo sitio que yo.

En cuanto veo la mansión, agrando los ojos. Está cercada por un muro de piedra que rodea toda la propiedad. Las personas que se han desplazado en transporte público, como yo, hacen una hilera para poder entrar, mientras que los coches acceden sin problema por el portón de hierro forjado en color negro y aparcan en la zona donde les indican.

Camino hasta llegar a la entrada, y la persona encargada en la puerta me revisa de abajo a arriba frunciendo el ceño.

—No puedes entrar así. Tenemos etiqueta de vestuario —comenta de manera seca.

—Yo… —No sé qué contestarle.

—Odio las fiestas de puertas abiertas —dice entre dientes. Se agacha un poco y mete la mano detrás del pequeño mostrador. Me pasa una bolsa de tela y me quedo mirándola sin entender muy bien qué quiere que haga—. ¡Venga, muévete! Ve a los vestuarios a cambiarte de una vez que la gente quiere entrar.

Echo la vista atrás y me doy cuenta de que estoy paralizando el tránsito del acceso al local. Me tropiezo con mis propios pies, pero me estabilizo con rapidez. Miro todo con asombro, no parece ningún lugar sombrío o lúgubre como me lo imaginaba más bien todo lo contrario. Es lujoso con detalles en blanco perla en los muebles y lámparas de un precioso cristal que emite colores diversos cuando les da la luz directamente.

—¿Te puedo ayudar en algo? —Giro la cabeza y veo a una chica bajita y con el pelo cobrizo recogido en una coleta alta.

Me pregunta de nuevo, pero los nervios que siento impiden que pueda verbalizar cualquier palabra. Me fijo en que lleva puesto un vestido corto, muy muy corto, en color rojo con una especie de corsé trenzado en la parte delantera que realza su cintura y pecho.

—Gracias, estoy buscando el vestuario —le menciono mientras muevo la cabeza y miro a un lado y al otro buscando algún tipo de letrero.

—Eres una de las novatas, ¿verdad? —¿Novata? Decido asentir para darle la razón—. No te preocupes entre las sumisas nos ayudamos mucho. Normalmente —puntualiza—. Sígueme, te llevaré al vestuario mientras te explico cómo funcionan las cosas por aquí. Por cierto, mi nombre es Peny, aunque aquí me llaman «Roxy». Cuando te cambies, tengo que darte la pulsera que usan para diferenciar a las novatas de las chicas que ya han estado en algún juego o escena con anterioridad.

Camino detrás de ella escuchando atentamente cada una de las palabras que dice. Es demasiada información y me estoy sofocando sólo de pensar en meter la pata. La sigo por un pasillo, y dejamos atrás varias puertas, dobla una esquina y, al fin, se para a abrir una de ellas indicándome que pase. Al hacerlo, compruebo que es muy similar a cualquier tipo de vestuario, unas taquillas están en las paredes rodeando la habitación para dejar la ropa

guardada. No obstante, sí me doy cuenta de que no hay ningún tipo de cabina donde poder cambiarme sin ser observada.

Expulso el aire de mis pulmones y decido que no es para tanto hacerlo delante de otra mujer. Retiro el pantalón vaquero y la parte de arriba quedándome en ropa interior, abro la bolsa que me dio el chico de la entrada y compruebo su interior.

—¿Qué haces? —pregunta Peny, o Roxy, como se llame.

—Vestirme. —Aprieto la pequeña prenda de licra que debo ponerme contra el pecho y me quedo quieta a la espera de saber en qué me he equivocado.

—Tienes que quitarte la ropa interior. No puedes entrar con ella. —Roxy niega con la cabeza por mi falta de conocimiento, se acerca a mí para desabrochar mi sujetador y de un solo tirón me baja las bragas. Y doy un pequeño salto ante tal situación—. No estás depilada —dice y llevo la mirada a la zona donde me mira. ¡Dios, qué vergüenza! Me tapo lo más rápido posible—, cómo se nota que aún no tienes un Amo. —Pone los ojos en blanco—. Por suerte, no tienes mucho vello púbico.

Me visto lo más rápido que puedo, y me explica que, al no traer el calzado adecuado, debo entrar descalza a la pista. La pista… ¡¿Dónde demonios me he metido?! Me aprieta los lazos que están en la parte frontal de la pequeña tela que llevo por vestido y me asombro al darme cuenta que hasta da la sensación de que tengo pecho. ¡Tengo pecho! Creo que a partir de ahora llevaré uno de éstos debajo de la ropa de calle.

Roxy me advierte que, una vez entremos en la pista, debe ir directa junto a su Amo. Me aconseja que no me ponga nerviosa, ya que hoy es un día de fiesta y todo el mundo conoce las normas.

¡¿Qué normas?!

Intento disimular y no hablo, sólo la escucho. Me recalca que recuerde que un «No» significa eso, «No», en caso de que olvide mi palabra de seguridad. ¡¿Qué demonios es eso?! Creo que voy a darme media vuelta y salir de aquí lo antes posible.

Nos paramos delante de unas puertas dobles con apariencia de pesar bastante. Mi respiración es difícil de controlar en este momento y toco el brazo de Roxy para decirle que quizá sea mejor que me marche. Ella gira la

cabeza y me mira con una sonrisa y un brillo en los ojos que en mi vida he visto.

—Que lo pases bien —comenta, empujando las puertas con ambas manos.

El sonido de la música sale de golpe envolviendo mis sentidos. Camino con pasos cortos sin dejar de poder observar cada una de las escenas que tengo ante mis ojos: una mujer que lleva a un chico con una correa al cuello; una chica que está sentada en el suelo a los pies de un hombre que está situado en un extremo donde hay varias mesas para tomar algún refresco; y, al girarme sobre mis propios pies, contemplo el escenario donde una persona está alzada en el aire por unas cuerdas mientras un enmascarado le toca los pechos.

No me puedo creer lo que ven mis ojos. Eso, ¿eso es lo que le gusta a Max?

Los láseres no dejan de iluminar la pista central donde la gente baila y socializa; algunos de ellos con movimientos más que insinuantes. Al contemplar el tipo de prendas que visten el resto, me alegro de que me tocara lo que llevo puesto.

Sujeto los bordes del vestido, porque tengo la sensación de ir enseñando el culo a cada paso que doy. Me fijo en que hay varias personas, tanto hombres como mujeres, que usan la misma pulsera de color rojo que luzco en la muñeca de la mano derecha. Ellos también deben de ser novatos, aunque se les ve bastante más animados que a mí.

Todo el mundo sonríe y se mueve al son de la música electrónica que suena sin ser demasiado estridente y alta. En la parte más alejada diviso una barra donde varios camareros atienden a las personas que piden algo de beber. No sé cuanta gente habrá metida en este lugar, pero no soy capaz de ver a Max por ningún sitio. Quizá sea lo mejor. Creo que el momento de investigadora privada ha llegado a su fin, me largo de aquí antes de que esto se ponga más… intenso.

¡¿Dónde se ha ido la puerta?!

No soy capaz de saber por dónde he entrado y acelero el paso con nerviosismo revisando cada una de las paredes que soy capaz de vislumbrar. Al llegar casi sin aliento a una de ellas, el sonido de un gemido en alto es captado por mis oídos. Proviene de un pasillo que está justo enfrente de mí.

La gente entra y sale de ahí, así que no debe ser una cosa privada. Me muerdo el labio inferior sopesando si es buena idea entrar o no y muevo el pie sobre la punta de éste indecisa sin saber qué hacer, pero ese sonido vuelve a reproducirse con mayor intensidad logrando que mi curiosidad aumente.

Sin mirar a nadie en concreto me adentro en el pasillo y, en cuanto camino unos pocos pasos, entro en una especie de habitación. Tiene los techos altos y varias personas observan sentadas en unas sillas como un hombre está usando una especie de látigo corto con hebras en la espalda, muslos y trasero de una chica.

Nadie hace nada. La chica da un grito tras recibir el impacto sobre su piel y me quedo horrorizada al comprobar que a nadie le importa. Muchos de los asistentes están de pie, ya que no hay asientos disponibles para todo el mundo. En cuanto me giro con rapidez para huir, choco de lleno con el cuerpo de alguien.

—¿Estás bien, pequeña? —Me toco la nariz y levanto la mirada hacia un hombre, no, un armario de hombre que me sujeta por los hombros y sonríe al mirarme directamente a los ojos.

—Sí, lo lamento no me di cuenta y choqué sin querer —me disculpo.

—Veo que eres una de las nuevas —comenta, dirigiendo la vista hacia la pulsera—. ¿No te gusta el espectáculo?

Dudo en si contestarle o no. Parece una persona simpática con una sonrisa amigable pese a tener el cuerpo de increíble Hulk.

—Creo que esto no es para mí —me sincero, bajando la voz.

—Mmmm, sígueme —me indica.

Camina rodeando el semicírculo de personas que siguen contemplando a la chica atada de pies y manos en una especie de cruz gigante. Yo no me he movido del sitio, me quedo quieta a la espera de saber a dónde quiere que lo siga mientras lo veo situarse en la parte más cercana a la cruz y miro a un lado y al otro sin comprender muy bien el motivo por el cual quiere que me acerque más si no estoy cómoda aquí.

Ladea la cabeza sin apartar la mirada de mí intimidándome de cierta manera, así que, como creo que no va a suceder nada por quedarme un poco más, me acerco hasta donde él se encuentra. En cuanto llego a su altura, mueve su cuerpo para que me sitúe en primera línea quedando a mi espalda.

—Cierra los ojos —me susurra, acercando su boca a mi oído. Trago con fuerza y obedezco sin oponer resistencia—. Muy bien —intento no alegrarme cuando me alaga al haberle hecho caso, pero me cuesta—. Ahora escucha atentamente.

Lo hago. El murmullo de la gente, el silbido previo al impacto. El sonido de la chica al recibir… Espera. Me detengo en concentrar toda mi atención en ella. Jadea, exhala con fuerza y retiene la respiración al escuchar el sonido del movimiento del látigo,-pero no escucho un impacto y ella se queja en alto con un quejido de ¿súplica?

—Puedes abrirlos. —Sigue pegado a mi espalda. Al abrir los párpados, la nueva situación es una revelación para mí, puesto que a ella le gusta lo que le hace, es más diría que hasta le está excitando—. ¿Ahora lo ves? Siente el olor que desprende a caucho y sudor, la anticipación a un nuevo movimiento sin saber dónde o con qué fuerza caerá.

El enmascarado se acerca a la chica y le retira un saco que tapa su cabeza. Abro los ojos al máximo al ver el color cobrizo de la melena de Roxy que está bañada en sudor. Gime en alto al ser tocada en sus partes por el hombre y yo aprieto mis piernas con fuerza sin poder evitarlo, ya que en cuestión de segundos soy espectadora de un orgasmo en vivo y en directo.

—Ya estás lista para aprender los entresijos de este mundo, pequeña *sumi* —me asegura y me doy la vuelta para mirarlo—. Tranquila, yo ya tengo a mi pequeño sumiso, el cual es algo travieso, esperando que lo saque de su castigo, pero, si estás dispuesta a participar en alguna escena en algún momento, no dudes en avisarme para que podamos mirar. A Saky le va eso y a mí me gusta complacerle cuando se porta bien. —Agrando los ojos al comprender que es gay—. Por cierto, soy el Maestro H.

—Encantada —le respondo de manera tímida.

—Bueno, creo que mejor me marcho. Alguien viene directo hacia ti y, por la cara que tiene, parece que está cabreado.

Arrugo la frente sin comprender de lo que habla, y, sin decirme nada más, se aleja entre la gente dejándome a solas, pero rodeada de un montón de personas, las cuales no dejan de tocarse entre sí.

—¿Em? —pregunta a mi costado.

¡Mierda!

Capítulo 10. Obediencia.

MAX

Cuando practico los *riffs* en casa a solas, sólo tengo una cosa en mente, mejorar. Llegar al nivel de destreza que tienen los grandes músicos a los que he admirado toda mi vida. Sin embargo, en el momento de subir al escenario o en el que la primera nota sale de los amplificadores, el rugido de la multitud me absorbe y olvido esa gilipollez. Sólo disfruto de esa sensación que hace que mi corazón bombee a todo meter.

Me ha costado un mundo que no se diera cuenta cuando la miraba mientras tocaba con el grupo. Siempre la he observado desde la distancia y ahora me doy cuenta de ello, pues Emilie ha sido una constante en mi vida desde hace años en cada uno de los conciertos que hemos dado y ver como disfrutaba con el espectáculo siempre ha sido un aliciente para mí. Pero no puedo dejarme llevar por los sentimientos en este instante, tengo que mantener la cabeza fría y permanecer alejado de ella como hacía antes de que nos besáramos.

No he perdido tiempo y, después de decirle a Henry que iba al club, me he marchado en la moto lo antes posible. La vi hablar con Mike y escuché como le preguntaba si hoy volvería a salir con sus dos amigos. He vuelto a sentir esa rabia primitiva dentro de mí que me pide a gritos hacer algo al respecto. Seguro que uno de esos amigos es ese niñato de mierda, Trevor.

Paso por la entrada y saludo a Jared con la mano. Está algo ocupado controlando que el aforo no se exceda y deja pasar a la gente una vez que revisa que van adecuadamente vestidos. A mí no me dice nada, ya que tengo taquilla propia desde hace años. Voy directo a los vestuarios acondicionados con duchas y me despejo antes de vestirme para la ocasión. La fiesta que han organizado hoy es de puertas abiertas y eso significa que habrá mucha más gente de la habitual. Muchos novatos sin experiencia. Por suerte, están las pulseras que los identifican y así no se les intimida demasiado con algún tipo de proposición para la que aún no están preparados para afrontar, aunque, conociendo a algún que otro Maestro, seguro que deciden ponerlos en alguna situación algo incómoda para probarlos.

Camino entre la gente que no deja de moverse al ritmo candente de la música electrónica. Me saludan varios Maestros de camino a la barra, pero no me paro a hablar con ellos. Necesito un trago, uno que sea bien fuerte, para alejar la imagen de Emilie de mi mente o me volveré loco. Por desgracia, sólo está permitido beber una copa por persona, ya que se intenta evitar que nadie entre ebrio a una escena y pueda a dañar a un sumiso.

Muevo la mano y llamo al camarero. Le pido un *whisky* doble y, al entregarme la copa, anota en un aparato electrónico que ya he consumido mi bebida. A partir de ahora tendré que sobrevivir a base de agua y zumos, ¡vaya mierda!

Doy el último sorbo al vaso, giro el cuerpo apoyando la espalda en la barra, y frente a mí tengo el escenario a poca distancia en el que un Amo mantiene en suspensión a su sumisa mientras le coloca unas pinzas en los pechos. Ella gime en alto, pero el sonido de su voz es opacada por el bullicio y el ritmo de los altavoces. Pocos somos los que la podemos oír al estar tan cerca del espectáculo.

Deambulo por las distintas zonas habilitadas y compruebo el resto de salas acondicionas. ¡No sé qué cojones hago aquí! Bueno, para ser sincero, sí que lo sé. Tengo que seguir con mi vida como si no hubiera pasado nada con Em.

Encuentro una sala donde se realiza una exhibición. El Amo usa un *flogger* con una maestría exquisita, se nota la experiencia que tiene en cada movimiento que hace, intentando evitar las zonas más dolorosas del cuerpo de ella. A pesar de que la chica está atada de pies y manos en la cruz de San Andrés, es notoria la confianza que debe tener en él, ya que no parece estar tensa ni tampoco incómoda con la situación. El saco que cubre su cabeza no nos permite ver la expresión de su rostro, pero no hace falta. En esta zona lo único que se escucha son los gemidos y jadeos de súplica implorando que continúe.

La línea que separa el dolor del placer es muy fina; por lo tanto, es muy importante conocer bien a la persona y sus límites antes de realizar algo así o, por lo menos, yo lo haría.

Esquivo a una sumisa que humedece sus labios al verme, aunque no se acerca, ni me habla, pero percibo en su mirada que espera que le proponga algo.

Estoy por marcharme cuando a lo lejos diviso la figura de H que se inclina para hablar en el oído de una chica. Una chica que se parece mucho a…

No. No puede ser. Doy varios pasos con indecisión. Mi mirada recorre su cuerpo desde los pies, los cuales tiene descalzos, subiendo por sus piernas que me provocan a más no poder. Lleva un vestido de licra ajustado en color rojo oscuro, la tela se le ciñe a la cintura y a los pechos. La melena castaña le cae por la espalda formando pequeños tirabuzones que le llegan hasta la mitad de ésta.

No puede ser ella.

Continúo sin creer que sea Em. Mis latidos aumentan a medida que me acerco a donde están situados. El sonido inconfundible de un orgasmo resuena entre las paredes de la sala.

Me doy cuenta de que la chica que está con H aprieta sus piernas una contra la otra, le ha excitado. Es imposible que sea Emilie. Ella se gira para mirar a los ojos a H y, al advertir el color sonrojado de sus mejillas, me dan ganas de partirle la boca a mi amigo. ¡Es ella!

¡Contrólate!

H me ve y el muy cabrón sonríe alejándose de Emilie antes de dejarla sola. La sala poco a poco se va vaciando al haber terminado la función, pero sigue quedando gente que se besa, toca y manosea ante la excitación de escuchar a la mujer llegar al clímax hace unos instantes.

—¿Em? —pregunto extrañado. Debo estar alucinando.

Ladea la cabeza y abre los ojos al verme. Mueve la mano tímidamente como si me saludara, y me fijo en la pulsera de color rojo que hace juego con su vestimenta, una pulsera que sólo llevan las novatas.

—No deberías estar aquí —le indico con voz autoritaria. Frunce el ceño y da un paso al frente retándome. ¡¿Qué cojones le ocurre?!

—¿Por qué no? No soy nada tuyo, puedo estar donde me plazca.

—Éste no es tu sitio. —Llevo mis ojos a la cruz de San Andrés que tiene a su espalda mientras baja de ella la chica recién azotada por su Amo.

—¿Y cuál es mi lugar según tú?

Me acerco a ella con determinación. Llevo demasiado tiempo alejándome de mi mayor obsesión y ya no hay vuelta atrás. Las cartas están echadas sobre la mesa y no puedo, ni debo dejar que esta locura continúe.

—Éste no. Joder, Em. ¡Eres virgen! ¿Qué cojones haces en un sitio así? —Automáticamente, se ruboriza y sujeta el borde de su vestido con nerviosismo. Mierda, creo que me he pasado y extiendo la mano para aplacar un poco la metedura de pata que he tenido, mas ella la aparta con la suya.

—Lo hice para conocerte mejor, para comprender el motivo… —Baja la voz, y compruebo que sus ojos están conteniendo las ganas de llorar. Nunca me perdonaré las lágrimas que derrame por mi culpa.

—Vete a casa, Em —le pido, apretando los dientes.

La mayoría ya se han marchado y, prácticamente, estamos solos. Levanta la vista y mantiene la mirada fija en la mía retándome.

—Eso lo decidiré yo. Estoy cansada de que todo el mundo me diga lo que debo o no debo hacer. Tú. —Me toca el pecho con el dedo índice—. Mi padre —me indica, levantando ambas manos de manera frustrada, y añade—: Hasta Meghan y Trevor.

En el momento que sale de su boca el nombre de ese niñato, actúo sin pensar. Sujeto a Em de los brazos, ella intenta retirarse, pero no puede, dado que soy más fuerte. Sus labios me llaman, pero no debo caer en esa tentación.

—¿Quieres ser una sumisa? —le pregunto, forzándola a una respuesta.

—¡No lo sé! —exclama sin dejar de moverse.

—Te voy a ayudar a que lo tengas claro —le insinúo, acercando mis labios a su boca sin que lleguen a tocarla.

Compruebo que no quede nadie en la sala y la suelto para ir a cerrar la puerta. Cuando me doy la vuelta después de asegurarme de que nadie pueda entrar, reparo en que sigue en el sitio donde la he dejado sin haberse movido ni un poco, sujeto una de las sillas y la arrastro hasta donde se encuentra. Me siento y espero su reacción.

—¿Qué significa esto? —pregunta con naturalidad.

—Esto es una clase gratuita de lo que le sucede a una *sumi* cuando no obedece. —Sujeto la cintura de Em y tiro de ella. Da un pequeño grito en alto de la impresión. Su abdomen queda encima de mis piernas y compruebo que no se haya hecho daño alguno con el movimiento brusco.

—¡Max, suéltame, no tiene ninguna gracia! —grita, moviendo las piernas para intentar levantarse.

—Lo siento, pero aquí no soy Max. Soy el Maestro X y te dirigirás a mí como corresponde —le comunico con la voz ronca debido a la excitación de poder hacer una mínima parte de lo que he llegado a imaginarme en tantas ocasiones.

La mano izquierda la coloco en el centro de su espalda para que deje de moverse. La derecha, mmmm, empieza a recorrer sus muslos poco a poco hasta llegar al borde del vestido. Em se queda quieta, levanto la tela y compruebo que no lleva ropa interior. Joder, mi polla no es capaz de controlarse al tener estas vistas. Acaricio sus nalgas con la mano percibiendo la suavidad de su piel, admirando su textura.

Emilie tapa su rostro con las manos. Imagino que está avergonzada por la situación, pero ella es la que ha querido entrar en el club. ¿Y si no la llego a encontrar? ¿Y si algún otro intenta algo con ella? No tiene ni puta idea de en dónde se ha metido, joder.

—Con tu desobediencia te has ganado diez —susurro, inclinando mi cuerpo para acceder hasta su oído.

—¿Diez? —pregunta, a lo que yo le correspondo con el primer impacto sobre su dulce y tersa piel—. ¡Ah! —exclama y se remueve intentando salir de mi agarre—. Max, para.

—Te he dicho ya como me debes llamar aquí. No Max, o Maestro X o… —Por un instante se me pasa por la mente el momento en el que pronuncia la palabra Amo y siento como el pecho se me llena de orgullo; sin embargo, alejo esa ilusión de mi mente lo más rápido posible—. O Señor.

Acaricio la zona de su trasero, la cual ahora luce en un tenue tono rojizo. No he ejercido demasiada fuerza, porque no me atrevo a más con ella. Continúo alternando de una nalga a otra hasta llegar a seis, dejando espacio de tiempo y frotando cada sitio con la palma de la mano antes de seguir. Retraso el momento y hago el amago de levantar el brazo en ocasiones puntuales. Me fijo en cómo contrae los músculos cuando cree que voy a actuar, cómo aguanta la respiración, con expectación.

—Max, para. No sigas, por favor —comenta con la voz agitada.

—¡Uy, te has ganado cinco más! —le indico al haber nombrado mi nombre y no Señor, como le pedí que me llamase.

EMILIE

¡¿Cinco más?! No creo que aguante ni una más.

He dejado de moverme y oponer resistencia, ya que he comprobado que es imposible. Los primeros manotazos me dejaron la zona dolorida, pero cuando empezó a frotarla, me calmó bastante. Incluso, incluso creo que…

Un nuevo impacto cae sobre mi trasero. Reprimo un gemido mordiéndome el labio inferior. ¿Qué me sucede?

—Señor —exhalo en alto—, pare.

Max, al escuchar que le llamo de esa manera, deja de mover la mano en círculos. Mi corazón trona sin remedio, no comprendo esta reacción de mi cuerpo. La pulsación la tengo disparada, respiro sin poder controlarme. Las manos me sudan y no es por miedo, sé que Max nunca me haría daño. Puede que esté haciendo esto ahora, pero también sé a ciencia cierta que podría usar mucha más fuerza de la que está ejerciendo. Oigo como expulsa una especie de gruñido y vuelve a mover la mano sobre mi piel, la cual noto palpitar.

Uno, dos. Es tan rápido que no me lo esperaba. Masajea de nuevo sobre la zona y esta vez no soy capaz de reprimir un jadeo al sentir el siguiente impacto apretando las piernas una contra la otra. Quedan seis.

Max lleva su mano a mi entrepierna, y yo, en vez de alejarme o decirle que pare, las abro en un instinto primario, el cual no reconozco que sea propio de mí. La pasa sólo por encima sin llegar a hacer ningún movimiento brusco, roza con uno de sus dedos mi clítoris, y mi mano se aferra clavándole las uñas en su pierna al gemir en alto.

—¡Joder! —exclama en alto, alejando el contacto de sus dedos de mí—. Será mejor que te marches, Em. —¿Cómo? Me tapa de nuevo con el vestido. La sensación de la tela sobre mi piel me molesta un poco, pero, ahora mismo, lo que más me molesta es que no haya…

¿Acabado? Vaya, ahora va a ser que te gusta que te den de nalgadas.

No, no es eso. ¡Es, arrggg! Creo que estoy... Estoy, enfadada. Sí, eso, enfadada.

Me levanto sintiendo como el aleteo en mi interior continua pidiendo a gritos algún tipo de atención. Miro a la cara a Max, él aprieta la mandíbula de manera que soy capaz de escuchar sus dientes al crujir, pero tiene la mirada clavada en el suelo, ¿ahora no es capaz de mirarme a los ojos?

—Señor —menciono para que levante de una vez la vista y sea capaz de mirarme. Él, con recelo, atiende y lo hace. Sin pensármelo mucho, levanto la mano y le doy un bofetón en la cara que me deja la mano temblando, y le suelto—: Dígale a Max, de mi parte, que se puede ir al cuerno.

Adelanto un pie seguido del otro notando que mi estabilidad peligra, pero sigo, ya que lo único que quiero es salir cuanto antes de este sitio. Llego a la puerta y la abro de par en par y continúo mientras reprimo las lágrimas que quieren salir cuando llego a la zona de la pista, donde se encuentran un centenar de personas a las que no conozco, y me entra el pánico al comprender que no sé cómo salir de aquí.

—¡Em, espera! —Escucho como Max me llama, pero no me doy la vuelta y sigo dando pasos apartando a unos y a otros en mi camino—. ¡Emilie, joder, hazme caso!

—¡NO! —grito con todas mis fuerzas y, sin poder evitarlo, la primera lágrima cae por mi mejilla al girarme para mirarlo a los ojos. Todos a mi alrededor se me quedan mirando, me siento expuesta. Max se queda quieto, abre y cierra la boca como queriendo decir algo, pero, al ver que no es capaz de hacerlo, vuelvo a girarme y continúo caminando mientras me alejo de él.

—Hey, ¿estás bien? —Roxy me abraza al ver el estado en el que me encuentro, y le devuelvo el abrazo. Sólo quiero irme a casa.

—Sácame de aquí, por favor —le suplico.

Ella asiente y me lleva de la mano hasta unas puertas dobles. Las cruzamos y reconozco el pasillo por donde entré. Voy en silencio hasta el vestuario, me cambio la ropa y miro de reojo la prenda roja que tanto reparo me dio ponerme en un inicio y que ahora está en el suelo tirada de cualquier manera.

Me acerco a Roxy, que ha respetado mi mutismo, y le doy las gracias por acompañarme. Intenta sonreírme sin mucho convencimiento y me aconseja que, en cuanto llegue a casa, debería de echarme algún tipo de crema para calmar el escozor que sentiré. Asiento en conformidad y me despido de ella.

¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Por qué motivo me he enfadado tanto?

Ni yo misma lo sé. No estoy segura de si ha sido por lo que ha hecho o por no terminarlo. Lo único que me ha quedado claro de todo esto es que no me quiere cerca de él.

Cuando salgo del club, reviso la hora en el móvil. Es tardísimo y no creo que haya a estas horas un enlace para que pueda desplazarme en metro. Sopeso qué hacer, a quién avisar. Busco en la agenda el número de Meghan y la llamo.

—Meghan, soy Emilie. Lo siento si te he despertado.

—No digas tonterías, estoy despierta. Dime, ¿ocurre algo?

—Necesito que vengas a buscarme —ahogo el quejido de mi voz. No quiero derrumbarme.

—Me pillas algo ocupada. —Escucho la risa de un hombre por detrás de la línea—. Pero no te preocupes, dime la dirección a la que hay que ir a recogerte.

Lo hago, y me indica que espere sin moverme del sitio. Me despido de ella y guardo de nuevo el móvil en el bolsillo trasero del pantalón como tengo costumbre hacer. ¡Auch!, mala idea. Me froto con la palma de la mano la zona que ahora tengo algo molesta. Sigo frotándola, pero no es la misma sensación que cuando Max lo hizo.

—¡Emilie! —Escucho la voz de Max llamándome.

Miro nerviosa un lado y el otro de la carretera esperando que Meghan llegue lo antes posible. No quiero hablar ahora con él. Me acerco a la carretera y trago saliva nerviosa. Noto los pasos de Max aproximándose y llamándome por mi nombre en alto y decido cruzar en un intento desesperado por alejarme de él.

¿No pidió que me marchara? ¿Acaso no dijo que me olvidara de lo que sucedió? ¿A qué viene a buscarme de nuevo? ¿Para hacerme más daño quizás? Lo ha dejado bastante claro, quiere que me aparte. Lo haré. Nunca nadie me había tocado como lo ha hecho él…

Levanto la mirada y lo veo parado justo enfrente de mí en el otro lado de la acera. Me percato del sonido de un coche que aminora la velocidad y que frena a mi altura. No dejamos de mirarnos el uno al otro. La tensión que hay se palpa en el aire pese a la distancia que nos separa. Los ojos se me humedecen.

—Hola, pequeña. ¿Subes? —Ladeo la cabeza y me sorprendo, porque es Trevor quien ha venido a buscarme en vez de Meghan. Seguro que ella le ha telefoneado para que lo hiciera.

Asiento con la cabeza sin pronunciar ninguna palabra en alto. Trevor rodea el auto y me abre la puerta del copiloto para que entre. Antes de hacerlo, soy capaz de apreciar como Max aprieta los puños y se da la vuelta dejando clara su posición. No le importo. No soy nadie para él.

Apoyo la cabeza en el cristal una vez dentro, mientras que Trevor arranca el motor en silencio.

—¿Dónde está Meghan? —le pregunto para no pensar demasiado en lo que acaba de suceder.

—Ocupada con un ligue. Me avisó de que necesitabas un transporte y aquí estoy —habla con seriedad. Me extraña en él, pues en el último mes ha intentado subirme el ánimo a cada rato que ha podido con chistes malos y pidiéndome que saliera de fiesta con los dos. A lo único que he llagado es a quedar para estudiar y comer con ellos en la cafetería del centro de estudios—. ¿Es tu novio?

Un bufido involuntario sale sin permiso.

—No.

—Pero te encantaría, ¿no es cierto?

Pregunta trampa, estoy segura.

—No, él tiene su vida, y yo la mía —le dejo claro, bajando la voz mientras sigo con la vista clavada en la ventanilla.

Trevor da un frenazo y tengo que colocar las manos en el salpicadero por el impulso que da mi cuerpo.

—¡No me mientas, odio cuando haces eso! —Abro los ojos lo máximo que soy capaz. Siento el latir de mi corazón en los oídos—. Sólo dime la verdad, no es tan difícil. —Su voz suena más conciliadora.

—Puede que antes sí —me sincero, tragando con fuerza, y susurro—: Pero ya no.

—Ves, no fue tan complicado. —Sonríe y vuelve a emprender la marcha—. No te preocupes, haré que te olvides de él.

Frunzo el ceño al escuchar lo último que me profiere. No creo que me sea sencillo lograr algo así. Tengo a Max grabado a fuego en el corazón, pero no pierdo nada por intentarlo. Amar a alguien que no te corresponde es horroroso. Amar a Max y que él no sienta lo mismo es sencillamente una muerte lenta para mi alma.

Capítulo 11. Vacío.

MAX

Han pasado dos semanas desde que Em entró en Mazmorra. Me he torturado una y otra vez con lo que sucedió. Joder, se me fue totalmente la cabeza. Pensé que, si le mostraba una mínima parte de lo que sucedía cuando se le solicita obediencia a una sumisa, se largaría de ese ambiente y se alejaría de mí.

Lo de que se alejara de ti lo has logrado, estúpido.

Es cierto. Mierda, es que aún no doy crédito. Estaba mojada. Estaba totalmente empapada. Más que un castigo para ella lo fue para mí. Ahora soy consciente de que le ha excitado lo que hice y no logro sacármelo de la mente.

Por si fuera poco, los ensayos se han aplazado estas dos últimas semanas a causa de que Alice tuvo un susto que la llevó esa misma noche a urgencias. Lo más seguro es que lo causará la pelea de Adam con el que fuera su tutor legal.

Lo único que hago en estos días es beber como un cerdo para ahogar las ganas de ir a buscarla y decirle lo gilipollas que soy, tocar la guitarra como un auténtico poseído y venir a casa de Henry para descargar la ira y furia que me entra al recordar el momento en el que se subió al coche de ese niñato de mierda.

—Eres un capullo, tío, ¿cómo le dices esas cosas? —dice Alex mientras se saca los guantes y me los lanza a la cara.

Adam ha venido igual que el resto a dar unos cuantos golpes al saco de boxeo en la casa de Henry. Se ha estado desahogando con nosotros, parece que ha metido la pata con su chica. Cuando he llegado estaba Alex, así que he tenido que esperar mi turno. No le he contado a John lo que sucedió en el club con Em, esas cosas quedan para nosotros.

—Y yo qué cojones sé, pero me entró el pánico. Ese doctor empezó a decirme que pensara en los peores escenarios y me dejé llevar —se lamenta mientras bebe un sorbo de la cerveza que le ha ofrecido John.

—Y en vez de agradecer que están las dos bien, te sigues comiendo los sesos, Alex tiene razón, eres un capullo —le recrimina este último.

—Joder, no es eso. Claro que me alegro de que estén bien, pero… ¿y si ella sólo está conmigo por la niña y con el tiempo se da cuenta de que no me ama?

Me coloco los guantes e inspiro con pesadez mientras sigo escuchando a mi amigo.

—Aparte de gilipollas, eres ciego. Cualquiera que os vea juntos se da cuenta de que sois el uno para el otro —le digo mientras doy el primer golpe al saco—, agradece lo que tienes, no todos pueden estar con quien desearían, joder. —Vuelvo a golpear el saco pero esta vez con más fuerza.

—Penséque habíamos dejado atrás los « y si…» —le dice John mientras levanta una ceja mirando en mi dirección.

—¿Y qué hago ahora? —se queja Adam—, creo que la he jodido otra vez con ella, la amo con toda mi alma, joder.

—Tendrás que pensar en algo a lo grande, tío. —Henry le pasa otra cerveza—. Algo con lo que le demuestres que la amas y que te importa una mierda esas inseguridades que tienes.

Ojalá ese consejo me sirviera a mí. Descargo toda la furia contenida en cada uno de los golpes que lanzo al saco de boxeo imaginándome que es la cara del niñato ese.

El resto de la tarde la pasamos hablando de la posibilidad de que la discográfica cambie el calendario para la gira y programamos para dentro de dos meses una reunión con el señor O´Conell. En cuanto llego a casa, me doy una ducha y me tumbo encima de la cama.

Alargo la mano para abrir el cajón de la mesilla, de su interior saco la prenda íntima de Em y juego con ella entre los dedos. Daría todo lo que he conseguido en estos años para poder llegar a tener la posibilidad de estar a su lado.

Me levanto de la cama, necesito verla. Me visto lo más rápido que puedo con las primeras prendas que tengo a mano, un pantalón vaquero y una camiseta. Agarro la cazadora de cuero, bajo al garaje a toda prisa, me coloco el casco y monto en la moto.

Mientras conduzco por la carretera, no dejo de preguntarme qué cojones pretendo al ir a su casa. En cuanto llego, y veo que Mike está entrando en el portal, maldigo en alto. Rodeo el edificio y levanto la vista. Sonrío sin casi darme cuenta al verla apoyada en la ventana de su dormitorio. No creo que sea capaz de descubrirme, pues ya ha oscurecido y el cementerio no tiene iluminación.

Me quedo un rato más hasta que la luz que ilumina el interior de su habitación en la sexta planta se apaga.

Los días han ido pasando y, casi sin darme cuenta, ha llegado febrero. Tengo la costumbre de ir a observar a Em cada vez que puedo al salir de los ensayos.

Cada poco tiempo John me pregunta qué tal lo llevo. Sé que lo hace porque está preocupado por mí, pero prefiero no hablar del tema.

Mañana tenemos la reunión con los de la discográfica, visto que Adam quiere cambiar las fechas para poder estar cuando nazca su hija de aquí a un mes y medio. Alex creo que también tiene sus propios intereses al respecto por… bueno, por lo que sea que tiene con Mey. Y en mi caso, aunque nadie lo sepa, deseo que sea aplazada para que Emilie pueda ser parte del equipo técnico y, así, que pueda viajar con nosotros.

Sé que es algo muy egoísta por mi parte, pero me conformo con formar parte de su vida de esta manera.

Llego a casa y me doy una ducha. Hemos estado durante horas ensayando lo que será el nuevo single. Henry ha introducido unos ritmos en la batería que dejarán a todos con la boca abierta y Alex parece que ha encontrado a su musa, ya que no deja de aportar nuevas letras en estas últimas semanas.

Después de vestirme, bajo al garaje y decido ir a ver a Em calculando que debe de estar a punto de llegar de su clase diaria. Aparco la moto a una distancia prudencial para que nadie me sorprenda y espero.

Llevaré veinte minutos y, al comprobar que no ha llegado, decido rodear el edificio y colocarme donde suelo ponerme, cerca de las vallas del cementerio para mirar dirección a su ventana.

Sonrío al ver como se asoma, se retira un mechón de cabello y lo coloca detrás de la oreja. Parece que habla con alguien, se muerde el labio como

cuando está nerviosa e intenta disimularlo. Inmediatamente, mi expresión cambia, dejo de sonreír y empiezo a tensarme.

Trevor, ese hijo de puta parece que le abraza desde la espalda. Gira el cuerpo de Em y la besa. ¡La besa!

Me alejo de allí. Ha pasado página, como yo debería haber hecho hace tiempo. Me coloco el casco y conduzco sintiendo ira y rabia a partes iguales en cada poro de mi piel. Es todo culpa mía, se la he entregado en bandeja de plata, porque no he luchado por ella y ahora la he perdido. La he perdido para siempre.

Entro en Subversion en menos de diez minutos, busco entre las chicas a Nadia y, una vez la encuentro sin mediar ninguna palabra, hago un gesto para que me siga a una de las salas privadas.

Al cruzar por la puerta, se desviste al instante y dobla la poca ropa que llevaba, dejándola posada a la derecha de donde ahora está situada. Baja la mirada, y aprovecho para calmarme. La postura que toma es la idónea, sentada sobre las rodillas y con las piernas abiertas, espalda recta con los hombros ligeramente hacia atrás.

Tengo que olvidarla. Tengo que hacerlo.

Juego en el cuerpo de Nadia durante más de una hora y terminamos follando. Una vez que he acabado, me siento peor que cuando llegué. Sí, me he desfogado por la cólera de ver a la persona que amo en los brazos de otro, pero no me ha servido de nada. Ahora sólo quiero que un tren me arroye, seguro que eso es menos doloroso que lo que experimento en este momento.

Me levanto a la mañana siguiente y me preparo para la reunión. Vamos todos juntos como grupo y, pese a tener a Jeremy, nuestro mánager en la sala de juntas, quien lleva la voz cantante sobre la negociación es Alex. Nos pasamos toda la mañana hasta que conseguimos llegar a un acuerdo. Al final, el señor O´Conell ha aceptado el cambio de calendario con la condición de que su hija Adabella sea nuestra *tour manager,* ya que todos nos oponemos que Jeremy nos acompañe.

En cuanto llego a Chelsea, me encuentro con decenas de coches tanto de periodistas como de policía. La casa de Adam está cercada con un cordón

policial, Mey sostiene a un bebé entre sus manos. ¡Joder! ¿Qué cojones ha pasado?

Me acerco a preguntar a un oficial, y tanto Henry como John me acompañan. Marcus le comenta lo poco que sabe, y nosotros no dejamos de querer saber por la salud de Alice.

De repente, empiezo a escuchar los gritos de Mey. Alex la sujeta de la cintura intentando evitar que ésta cometa alguna locura. Cuando veo que comienza a besarla, oteo la reacción de los *paparazzis* que no dejan de hacer fotos en su dirección.

Se ha abierto la veda. Ahora más que nunca estaremos en el punto de mira de esos carroñeros.

EMILIE

Doy una calada al cigarrillo que me ha pasado Meghan y, en cuanto siento el sabor en mi garganta, empiezo a toser compulsivamente. ¡Qué asco!

—¡Eres una niñata blandengue! —me dice entre carcajadas—. Trae, es un desperdicio desaprovechar así el tabaco —comenta al sacarme de los dedos el pitillo.

—Eso es asqueroso.

—No haber aceptado probarlo —me replica con soberbia—. ¿Has pensado en la proposición de Trevor?

Uh, no quiero pensar en eso. La dejo en la ventana de mi cuarto terminarse el cigarro y me siento encima de la cama. Trevor lleva el último mes pidiéndome salir. Sin embargo, no estoy segura de aceptar, puesto que tiene cambios de humor tan bruscos que me intimida demasiado. Por no hablar de que, aún, no logro desprenderme del recuerdo de Max.

Hace un mes con la excusa de que se había dejado los apuntes en mi casa el día anterior, cuando vinieron él y Meghan, subió conmigo a casa. Mi padre no se encontraba en ese instante. Sin casi darme cuenta, empezó a decir que era muy guapa y que lleva tiempo queriendo salir conmigo como novios.

Me puse tan nerviosa que no era capaz de mirarlo a los ojos, así que me asomé a la ventana y de esa manera evitaba hacerlo. Cuando le estaba diciendo que no creía estar preparada para comenzar ningún tipo de relación, él se acercó hasta mí por la espalda y me giró. No obstante, cuando posó sus

labios sobre los míos, no sentí nada. No era Max, no había mariposas en el estómago, no me ponía de puntillas, no… No sentí nada. Cero.

Sin embargo, con Max…

La última vez que lo vi, el corazón me dio un vuelco. Fue en el hospital cuando Alice tuvo a su pequeña, y ambos nos quedamos mirándonos durante unos segundos que parecieron eternos, pero no me dirigió la palabra en todo el rato que estuve con papá allí. Independientemente del tiempo que ha pasado desde ese instante, sigo recordando con nitidez su rostro, sus manos, sus labios.

Suspiro en alto echando la espalda hacia atrás.

—No, no lo he pensado —le contesto a Meghan, fijando la vista en el techo de mi dormitorio.

—Será mejor que le des una contestación pronto, a los hombres no les gusta que los dejen tanto tiempo esperando por un avance.

Pongo los ojos en blanco al escucharla. El timbre de casa suena y me levanto de un salto para ir a atender. Mi padre se ha marchado al cumpleaños de Peter, el hijo de Alex. Dudé si ir o no, pero, a última hora, decidí que lo mejor sería no acudir. Max estará allí, y no quiero sentirme extraña. Aproveché para decirle a Meghan que viniera a preparar los exámenes que tenemos a final de curso, y Trevor se unió sin haber sido invitarlo.

Al final, hemos terminado bajando al centro comercial porque quedar con ellos para estudiar es imposible. Trevor intenta agarrarme de la cintura a cada oportunidad que encuentra, y yo me deshago de su mano con la excusa de ver un escaparate o algo similar.

La mayoría de la gente con la que nos cruzamos lleva en las manos bolsas de las tiendas en las que acaban de comprar. El lugar está a rebosar y tengo que esquivar a varios despistados que miran el móvil mientras caminan sin fijarse por donde andan. Me asombra que algunas se queden observando a mis amigos con mala cara sólo porque Meghan tiene varios *piercings* y el pelo teñido de verde. Ni que la forma de vestir definiera el interior de una persona.

—¿Emilie? —Escucho mi nombre y me doy a vuelta, creo reconocer esa voz.

—¡Mey! —grito nada más verla. Me da tal alegría que corro en su dirección para abrazarla de manera efusiva.

—¿Qué haces aquí? Pensé que irías al cumpleaños de Peter.

—Teníamos que estudiar para el examen final del curso y estamos haciendo una parada para relajarnos un poco —le comento, con la vista en el suelo sin dejar de mover los pies, y decido cambiar de tema—. Ven, te presento. Éstos son Meghan y Trevor.

Mey me sujeta del brazo y me aparta un poco de ellos.

—¿Estás saliendo con él? —me susurra al oído con curiosidad.

—¡¿Qué?! No, no. Es sólo un amigo, nada más —me apresuro a responderle —, aunque me ha pedido salir —le confieso, bajando la voz para que no nos escuchen.

—¿No te gusta? —me pregunta, observándolo por encima de mi hombro en su dirección—. Es por el chico del cual nos contaste a Alice y a mí. Sigues pensando en él.

No sabes cuánto…

—Sí —susurro—, pero he decidido que debo olvidarme y pasar página. Nunca se fijará en mí —termino por confesarle. Es demasiado doloroso seguir así.

—Emilie. —Levanto la mirada y la miro a los ojos—. No soy de dar consejos; sin embargo, te diré una cosa. No te quedes atrás pensando en lo que pudo haber sido y no fue. Si crees que tienes que luchar de algún modo para conseguirlo, hazlo. Y si pese a todo, pasa de ti, pues que le den. Tú vales mucho.

Sonrío al escuchar lo que me sugiere. Le doy otro abrazo, y Trevor me llama impaciente para que vuelva con ellos. Asiento y me acerco a mis amigos. En cuanto llego junto a ellos, me pregunta que de qué hemos hablado.

—Cosas de chicas, nada importante —esquivo la pregunta de Trevor.

Él reacciona apretándome el brazo con fuerza y susurra con los dientes apretados: «Sabes que no me gustan las mentiras».

—¡Eh! —grita Mey al vernos—, suéltala ahora mismo.

—No me gusta que me mientan y lo sabe —le increpa Trevor.

—Me importan una mierda tus excusas baratas. He dicho que la sueltes. —Mey da un paso al frente. Meghan interfiere y le dice algo a Trevor al oído consiguiendo que éste me suelte de mala gana. Me toco el brazo con la mano y creo que, con la fuerza con la que me ha agarrado, tendré algún tipo de moretón seguro.

—¿Estás bien? —indaga la rubia, rodeando mis hombros con el brazo.

—Sí, no debí mentirle. No sé cómo lo hace, pero sabe cuando lo hago, y sé que no le gusta —me arrepiento por no haberle dicho la verdad.

—¿Pero tú te estás escuchando? Creo que tengo que pasar más tiempo contigo. —Niega con la cabeza—. Necesitas un par de clases teóricas de Mey.

¡¿Qué?!

Bajamos al *parking* del centro comercial y subimos en el viejo Golf de Mey. Me lleva a su nuevo apartamento y me invita a tomar un refresco. Desde que salió en la prensa que Alex y ella tienen algún tipo de relación, los *paparazzis* no han dejado de acosarla. Creo que Mey sería la pareja perfecta para Alex, pero es una situación difícil, dado que él aún no tiene el divorcio oficial de Kimberly.

Me ha comentado durante media hora sus amoríos con distintos chicos y que nunca debo dejar pisotearme por nadie. Pongo los ojos en blanco, se comporta como una madre dándome consejos. Si ella supiera que para poder estar con quien realmente quiero estar, debo comportarme de manera… sumisa.

Durante estos meses he estado investigando algo por internet sobre ese mundo y he leído artículos de todo tipo. Unos diciendo que rebajan a la mujer y otros que es una práctica de lo más sana, siempre y cuando ambas partes estén de acuerdo en cada una de las cosas que se vayan a realizar.

Ahora sé lo que significa una *palabra de seguridad* y lo importante que es para un Maestro encontrar a una sumisa a la que le dé el honor de llamarle Amo y termine por otorgarle un collar o un brazalete que determine que es suya.

Pero no sé por qué lo he buscado. Max y yo no somos una ecuación con solución.

Aún no tengo ni idea de cómo Mey ha conseguido que le cuente lo que siento por Max. He empezado a hablar y me ha salido solo.

—¡Ay, la madre que te parió! ¡¿Max?! —Se levanta de la silla arrastrándola de tal manera que casi la tira—. Ya puedes ir contándome todo y no te dejes nada de por medio.

Me interroga hasta saciarse y cerciorarse de que sigo virgen. ¡Sí, sigo siendo virgen! Me lleva en su coche hasta mi casa, y me despido de ella con un abrazo. Me insiste en que no dude en llamarla en caso de necesitarlo. Le digo que lo haré y cierro la puerta del Golf de un portazo. Eso o no se cierra.

Cuando me doy la vuelta, me doy cuenta de que el portal del edificio está abierto, otra vez. Mis pies se arrastran de manera cansada, estoy harta de decirle a cada vecino que me encuentro que debemos poner un cartel para que nadie la deje abierta. Al entrar, leo que el ascensor tiene un aviso de averiado y mi cara se descompone por completo.

Mierda, ahora a subir seis pisos a pie.

Tengo que parar en la cuarta planta para poder recuperar el aliento. Escucho unas pisadas que bajan y miro hacia las escaleras en la dirección del sonido.

—¿Qué haces aquí? —pregunto extrañada.

—Vine a verte.

Capítulo 12. Decisión.

MAX

Bebo un sorbo de la cerveza que me pasa el camarero que Alex ha contratado para que atienda a los asistentes al cumpleaños de Peter. Tres años, joder, cómo pasa el tiempo. Estoy deseoso que llegue de una vez el renacuajo y que vea el regalo que le he comprado. Estoy seguro de que le va a encantar.

Ese niño es un pequeño terremoto, su alegría es contagiosa y nunca para quieto. Desde que Alex se convirtió en padre, todos adoptamos el rol de tíos, incluido yo. Y todo sea dicho, soy un tío cojonudo.

Adam y su chica hacen aparición y revisan con la mirada los grupos formados hasta que reparan en Henry y en mí en la barra en la parte más alejada de la zona trasera del jardín de la casa de Alex. Llevan consigo a Awen en un carrito de bebé y, en cuanto llegan a nuestra altura, me asomo para contemplarla, pero está durmiendo plácidamente.

—¿Dónde está el cumpleañero? —pregunta Adam, mirando hacia los hinchables que están situados en el otro extremo del jardín, donde juegan varios de los amiguitos de la guardería a la que va Peter.

—Kimberly aún no lo ha traído —le informa John, incorporándose a nuestro grupo.

—Ahora entiendo que Mey no esté aquí, la bruja va hacer su aparición —comenta Henry.

Me río sin poder evitarlo en el momento que llama de esa manera a Kim. Ninguno de nosotros aguanta a esa mujer, nunca fue de nuestro agrado, pero Alex decidió en su momento casarse con ella y le dimos nuestro apoyo.

La puerta corredera que da al salón de Alex se abre y éste sale con cara de mala leche mirando al móvil. Se le ve impaciente y no es para menos, hace un rato que han empezado a llegar los invitados y aún no está su hijo para poder celebrarlo.

Cuando se une a nosotros, pide una cerveza y, después de darle un gran sorbo, saluda. Una chica se acerca hasta donde nos encontramos. Tiene los ojos oscuros y algo rasgados, y el cabello, de un negro intenso, le llega a los

hombros. Ha de ser un poco más joven que Em; ¡mierda, lo he vuelto hacer! No dejo de pensar en ella.

—¡Hola! —saluda con emoción nada más llegar a nuestra altura—. ¡No me lo puedo creer! —exclama con asombro, cosa que me hace gracia, creo que sin darnos cuenta tenemos una *deathladie* en la fiesta—. Soy la hermana de Leo. ¡Ah, mi nombre es Lig! —se presenta con nerviosismo, señalando con el dedo índice en dirección al malabarista que en este momento está rodeado de varios niños—. Cuando mis padres me comentaron que tenía que traer a una fiesta de cumpleaños a Leo, no pensé que fuese la de Peter, tu hijo.

—Pues ya ves que sí lo es —comenta Alex, volviendo a echar un ojo al móvil.

—Vuestra música me encanta, sois geniales. Sobre todo los solos de Henry. —Mira hacia él con un brillo en la mirada que delata que es su favorito—. Aunque los demás solos también son brutales —intenta arreglarlo al darse cuenta de que se ha centrado demasiado en él, o eso creo yo—. De verdad, sois muy grandes.

—No intentes subir el ego del resto que ya lo tienen bastante alto, gracias por abrirles los ojos a mis amigos. Siempre les digo que soy el mejor, pero no me hacen ni puto caso. —Le guiña un ojo Henry.

—Bu, bueno. Voy a vigilar a mi hermano, espero con ansias vuestro próximo álbum. —Se aleja nerviosa.

—Vaya, vaya. Di la verdad, ¿cuánto le has pagado para que soltase esas cosas delante nuestra? —me meto con él.

—Serás estúpido, lo que tienes es envidia de que, al fin, reconozcan al alma de este grupo. —Saca pecho con orgullo—. Alex, ¿están mis baquetas de repuesto en tu sótano? —Éste asiente sin prestar demasiada atención—. Creo que antes de que se marchen, se las regalaré firmadas. Hay que cuidar a las fans.

Al cabo de un rato sin noticias de Kim, intentamos distraer de alguna manera a nuestro amigo, pero cada dos segundos vuelve a comprobar la hora.

—¿Seguro que le confirmaste a la Bruja del Este que empezaba a las cuatro? —pregunta por quinta vez Henry, y creo que si llega a ser otro quien insistiera ya le hubiese dado un puñetazo para que cerrara la boca.

—Joder, ya te he dicho que sí. Voy a llamarla a ver por dónde se ha metido —contesta cabreado Alex. Se aleja de nosotros y entra de nuevo en la casa.

No pasan ni cinco minutos y diviso como Peter entra corriendo como una bala dirección a sus amigos. En cuestión de segundos observo como se desprende de los zapatos y de parte de la ropa que lleva para ir directo a los hinchables. Sin pensármelo demasiado, me dirijo al garaje para ir a por su regalo. ¡Qué ganas tengo de que lo vea!

Arrastro mi obsequio en silencio y de reojo advierto como Henry deja de reír al verme de lejos. ¡Ja, soy el mejor tío del mundo! A Alex, sin embargo, creo que no le gusta demasiado por cómo se lleva las manos a la cabeza. Le ignoro y continúo hasta llegar al centro del jardín.

—Tengo una cosa para el niño que cumple años, ¿alguien sabe quién es? —pregunto en alto a todos los niños que han empezado a rodearme al ver que llevo una minimoto conmigo.

—¡Yo, yo, yo! —grita, dando saltos emocionado—. Tío Max, tío Max, soy yo —aclara Peter.

—¿Seguro que eres tú? —Me toco el mentón como si dudase—. Creo recordar que Peter era algo más bajito.

—¡Soy yo! —puntualiza, cruzándose de brazos—, ¿es *pala* mí?

Chasqueo la lengua y elevo la vista mientras me rasco la cabeza. Comienzo a reírme al observar como empieza a dudar de si es para él o no.

—¡Claro que es para ti! —exclamo.

—¡Yupii! —Da saltos de alegría y no duda en subirse al que estoy convencido será el regalo estrella.

Dejo a los niños detrás peleándose por los turnos para poder montarse en el juguete cuando diviso a Mike hablando con Alex. Miro a un lado y al otro, pero no encuentro ninguna señal de que Em haya acompañado a su padre.

—Hola, Mike —lo saludo, incorporándome al resto—. ¿De qué habláis?

—Me preguntaba por Emilie —me responde, haciendo un gesto con la cabeza hacia Alex—. No ha podido venir, está con la preparación para los exámenes del curso que está realizando, pero me ha dicho que no me olvide de darle su regalo al pequeño.

—No tenía por qué molestarse —contesta agradecido mi amigo.

—Ya conoces a mi hija, tiene un gran corazón, aunque últimamente me está preocupando un poco.

Siento una punzada en el pecho al instante; no obstante, me tengo que morder la lengua para no saltar inmediatamente y preguntar el motivo de su preocupación. En su rostro es perceptible tal angustia y me muero por saber qué le ocurre.

—¿A qué te refieres? —pregunta Adam. ¡Gracias!—. Siempre ha sido una niña muy responsable durante las giras que ha hecho con nosotros.

—Ése es el asunto, que ya no es tan niña por mucho que me pese. —Se frota la barba con la mano—. El asunto es que ha conocido a un par de personas, donde está estudiando y la noto distinta.

—¿Cómo de distinta? —pregunto al instante, dando un paso al frente sin poder evitarlo.

Se te ve el plumero…

—No estoy seguro, pero creo que ha empezado a verse con alguien. —Cierra las manos en puños.

«Trevor…», pienso con rabia.

Intento no romperme la cabeza con ello, porque ha sido su decisión estar con ese tipo, y no soy nadie para decirle con quién debe relacionarse o salir. Yo mismo la aleje de mi lado. ¡Joder, qué puta mierda!

Al cabo del rato los padres de Adam llegan y, nada más verla, abrazo a mamá Fuller de manera cariñosa, ya que la considero como mi madre. Antes de acercarse al resto de los chicos, me besa la mejilla, y me quedo un segundo embobado mirando sus ojos. De alguna manera esta mujer puede llegar a leer el alma de las personas que le rodean, estoy convencido. Tengo que apartar la vista en el momento que veo reflejado un brillo melancólico que me avisa de que algo me va a decir.

—Ve a por ella —me ordena prácticamente—, no tendrás más oportunidades. Ve.

Doy un paso atrás. ¿Oportunidad? ¿Acaso he tenido algún tipo de oportunidad en algún momento? Desde que la volví a ver, como si fuera por primera vez, en la gira, todo han sido impedimentos y obstáculos para una locura. Tardé en admitir lo que sentía y, para cuando me di cuenta, la realidad me estalló en la cara. Confesarle lo que siento por ella sería condenarla a una vida llena de dedos señalándola a donde quiera que vaya.

Eso en caso de que me corresponda, puesto que quizás ama a ese niñato de mierda.

Aunque Mike insiste que está preocupado y que la nota distinta… ¡Joder, joder, joder! ¿Y si se ha metido en algún lío por culpa de… arrggg, ese niñato?

Me aproximo al grupo y me despido de todos alegando que tengo algo urgente que hacer. Camino con rapidez, necesito ir a verla. Lo cierto es que, desde que vi que Trevor la besaba en su cuarto, no he vuelto a merodear cerca de su edificio. Cada vez que experimentaba la mínima tentación, me centraba en otras cosas, tocar la guitarra, hacer ejercicio en la casa de Henry o… bueno, Nadia ha sabido distraerme en este último mes en alguna que otra ocasión.

Salgo por la puerta principal y una decena de *paparazzis* me atosigan a preguntas estúpidas. Dana está con todos y a ésa la soporto menos aún que al resto. Tiene una vena un tanto mezquina a la hora de indagar en la vida de las personas que no me gusta un pelo. A Mey la tiene en la mira, y estoy seguro de que, independientemente de que sea amiga de Kim, haría lo mismo con cualquiera que se arrimase a nosotros sólo para dar una noticia que dé de qué hablar.

—¡Vaya, pero si es el pervertido de Max Foster! —exclama, persiguiéndome de cerca hasta la entrada del garaje de mi casa—. ¿Te vas tan temprano de la fiesta de cumpleaños del pequeño Peter? —pregunta con ironía. Yo decido no contestar a nada y abro el portón del garaje—. ¿Acaso vas tan temprano a uno de esos clubs que tanto frecuentas? —Inclina el micrófono hacia mi cara, y me coloco el casco mientras le digo entre dientes que salga de mi propiedad inmediatamente.

Ella me obedece echándome una mirada de odio o quizá sólo sean cosas mías. Al pasar por su lateral, ya con el motor en marcha y antes de incorporarme a la carretera, escucho como grita: «¡Cuando encuentres una pareja, estaré encantada de presentarla al mundo!».

Acelero la velocidad intentando no hacer caso a las estupideces de Dana. Sin embargo, las palabras de mamá Fuller logran que no baje el ritmo que llevo y no dejan de repetirse en mi cabeza: «No tendrás más oportunidades». ¿A qué se referiría?

EMILIE

—¿Qué haces aquí? —pregunto extrañada.

—Vine a verte.

—Podías haber esperado a la clase del lunes —le comento a Trevor mientras continúa bajando los escalones que nos separan.

—¿Estás molesta por lo del centro comercial? —indaga, sonriendo de medio lado mientras se pasa los dedos de la mano por el cabello.

—Sí, estoy molesta. —Me toco el antebrazo—. No debiste agarrarme de esa manera. Me has dejado marca.

Mey tiene razón no puedo permitir que nadie me trate de esa manera. Trevor me mira a los ojos, su mirada es fría pero, al mismo tiempo, cautivadora. Extiende la mano y posa la palma sobre mi piel dañada. No me duele, ya que tampoco ejerce ninguna presión sobre ella.

—Vine a pedirte disculpas. Tienes razón. —Deja mi brazo y me toca la mejilla acercando su rostro al mío—. No debí hacer eso. ¿Me perdonas, Emilie?

—Yo… —No sé qué decirle, me ha pedido disculpas, pero en mi interior sé que volverá hacerlo.

Muevo los pies con impaciencia y nerviosismo, pues me incomoda que esté tan cerca de mí. Las pupilas de Trevor están dilatadas casi cubriendo la totalidad del color marrón de su mirada. Llevo las manos a sus brazos fibrosos y fuertes intentando frenar su avance.

—Sabes que no me gusta que me mientas. Se te nota mucho cuando lo haces y no deberías haberlo hecho, aunque sé que eso cambiará con el tiempo —comenta sobre mis labios.

—Trevor, no sigas. Yo… —Me tapa la boca juntando sus labios con los míos.

Mi espalda choca con la pared más cercana y tengo que agarrarme con más fuerza a él para no perder el equilibro al pisar mal un escalón. Trevor, ante mi gesto, me aprisiona con más fuerza contra su cuerpo. Cuando abro la boca para decirle que pare, él aprovecha para introducir su lengua en mi boca. Intento girar la cabeza, pero sujeta mi mandíbula con fuerza para que no la mueva.

Su otra mano se mueve libre por mi muslo. En cuanto llega a la falda, comienza a subirla y mis nervios aumentan. El miedo se apodera de mí.

Trato de apartarlo con todas mis fuerzas, pero, por el tamaño y la corpulencia que él tiene, me supera con creces.

Empiezo a notar como las lágrimas caen por mi rostro en el momento en el que siento como aparta hacia un lado mis bragas. Trevor se separa un segundo de mis labios, su respiración es agitada, pero su agarre sigue manteniendo mi cabeza erguida sin que pueda quitarla ni girarla.

Por un instante pienso que ha recapacitado, que se ha dado cuenta de que no quiero esto, visto que ya no siento su tacto en mis partes, aunque el sonido de la cremallera de su pantalón me alarma.

—¡Trevor, no! —grito como puedo, probando a moverme del sitio.

—Shhhh, tranquila. Sé que no es lo que tenías pensado para nuestra primera vez, pero te aseguro que las siguientes serán en un sitio más cómodo. No te asustes, todo pasará en un momento —me comenta, acercando sus labios de nuevo a mi boca, y yo reacciono apretándolos lo máximo que puedo.

El miembro de Trevor se posa en la entrada de mi vagina, con su mano me insta a que abra las piernas, pero no quiero y no logro salir de este bloqueo mental. ¿Voy a perder mi virginidad de esta manera? ¿He esperado tanto para que al final suceda así?

Al ver que no colaboro, termina por soltar mi mentón para poder sujetarme por los muslos con ambas manos. No sé de donde saco la valentía, mas abro la boca dejando que me bese y en el momento en el que vuelve a introducir la lengua, se la muerdo con tanta fuerza que siento el sabor metálico de la sangre en la mía.

Se aparta con tanta rapidez que mi cuerpo cede y cae al suelo con todo su peso. Me hago daño en el muslo y tengo que colocar las palmas donde puedo para no terminar rodando escaleras abajo. En el momento en el que levanto la vista, pese a tener los ojos llenos de lágrimas que me la nublan la vista, presencio el preciso instante en el que Trevor levanta la mano y me pega una bofetada con tanta fuerza que siento la comisura del labio partida.

—No debiste hacerlo, mira lo que has conseguido. —Extiende la mano de nuevo con lentitud, y huyo de él arrastrando mi cuerpo contra la pared.

—¡No me toques! —le chillo con miedo.

—Emilie, no te voy a hacer daño. —Niega con la cabeza—. Todo ha sido un malentendido. Ven… —Sus dedos tocan mi rostro, cierro los ojos con

fuerza. No quiero ni mirarlo.

—Ha dicho que no la toques. —Me quedo sin aliento cuando escucho la rabia con la que pronuncia la frase.

Abro los ojos y lo primero que contemplo es como Max lleva su mirada a mis piernas, bajo la vista y me doy cuenta de que tengo la falda subida y se me ve la ropa interior. Intento taparme cómo puedo, la sensación de decepción que puede estar sintiendo me corroe por dentro. La reacción que tiene él es inmediata, sujetándolo del cuello y arrastrándole escaleras abajo. Llegan hasta el descansillo y ahí, sin ningún tipo de remordimiento en su rostro, reparo, en un abrir y cerrar de ojos, en que comienza a golpear el rostro de Trevor una y otra vez, sin dejar que éste pueda reaccionar de ninguna manera.

Trevor no es capaz de reaccionar a tiempo para cubrirse, y al Max que tengo delante no logro reconocerlo. La sangre corre por la ceja de mi agresor, uno de sus ojos comienza a adquirir una hinchazón preocupante.

—¡Max! —le grito para que deje de golpearle, lo va a matar.

Le llamo en varias ocasiones sin resultado alguno, hago el esfuerzo de levantarme, y las piernas me tiemblan, casi tanto como las manos. Bajo los escalones que nos separan y, colocándome cerca de él, vuelvo a pronunciar su nombre.

—¡Max, para! —le exijo—. Por favor… —Mi voz cede, las lágrimas no dejan de correr por mis mejillas. Él me mira de soslayo y se queda quieto con los puños en alto.

Me fijo en que los tiene heridos, llenos de sangre y me asusta la idea de que se haya podido dañar. Extiendo mis manos y sujeto las suyas para poder comprobar que no tenga nada roto. No me perdonaría en la vida que sufriera algún tipo de lesión y no pudiera tocar por culpa mía.

Trevor aprovecha el momento para incorporarse y correr escaleras abajo. Sujeto con más fuerza las manos de Max cuando hace el amago de perseguirle y niego con la cabeza para que no lo haga.

—No me dejes sola, por favor —le imploro.

—Joder, Em —comenta antes de arrastrarme a sus brazos y ofrecerme el cobijo de un abrazo—. Te, te ayudaré a subir a casa.

—No. Mi, mi padre… —me cuesta verbalizar. Si Max ha reaccionado así, no quiero saber lo que es capaz mi padre en caso de que se entere.

—Está en el cumpleaños de Peter, tardará aún un poco en llegar.

—No puede verme así. —Me separo un poco de su pecho para mirarlo a los ojos—. No puedo dejar que lo haga. Lo matará.

—Y me alegraría por ello —dice con los dientes apretados.

—No quiero que se entere, es capaz de hacerlo Max, estoy convencida de ello. Llamaré a… —Tengo que cerrar los ojos para intentar colocar las ideas en cada lugar—. Llamaré a Meghan para irme a su casa un par de días hasta que se me vayan las marcas. Mey está con todo lo de Alex, y no quiero ser una carga para ella.

—¿Meghan? Ésa es la amiga de ese cabrón. No dejaré que te vayas a la casa de nadie. Tu padre debe saber lo que acaba de ocurrir aquí.

—Por favor, por favor. —Lloro sin complejo alguno, colocando la cabeza contra su pecho—. No se lo digas.

Escucho un suspiro de su parte, me acaricia la cabeza, y me relajo poco a poco al cabo de los minutos. No pronuncia ni una palabra más, ni yo tampoco. Sólo estamos abrazados el uno al otro en una burbuja, en la que él consigue calmar mis sentidos por completo.

—Está bien, no se lo diré —me termina asegurando al cabo de un rato. Levanto la vista y consigo sonreír forzando mis labios para que se dé cuenta de que agradezco el gesto que tiene de guardar el secreto—. Pero no dejaré que vayas a la casa de esa Meghan.

—No tengo a nadie más a quién pedírselo —le explico.

—Te equivocas, me tienes a mí.

Capítulo 13. Marcas.

MAX

En cuanto aparqué a unas pocas calles de la casa de Emilie, me dio la sensación de ver a lo lejos que el estúpido niñato ese entraba en el portal, mas descarté la posibilidad de que fuese él, ya que iba solo. A no ser que Em le estuviera esperando arriba.

Comencé a dar vueltas, indeciso, en el mismo cuadrado color granate oscuro de la acera sin saber qué hacer, pero las palabras de Martha se agudizaban más a cada rato. Estaba aguardando algún tipo de señal o algo que me empujara de alguna manera a tomar la decisión correcta.

Y en cuestión de segundos la tuve, pues llevé la mirada a la entrada del edificio y observé la figura de Emilie accediendo a la entrada. Me paralicé por completo, repasé su cuerpo de abajo arriba en cuestión de un segundo: zapatillas deportivas, falda vaquera a juego con su cazadora; y, cómo no, me fue imposible no fijarme en sus esplendidas piernas.

Sin embargo, algo no me cuadraba, si ella no estaba en casa, y Mike está en el cumpleaños de Peter, ¿qué cojones hace ese cabrón entrando en su edificio?

La adrenalina invadió mi sistema automáticamente, mientras que una sensación que no puedo explicar recorrió mi cuerpo entero, y decidí que debía ir a comprobar qué sucedía. Corrí hasta llegar al umbral y, al pasar y advertir que no se podía subir en ascensor, miré con recelo las escaleras.

«¡Trevor, no!». En cuanto el grito desgarrador de Em llegó a mis oídos, me importó una mierda tener que subir cada peldaño que nos separaba, solté el casco y comencé a ascenderlos. Algo iba mal, la angustia me comía por dentro. Llegué al tercer piso, escuché desde lejos cómo ese malnacido le recriminaba algo y aceleré el paso, el miedo me guiaba de una manera que nunca había sentido.

Cuando llegué a la cuarta planta, mi mundo se desmoronó. Mi Ángel estaba temblando con los ojos cerrados y asustada. No me acuerdo qué mierda salió de mi boca, pero, en cuanto vi que tenía la falda levantada y el muy cabrón llevaba la cremallera de su pantalón bajada, sumé dos más dos y

me lancé, sin pensarlo, a su cuello. Descargué toda mi furia en su rostro y percibí cada golpe como propio por no proteger mejor a Emilie.

La mano fría de Em en mi brazo fue lo único que me sacó del trance de venganza en el que me sumía. Trevor aprovechó para huir y, cuando quise seguirlo, ella me suplicó que no la dejara sola, de tal manera que se me encogió el alma, y no lo perseguí.

¡Y ahora me dice que prefiere ir a la casa de esa tal Meghan en vez de que su padre sepa lo que ha ocurrido y lo mate como se merece! Por mis huevos que no voy a permitir que ella se acerque sola a ningún amigo de esa alimaña de Trevor.

Me suplica con la voz rota entre sollozos que no se lo mencione a Mike. Tengo miedo a preguntarle cuán tarde llegué, acaricio su cabello mientras la acuno entre mis brazos, un lugar del que me encantaría que nunca se marchara. Lo único que le recalco para que no sufra más es que no se lo contaré a su padre, pero le aclaro mi opinión con respecto a Meghan y a que se refugie en su casa durante lo que tarde en recuperarse.

—No tengo a nadie más a quién pedírselo —me indica con pesar.

—Te equivocas, me tienes a mí —le respondo con decisión.

EMILIE

¡¿Cómo que lo tengo a él?! Creo que se me acaba de parar el corazón de golpe. A mí que me explique ya lo que acaba de decir o me va a dar un síncope.

Me sujeta de la mano y comienza a bajar las escaleras. Lo sigo, apreciando el contacto de nuestras manos unidas y olvidándome por completo de lo que tenía en mente preguntarle. El roce de su dedo pulgar sobre el dorso de mi mano logra que me estremezca por completo.

Cuando llegamos al portal, recoge el casco del suelo, y salimos a la calle. Le pregunto a dónde me lleva, pero no me responde; simplemente, me sigue guiando calle arriba hasta que logro ver su moto.

—Toma, póntelo. —Me pasa el casco.

No puede estar hablando en serio. No estoy muy segura de poder montar en ella ahora mismo. Al ver que dudo y me paralizo, se coloca enfrente de mí y termina por ponérmelo él. Pasa la mano por mi hombro para retirar mi cabello a la espalda y me mira a los ojos sin casi pestañear.

Me quedo quieta mientras él se sube con un ágil movimiento sobre la Ducati. Gira la llave del contacto y el motor de la misma ruge logrando que dé un pequeño salto sobre los pies. Me muerdo el labio y me arrepiento al instante de haberlo hecho, ya que el dolor del mismo me recuerda lo que acaba de suceder.

Max mueve la cabeza indicándome que me sitúe detrás de él. En cuanto le obedezco, él lleva las manos atrás y me insta a que sujete su cintura. Al sentir el primer movimiento, mi reacción es aferrarme con más fuerza y colocar la cabeza en su espalda para no tener que mirar la carretera. Al cabo de unos minutos sobre el asfalto, termino por levantarla y es cuando caigo en la cuenta de que él no lleva ningún tipo de protección, ya que me ha cedido el único casco que tenía para que yo me lo pusiera.

Nos adentramos en el centro de Londres unos veinte minutos más tarde y comienzo a sentirme incómoda. No puede circular de esta manera o la policía de tráfico le requisará la moto. Cruzamos el puente de Westminster dejando atrás el Big Ben y unas pocas calles más adelante frena, sin yo saber qué va hacer y por qué motivo me ha traído hasta aquí.

—Espera aquí un segundo, vuelvo ahora mismo —me indica para que baje de la moto y se aleja entrando en una tienda, que tiene toda la pinta por la fachada y el logotipo de la entrada, de ser de equipamiento para motoristas.

Me retiro el casco y muevo el cuello a un lado y al otro. Echo un vistazo de reojo para comprobar que no salga e introduzco la nariz en el hueco del mismo, cierro los ojos dándome cuenta de que no son cosas mías. Huele a él, huele a Max.

Lo veo salir al cabo de un rato con otro casco, éste es de un bonito rojo intenso. Cuando comprendo que lo ha comprado para mí, agrando los ojos sorprendida.

—¿Por qué no hemos parado en otra tienda antes? Estoy segura de que no es la única que existe —le pregunto con curiosidad.

—Ésta me gusta, no compro en otra —contesta de manera escueta—. Em, tienes que ir a un médico. —Doy un paso atrás y niego con la cabeza—. Tienes que ir, es más debería de poner una denuncia a ese cabrón.

¿Denuncia? ¡Ay, Dios! ¡Trevor puede denunciar a Max por la paliza que le ha dado!

Siento como voy perdiendo el color de la cara y que mi respiración se agita de tal manera que no logro controlarla. Las manos me tiemblan y lo miro con lágrimas en los ojos queriendo pedirle perdón por todo lo que se le puede venir encima por mi culpa. *Por la de Trevor…*, me corrige mi conciencia y me la imagino poniendo los ojos en blanco. Aunque tiene razón, la culpa no ha sido mía, yo no hice nada. Sin embargo, de alguna manera me culpabilizo y creo que, como este episodio tenga algún tipo de consecuencia para Max, no lo podré soportar.

Max levanta la mano y la coloca en mi mejilla.

—Eh, tranquila. Respira, ya pasó, no dejaré que te vuelva a tocar en la vida —me susurra esto último, pegando su cuerpo al mío para sumirnos en un abrazo.

Aspiro por la nariz y me intento recomponer. Tengo que hacer algo, pues no puedo dejar que Max pague por ayudarme. Ahora que lo pienso, ¿qué hacia él en mi edificio?

Me separo un poco de su cuerpo y llevo la mirada a esos ojos que tanto me transmiten. Él me observa serio, pero en el fondo reconozco cada uno de sus gestos y sé que está triste… Le he decepcionado. Bajo la mirada.

—Será mejor que nos marchemos —indico con resignación.

—Sí, tienes razón, creo que hay una clínica por aquí cerca…

—No. No quiero ir a ningún médico, estoy bien. —Levanto la vista y le aseguro con rotundidad.

—Pero…

—No, Max, no pienso ir a ningún sitio.

El sonido de las campanas replicando de la torre del reloj del palacio de Westminster se extiende por todo Londres, giro la cabeza hacia el Big Ben y compruebo que son las ocho. Mi padre debe de estar volviendo a casa en estos instantes. Hace horas que la luz natural del sol nos ha abandonado, y aún no tengo ni idea de a dónde tiene pensado Max llevarme, ya que mi única opción era la de acudir junto a Meghan. Mis amistades son escasas, Alice está con su pareja y su niña, Mey tiene bastante con todo lo que la prensa le está acosando estos días, no quiero ser una carga para ella.

Una pequeña brisa remueve mi cabello y me froto los brazos. Marzo puede llegar a tener temperaturas muy agradables durante el día, pero, en

cuanto avanza hacia la noche, termina bajando la temperatura de tal manera que si no se lleva algún tipo de cazadora más gruesa de la que tengo, te congelas como un cubito de hielo.

—Toma, ponte la mía. —Max se retira la chaqueta de cuero que tiene puesta y me la coloca sobre los hombros. El calor residual que desprende me relaja y me encojo juntando los extremos para poder respirar de nuevo ese olor inconfundible que desprende, sin que se note demasiado y me tome por una loca—. Lo más seguro es que ya se haya despejado un poco Chelsea, creo que ya podemos irnos.

—¿Chelsea? —pregunto sin entender muy bien.

—Sí, a mi casa. Sube —ordena sin más.

¡Me lleva a su casa!

Monta en la Ducati mientras se coloca el casco. Yo lo imito poniéndome el que me acaba de comprar y, una vez que soy capaz de encontrar mis brazos entre las mangas de la chaqueta de Max, me sujeto a su cintura de manera nerviosa.

Quiero preguntarle un montón de cosas, pero no sé por cuál empezar, así que hago lo que creo más conveniente. Dejarme llevar.

MAX

Siento las manos de Em rodeando mi cintura con fuerza. No voy tan rápido como me gustaría para no asustarla. El aroma a flores silvestres que desprende ha quedado en el interior de mi casco y, teniéndola así de cerca, mi polla se ha animado.

No es el momento…

Lo sé. No voy a hacer nada. Le dejaré uno de los dormitorios que están habilitados para los huéspedes e intentaré que recapacite para que un médico la examine. Debería de denunciar lo que acaba de sucederle, pero, tal y como está, no creo que me haga caso. Espero que cambie de parecer una vez lleguemos a mi casa.

Joder, mi casa. ¿En qué momento se me ha ocurrido? Pero es imaginar que la dejo sola y me muero de la angustia sólo de pensarlo. Necesito comprobar que está bien y que no se rompe.

Aminoro la marcha justo antes de entrar en la calle principal, reviso cada uno de los vehículos aparcados a ambos laterales de la carretera y

reconozco un furgón de los que suelen utilizar los *paparazzis*. Supuse que ya se habrían marchado todos a sus casas, pero a lo mejor aún queda alguien en la casa de Alex y esperan a que éste se marche.

Efectivamente, como me figuré, la puerta de la casa de mi amigo se abre y una nube de alimañas se desplaza como locos a sacarles fotografías y a interrogarles. Paso con la moto por delante de su casa sin que se percaten de nuestra presencia aprovechando que Kimberly engatusa con su labia a la prensa y los distrae. Odio a la ex de mi amigo, pero en este instante le daría las gracias por ser tan altiva como de costumbre.

Entro al garaje y cierro el portón lo más rápido que puedo para que nadie se entere de que he llegado acompañado. Al girarme, me encuentro con la mirada curiosa de Em que no deja de examinar cada uno de los detalles que la rodean y me percato de que se ha quedado quieta al distinguir el coche que está a su lado.

¡Mierda!

Te ha pillado de lleno.

Abro la boca y doy un paso hacia ella. Reacciona levantando la mirada y negando con la cabeza.

—No digas nada, hace tiempo que sé de la existencia del Porsche. —Asiento al escucharla y me siento como un maldito cobarde por no haberle dicho el motivo real en su momento.

Le indico que me siga, y entramos por la zona de la cocina. Le enseño esta planta y le explico que es una réplica prácticamente igual a la de los chicos. Pasamos por el salón, y me doy cuenta de que se frota las manos de manera compulsiva.

Mientras subo por la escalera, escalón a escalón, hasta la zona donde están los dormitorios, una imagen de ambos en la misma cama se me pasa por la cabeza y tengo que borrarla con rapidez. Abro una de las puertas, la que está situada justo enfrente de mi cuarto y le indico que puede descansar y estar aquí el tiempo que crea necesario.

—Gracias —me dice al pasar por delante de mí para entrar y verla con sus propios ojos.

—Tienes un baño por si lo precisas en el pasillo —le comunico, sin querer aún dejarla a solas.

—Iré en un rato, voy a llamar antes por teléfono. —Saca el móvil del bolsillo de la cazadora que tiene debajo de la que le he prestado, percatándose de que aún la lleva puesta y se la retira para entregármela acto seguido.

Cierro la puerta y me quedo mirándola durante unos segundos. Está aquí, en mi casa. ¡Joder!

Camino por el pasillo y entro en la habitación donde tengo las guitarras y suelo ensayar a solas. Aislé la misma para no molestar con el volumen del amplificador a los vecinos. Aún recuerdo la cara de extrañeza que puso el decorador cuando le solicité insonorizar no sólo el sótano sino también este cuarto.

Dejo la cazadora de cuero sobre un pequeño sillón que hay pegado a una de las paredes. Sujeto el mástil de mi guitarra preferida, una Telecaster del ´52, la cual posee un timbre agudo y armónico, debido al cuerpo de fresno y su diapasón de arce. Es toda una belleza de instrumento y preciso de ella para no salir a buscar a ese cabronazo de Trevor y romperle la boca de nuevo.

Paso el pulgar sobre las cuerdas y cierro los ojos al escuchar el sonido que emite. Extiendo la mano y elijo una de las púas que reposan encima de una mesita que uso para tenerlas siempre a mano y comienzo a tocar. Intento con todas mis fuerzas no dejarme llevar por las emociones que me invaden, pero no soy capaz de controlarme al recordar la imagen de mi Ángel tendida en las escaleras con el rostro magullado y empiezo a entonar una canción que sale de mi alma.

Grito al cielo, desgarrado por dentro.

Te fallé, mi Ángel, no volverá a ocurrir.

La rabia me corroe el alma, impotencia absoluta.

Satanás me susurra al oído, me tortura con el recuerdo de tu silueta magullada.

No dejaré que nada ni nadie te dañe.

No permitiré que la luz de tu aura disminuya.

Debí protegerte y cuidarte.

Te fallé, mi Ángel, no volverá a ocurrir.

EMILIE

Sostengo entre los dedos el móvil y me siento sobre la esquina de la cama. El dormitorio es sencillo y sin decoración alguna. Simplemente, hay una pequeña mesa con una silla, un armario doble y la cama en la que ahora estoy sentada.

A la primera persona que quiero avisar de lo que ha sucedido es a Meghan, así que entro en la agenda y busco su número. Suena en un par de ocasiones y termina por atenderme.

—¿Qué has hecho? —me pregunta nada más descolgar.

—Nada. ¿Por qué me preguntas eso?

—Porque me he encontrado con Trevor y parece que le ha pasado un camión por encima.

—Sucedió algo y Trevor intentó… —La voz se me quiebra al recordar sus labios contra los míos sus manos sobre mi piel—. No puedo ni decirlo.

—Pero no te has acostado con él o no luciría los moretones que tiene en la cara —me comenta a través del teléfono.

—No. No me acosté con él. —El tono de mi voz cambia por uno más grave y enfadado—. Max llegó a tiempo y lo paró. Y así fue como terminó de esa manera.

—¿Ése es el chico del que me confesaste que te gustaba y por el cual no le dabas a Trevor una oportunidad?

—Sí —le respondo, dejándome caer contra el colchón mullido y recordando el alivio que sentí al verlo aparecer.

Tu héroe…

—¡¿Y qué coño quieres?! Estoy algo ocupada ahora mismo.

Le cuento el miedo que tengo de que Trevor pueda denunciar a Max por la paliza que le ha dado y que no puedo ir a mi casa con mi padre hasta que la herida que tengo se me vaya y, así, no sospeche nada de lo que ha podido suceder o matará al responsable. Me insiste que vaya a su casa en varias ocasiones, y le digo que no es necesario, ya que me encuentro en la de Max. Algo que le sorprende, dado que, como bien me recuerda ella, pasaba de mí como de la mierda.

Al escucharle pronunciar esto último, me sumo en un sentimiento que embarga mi ser. Meghan tiene razón, sólo me ha traído hasta aquí porque

pertenezco al equipo de la gira y soy la hija de Mike. Es una buena persona siempre lo ha demostrado con gestos como los del concierto benéfico, ha sido una estupidez de mi parte pensar durante el trayecto hasta aquí que podía haber algo más. No soy nada, no soy nadie para él.

Me despido de Meghan con las lágrimas recorriendo mi rostro. No soy capaz de poder llamar a mi padre, así que le envío un wasap explicándole que, como tenemos que preparar los exámenes finales del curso, me quedaré durante unos días en la casa de mi amiga a dormir.

Echo el móvil a un lado encima de la cama sin querer saber la respuesta de papá. Sé con seguridad que no le va a gustar la idea, pero, por suerte, no conoce donde reside Meghan.

Me levanto y miro mi reflejo en el espejo que tiene la puerta del armario. Paso las yemas de los dedos por la comisura de mi labio y me estremezco al sentir el corte. Ladeo la cabeza y observo como mi mejilla está hinchada y la zona del pómulo empieza a adquirir una tonalidad violácea. Bajo la mirada y me subo un poco la falda encontrándome con un moretón en la pierna, muy cerca de la cadera, y me doy cuenta de que es el resultado de cuando me dejó caer con tanta fuerza contra los escalones.

El recuerdo de todo pasa con rapidez por mi mente y una sensación de asco y repulsión me insta a salir corriendo de la habitación y buscar como una loca el baño, que me indicó antes Max, para sacarme la percepción de suciedad que me llena.

No tardo nada en dar con él. Entro y, sin fijarme en lo que me rodea, voy directa a la ducha para abrir el agua. Inmediatamente, el vaho envuelve la habitación y comienzo a desprenderme de toda la ropa que llevo hasta quedar desnuda. El bulto de mis prendas en una esquina me da ganas de prenderles fuego.

Me sujeto en la mampara del plato de la ducha y, al sentir que el agua está caliente pero sin llegar a quemar, entro de lleno, dejando que este líquido limpie todas las huellas que Trevor ha podido dejar sobre mi cuerpo.

Sujeto un bote de gel de baño y extiendo sobre mi piel un poco para enjabonarme de abajo a arriba. Froto con furia sobre mi cuello, mis muslos y, cuando llego a mi zona íntima y recuerdo lo cerca que ha estado de…, me quiebro por completo y termino por deslizarme poco a poco, sin fuerzas para seguir en pie. Sollozo cubriéndome la cara con las manos mientras el chorro de agua cae con fuerza sobre mi nuca.

La mampara de la ducha se abre y entreabro los dedos para mirar, medio escondida, qué sucede. Max me observa de pie sin moverse, aprieta la mandíbula de tal manera que ante ese gesto sale de mi garganta otro quejido sin control.

Capítulo 14. Reacción.

MAX

Continúo tocando la guitarra hasta que el sonido de mi teléfono me alerta de un mensaje. Seco con un paño el sudor que haya podido quedar sobre el mástil y la coloco en su lugar.

Abro el WhatsApp y me sorprendo al ver que tengo varios mensajes tanto de Isaac como de Kevin. Como pretendan que vaya al club, se van a decepcionar cuando les diga que no.

Kevin: Joder, tío, ya hace más de una semana que no pasas por Subversion. Vente de una vez que hoy tenemos varios espectáculos que te van a encantar.

Le contesto de manera rápida y concisa que no cuente conmigo por el club en un tiempo. Y me responde con tanta rapidez como si pareciera que estuviese esperando por mi respuesta.

Kevin: Se te está pegando la gilipollez de los chicos de tu grupo?? Acaso es cierto lo que se rumorea por aquí?

¿De qué cojones habla?

Max: Estas delirando, déjame en paz. Digas lo que digas, estoy ocupado y no iré.

Entro en el mensaje de Isaac, ignorando la estupidez de Kevin con respecto a mi actitud.

Isaac: Vas a darle un collar a Nadia?

¿¡Qué!?

Max: De dónde cojones has sacado tal cosa?

Isaac: Entre los sumisos Nadia está comentando que lleváis un tiempo jugando juntos y que la cosa esta yendo un poco más seria… Yo le pregunté y me confesó que pensaba que le darías un collar con el tiempo.

Max: Pues que se vaya olvidando de esa ilusión porque no pienso darle un collar a nadie. ¡Joder!

No recibo contestación de Isaac y puede que, tal y como le he hablado, reciba algún tipo de advertencia por parte de Xavier en caso de que le

cuente algo. Pero es que hay veces que los cotilleos, que tienen los *sumis* en el club, cansan.

Salgo al pasillo y decido intentar convencer a Em de que un médico debe examinarla. Cuando llego a la habitación de invitados, no la encuentro por ningún sitio y me vuelvo con la intención de bajar hacia la planta baja, pero, al pasar por enfrente del baño, escucho unos sollozos que provienen del interior.

Está llorando y no puedo soportar el dolor que transmite con cada quejido que sale de ella. Giro el pomo de la puerta con cautela de no sobresaltarla y me topo con que el vaho cubre todo el ambiente. El agua cae sin cesar de la ducha y, sin pensarlo demasiado, abro la puerta de la mampara.

Emilie está sentada con las piernas encogidas y las manos le tapan el rostro. Percibo un sollozo más y, sin dudarlo, entro con ella al hueco mojándome toda la ropa. Extiendo la mano y cierro el grifo para que deje de caer sobre ella el chorro de agua y me siento a su lado. Sin esperar ningún tipo de reacción, la cubro por completo pasándole el brazo sobre los hombros y la insto a que me deje consolarla de alguna manera.

Ella reacciona y me abraza con fuerza mientras sigue con su llanto. Le acaricio la espalda hasta que, al cabo de unos minutos, se va calmando. Me levanto con ella pegada a mi cuerpo, y salimos juntos de la ducha. Me alejo de ella un sólo instante para agarrar un albornoz y que no pille frío.

Al volver a posar mi mirada sobre su cuerpo, me fijo en el moretón que tiene en su muslo y en alguna que otra marca de su rostro. Es la primera vez que la contemplo desnuda, pero, ante los acontecimientos que han sucedido, mi preocupación es mayor que la lujuria que siento.

Em tapa con las manos su vagina y coloca los brazos delante de sus pechos de manera protectora. Tiene la cabeza agachada y no es capaz de mirarme a los ojos. La rabia de verla de esta manera me desgarra.

Envuelvo sus hombros con el albornoz, y ella termina de taparse del todo. La noto tan alicaída y desprotegida que la alzo en brazos sin que se lo espere.

—Tranquila, te llevo a que descanses —le susurro al oído mientras ella asiente, sujetándome del cuello y dejando que la lleve por el pasillo hasta el dormitorio de invitados.

Cuando entro, me fijo en lo pobre que está y en que ni siquiera tiene la cama hecha. Giro cambiando de opinión, abro con una mano la puerta de mi cuarto y, dando unos pasos, termino extendiéndola encima de la mía.

Me limito a posarla y me retiro de allí lo antes posible, pues tenerla en mi dormitorio y sobre mi cama es más de lo que puedo soportar.

—Dormiré en otro sitio, aquí estarás bien —le aclaro cuando estoy casi en la puerta.

—Por favor, no me dejes sola. Quédate un rato hasta que logre dormirme —me implora con la voz afectada.

Tengo que cerrar los ojos y reunir fuerzas. Me retiro los zapatos mojados y la camiseta que se me pega al cuerpo debido al chorro de agua. Decido no quitarme el pantalón para que no se asuste y me acerco a ella tumbándome a su lado. Em termina posando la cabeza en mi pecho, y le acaricio el cabello húmedo con la palma de la mano.

—Pasé tanto miedo, no creo que logre conciliar el sueño —susurra contra mi piel logrando que se me erice el vello.

—Me tienes a mí. No me iré a ninguna parte, yo cuidare de ti. Lo prometo.

La arrimo un poco más y acomodo bien la cabeza en la almohada. Nos quedamos encima de las sábanas intentando controlar el latir de nuestros corazones. El de Em va rápido y sin control, lo noto cada vez que rozo su cuello con la yema de los dedos. El mío debe de haber sobrepasado todos los límites de velocidad del país.

Escucho con detenimiento la respiración de mi Ángel. Al final, se ha terminado por dormir entre mis brazos. Separo un mechón de cabello que le tapa el rostro y maldigo por lo bajo al comprobar el tono de su piel dañada. Ella mueve una de las piernas y la pasa por encima de la mía. El albornoz se le abre un poco y me agarro con todas mis fuerzas a la sábana al observar una de ellas desnuda muy cerca de mi ingle. Si la sube un poco más arriba, podrá notar mi erección.

Creo que esta noche va a ser muy larga…

EMILIE

Me despierto con el movimiento de la cama. Me froto un poco los párpados con las palmas de las manos y, al abrir del todo los ojos, me doy

cuenta de que tengo medio cuerpo al descubierto, ya que el albornoz se ha abierto mientras dormía. Me cubro con él lo más rápido que puedo y observo como Max se aparta de la cama dirección al pasillo. No se gira en ningún momento, y, yo, sólo soy capaz de ver la silueta de su esbelta espalda.

—Buenos días, voy a la cocina. ¿Zumo y tostadas?

—Sí, gracias —le respondo y siento mis mejillas arder al ser consciente de que he pasado la noche entre sus brazos sin apenas comprender cómo ha pasado.

Si quieres, te lo recuerdo.

Me quedo sola y me estiro sobre las sábanas de la cama. Me percato de que la decoración de su dormitorio es bastante neutra y que lo único que destaca es la fotografía que hay en una de las estanterías. Me acerco hasta ella y la sostengo entre las manos.

Son los chicos de jóvenes, enfrente de la casa familiar de Magister. En el centro de la misma está la madre de éste y Max la abraza mientras le da un beso en la mejilla. No me sorprende que no tenga la de sus padres, en más de una ocasión ha dejado claro que ellos nunca le apoyaron con lo del *rock*. Y por lo que se llegó a filtrar en los medios de comunicación, la relación con su padre no ha sido muy fluida estos últimos años, pues dejaron de hablarse después de que la madre de Max falleciera de un paro cardiaco y poco más se conoce. Él tampoco ha hablado de ello en las giras que yo sepa.

La coloco sobre el estante en el que se encontraba y caigo en la cuenta de que no puedo estar durante todo el día en albornoz. Dudo en si hago bien o no, pero no quiero volver a ponerme la ropa de ayer de nuevo.

Abro su armario y busco una camiseta lo suficientemente larga para que cubra parte de mis piernas. Me la pongo y salgo al pasillo descalza. Bajo las escaleras y, al pasar por el salón, llevo la mirada con curiosidad a la entrada del sótano. ¿Será cierto lo que se rumorea sobre lo que tiene ahí abajo? ¿Tendrá una cámara de tortura?

Niego alejando ese pensamiento y sigo mi camino hacia la cocina donde está él. Parece que le ha dado tiempo tanto a vestirse como a darse una ducha, porque tiene el pelo húmedo, se le ve tan sexi extendiendo con un cuchillo la mermelada sobre unas tostadas recién calientes, las cuales desprenden un delicioso aroma. Mis tripas suenan, me muero de hambre.

Levanta la mirada y sonríe, como tantas veces le he visto hacer a lo largo de los años al momento que escucha el sonido de mi estómago quejarse en alto. Posa un plato pequeño con dos tostadas y un vaso de zumo de naranja encima de la isla que está en mitad de la cocina y me indica que tome asiento. Le obedezco y, sin esperar a que me diga nada más, meto en la boca el delicioso manjar.

—Veo que has encontrado algo que ponerte. —Me señala con el dedo índice. Bajo la mirada y, tonta de mí que ni me acordaba de que le había robado la camiseta, mastico con rapidez para poder contestarle.

—Lo siento. Es que no quería ponerme la ropa de ayer.

—No me molesta. —Pasa la lengua entre los labios—. Te queda bien.

Tengo que apartar la vista del brillo de sus ojos, me pone nerviosa que me haya piropeado. Sujeto el vaso de zumo y bebo un trago. En cuanto el líquido roza mis labios, un picor intenso hace que deje de nuevo el recipiente encima de la mesa.

Max deja el taburete en el que está sentado y se sitúa junto a mí, muy cerca de mí. Se aproxima y me sujeta el mentón.

—¿Te duele? —pregunta con gesto preocupado.

—No es nada, sólo me escuece por culpa del ácido de la naranja.

El sonido de un móvil suena y nos distrae. Max hace un gesto de fastidio con la boca y se retira para ver quien le reclama.

—Es Alex, tengo que acudir al ensayo. En unos meses comenzamos a grabar el nuevo álbum y no quiere que nos retrasemos. ¿Estarás bien?

—Sí, claro.

—Tienes comida en el frigorífico en caso de que no pueda venir a comer. Cabe la posibilidad de que llegue casi de noche —me avisa de manera apresurada mientras guarda el teléfono en el bolsillo trasero de sus *jeans*.

—No te preocupes por mí. Estaré bien. ¿Tienes internet? —indago con cautela.

—Claro que sí. —Se ríe en alto—. Puedes usar el portátil que tengo en el salón y todo lo que precises para no aburrirte —comenta, saliendo hacia el *hall* de la casa.

Me levanto para acompañarlo, y se frena antes de abrir la puerta.

—No quiero que te vea la prensa, Em —me advierte, sujetando el pomo sin mirarme—, no salgas de la casa y no te asomes a las ventanas. Los *paparazzis* están al acecho de una noticia y si se enteran de que estás aquí…

No termina la frase. No comprendo muy bien los motivos, a no ser que no quiera rumores de que hay una chica en su vida, en su casa. Me alejo y le explico que no lo haré. Está claro que no desea que trascienda por ningún tipo de medio de comunicación un rumor que le implique con alguien de manera seria. Aunque la realidad sea otra, ya que, pese a que hemos pasado la noche en su cama, no ha hecho ningún tipo de muestra que indique que le intereso a nivel amoroso o físico.

Suspiro en alto una vez que nos despedimos, y cierra la puerta dejándome a solas en su fortaleza. Voy de vuelta a la cocina y decido lavar los platos que se han ensuciado. Me ha sorprendido ver que Max es bastante curioso, tiene toda la casa impoluta y cada cosa tiene un lugar en ella.

Una vez acabo la tarea, voy al salón y me tumbo en el sofá, busco el mando a distancia y me paso la mañana viendo la televisión. Me aburro de tal manera al cabo de las horas que decido ponerme a investigar por la planta de arriba. Abro varias puertas y descubro un cuarto lleno de guitarras, unas colgadas en las paredes y otras en su apoyo. Un sofá de tres plazas en color granate y una pequeña mesa con un ordenador en la esquina más alejada.

Paso por el dormitorio de invitados en el que ayer dejé mi teléfono móvil y reviso los mensajes. Tengo tres de mi padre. En el primero se sorprende y me pregunta que si todo va bien.

Si él supiera…

El segundo, enviado diez minutos más tarde, me comenta que ya soy mayor para tomar mis propias decisiones. ¡Vaya! Y en el tercero, y último, ya vuelve el padre que conozco de siempre indicándome que tenga cuidado y no me deje influenciar y que, si no estoy a gusto en la casa de Meghan, lo llame o me vuelva para casa. Esto ya me suena más a papá.

Me fijo en que tengo poca batería y le respondo que todo está bien y que regresaré en unos días, que no se preocupe por mí.

Meghan no me ha escrito y le envío un wasap para averiguar si habló con Trevor. Espero unos minutos para ver si me responde, pero, al no hacerlo, decido dejar el móvil sobre la cama de nuevo y seguir con la investigación.

Encuentro otro dormitorio de invitados vacío e insípido, igualito al que iba a ocupar en un principio. No he querido volver a entrar al baño donde deje la ropa tirada en el suelo para no verla.

Al ver entreabierta la puerta de su cuarto, aprovecho para inspeccionar con más detenimiento el lugar donde él descansa. Tiene un baño gigantesco con un *jacuzzi* y un plato de ducha conectado a su dormitorio. Salgo de él y estiro las sábanas de la cama donde hemos dormido juntos. Abro los cajones de las mesillas y me encuentro con algo que me resulta muy familiar.

¡Mis bragas!

Mira donde las tenías.

¿Qué hace Max con unas *braguitas* mías en su poder? Porque estoy segura que son mías, son bastante simples, blancas y de encaje, como suelo comprarlas, ya que me resultan bastante cómodas. A no ser que sean de una de sus conquistas. Puede que esté viendo cosas donde no las hay.

Las vuelvo a dejar donde estaban, cierro el cajón y me levanto. Bajo a la planta principal, pero sigo con la mosca detrás de la oreja rompiéndome la cabeza y sabiendo que son las mismas que no hallé en la maleta a la vuelta de la gira.

¡Bingo!

Ay, madre. ¡Las maletas!

Comienzo a dar vueltas como loca en mitad del salón intentado organizar en mi cabeza todos los acontecimientos que han ocurrido desde esta última gira en Estados Unidos: el beso, hacer que no me veía, el encuentro en el club y, por último, que apareciese así de imprevisto justo cuando más lo necesitaba.

El corazón me va a salir por la boca, puede que sí sienta algo por mí, pero no sepa cómo debe reaccionar. Nunca ha estado con una chica que se le conozca.

En serio…

«De manera seria, me refiero a una relación sentimental, no a lo que acostumbra tener», replico a mi conciencia.

Busco con la mirada el portátil al que me hizo referencia y lo localizo en el mueble de la televisión en un estante bajo. Lo sujeto con las manos temblorosas y me siento en el sofá apoyándolo sobre las rodillas.

Realizo una búsqueda en Google: *Cómo conquistar a un hombre*.

A medida que voy escribiendo, veo como la frase se va completando por sí misma.

Como conquistar a un hombre…

Como conquistar a un hombre casado…

Como conquistar a un libra…

Como conquistar a un hombre y no morir soltera…

¡¿Qué!? Hago clic sobre la más sencilla y me salen cientos de miles de resultados. El primero llama mi atención: *¿Quieres saber cómo seducir a un hombre? ¿Quieres hacer que se enamore de ti profundamente y hacer que nunca te deje? Haz clic aquí*. Y, cómo no, le doy.

Leo con detenimiento el artículo que está escrito por, según dice, un experto psicólogo en parejas. Explica que hay que alagar al hombre, estimular la cercanía intentando tocarle siempre que se pueda, posar la mano en su espalda al pasar cerca de él, hacerse algo la misteriosa, averiguar cosas sobre él y dejarse llevar.

Averiguar cosas sobre él…

Cierro la pantalla y me levanto del sofá. Fijo la mirada en las escaleras que van al sótano. Ésa es la única parte de la vida que Max que desconozco por completo.

Bajo los escalones con calma, trago saliva con fuerza cuando poso la mano en el pomo de la puerta y comienzo a girarla con tanta lentitud que creo que el tiempo se ha detenido.

Exhalo con ímpetu al abrirla, busco el interruptor en la pared tanteándolo con la palma de la mano para encender la luz y, cuando lo encuentro, abro los ojos asombrada de lo que acabo de descubrir.

La exquisitez del lugar me asombra. Las paredes son de un color naranja suave que me recuerda al de un atardecer. Varios objetos cuelgan de ellas, algunos parecen sacados de una cámara de tortura como dicen en los tabloides, otros no tengo ni idea para qué servirán.

En la pared más alejada hay una cruz como la que vi el día que lo seguí hasta el club. A su lado unos grilletes están colgados del techo y reparo en que hay otros en el suelo a su misma altura. Un mueble llama mi atención, me acerco a él, es como un potro de gimnasia sólo que mucho más bajo.

Sigo inspeccionando con curiosidad cada rincón. No soy capaz de abrir un mueble alto con varios cajones, ya que están cerrados con llave. Decido

no forzarlos porque parece misión imposible. Me giro y camino hasta mi siguiente objetivo: la cama con dosel, la cual está situada en el centro de la estancia, y me muerdo el labio sin darme cuenta mientas paso la mano por encima de las sábanas de seda que la cubren.

¿Qué se sentirá al estar por completo a su merced?

El recuerdo no tan lejano de cuando me besó por primera vez llega a mí y, con él, lo que me dijo acto seguido.

«¿Qué sucederá cuando quiera sexo?», me preguntó en aquel instante, y no supe qué decirle. Dejó bien claro que no me puede ofrecer una relación típica de novios, así que la pregunta ahora es: «¿Estoy dispuesta a ofrecer aquello que demanda sin solicitar más de lo que me pueda dar?». Ayer estuve a nada de perder mi virginidad de una manera que nunca me imaginé, así que quiero ser yo quien decida el momento y si es con Max no tendría duda alguna.

Sin embargo…

«¿Estás dispuesta acaso a ser atada?». Me acerco hasta los grilletes e introduzco mis manos en los huecos levantando los brazos. La camiseta se me levanta llegándome por debajo del abdomen y dejando al descubierto mis partes íntimas.

«¿Dejarías todo el control de esos momentos para mi disfrute?». Cierro los ojos y susurro en voz alta un «sí».

—¿Em, que haces…? —Abro los ojos de golpe y me encuentro a Max en la entrada del sótano con los puños apretados y la mirada fija en mis piernas, la sube recorriendo mi cuerpo con la misma y noto cuando traga con fuerza al percatarse de que no llevo ropa interior. Yo sigo en la misma posición.

Es ahora o nunca.

—Estoy dispuesta —le revelo, mirándolo a los ojos—, Maestro —le llamo de esa manera, recordando la última vez que me insistió en ello. Una corriente repentina se instala en mi cuerpo ante la expectación de lo que pueda suceder.

Max aprieta su mandíbula a medida que avanza hasta donde estoy. Bajo la mirada sin retirar las manos del aparato que cuelga del techo. Levanta mi mentón con el pulgar y me mira a los ojos con intensidad.

—¿Estás segura? —cuestiona, inspeccionando mi rostro de cerca—. Si dices que sí, no habrá vuelta atrás.

—Estoy segura —le contesto, y sus ojos adquieren un brillo peligroso logrando que mis nervios aumenten—, pero…

—¿Pero? —Se aparta de mi un paso y frunce el ceño.

—Ten cuidado, es mi… Es mi primera vez —termino por confesarle. Acto seguido lo que noto son los labios de Max sobre los míos.

Capítulo 15. Ángel.

MAX

Pasé toda la noche sin pegar ojo y con una erección que me duró hasta que pude levantarme e ir a darme una ducha fría.

Creo que te ayudaste un poco para poder bajarla.

Joder, me merezco el premio al hombre con más autocontrol del planeta. Cada vez que se movía un poco se le abría el albornoz y dejaba entrever tanto sus piernas como sus pechos. Redondos y pequeños, me imaginé lamiéndoselos y mordisqueando sus pezones. ¡¿Cómo no iba a tener tal erección!? ¡Soy de carne y hueso!

Llevo jodiendo el ensayo toda la puta mañana y es que no me centro en lo que debo hacer. Sé que Emilie está sola en mi casa, esperando a que llegue y, sólo de imaginarme que tengo que seguir aquí el resto del día hasta que el capullo de Alex dé por finalizado el ensayo, me está matando.

Estoy jodido, completamente jodido. Daría todo de mí con tal de no volver a ver su rostro bañado en lágrimas como anoche. En ese momento, cuando se quedó entre mis brazos en su portal, me di cuenta de lo cerca que estuvo de dejar de ser la chica que conozco. Y todo por culpa de un cabronazo.

Me importa una mierda si su padre se entera de que ha pasado la noche en mi casa, no pienso volver a dejar que ese tipo vuelva a respirar cerca de ella.

—¡Me cago en todo, Max! ¿Quieres centrarte? —me repite Alex en alto, haciendo que todos paren poco a poco de tocar.

—Eh, no pagues conmigo si no puedes ver a tu leona —me meto con él.

—Alex tiene razón. Estás en tu mundo, bro —comenta Henry desde la batería—, ¿quién fue la que te dio fiesta ayer que te ha dejado agotado? —pregunta el gracioso de turno.

Tiene cinco dedos y la llevas contigo.

Genial, ahora mi conciencia se alía con él.

Awen comienza a llorar y su madre la acuna entre sus brazos sentada en el sofá que tiene Alex en el sótano, donde estamos ensayando. Adam deja la guitarra apoyada en la pared mientras escucho el bufido de nuestro vocalista en alto.

—Chicos, yo me largo con mis chicas a casa. Hoy no estamos avanzando, será mejor que sigamos mañana.

—Adam tiene razón —le dice John, separándose del bajo—, cuando no hay fluidez es mejor descansar y seguir en otro momento.

—Os estáis volviendo unos vagos de cojones. ¿Queréis ir a descansar como unos viejos? A la mierda, pues marchaos —suelta cabreado Alex, retirando los enganches de los amplificadores.

—Estás de un insoportable desde que no puedes estar con tu leona —le susurro, riéndome por lo bajo, y éste me echa una mirada de hielo.

—Sabes, Max, estaré encantado de ser el primero en darte esas hostias que tanto pides a gritos cuando estés en mi situación.

Puedes comenzar…

Entro en mi casa con ansias, reviso el salón y la cocina, pero no la encuentro por ningún lugar. Subo al piso de arriba y, al acceder a mi dormitorio, me doy cuenta de que la cama está hecha. Descarto la posibilidad de que se haya ido, ya que aún está su teléfono móvil en el cuarto de invitados.

¿Dónde se habrá metido? Sólo me queda por mirar en el garaje y en… ¡No! No puede ser que esté allí. Bajo los escalones de dos en dos y, cuando llego al sótano, sólo tengo que empujar la puerta un poco para que ésta se abra.

Tengo que respirar con lentitud para que el oxígeno circule con libertad y llegue a mi cerebro. Trago con fuerza antes de pronunciar la primera palabra.

—¿Em, qué haces…? —Abre los ojos de repente al escucharme. Mi autocontrol está al límite. Recorro su cuerpo con la mirada. Sus pies pequeños están de puntillas para llegar a los grilletes que están anclados al techo. Voy subiendo con la mirada hasta llegar a su… Joder. Trago de nuevo con fuerza, no lleva ropa interior. Em se mantiene quieta sin moverse y sé que como yo me mueva no podré rectificar en esta ocasión.

—Estoy dispuesta. —¡¿Qué?! La miro a los ojos y me mantiene la mirada—, Maestro —modula la voz de tal manera al decirlo que mi polla acaba de reaccionar al instante.

Camino hasta ella con decisión, pero intentando no dejarme llevar por mis instintos primarios. Baja la mirada sin retirar las manos de su posición, bien. Le levanto el mentón con el pulgar, prefiero que me mire.

—¿Estás segura? —cuestiono, comprobando cada gesto de su rostro—. Si dices que sí, no habrá vuelta atrás.

—Estoy segura, pero…

—¿Pero? —Me alejo dando un paso atrás. Si tiene alguna duda, no quiero forzarla a nada.

—Ten cuidado, es mi… —habla con nerviosismo y sus mejillas se enrojecen—. Es mi primera vez.

¡Joder! Me abalanzo de tal manera que la beso sin ningún tipo de control. Cuando soy capaz de volver a recuperar la cabeza, poso la frente en la suya mientras mis manos recorren su cintura, hombros y brazos hasta llegar a sus muñecas y termino por retirarle las manos para que las baje.

Es un ángel, mi Ángel.

La levanto en brazos y da un pequeño grito en alto al no esperarse ese movimiento.

—Yo pensé… —comenta, mirándome extrañada al ver que salgo del sótano con ella en brazos.

—No aquí, no de esta forma —le explico y, al escucharme, coloca la cabeza en mi hombro mientras la cargo y subo hasta mi dormitorio. El corazón me va a mil. No dejo de pensar en lo afortunado que soy.

Soy consciente de sus nervios, de que quizás incluso tenga miedo. Una vez dentro de mi cuarto, la bajo del amparo de mis brazos con suavidad, me separo un poco de ella y clavo mis ojos en su mirada.

—Em, voy a intentar ser lo más cuidadoso posible. —Alzo mi mano y acaricio su mejilla con amor—. En este instante no soy el Maestro X, sólo somos tú y yo. Em y Max. ¿Lo comprendes?

—Creo que sí —me responde cohibida, retorciendo el borde de la camiseta.

Doy un paso pegando mi cuerpo al suyo a la vez que poso la mano en su cuello y le levanto la cabeza para que no aparte la mirada de la mía.

—Independientemente de que no vayamos a hacer nada intenso —de momento—, no dejo de ser un dominante en este terreno. Si en algún momento te sientes insegura o incómoda, quiero que me lo digas.

—¿No es necesario una *palabra de seguridad?*

¿Cómo sabe ella qué significa eso?

Alguien ha hecho los deberes.

—No, no la precisas —susurro sobre sus labios—, hoy no.

Exhala un «ah» y no espero más. Mi polla no soporta tanta presión, necesito tocarla y sentirla mía. Beso su boca con detenimiento y sujeto sus manos con las mías subiéndole la camiseta hasta retirarla por completo. Bajo por su cuello esparciendo pequeños besos, y ella se estremece con cada movimiento que realizo.

Paso el dorso de mi mano por su cintura, sintiendo como la piel se le eriza, rodeo la misma con mis brazos y la llevo hasta la cama.

Admiro su cuerpo tumbado sobre las sábanas antes de comenzar a desvestirme. Me retiro la parte de arriba, los zapatos, el pantalón vaquero y, por último, el *bóxer.* Sus pezones son dos pequeños botones apretados que llaman mi atención, levanto la vista y observo la cara de pánico que tiene al contemplar mi miembro.

EMILIE

¡No va a entrar! Es imposible que eso lo haga. Creo que estoy empezando a sudar.

Max coloca una rodilla en el colchón logrando que éste se hunda un poco con el peso. No deja de mirarme a los ojos y voy a entrar en pánico en breve, que esto de dejarse llevar, como decía el artículo, es para otras.

—Estás demasiado tensa —me susurra, acercándose a mis labios con lentitud.

—No… —miento de manera penosa.

—No hables, no pienses. Sólo siente. Haré que te relajes —me intenta calmar justo antes de que nuestros labios se junten. Saboreo cada

movimiento que realiza, cierro los ojos y noto que cambia de posición instándome con las rodillas a que abra las piernas. Se coloca en medio de ellas y con sus manos me solicita que las doble un poco. ¡Ya! ¿Así, sin más?

Sigue besándome con deleite. Acaricia mi mejilla con una mano mientras que la otra recorre el lateral de mi cuerpo. Tengo las uñas clavadas en las sábanas y el corazón me va a salir del pecho. Max se separa de mi boca y abro los ojos.

Al mirarle, me relajo sin esfuerzo. El brillo de su mirada transmite tanta serenidad y confianza que es inevitable no hacerlo. Aflojo de manera inconsciente las manos y con miedo las levanto para tocar varios de los tatuajes que adornan su cuerpo. Llevo años deseando poder hacer esto. Me deja que explore sus brazos, pectoral y terminando sus hombros.

Abro la boca para preguntarle dónde tiene tatuado el trébol de cuatro hojas tan famoso que tienen todos los chicos incluido él, pero la cierro al recordar que me ha dicho que no debo hablar.

—Buena chica. —Rodea mi cintura con su brazo de manera posesiva, domina la situación con verdadera destreza.

Tener pegada la erección de Max en mi vientre, sentir su aliento en mi cuello, que su lengua roce cada poro de mi piel hacen que una humedad intensa emane sin pudor de mi vagina. Quiero cerrar las piernas, apretarlas para poder calmar la palpitación que se está generando poco a poco en mi interior. Sin embargo, Max no me lo permite, recorre mi cuello con sus labios, baja hasta mis pechos y succiona con la boca mis pezones, los lame y mordisquea. Gimo en alto.

Echo la cabeza hacia atrás y la coloco sobre la almohada. Sus dedos se hunden en mi cintura guiándome para que no cambie mi posición y mantenga la espalda curva mientras sigue deleitándose con mis pechos.

—Quédate así —me pide con voz ronca. Suelta mi cintura, y no me muevo manteniendo la misma posición que me ha indicado. Me agarra las manos y me insta a que las lleve al cabecero de la cama—. Agárrate, no las retires de ahí.

Le obedezco y me aferro a los barrotes de hierro agarrándome con fuerza. Max se pasa la lengua entre los labios y revisa nuevamente mi rostro. El calor aumenta en todo mi cuerpo, bajo la mirada nerviosa incapaz de mantenerla fija en la suya.

Cuando vuelve a descender por mi cuerpo, lamiendo a su paso cada rincón de mi piel, expulso un sonoro jadeo. Besa mi vientre mientras me sujeta la cadera con ambas manos, sigue bajando. Y abro los ojos de golpe, sin recordar el momento exacto en el que los cerré, al sentir el aliento cálido de su boca en mi vagina.

Levanto la cabeza y bajo la espalda pegándola al colchón.

—¿Qué vas hacer? —indago con curiosidad.

Max chasquea la lengua, se aparta saliendo de la cama, abre el armario y rebusca algo en el interior de un cajón.

—¿Confías en mí? —me responde con otra pregunta, acercándose a mí sin dejar que vea lo que tiene en la mano detrás de la espalda.

—Sí —le contesto sin duda alguna.

—Bien. Cierra los ojos —me indica y tardo un poco en acatar su orden—. Levanta levemente la cabeza.

La textura suave de un tejido es colocado tapando mis ojos. Ahora, aunque abra los párpados, no podré ver nada. Trago con fuerza saliva y aprieto más las manos al cabecero, reforzando mi agarre sobre el frío metal.

Me muerdo el labio inferior al volver a sentir como se mueve sobre mi cuerpo. Me agarra la cadera de la misma manera que antes. Inmediatamente, siento la lengua de Max recorrer mi clítoris mientras frota con uno de sus dedos el mismo.

—¡Ahh! —gimo en alto.

Sin poder saber cuál es el siguiente paso que va a realizar, mis sentidos se agudizan. Escucho el sonido de un envoltorio al abrirse y, al poco rato, vuelve a atacar la zona más sensible de mi cuerpo con un hambre voraz logrando que mi excitación llegue a un extremo que nunca me imaginé sentir.

Mientras mordisquea y lame mi clítoris, sube una de las manos por mi cuerpo hasta llegar a uno de mis pechos y juega con un pezón, apretándolo y frotándolo. Una corriente de lujuria se apodera de mi ser y el hormigueo comienza en las puntas de mis pies y sube por mi espina dorsal. Max se aleja y expulsa un soplido de aire frío en la zona que con tanto esmero ha degustado.

Me estremezco por entero. Grito en alto al notar de nuevo los dedos agiles de Max sobre mi sexo. Contracciones de placer recorren mi interior.

Jadeo, gimo y sollozo con la llegada de cada ráfaga.

¡Ay, madre! Respiro con dificultad intentando recuperar el aliento. Acabo de experimentar mi primer orgasmo real porque, después de esto, puedo asegurar que lo que había tenido en la soledad de mi cuarto conmigo misma no es ni una cuarta parte de lo que he sentido.

El sudor recorre mi cuerpo, Max repta por él esparciendo pequeños besos a su paso hasta llegar a mi boca, la cual devora con hambre. Me retira la tela que ha usado para taparme la vista. Parpadeo para focalizar y hago el amago de soltar las manos del cabecero. Él ve mi gesto y niega con la cabeza.

MAX

Joder, en la puta vida me hubiese imaginado poder tener de esta manera a Em. No dejo de pensar en todas las cosas que deseo hacerle a su cuerpo.

Admiro su entrega, su confianza, el deseo, su excitación. Sobre todo, después de lo que ha pasado ayer con Trevor. Mejor no recordar a ese maldito cabrón en este instante. Ahora es el momento de centrarme en mi Ángel.

Casi pierdo todo el control al sentir bajo mis dedos como tenía un orgasmo. Incluso me he colocado un preservativo nada más taparle los ojos y antes de volver a tocarla, pues estaba seguro de que no sería capaz de pararme en otro momento.

Sin embargo, creo que necesita llegar a un nivel mayor para que pueda disfrutar un poco más de lo que está por llegar.

Niego con la cabeza cuando veo que quiere soltarse del cabecero de la cama. Anhelo saber hasta dónde llega su obediencia. Puede que en este instante sea Max y no el Maestro X, pero en mi interior hay una lucha de poder, ya que me es inevitable no querer más de ella. Siempre más.

Está claro que hoy no voy a usar ningún juguete, es su primera vez, pero estoy deseando hacerlo.

Juego con uno sus pezones, abro la boca y succiono. Alzo la vista mientras lo hago para ver el momento justo en el que debo parar. El otro pecho requiere la misma atención, pero alterno mi boca sedienta de ella con las yemas de los dedos que aprietan a su paso siempre un poco más.

Paso la lengua por los labios, saboreando de nuevo el néctar con el que me ha deleitado. ¡Joder, no puedo más! Llevo demasiado tiempo soñando con poseerla, con tenerla, hacerla mía por completo.

Memorizo cada detalle de su figura, cada lunar de su cuerpo. Beso y recorro con mi boca cada centímetro de su piel queriendo llegar a su alma y que ésta me acepte tal y como soy.

Coloco una mano por debajo de su muslo y le ordeno, sin decir ni una sola palabra, que se extienda más y que se exponga por completo. Me obedece sin reservas, y me siento el hombre más orgulloso al comprobar que lo hace.

Nuestros labios se juntan y mi polla se posa en la entrada de su vagina. Mantengo los ojos abiertos en todo momento, sé que le va a doler. Ejerzo presión y empujo con cautela mientras poso mi otra mano sobre su mejilla y la acaricio con el pulgar. Es preciosa pese a tener aún los signos del golpe que recibió en el pómulo. La miro a los ojos y las ganas de decirle «te amo» aumentan. Quiero confesarle tantas cosas y a la vez soy incapaz de articular una mísera palabra.

Voy entrado con calma en ella, sintiendo como envuelve mi polla en un calor exquisito. Esta sensación que me invade es nueva para mí, nunca antes he experimentado algo semejante con ninguna otra mujer. Escucho su queja en alto y en el borde sus ojos se acumulan las lágrimas que contiene para que no salgan.

Acaricio los nudillos de sus manos que están blancos de la fuerza con la que se agarra. Em se mueve bajo mi cuerpo y tengo que apretarle las manos con fuerza para controlarme y no enterrarme en ella como un puto salvaje.

EMILIE

La mirada de Max desborda intensidad y poder. Besa mis labios y siento como su miembro comienza a introducirse en mí con dificultad. Duele. Un quejido de mi interior es amortiguado por los besos que me da. Lleva sus manos a las mías, las aprieta, tanto como yo, sobre el metal, y cierro los ojos al notar como avanza.

—Mi Ángel. —Le escucho decir justo antes de realizar el empujón final que determina el fin de mi virginidad.

—¡Ah! —grito en alto.

—Shhhh, ya pasó, no te muevas. Deja que se adapte. —Pega su cuerpo más al mío, y abro los ojos. Unas pequeñas gotas de sudor recorren su frente. Parece que sufriera el mismo dolor que yo por el rostro que tiene.

Baja mis manos del cabezal y las entrelaza con las suyas. Balancea su cadera entrando y saliendo con lentitud de mi interior. En cada gesto que hago de molestia recibo a cambio un beso, una caricia.

Aumenta el ritmo, penetrando con mayor intensidad. La mezcla de placer y dolor es extraña, quiero relajarme, pero creo que, por más que lo intento, es peor. Max introduce entre nuestros cuerpos una de sus manos y aprieta con dos dedos mi clítoris. Lo suelta y lo vuelve a apretar. Sigue haciendo eso durante un rato mientras las embestidas se intensifican y mi cabeza se pierde por completo.

Grito de placer, de dolor, ya ni yo misma lo sé. Escucho como Max se deja llevar cuando mis músculos internos comienzan a palpitar incontrolables alrededor de su miembro. Respiro con dificultad. Max coloca el codo en el colchón para no caer sobre mi cuerpo y me besa justo antes de salir de mí.

Al levantarse de la cama, me quedo horrorizada al ver que el preservativo que tiene puesto está manchado de sangre y dirijo la vista a mi entrepierna. Las sábanas están manchadas de una mezcla de nuestros fluidos y de la prueba irrefutable de lo que acaba de suceder.

Se retira el condón y hace un nudo antes de echarlo a la papelera que tiene cerca de la mesilla. Va al baño y sale al rato con una pequeña toalla mojada. Me limpia con delicadeza y, por absurdo que parezca, me entra la timidez. Me tapo con la sábana hasta el cuello sin saber muy bien qué decir en este momento.

¿Y ahora qué va a suceder?

Capítulo 16. Iniciación.

MAX

Observo el reflejo de mi rostro ante el espejo del baño mientras humedezco una pequeña toalla. En un rincón apartado de mi mente se aloja el pensamiento de que acabo de joderlo todo, pero no le hago caso. No voy a arrepentirme jamás de lo que acaba de suceder.

Entro al dormitorio y veo como Em sigue petrificada mirando hacia la mancha de la sábana. Me acerco a ella y da un pequeño salto debido a lo concentrada que se encuentra. Limpio los restos de sangre que tiene en la ingle, y con cuidado dejo durante unos segundos la tela sobre su sexo. Em se estremece al instante.

Me levanto y me dirijo de nuevo al baño para echar la toalla al cesto de la colada. Me lavo las manos y acto seguido me detengo bajo el umbral de la puerta contemplando que Em se ha tapado con la sábana completamente. Decido aprovechar y me pongo un pantalón corto de deporte que tengo a mano en el armario. Sin hacer ruido avanzo hacia el pasillo y bajo las escaleras hasta la cocina.

Lleno un vaso de agua y busco en el aseo de la planta baja el botiquín para darle un analgésico y, así, que por la mañana no tenga molestias. Con ambas cosas en las manos subo de nuevo y me siento en el borde del colchón.

—Tómate esto, te sentará bien —le indico para que salga de su cobijo.

La pequeña cabeza de Em se asoma, un rubor recorre su rostro. Está adorable. Sujeta con un brazo la tela por encima de su pecho y estira el otro para poder agarrar el vaso y beber. Acerco a sus labios la pastilla sosteniéndola entre el dedo índice y pulgar, y ella abre la boca. La introduzco en su cavidad bucal rozándole la lengua con el dedo, subo la vista y nuestras miradas se cruzan.

No tengo ni idea de lo que va a suceder de ahora en adelante, pero tampoco quiero pensar en ello en este momento. Lo más seguro es que Em también esté pensando lo mismo, en las consecuencias de lo que acabamos de hacer. No quiero que lo haga. Por primera vez en todos estos años quiero

perderme entre sus brazos sin pensar. Mañana ya se verá qué sucederá. Me retiro el pantalón de deporte y, sin decir nada, entro dentro de la cama. Me arrimo a ella y la rodeo con el brazo.

Parece sorprendida, no es para menos. Nunca he dormido con ninguna mujer después de haber tenido sexo con ella, sí me he asegurado de que estuvieran bien después de cualquier sesión, pero los sentimientos nunca han entrado a juego y eso lo sabían todas perfectamente. No obstante, con Em todo es distinto.

Coloca la cabeza en el hueco de mi cuello. Su respiración me causa un cosquilleo que para nada me parece molesto. Suspira en alto y acaricio su cabello con la palma de la mano.

—¿Qué va a suceder ahora? Digo, entre nosotros —pregunta comedida.

—¿Te arrepientes? —No sé muy bien el motivo por el cuál le respondo con tal cosa. Quizá porque temo que sea así o quizá porque aún no estoy preparado para asimilar que todo es una locura.

—No, para nada —se sincera, levantando la cabeza y mirándome a los ojos. Se muerde el labio inferior—. ¿Y tú?

—Jamás.

Su rostro vuelve a ruborizarse, se acerca de nuevo a mi cuerpo y se relaja entre mis brazos. El sonido de su respiración lenta y acompasada me calma. Siento como el cansancio acumulado de no haber podido dormir la noche anterior me pasa factura. Cierro los ojos manteniendo a mi Ángel bien cerca de mí, a salvo.

Aún es temprano, es media tarde, sólo descansaré un poco.

EMILIE

Me despierto con el sonido de mi estómago rugiendo. Abro los ojos y está todo a oscuras, ya es de noche. ¿Cuánto habré dormido?

Me entran ganas de ir al baño y tengo que separar el brazo de Max que rodea mi cintura, para poder levantarme. Una vez hago mis necesidades busco una camiseta entre la ropa que tiene en el armario y me la pongo. Me quedo sonriendo como una tonta mientras Max se gira en la cama. Lo hemos hecho, suspiro. Y ha sido… mmmm, bueno, ha sido precioso y, a la vez, algo extraño.

Nunca me imaginé que mi primera vez fuera así.

Sin hacer ruido salgo al pasillo y, antes de bajar a la planta baja, voy a por mi teléfono móvil al cuarto de invitados. Compruebo que está muerto, se ha quedado sin batería. Seguro que Max tiene algún cargador para que reviva.

Al llegar a la cocina, dejo sobre la superficie de la isla el móvil y abro el frigorífico. Me preparo un sándwich, ya que no me apetece cocinar siendo tan tarde.

Mastico distraída mientras recuerdo cada beso, caricia y atención que Max realizó. Sin embargo, me doy cuenta de que no me respondió ayer a la pregunta que le hice. ¿Qué sucederá a partir de ahora?

Tengo miedo a que me trate como a las demás, que me aparte de su vida y que se quede con lo que ya ha obtenido. Aunque me cueste creer que fuera capaz de algo semejante, no puedo olvidar la larga lista de conquistas que lleva en su haber.

Me limpio la comisura de los labios con un trozo de papel y voy al salón. Me siento en el sofá y abro en portátil colocándolo sobre mis piernas. Google siempre tiene respuestas para todo.

Investigo sobre los anhelos y deseos de un Amo. En varias páginas hacen hincapié que el amor y los sentimientos en una pareja de dominante y sumiso no tienen cabida. Otras, sin embargo, realzan que es posible el amor entre ellos, pero en todas concuerdan en que un hombre dominante siempre lo será y que eso nunca cambiará. Continúo indagando en la red todo lo que puedo, algunas cosas ya me suenan de cuando me entro curiosidad: obediencia, restricciones, límites, juegos, posiciones de sumisión.

El tiempo pasa y me fijo en la hora que marca la pantalla. Decido borrar el historial de navegación antes de apagar el portátil, no quiero que lo vea en un descuido y piense de mí que soy una lunática.

Camino hasta el sótano, noto alguna molestia al andar, pero para nada en comparación con lo que pensé que podría ser. Rozo con las yemas de los dedos las hebras de un pequeño látigo que está expuesto en una de las paredes junto a varios de distintos tamaños. Me recuerda al día que fui a Mazmorra.

«No puedo ofrecerte una relación. No soy de relaciones. No voy a negar que tú me atraes, joder, me atraes mucho. Pero ir agarrados de la mano paseando por el parque o salir al cine a ver una película no es algo que te pueda ofrecer», rememoro las palabras que Max me dijo hace unos meses.

Me confesó que le atraía, pero no puedo esperar más de lo que me quiera dar. Nada de amor, nada de salir caminando de la mano al finalizar un concierto, nada de un noviazgo.

En unos días tendré que volver a casa, retomar las clases y enfrentarme a la realidad. Mientras tanto, mientras dure, estoy dispuesta a aceptar aquello que me pueda ofrecer sin demandar nada a cambio. Puede que no lleguemos a nada, pero no deseo que esto se quede así. Necesito más de él, me gustaría poder decir que lo quiero todo. No obstante, puede que para él sea imposible ofrecérmelo.

Me retiro la camiseta quedándome desnuda, me sitúo en la mitad de la habitación de rodillas imitando una de las imágenes que he visto por internet. Manos abiertas sobre los muslos en señal de ofrecimiento, cabeza agachada en señal de respeto, piernas ligeramente separadas en señal de disposición. Espero paciente a que Max se despierte sin moverme del sitio. Un calambre aparece en la planta del pie al cabo de lo que me parece una eternidad y aprieto los dientes sin cambiar la posición. Tengo que ser fuerte, esto no es nada. Puedo hacerlo, lo haré.

La espalda empieza a molestarme, pero lo aguanto. Escucho unas pisadas que se acercan y coloco de nuevo los hombros correctamente. Me muerdo el interior de la mejilla con nerviosismo, pues mis inseguridades vuelven con fuerza al oír el sonido de la puerta al cerrase.

—Em, levántate. Tienes las rodillas enrojecidas. ¿Cuánto tiempo llevas ahí? —me pregunta con preocupación, y niego con la cabeza sin hablar fijándome en los dedos de los pies de Max que están justo enfrente de mi—. ¿Por qué no? Dime.

Sin levantar la mirada comienzo a explicarle los motivos.

—Porque sé que cuando me marche, todo esto se convertirá en un recuerdo. Quiero ofrecerte aquello que quieres de mí. —«Mi cuerpo», pienso con tristeza. Me gustaría pensar en que lo que le gustaría tener es mi corazón, pero eso ya lo posee desde hace mucho y no necesita que se lo ofrezca. Él es su dueño, aunque nunca lo llegue a saber. Levanto la mirada pese a que sé que no debería hacerlo—. Enséñame, Maestro.

Max aprieta los puños y los afloja sin dejar de observarme. Lleva puesto un pantalón largo de deporte gris claro y traga saliva con fuerza antes de hablar.

—Mirada al suelo. —Sonrío con euforia y obedezco al instante, dejo de tener a mi alcance la visión de los pies de Max y escucho como se aleja. Abre y cierra algún cajón y mis nervios afloran—. Antes de comenzar te voy a decir dos puntos que son decisivos si quieres continuar con todo esto. El primero, en el momento en el que comenzamos con un juego de dominación y sumisión dejo de ser Max. Me trataras de… —hace una pausa y frunzo el ceño a la espera de que continúe—, Maestro o Señor. La segunda es muy simple, obediencia. ¿Tienes en mente alguna palabra de seguridad?

Humedezco mis labios antes de responderle.

—No.

—No, qué. —Ya la he fastidiado, cierro los ojos con fuerza.

—No, Maestro. No la tengo —respondo con rapidez al darme cuenta de lo que espera que diga.

—Que no se vuelva a repetir. —El tono autoritario que usa es casi irreconocible, es como si el Max chistoso y gracioso no existiera—. De acuerdo, tu palabra de seguridad será rojo. No la uses en vano, si dices «rojo» todo terminará al instante. Pararemos el juego y te preguntaré qué es lo que te ha molestado. ¿Cuál es tu palabra de seguridad?

—Rojo —le contesto y a los dos segundos noto el impacto de un objeto flexible parecido al cuero en la nalga derecha. Doy un respingo sobre mi misma. ¡Auch, eso duele!—, Maestro. Rojo, Señor. Maestro.

—Eso está mucho mejor. Levántate.

Cambio el peso de mi cuerpo para erguirme, las piernas las tengo entumecidas de estar en la misma posición durante tanto rato. Me tambaleo un poco a los lados al hacerlo. ¿Y ahora qué hago?

—Ven, colócate aquí. —Alzo un poco la vista y observo que señala un punto concreto del sótano con lo que creo que es el objeto con el que me ha dado el golpe en la nalga. Es una fusta de tamaño pequeño con una tira rectangular de cuero de color negro en su extremo. La deja encima de un mueble y se gira con una cuerda entre las manos. Camino hasta donde me indica—. Date la vuelta.

MAX

Aún no tengo ni idea que demonio se habrá apoderado de Em para que quiera que le enseñe todo esto. Pero haber entrado en el sótano y

encontrármela de tal manera ha sido demasiado impactante como para denegarle lo que parece que quiere experimentar.

—Date la vuelta —le pido, tomándola de los hombros. Le ato las manos a la espalda mediante un nudo de trébol y después tiro del extremo de la cuerda. La obligo a arrodillarse colocando la palma libre de la mano sobre el centro de su espalda y la empujo hasta que sus hombros tocan el suelo de la misma manera en que lo hacen sus rodillas.

Es la primera sesión que tengo con mi Ángel y no quiero que se asuste. Le explico a medida que la toco cada reacción que tiene su cuerpo, le comento que en ocasiones, dependiendo del juguete que se use, puede llegar a querer gritar, llorar y que no debe de dudar en hacerlo si eso es lo que precisa. Añado además que si no lo soporta, debe usar su palabra de seguridad.

—Lo que voy a hacerte, todo lo que vas a sentir puede parecer doloroso. Tienes que confiar plenamente en mí, Em. El dolor no es el fin de los azotes, es el medio para que explotes de placer. Sentirás un cachete y, después, en la misma zona, una caricia reconfortante, un beso o un lametazo. La suma de todos esos sentimientos y del gran contraste de dolor y placer es lo que hace del BDSM algo tan increíble.

Froto con la palma de la mano sus glúteos, posiblemente se piense que voy a penetrarla de nuevo, pero acaba de perder la virginidad, no hace ni veinticuatro horas, y no soy un animal. Eso no me impide que podamos divertirnos de otras maneras.

En el club me sorprendió que le hubiese gustado que le nalgueara, voy a llevarla un poco más lejos a ver hasta dónde llega.

Le doy con la palma de la mano y froto la zona que se enrojece al instante. Evito el muslo, dado que aún conserva el moratón y debe de ser doloroso. Una, dos hasta tres veces seguidas con pequeños toques que mueven su trasero de una manera deliciosa. Em, exhala en alto. Rodeo su cuerpo y le recojo el cabello sujetándoselo con la mano en un puño. Tiro un poco de él para que se levante y la miro a los ojos. Como me imagine están vidriosos, pero no de dolor o temor sino de placer.

Le coloco la melena hacia un lado, las puntas de la misma reposan sobre uno de sus pezones y mi vista va directo a esa parte de su anatomía. Estaría preciosa con unas pinzas con detalles en pedrería en ellos. Al mirar su rostro, me doy cuenta de que aparta la vista y que está ruborizada. Aquí sucede algo.

—¿Estás cómoda con tu cuerpo? —Espero una respuesta por su parte y, al ver que no me responde, al instante lo intento de otra manera—. Una sumisa debe ser honesta —le recuerdo en caso de que no lo sepa.

—La mayoría de las mujeres no estás cómodas con su cuerpo, Señor —contesta, arqueando las cejas.

—Todos tenemos inseguridades, pero deberíamos querernos de cualquier modo. Tú deberías, Em. Tienes un cuerpo muy bonito. Hombros elegantes, cintura estrecha, piernas moldeadas y esbeltas…

Em es muy expresiva y, como sospeche, espera escuchar algo obvio para ella.

—¿Qué? —cuestiono como si no supiera lo que sucede.

—No has dicho nada de mis pechos, Maestro.

—¿Qué sucede con ellos? —Mi Ángel pasa la lengua por sus labios y mi polla reacciona al ver el gesto—. ¿Te sientes insegura por ellos?

—Me siento insegura sobre muchas cosas, Señor. Una de ellas son los pechos, no son grandes. —Baja la voz un tono al decir la última frase.

—No importa que lo sean. Lo que me importa es tenerlos entre mis manos y poder tocarlos. —Me arrimo más a su cuerpo y rodeo con la palma uno de ellos—. Son muy bonitos. Tienes los pezones rosados y pequeñitos, muy redondos. Me encantan —le revelo, apretando distraído uno con las puntas de los dedos—. Arriba —le ordeno.

Ella obedece y contengo las ganas de sonreír. Mi mano baja por su abdomen a medida que ella se incorpora posándose sobre su clítoris. No me muevo, la dejo encima de su centro durante unos segundos. Cuando comienzo a jugar con esa parte de su cuerpo, Em se estremece. Tengo que darle unos pequeños toques con la palma de la mano en el interior de los muslos para que abra más las piernas. Justo antes de tocar con mi piel sus labios vaginales un calor enorme delata el nivel de excitación en la que se encuentra.

—Joder, Em. Estás muy mojada —comento en alto, perdiendo por completo el rol de Amo al notar lo húmeda que está—. ¿Te gusta que te toque así?

—Sí, Maestro, me gusta —ronronea.

—Y a mí me gusta tocarte —le confieso, aparto la mano de su núcleo. Me bajo el pantalón quedándome plenamente desnudo enfrente de ella. Em dirige

la mirada a mi erección. Sonríe de medio lado. La sujeto de los hombros y le incito a que se coloque de rodillas frente a mí—. Abre la boca.

Duda, temor, son varias de las expresiones que contemplo en su mirada. Espero con paciencia sin moverme del sitio, agarro con la mano mi miembro y rozo sus labios con la punta del mismo. Ella termina por abrirla y… ¡Oh, joder!

Tengo que controlarme para no correrme en su boca. Cálida y sensual. Tiene los párpados cerrados mientras trabaja en un vaivén comedido sólo siendo capaz de llegar hasta la mitad. Sus movimientos van adquiriendo mayor rapidez y confianza, comienza a jugar con su lengua. Pasándola por cada vena hinchada y por mucho autocontrol que tenga, no soy capaz de seguir. Me separo de ella y empiezo a masturbarme con agilidad derramando mi semen sobre sus pechos.

Mi Ángel abre los ojos en desmesura, viendo como cada gota que esparzo sobre su piel es el resultado de lo que me provoca. Me recompongo y me subo el pantalón camino hasta una de las estanterías y agarro un papel para limpiarla. Una vez termino de retirar de sus pechos cualquier resto de mi orgasmo, rodeo el cuerpo de Em y desato el nudo de sus muñecas. Froto con detenimiento las mismas para que la sangre circule con fluidez.

Reviso sus rodillas y sus hombros. Todo está correcto. Beso sus labios y lo que recibo a cambio es un ceño fruncido.

—¿Sucede algo? —le reto a que me diga la verdad.

—Yo… creía que… yo pensé, pensé que haríamos algo más, Señor. —Contengo las ganas de reír en alto.

—Una de las reglas que debes aprender para el futuro es que una sumisa nunca toma decisiones que afecten al placer de su cuerpo.

—¿Y eso significa…, Maestro?

—Eso significa, que por hoy ya has tenido suficiente, mi Ángel.

Frustración, incomprensión y sorpresa, todo pasea por el rostro de Emilie y puedo leerlo con facilidad.

—¡¿Qué?! ¡¿Esto es un castigo o algo así, Maestro?! —termina alzando la voz, está enfadada y no comprende el motivo por el cual he actuado así.

—Sí y no. Un Amo toma las decisiones, y tú viniendo hasta aquí lo que has hecho es provocarme. Y no me mires así, Em, sabes que tengo razón. —Ella abre la boca y la cierra sin decir nada—. Sé que te has quedado con

ganas, créeme lo he notado, pero no pienso anteponer tu salud frente las ganas que tengo de volver a estar dentro de ti, porque te aseguro que lo principal para mí es tu bienestar. Mi deber es cuidarte y lo haré, aunque con ello consigas quedarte insatisfecha, y yo con un calentón que, pese a lo bien que se te ha dado lo que acabas de hacer, no es nada en comparación con el calor de tu interior. Así que créeme cuando te digo que no se me ha pasado, aún sigo con ganas —realizo una pausa, dando un paso quedando a un suspiro de su aroma—. Nunca te haría daño, Em, hoy tienes que descansar. —Le acaricio la mejilla, y ella cierra los ojos ante el contacto de mi mano—. Cuando crea que puedas, si es que aún estás dispuesta a quedarte unos días más en mi casa, te enseñaré todo lo que quieras. Pero hoy no, mi Ángel. Hoy no.

—Está bien, Maestro. —Baja la mirada y su peso cambia de un pie al otro—. Lo he comprendido y no volverá a ocurrir.

Dudo seriamente que eso sea cierto, pero toda esta situación no ha comenzado con normalidad. Ha sido un caos desde un inicio y aún estoy aceptando que no es un sueño, que se ha entregado a mí y que me ha pedido seguir haciéndolo.

Rodeo con mis brazos su pequeño cuerpo y la abrazo posando un tierno beso en su hombro. Recojo del suelo la camiseta y le visto con mimo. Retiro de su cara un mechón de cabello y le sonrío para que se dé cuenta que no estoy enfadado con ella. Más bien todo lo contrario, puesto que ha aceptado una vez que le he explicado los motivos de su castigo y eso me hace sentirme orgulloso de ella.

Capítulo 17. Poder.

MAX

Camino de la mano con Em hasta la cocina y me pregunta si tengo un cargador para su móvil. Le indico que vaya hasta el salón y que abra el cajón del mueble blanco. Mientras ella lo busca, me dispongo a preparar el desayuno. Son las siete de la mañana y no creo que sea capaz de volver a dormir. Prefiero quedarme despierto y estar todo el rato posible con mi Ángel antes de que sea la hora de ir al ensayo del grupo.

Hoy no sólo tenemos que practicar el nuevo single que saldrá a la luz en breve. También debemos ir a un par de entrevistas que han organizado los de la discográfica para promocionar la gira del próximo año en Latinoamérica.

Busco una bandeja y coloco sobre ella un vaso con zumo de naranja, unas tostadas y una pieza de fruta. Camino hasta el salón y dejo el desayuno encima de la mesa que está enfrente del sofá antes de sentarme.

Emilie enciende su teléfono y lo deja reposando en el mueble de la televisión mientras se carga la batería. Realizo un gesto con la cabeza para que se acerque y, cuando la tengo junto a mí, la siento sobre mis piernas rodeando su cintura con mi brazo. No tardo ni dos segundos en besar sus labios, su aroma es una adicción para mí. Nunca tendré suficiente de ella.

Esparzo pequeños besos por su cuello y cuando llego al lóbulo de su oreja lo mordisqueo con cuidado. Tengo una curiosidad enorme por saber cómo ha aprendido las posturas que debía realizar en el sótano.

—¿Dónde has buscado información sobre el D/S? —le susurro, rozando con mis labios su oreja.

—En Google, Maestro. —Frunzo el ceño al escucharle. Esto no va bien. Me separo de ella y la miro a los ojos.

—Max —le digo con un tono algo brusco.

—¿Te has enfadado? —Se muerde el labio y llevo hasta el mismo la yema del dedo para acariciárselo.

—No, no estoy enfadado. Pero creo que internet no es el mejor lugar para informarse de lo que es el BDSM. ¿Sabes lo que es un 24/7? —Ella niega con la cabeza. Un mechón de su cabello queda pegado cerca de su labio y lo

retiro para colocárselo detrás de la oreja—. Es una relación que se basa en una sumisión total, las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Yo no soy un Amo que quiera una esclava, no deseo eso. Disfruto de los momentos en los que realizo una escena, la cual puede llegar a durar un par de horas en ocasiones, pero el rol de Maestro termina cuando el juego finaliza.

—Entonces ahora te puedo llamar Max —afirma, entendiéndolo al fin.

—Exacto.

—¿Y cómo se sabe que comienza una escena? —El latido de mi corazón aumenta. Me alegra que quiera saber más y que me pregunte estas cosas.

Estiro el brazo para alcanzar el zumo y se lo paso para que beba algo. Debe de estar sedienta y no quiero que descuide su alimentación. Le explico, mientras ella desayuna, que en un club es sencillo, ya que adoptas el rol desde el minuto uno en el que entras en él y que en el día a día una sumisa termina conociendo tanto a su Amo que sabe perfectamente cuando comienza un juego. Le comento varias cosas relacionadas con el tema y aprovecho para recalcarle que no soy un sádico. No me gustan ni las perforaciones ni las vejaciones verbales a una mujer durante una escena. Espero con paciencia a que ella me indique qué es lo que opina de todo lo que he dicho en mi extenso monólogo, pero se queda callada. Quizá sea porque aún no sabe lo que puede o no gustarle.

Para eso está el Maestro, para enseñarle.

Joder, mi calenturienta conciencia no descansa ni un puto segundo. Y mi polla creo que va por el mismo camino.

Escucho el sonido de la alarma de mi teléfono, pese a que está en mi dormitorio. Es hora de que me vaya preparando para ir con los chicos, pero no tengo ganas de apartarme de Em. Expulso con pesadez un suspiro y la elevo con facilidad sujetándola de la cintura para poder levantarme.

—Debo ir arreglándome para salir. —Acaricio su mentón—. Siéntete cómoda de hacer lo que quieras el resto del día. Tardaré en regresar.

—Está bien. Lo haré.

Me limpio el sudor de la frente con una toalla, el ensayo ha salido de puta madre. Alex sigue siendo un grano en el culo, sigue de mala hostia y me meto

con él a cada rato, ya que sé que es por la rubia. Espero que pronto se solucionen sus asuntos o nos va a volver a todos unos amargados.

Una vez recogido el equipo de música pedimos comida a domicilio. Comemos entre risas y confidencias en el salón de la casa de Alex. Los *paparazzis* esperan en la calle para tener su oportunidad de fotografiarnos e intentar sonsacarnos algún titular para las portadas de las revistas en las que trabajan.

—Puedo ir perfectamente a la discográfica con vosotros, ya estoy recuperada al cien por cien. —Escucho a Alice decirle a su prometido.

—Vamos a estar demasiadas horas con distintos periodistas y no podré estar atento a mis chicas. —Posa un beso en la frente de su hija, la cual carga en brazos Alice—. Acabo de llamar a Marcus para que te escolte hasta casa.

—No me gusta nada cuando te pones en plan sobreprotector —le replica ella. Me río por lo bajo sin poder evitarlo, y John me da un codazo para que deje de hacerlo.

—Estaré mucho más tranquilo si sé que Marcus está pendiente de ti mientras yo no puedo estarlo. Sólo quiero que estéis bien, mi amor. —Le acaricia la mejilla y es en ese instante cuando veo el cambio en el rostro de ella. Suspira en alto y acepta.

Llaman a la puerta y Adam abre a Marcus que, sin perder tiempo, le indica a Alice que no se aleje de él mientras cruzan la calle. Me levanto del sofá para comprobar con el resto de los chicos lo que sucede fuera y lo que vemos nos dan ganas de partirle la boca a varios de ellos. Rodean a la chica de Adam con cámaras en mano mientras ella camina con la cabeza agachada y protege de los *flashes* con sus brazos a la pequeña Awen.

Henry tiene que sujetar del brazo a Adam para que éste no salga y monte una de las gordas. No se tranquiliza hasta que ve como entran en su hogar, sanas y seguras. Mi mirada se dirige un segundo a la fachada de mi casa y frunzo el ceño al ver como las cortinas de una de las ventanas de la planta baja se mueven. Le advertí que no se acercara a las ventanas.

Creo que pide a gritos un castigo, Señor.

Decido hacer oídos sordos a mi conciencia de momento. Ando hasta la cocina y abro el frigorífico, me sirvo una cerveza y el resto de los chicos se unen a mí a la espera de que llegue la limusina que nos trasladara hasta la discográfica.

—¿Problemas en el paraíso? —Le paso una cerveza a Adam que acepta—. Pensé que ya podíais… —Realizo un gesto con las manos de los más gráfico metiendo y sacando el dedo índice en el agujero que formo con la otra.

—¿No piensas en otra cosa que no sea en sexo? —me increpa molesto.

—Me conoces perfectamente para saber que no, bro. —Me río en alto—. Pero, por como esquivas la pregunta, creo que no estoy muy lejos de la realidad.

—¿No dijisteis el otro día que el médico le había dicho que estaba en perfecto estado y que podía hacer vida normal? —comenta John.

—No te habrás olvidado de cómo se hace —cuestiona Henry, colocando ambas manos en la cara y fingiendo estar asombrado.

—Joder, lo que sucede es que quiero esperar a que nos casemos. Alice no deja de recordarme que está bien, y yo pretendo que sea algo especial.

—¿Lo has hablado con ella? —pregunta Alex, y Adam niega con la cabeza—. Cuando se entere, te castra.

—Imagino que estás otra vez proyectando, bro, eso lo haría una leona que todos conocemos. Lo más seguro, es que Alice se derrita por lo que este pedazo de terrón de azúcar tiene en mente —le comento a Alex y éste me da con la palma de la mano en la nuca. Me froto la zona mientras me río en alto.

Alex recibe un mensaje en su móvil, y nos informa de la llegada de la limusina. Salimos a la calle y nos montamos en ella sin hacer ningún tipo de declaraciones a la prensa. Si terminamos temprano con las entrevistas, quiero hacer antes una parada en una tienda, tengo algo en mente y estoy deseando llegar a casa para ponerlo en práctica.

EMILIE

Desisto después de estar durante casi media hora abriendo y cerrando cajones y armarios. Me miro al espejo y suspiro en alto mientras me toco la melena. Tendré que dejarlo secar así, Max no tiene un secador para el pelo por ningún lado.

Me he dado una ducha, he visto la televisión un rato, he llamado al centro de estudios informando de que volveré a las clases en un par de días y he hablado con mi padre por teléfono.

Meghan no ha contestado mis mensajes de WhatsApp. No sé qué bicho le habrá picado para que se comporte de esta manera. Sé que es una ardua defensora de Trevor, al fin y al cabo son amigos de antes de conocerme, pero pensé que, después de contarle lo que sucedió, me apoyaría.

Lo que sí recibí fue un mensaje de Trevor pidiéndome disculpas e informándome de que no presentará cargos contra Max. Decidí no responderle. Aún estoy mentalizándome con que voy a tener que volver a verlo en clase cuando vuelva. No pienso perder la oportunidad de sacar este título por lo que ha pasado. Me merezco terminar lo que empecé y lo haré.

Me aburro mucho. Max me ha dicho que internet no es el mejor sitio para aprender sobre BDSM, pero no conozco a nadie más que sepa de ese tema aparte de él y hay muchas preguntas que me da vergüenza plantearle.

Levántate y ve a por respuestas.

Con las pintas que tengo vestida con tan solo una camiseta larga, imposible. Además Max me ha dicho que no salga… Bueno, para ser exactos me pidió que me sintiera cómoda de hacer lo que quisiera el resto del día. Quizá…

Me muerdo el labio inferior y me acerco a la ventana. Tengo sumo cuidado de que nadie pueda verme desde fuera. Me escondo detrás de la cortina y espío el momento en el que Alice entra en su casa acompañada de Marcus.

Trago con fuerza antes de ponerme a subir los escalones que me separan de la planta de arriba. Mi mano tiembla y tengo que respirar hondo para tranquilizarme. Abro la puerta del baño del pasillo y miro al suelo donde, supuestamente, debería de estar mi ropa.

¿Dónde está mi ropa?

Busco en cada rincón sin encontrar ni una sola prenda. Me quedo quieta en el sitio pensando en dónde Max pudo meterla y decido bajar de nuevo a la cocina. Entro en el pequeño cuarto que tiene de lavandería y abro la secadora. ¡Bingo!

Me visto con el vestido con el que llegué hace dos días. Una vez estoy calzada y he guardado mi móvil en la cazadora reviso por la ventana como los chicos se marchan en limusina. La prensa no tarda en subirse a sus automóviles y los siguen. Espero paciente durante unos diez minutos y compruebo que la calle está despejada para salir. En cuanto escucho el

sonido de la misma al cerrarse, cierro los ojos con fuerza. Seré burra, no tengo llaves.

Bueno, ya no hay vuelta atrás.

Quizás esté perdiendo el tiempo y no logre dar con las respuestas que preciso, pero debo intentarlo.

Camino con rapidez para abandonar lo antes posible Chelsea. Llego a la boca del metro casi sin aliento. Desde esta zona de Londres es más sencillo llegar. Me bajo en la parada más cercana y ando unos diez minutos hasta que diviso la entrada de Mazmorra.

Es extraño volver a pasear cerca de este local sin tanta gente esperando para entrar. Pero es lógico que aún no haya nadie dado que no abren hasta las nueve y media de la noche. Pero de todos modos quiero, necesito probar suerte.

Llamo al timbre del local y no obtengo ningún tipo de respuesta. Lo vuelvo a intentar casi quemando el aparato. Pero nada, será mejor que me marche y deje de perder el tiempo.

—No abrimos hasta más tarde —me anuncia a mi espalda. Me doy la vuelta y veo a un hombre enorme que me dobla en tamaño.

—Disculpa, sólo pretendía preguntar por alguien. —Doy un paso atrás, ya que su aspecto intimida bastante.

—No damos información sobre los Maestros a nadie —me aclara, cruzándose de brazos.

—No, no. No vengo por ningún Maestro. Quería saber cuándo podía encontrar a Peny, digo a Roxy —me corrijo automáticamente al recordar que en estos lugares todos usan un rol y modifican su nombre por otro.

—¿Para qué quieres verla? —Frunce el ceño, aún sin confiar en mí.

—Yo… necesito de su consejo —le confieso. El hombre armario se me queda mirando durante un rato y termina por sacar un móvil del bolsillo de su pantalón.

Genial, ahora me iré directa a la cárcel por acosar a alguien.

—Hola, soy Frank —comenta el armario de cuatro puertas a alguien por teléfono—. Tengo una chica que dice necesita consejo… —Éste me observa de abajo a arriba durante unos segundos y asiente con la cabeza—. Sí, parece una de las tuyas.

¡¿De las de quién?! ¡Ay, madre! ¿En qué lío me he metido? Mejor salgo de aquí lo antes posible.

Retrocedo dando pasos cortos. No me giro, pretendo huir cuando menos se lo espere.

—Llegará en cinco minutos —me informa, guardándose el móvil en el bolsillo. Me paralizo cuando frunce el ceño de nuevo y da un paso al frente.

—¿Quién? —pregunto temerosa.

—¿Quién va a ser? Roxy.

Todo el aire contenido de mis pulmones sale de golpe al instante. Si no fuera por lo mucho que impone este hombre, le daría las gracias. En su lugar me quedo temblando en el sitio mirando a un lado y al otro de la calle a la espera de que llegue Roxy y no una furgoneta llena de hombres encapuchados para secuestrarme.

En menos de lo que me imaginé llega un coche color rosa fucsia que aparca cerca de nosotros. Roxy sale de él con cara de cabreo.

—¿Se puede saber qué le has hecho a la chica, Frank? Está muerta de miedo —le suelta ella.

—No le he hecho nada. No tengo culpa de ser intimidante —le explica él.

—Anda, lárgate de aquí que ya me ocupo yo de ella —le espeta, y mis ojos se abren de golpe impactada por cómo le habla. Está loca.

—Eres una insolente. Se lo diré a tu Amo —le amenaza.

—Gilipolleces —susurra ella, sujetándome del brazo—. ¿Te encuentras bien? —quiere saber con cara de preocupación, señalando mi mejilla —. Vayamos a tomar algo a un sitio tranquilo, y me cuentas qué te ha sucedido.

Sigo a Roxy hasta su coche y me subo a él.

—Yo, no quiero causar problemas. Espero que tu Amo no te castigue por mi culpa. —Es extraño hablar en estos términos. Aún me cuesta asimilar toda la jerga.

Roxy comienza a reírse en alto con una carcajada tan relajada que logra que termine por levantar las comisuras de mis labios.

Nos sentamos en una de las mesas del Starbucks situado en Brompton Rd. Lo primero que me pregunta Roxy es si lo de la mejilla me lo ha hecho el Maestro X, o sea Max. Niego inmediatamente esa suposición y le explico

todo lo que sucedió con Trevor, que ahora estoy en la casa de Max y que tengo mil preguntas relacionadas con este mundo que comparten.

—Primero antes de comenzar, deja de llamarme Roxy. Mi nombre real es Peny. Roxy es el rol que uso cuando estoy en un club o comienzo una escena con mi Amo. Por cierto —hace una pausa para beber un sorbo del café que se ha pedido—, ¿cuál es tu nombre? Creo que aún no te has presentado.

—Perdona, es cierto. Me llamo Emilie. —Sonrío algo avergonzada al darme cuenta de ello.

—Perfecto, Emilie. Dispara, ¿qué dudas tienes? Por cómo te comportaste y por lo que estoy viendo, creo que no sabes mucho sobre este mundillo.

—Son tantas las preguntas que me hago que no sé ni por dónde comenzar —le confieso.

—Comienza por el principio. —Mi cara debe ser de circunstancia, me quedo en blanco sin saber qué preguntarle. ¿Debería empezar por hablarle de mis sentimientos por Max, los cuales han ido en aumento durante los últimos años, o quizá por el momento en el que él mostro algún tipo de interés por mí?— ¡Buff, demasiadas dudas en esa cabecita! Deja que te pregunte una cosa personal. El día que fuiste al club, ¿qué sucedió dentro de ese cuarto? —Coloca los codos en la mesa con interés.

Me muerdo el labio con nerviosismo. Peny es mucho más extrovertida de lo que me imaginé para ser una sumisa. Parece una mujer de carácter fuerte y eso me causa más dudas aún con respecto a todo en general.

—Mmmm, Max. Digo el Maestro X se enfadó cuando lo reté y me nalgueó. —Mi voz mengua a medida que le comento lo que hizo él.

—Suele pasar. Los Maestros en ocasiones quieren demostrar que son ellos los que llevan la voz cantante en todo. —Se ríe en alto sobresaltándome, miro a un lado y al otro comprobando que nadie esté al tanto de nuestra conversación—. ¡Qué tontería más grande! La de veces que habré retado a mi Amo sólo por provocarle a propósito. Pero bueno vayamos a lo que realmente importa. ¿Qué sentiste tú cuando eso sucedió?

Me quedo pensativa un segundo. Recuerdo las sensaciones aún en mi piel como si hubiera sucedió ayer. El picor del impacto de su palma sobre mi trasero, el calor aumentando poco a poco. La sensación de placer cuando me masajeaba… Y al final cuando ya dejé de contar cuántos llevaba y no sabía

ni dónde me encontraba, el dolor inicial se convirtió en expectación. Esperando a recibir más.

—Bien… —lo resumo todo en esa palabra sin querer entrar en más detalles—, aunque me dejó con…

—¿Ganas? —Se ríe de nuevo.

—Sí, pero al mismo tiempo sentí como que estaba mal sentirme de esa manera. Al fin y al cabo, lo que estaba haciendo era… —me quedo callada pensando en una palabra que defina lo que hizo.

—Por favor. —Pone los ojos en blanco—. Los prejuicios de la sociedad en ocasiones son demasiado fuertes. —Niega con la cabeza—. Te contaré una situación que me sucedió más o menos sobre la edad que tú tienes. Tenía un novio vainilla —me relata, haciendo un gesto con los dedos de las manos como si pusiera comillas a la palabra—, el asunto es que en alguna que otra ocasión mientras manteníamos relaciones íntimas me daba con la palma de la mano en la nalga. Yo, digamos que cuando eso sucedía mi excitación aumentaba y esperaba más. Siempre más. Nunca llegué a ser yo misma con él. Y cuando le pedí lo que anhelaba después de mucho tiempo, me llamó pervertida, me dijo que eso era de enfermos. Al final, nuestra relación se rompió. Comencé a investigar sobre lo que me sucedía, entré con bastante miedo a algún club sólo para saber cómo eran las cosas sin intención de encontrar a nadie. Al cabo de unos meses, un día se me acercó Julius. —El rostro de Peny al nombrar a Julius se transforma por completo y reconozco la mirada que muestra—. Tenía tanto miedo y al mismo tiempo tantas ganas de sentirme poderosa.

—¿Poderosa? —la interrumpo al no entender lo que me dice.

—Por supuesto. La mayoría de la gente está totalmente equivocada al pensar que ellos son los que tienen el poder en este tipo de relaciones. Ellos puede que nos ordenen, que demanden, pero son totalmente conscientes de que si no nos cuidan y respetan, todo acaba cuando queramos. No sólo con una palabra de seguridad en mitad de una escena sino también perdernos como sumisas, como compañeras para siempre. —La dulzura se instala en la mirada de Peny que extiende su mano para tocar la mía que está posada sobre la mesa—. Nunca lo olvides, Emilie, tú eres quien tiene el poder.

—Parece mentira que seas sumisa con lo fuerte que se te ve. ¿A qué te dedicas? —comento en alto sin meditar demasiado las palabras que salen de mis labios. Arrepintiéndome en el acto por ser tan curiosa.

—Soy magistrada. —Se encoge de hombros quitándole importancia. Mi boca se abre al segundo de escuchárselo.

Pasamos la tarde charlando sobre mis dudas y Peny me cuenta cómo llegó a enamorarse de Julius. Lo mucho que llegó a anhelar el collar que ahora luce cada vez que van juntos a un club y que es el símbolo que advierte al resto del mundo que es toda suya. Sin embargo, hace hincapié en que cada pareja es un mundo y que es importante ser uno mismo siempre. Me comenta que no olvide que este estilo de vida es principalmente para divertirse, que siempre se debe fijar unos límites desde el inicio y que es importante recordar que no se está obligado a nada. Recalca que todo pasa siempre por el consentimiento previo y consensuado entre ambos.

Nos intercambiamos los números de teléfono y me indica que siempre que quiera la llame ante cualquier duda o simplemente para charlar. Cuando estamos por despedirnos, mi móvil comienza a sonar. Le pido disculpas a Peny y, al agarrar el mismo, veo en la pantalla el número de Max.

¡Mierda!

Alguien va a ser castigada…

Capítulo 18. Fuerza.

MAX

Hemos estado media tarde atendiendo a distintos medios de comunicación que quieren entrevistarnos. Por mucho que nos fastidie, tenemos que recibirles y contestar las preguntas que nos hacen.

Jeremy nos presentó al comienzo como si no pasara nada, intentando dar la imagen de mánager implicado y cercano a sus representantes. ¡Qué sarta de mentiras!

Alex se había metido en su papel de vocalista engreído y chulesco que todos conocen, llevó puestas las gafas de sol casi todo el rato y sólo se las llegó a retirar cuando comenzó a hablar del que será nuestro nuevo single *Mi Diosa*.

El gabinete de la discográfica se ha encargado de que sólo nos pregunten por temas relacionados con el nuevo álbum y la gira que tenemos programada para el próximo año. Así que nos hemos librado de las típicas sobre lo que sucedió con Alice, y los rumores de reconciliación de Alex. ¡Menos mal!

La hija del señor O´Conell, Adabella, ha estado merodeando en el salón de actos donde se ha realizado la rueda de prensa. Si pensaban que sentándonos detrás de una mesa en un escenario nos mantendrían controlados, se equivocaron. Cada vez que se otorgaba la palabra a un periodista, Henry hacía de las suyas dando ritmo al momento con dos baquetas que se trajo de su casa. Cualquier superficie dura era buena para que él pudiera demostrar su talento: la esquina de la mesa, el respaldo de la silla de Alex que estaba a su derecha sentado… Hasta que logró que nuestra nueva *tour manager* se cansara de tanto espectáculo y ordenara que se nos retirase la mesa. Él se levantó y fue peor, por lo menos para ella, que empezó a cambiar de tono hasta parecer un tomate cherry.

La limusina nos lleva de vuelta a Chelsea.

—Conseguiré que deje de ser tan sargento —comenta Henry, guardando la única baqueta que le queda después de que Adabella fuera capaz de

retirarle la que le falta antes de que le diera con ella en la cabeza a uno de los corresponsales.

—Olvídate de ella, que te conocemos todos, y guarda tu polla en el pantalón —le aconseja Alex—, es la hija del señor O´Conell. No vayas a hacer gilipolleces.

—¿Quién habla de follársela?

—Creo que tú, bro —le indica John, negando con la cabeza y con media sonrisa en los labios.

—¿Se puede saber qué bicho te ha picado para que tengas interés en una mujer tan seria como ella? —le cuestiona Adam cuando deja de mandarse mensajitos de amor con su chica por el móvil.

—¡Eso mismo me sucede! Es una amargada, no dejó de controlar cada movimiento que dábamos o cada palabra que decíamos. Aún no hemos empezado con la gira y ya está tirando de la correa.

—Estoy seguro de que no te quejarías si te sacase de paseo —me meto con él, ganándome un golpe de su puño en mi hombro. Menos mal que lo ha hecho de broma.

La limusina aminora la velocidad hasta quedar parada enfrente de la casa de Alex. John no espera a que el chófer nos abra la puerta y sale a la calle que pronto se llenará de *paparazzis*. Me despido de todos con prisa, tengo ganas de ver a mi Ángel y saber qué ha hecho en todo el día.

Entro al *hall* y, una vez cierro la puerta, alzo la voz llamándola. No me responde y la busco tanto en la cocina como en los dormitorios. Frunzo el ceño y decido ir al sótano, espero que no esté de nuevo ahí.

Sin embargo, reviso el mismo y no hay rastro de Em por ningún lado. ¿Dónde se habrá metido? No encuentro ni su ropa en la secadora, ni su teléfono en el salón. Se ha marchado.

¡Joder! Espero que ningún *paparazzi* le haya visto salir de esta casa. Saco el móvil y busco el número de Em en la agenda, nunca antes lo había usado pese a que lo tengo desde que comenzó a trabajar en las giras de asistente con Mike.

Espero a que me atienda y al cuarto tono me responde.

—¿Estás con tu padre? —le pregunto, intentando guardar la calma.

—No, estoy… con una amiga —me responde en voz baja.

—Dime dónde. Te iré a buscar.

Emilie no tarda en darme la indicación del Starbucks y termino la llamada diciéndole: «No te muevas de donde estás, no tardaré».

¡Castigo, castigo, castigo!

Voy al garaje y decido montar en el coche en vez de ir en moto. Quiero evitar que nos vean cuando lleguemos. Al salir a la calle, me encuentro como me imaginé que sucedería, con varios furgones aparcados. Están centrados en la casa de Alex en este instante y aprovecho para acelerar la velocidad y despistarles rodeando varios barrios antes de ir a buscar a Em por si alguno me ha intentado seguir.

No tardo demasiado en llegar. La veo en la entrada del local despidiéndose de…, ¿ésa es Roxy? ¿Qué hace con ella? Salgo del coche y la llamo por su nombre en alto. En cuanto repara en mí, baja la mirada y con pasos cortos se acerca hasta donde me encuentro.

—Sube —le indico con tono grave.

Em rodea el auto y entra por la puerta del copiloto. Arranco el motor sin mirarla, estoy demasiado furioso como para ponerme a hablar con ella en este momento.

—Lo siento… —se disculpa arrepentida.

—¿Quieres que te lleve a casa de tu padre? —Cierro los ojos un segundo perdiendo la visión de la carretera. No quería preguntarle eso, pero me ha dolido no encontrarla en casa.

—¡¿Qué?! No, no —me responde con rapidez—. Sólo necesitaba hablar con alguien.

—Y ese alguien no podía ser yo. Te has marchado sin decirme nada, te has expuesto a que te vean los *paparazzis* —le recrimino y me arrepiento al instante de hacerlo al ver de reojo que su rostro se entristece.

Aminoro la marcha y aparco delante de una tienda. Necesito despejarme y no llegar a casa en este estado. Verla vestida con el vestido que llevaba el día que la encontré en las escaleras de su casa no ayuda.

—Quédate aquí y no salgas del coche, volveré en unos quince minutos.

EMILIE

La he fastidiado. Está bastante enfadado y no es para menos. Me advirtió que no me acercara a las ventanas y que no saliera de la casa sin él, y le desobedecí. Sin embargo, parece que lo que más le ha dolido o molestado es que fuera a buscar respuestas en otra persona y no en él.

Me quedo esperando como me ha dicho en el coche mientras mis nervios aumentan por segundos. Pasados unos quince minutos y como si se hubiese cronometrado para no tardar más, sale de la tienda en la que ha entrado con varias bolsas que guarda en el maletero. Me pregunto qué es lo que ha comprado. Llevo la mirada al escaparate, es de ropa tanto de hombre como de mujer. La marca en cuestión es una de las caras de La City.

Max sube al coche y arranca de nuevo dirección a Chelsea. Cuando estamos a punto de llegar, éste aminora la velocidad y extiende su brazo izquierdo sujetándome el brazo. Frunzo el ceño sin entender muy bien. Nuestras miradas se cruzan un instante antes de que tire de mí hacia su cuerpo.

—No te muevas, voy a desenganchar el cinturón de seguridad para que estés más cómoda. Hay paparazzis, intentaré entrar al garaje con rapidez —me indica con rotundidad.

Mi rostro queda pegado a su entrepierna. Me muerdo con nerviosismo el labio inferior y cierro los ojos sin moverme, tal y como me ha indicado. Noto como el vehículo va adquiriendo mayor velocidad. Max posa una de sus manos en mi nuca y mi mejilla roza su miembro, el cual está más que despierto.

Entreabro un ojo al sentir como el coche se para. La puerta del garaje se cierra detrás de nosotros, pero sigo sin moverme. Un suspiro sale de mi interior y Max deja de sostenerme. Me incorporo, lo más seguro es que tenga las mejillas rojas por la situación y me llevo las palmas de las manos a las mismas para comprobar que no estoy equivocada.

Max sale del coche y abre el maletero. Me recompongo y abro la puerta para salir yo también. Me lanza una mirada llena de intenciones sin pronunciar. Trago saliva y sigo sus pasos hasta el salón.

—¿Tienes curiosidad, averiguar más y obtener información? —me pregunta con tono grave—. Yo te daré las respuestas que precisas —me dice, dando un paso al frente—. Ve al baño. —Mueve la cabeza indicándome el de la planta baja donde estamos—. Date una ducha y ponte lo de la bolsa. —Me

pasa la misma y la sostengo entre las manos—. Eso si estás completamente segura de continuar.

—Lo estoy —le respondo sin duda alguna.

—Bien. Cuando termines, ve al sótano. Y espérame en la misma postura que tenías el otro día. —Asiento y comprendo al instante que una vez más entraremos en el rol de dominante y sumisa.

Decido no mirar qué prendas hay dentro de la bolsa y voy directa a la ducha como me ha pedido. No tardo en desvestirme por completo y meterme bajo el chorro de agua caliente que me relaja al darme directamente en la nuca. Cierro los ojos e intento recordar las cosas que me ha comentado Peny en nuestro encuentro. «Él te guiará», me reveló. «Si en algún momento hay algo que te resulte incómodo, no dudes en verbalizarlo», me aconsejó. «Nunca lo olvides, Emilie, tú eres quien tiene el poder». Cierro el grifo del agua con determinación. Puede que esté enamorada de Max, pero tengo que reconocer que tengo una curiosidad enorme por aprender más sobre este mundo que lo rodea. No por él, por mí.

Extiendo la mano para alcanzar la toalla que está colgada en un enganche de la pared del baño y rodeo mi cuerpo con ella para secarme. Cuando le relaté a Peny todas las emociones que sentí al entrar en Mazmorra y cómo reaccionó mi cuerpo a su toque al quedarnos a solas Max y yo, me di cuenta de que ese día me enfadé no sólo con él por dejarme con ganas, sino también porque no comprendía que algo que supuestamente es raro e incluso catalogado como enfermizo por la sociedad me estuviese gustando.

Dejo caer al suelo la toalla y abro la bolsa. Me quedo paralizada al ver su contenido. ¿De verdad quiere que me vista con esto? ¿Sólo con esto?

Tras dudar un par de minutos, me pongo las medias que llegan hasta la altura de mis muslos, me subo a los zapatos de tacón negros que estaban dentro y me pongo el liguero del mismo color. Y nada más. No hay nada más que vestir.

Veo el reflejo de mi cuerpo en el espejo del baño, ladeo la cabeza y caigo en cuenta de que desprendo un halo de poder, tal y como dijo Peny. Voy sin ropa interior con una vergüenza que no puedo disimular, abrazándome a mí misma en un intento absurdo por tapar mi pecho al aire libre.

Bajo las escaleras y entro al sótano. La puerta está abierta y la dejo así, ya que Max aún no ha llegado. Me sitúo en la mitad de la habitación y me coloco en la misma posición que el otro día. Las puntas de los tacones se me

clavan en las nalgas y tengo que erguir la espalda para evitar dejar caer todo el peso de mi cuerpo sobre ellas. Las puntas de mi cabello me hacen cosquillas en la espalda, he intentado secar como he podido la melena, pero sigue húmeda.

El sonido de la puerta al cerrarse me sobresalta por un segundo y doy un pequeño respingo. Max no habla, no dice nada. Usando tan solo el oído descifro en qué parte del sótano se encuentra. Abre y cierra algún cajón, escucho el sonido de unas cadenas al chocar entre sí. La impaciencia me mata, quiero saber qué es lo que tiene preparado para hoy.

Sus pies, descalzos, es lo que veo cuando se coloca delante de mí.

Comienza lo bueno.

Mi conciencia está excitada por el momento, yo también. Aunque posiblemente puedo añadir a esa excitación, nerviosismo, dudas…

—¿Estás cómoda? —me pregunta con voz ronca. Trago con fuerza antes de responderle.

—Sí, Maestro. —Sonrío al escuchar como hace un ruido de aprobación con la garganta.

—Levántate —me ordena.

Le obedezco sin erguir la cabeza. Pese a que me encantaría poder contemplar en este momento el verde intenso de sus ojos.

Como si me hubiese leído el pensamiento, Max roza con sus dedos mi mentón hasta que nuestras miradas se unen.

—Mírame, prefiero que me mires —confiesa, pronunciando cada palabra con una cadencia que me deja sin sentido.

—Sí, Maestro —le respondo.

Me fijo en que lleva puesto un pantalón vaquero gastado de color gris. Su respiración es lenta en comparación con la mía que desde que bajé aquí dejó de obedecerme y sigue su propio ritmo. Me guía unos pasos atrás sin dejar que me gire. Las palmas de sus manos recorren mis brazos hasta llegar a mis muñecas, en su camino mi piel se eriza con su contacto. Me las levanta y dejo que me ate las manos a unas esposas metálicas envueltas en un tejido acolchado, éstas están unidas a unas cadenas ancladas al techo. Aprieto las piernas juntándolas al sentir como mi excitación aumenta por la expectación.

—¿Recuerdas cuál es la palabra de seguridad? —Asiento y Max me da un azote con la palma de su mano en la nalga sin previo aviso—.

Respóndeme cuando te pregunte, Ángel. —¿Me ha llamado Ángel?

—Rojo. La recuerdo, Maestro —le comento al segundo.

—Bien —me indica, y el sonido de un clic alrededor de mis muñecas al cerrarse por completo las esposas me avisa de que ya no hay vuelta atrás—. De vez en cuando te iré preguntando cómo te sientes. Quiero que digas «verde» si está todo bien, si estás al límite de no soportar lo que está sucediendo utilizarás la palabra naranja y rojo para que todo termine. —Me mira con seriedad mientras habla, y un sudor frío recorre mi espalda. Trato de asimilar cada una de sus palabras—. ¿Lo has entendido?

—Sí, Maestro. Verde si todo está bien, naranja para cuando crea que ya no lo aguanto y rojo cuando quiera que todo acabe. —Como me dijo Roxy, yo tengo el poder, sonrío al recordar sus palabras—. Igual que un semáforo.

—Sí, igual que un semáforo —repite mis palabras, y creo vislumbrar como intenta reprimir una carcajada.

Max se aleja dándome la espalda y busca algo en una de las mesas que están pegadas a la pared de la izquierda. Se da la vuelta y veo como sostiene en sus manos una barra metálica, agrando los ojos sin saber para qué sirve.

—No te asustes, Ángel. Esto es una barra separadora —me explica—, quédate quieta mientras te la coloco.

Max se agacha apoyando una rodilla en el suelo. Su mano derecha acaricia el gemelo de mi pierna bajando hasta el tobillo, lo masajea con los dedos antes de colocar la tobillera que está en el extremo de la barra, y mis piernas se abren a petición suya. La postura no es extremadamente incómoda, pero me siento totalmente a su merced atada de pies y manos sin poder moverme.

No soy capaz de imaginar lo que tiene pensado hacer con mi cuerpo ni de qué manera va a usarlo. Comprendo que todas estas incógnitas serán desveladas en breve y el peso imaginario que llevo en los hombros se esfuma al comprender que no es elección mía, que Max es quien toma esas decisiones y que yo tan solo debo recoger y abrazar cada sensación.

Cierro los ojos y reprimo un jadeo cuando los labios de Max van con determinación a uno de mis pechos. Lame, succiona y mordisquea ejerciendo presión con los dientes en la punta erecta de mi pezón. Se retira un poco y sopla sobre el mismo, logrando que quiera juntar las piernas al notar como mi vagina se contrae solicitando atención, pero no soy capaz y me frustra esa

sensación. No da pie a que me queje y continúa realizando la misma tortura con el otro pecho. Su lengua juega haciendo círculos con lentitud humedeciendo cada rincón y grieta que está formada.

Doy un respingo y abro los ojos de golpe al sentir un objeto frío cerca de un pezón. Miro a Max a los ojos sorprendida. ¿Qué es lo que me está poniendo? Y sobre todo, ¿cuándo fue el instante que dejó de besar mi pecho?

—Respira hondo —me aconseja—, sentirás dolor, pero sólo al comienzo. Son unas pinzas regulables, de esa manera podré ajustarlas.

Me sostiene la mirada, retengo el aire en los pulmones a la espera de un dolor tremendo. En su lugar me sorprende comprobar que a medida que aprieta poco a poco, una corriente de placer y dolor se mezclan dejándome confusa. Sigue estrechándola un poco más y frunzo un poco el ceño al empezar a alejarse la sensación placentera.

—Max…, Maestro —rectifico al instante—, no, no sigas. —Me mantiene en vilo unos segundos, inhalo con fuerza, y da una vuelta más al pequeño y mortífero artefacto, el cual desearía arrancarme de lleno si no fuera porque tengo las manos atadas y no me puedo casi mover. Intento alejarme, es imposible. La palabra de seguridad pasa por mi cabeza, mas me resisto a tener que pronunciarla.

—Naranja —nombro el color con rapidez, y él deja de ceñir más la pinza. Respiro con tranquilidad.

—Estaba esperando que usaras la palabra adecuada. Te queda el otro pezón. —Lo mira con admiración, y por primera vez en mi vida me siento orgullosa de mis pechos.

No es necesario que le vuelva a decir que pare, lo hace justo al instante en el que sospecho que ya no voy a aguantar más.

—Preciosa, te he imaginado con ellas puestas en más de una ocasión, pero la realidad es mil veces mejor. —Besa mis labios con pasión y el roce de su cuerpo con el mío hace que quiera gritar, llorar, gemir y jadear al mismo tiempo.

En cada movimiento que hago las cadenas suenan al juntarse y separase entre sí. Max se aparta de mi boca, va de nuevo a la pared donde tiene el resto de utensilios. Cuando se gira, contemplo como sujeta lo que ahora sé que se llama *flogger* en una mano, en la otra sostiene un antifaz.

—¿Confías plenamente en mí? —me pregunta, y no dudo al responderle un «sí, Maestro».

Lo último que soy capaz de ver antes de que me rodee la oscuridad al ponerme el antifaz Max, es el brillo de sus ojos llenos de lo que por un segundo creo es amor.

Capítulo 19. Entrega.

MAX

He tenido que hacer tiempo al llegar a casa para no comenzar una sesión enfadado. Nunca se debe jugar sin tener total control sobre uno mismo. Podría ser peligroso. Pienso llevarla al borde de la desesperación, porque se merece un castigo por desobedecerme al haberse acercado a la ventana y salir de la casa sin decírmelo, arriesgándose a ser vista.

Le he tapado los ojos para que se centre en las sensaciones que espero sean placenteras para ella. Me paso la lengua entre los labios una vez más al contemplarla, puesto que es la mujer más hermosa que he visto en mi vida. Los zapatos de tacón realzan sus piernas, el liguero le da un toque sensual. Ladeo la cabeza al ver parte de su cabello caer en cascada por el hombro, aunque, por mucho que ame su larga melena, tengo que recogérsela para que no le moleste.

Sin volver a pronunciar ninguna palabra, me alejo de ella. Voy hasta el equipo de música que está en una de las estanterías. Busco una pista que sea apropiada para la ocasión y sonrío al encontrar *Angel* de Aerosmith. Pongo en bucle una versión que hicimos hace unos años en homenaje a este grupo magnífico, pero que nunca se llegó a comercializar y que grabamos en la casa de Adam cuando aún éramos unos críos, e incluso salgo cantando en parte de los coros.

Le doy al *play* y regulo el volumen para que suene de fondo. Busco un lazo para poder hacerle a Em una trenza y sujeto de nuevo el *flogger* caminando hacia ella. Quizá toda mi vida he estado buscando a mi ángel particular, ya que ahora recuerdo que fue idea mía versionar esa balada.

Me sitúo a su espalda, beso su hombro y susurro sin casi darme cuenta la letra de la canción antes de empezar a enredar mis dedos en su pelo y peinarla. Una vez he terminado, le coloco la trenza por encima del hombro derecho.

He escogido este pequeño *flogger* por dos razones: la primera es porque las colas son de gamuza, suaves y anchas para no causarle daño alguno a su piel; y la segunda razón es de lo más egoísta, pues quiero estar cerca de ella

para ver cómo el tono de su piel va poco a poco adquiriendo un precioso tono rojizo.

Me retiro el pantalón vaquero quedando totalmente desnudo, ya no aguanto más con él puesto, tengo la polla que me va a estallar.

Realizo un giro de muñeca calculando el punto exacto en donde va hacer impacto, sus muslos. Las tiras rompen el aire produciendo un silbido antes de llegar a su destino. Em da un pequeño grito de sorpresa, no le doy tiempo a que reaccione y continúo esparciendo pequeños coletazos por toda su espalda, hombros y piernas. La rodeo y comienzo con lo que sé que para ella será lo más complicado.

Empiezo por su vientre, intenta doblarse con el primer choque. Realiza un gesto de molestia y, antes de continuar, bajo la vista a su entrepierna encontrándome con que está húmeda, así que continúo un rato más manteniendo el ritmo, pero bajo la intensidad de los impactos cuando llego a sus pechos.

Da un gemido en alto y echa la cabeza hacia atrás, vuelvo a repetir la misma acción un par de veces más.

—Por favor, por favor… —suplica en un quejido, rompiendo el silencio que se instaló desde que le tapé los ojos.

—¿Por favor qué? —le pregunto—, si no quieres que siga y no lo soportas, ya sabes cuál es la palabra que debes pronunciar. ¿Quieres decirla?

—No. No quiero. —Doy dos pasos al frente y rozo con la palma de la mano sus pezones, tiro un poco de ellos, y Em se muerde el labio inferior.

—Dime qué quieres, Ángel —le susurro encima de la boca.

—Quiero, quiero que pares. Quiero que sigas —duda con la voz agitada mientras su pecho sube y baja con rapidez—. No sé lo que necesito ni lo que quiero —lloriquea.

—No te preocupes, me tienes a mí. No precisas más —reconozco antes de besarla de nuevo—. Sólo van a ser tres —le advierto.

—¿Tres? ¿Dónde? —cuestiona alarmada.

—Sé que podrás con ello —le animo.

Inhalo con fuerza alejándome de ella e impacto en su vagina justo encima del hinchado clítoris. Da un grito en alto y se remueve de tal manera que las cadenas suenan opacando el sonido del equipo de música. Vuelvo a repetir

el mismo movimiento con el *flogger*, dejo que se recupere del segundo impacto y le recuerdo que sólo queda uno. Asiente con la cabeza apretando la mandíbula y cuando realizo el siguiente golpe sobre su parte más sensible, me maravillo al comprobar cómo llega al éxtasis retorciéndose de placer.

Tiro el *flogger* al suelo y doy dos pasos acercándome a ella. Coloco una mano en su nuca, la otra en su sexo y comienzo a frotar su clítoris con dos de mis dedos. Ruega que pare, pero no le hago caso, mantengo la fricción y me separo de ella cuando está a punto de llegar a su segundo orgasmo.

—¡Cabrón! —grita, sorprendiéndome—. No me dejes así, por Dios… —gimotea, y sonrío de medio lado, dándome la vuelta para ir a buscar un preservativo.

EMILIE

La cabeza no para de darme vueltas. Las sensaciones son extremas, siento la piel arder y cada roce que realiza cuando se acerca a mí es mil veces más intenso que cualquier cosa que he sentido en mi vida.

Cuando comenzó, pensé que no lo iba a resistir. Después de llevar un par de impactos todo fue en ascenso, el dolor leve se convirtió en placer e intentaba intuir el siguiente esperando, deseando que ocurriese. Es algo extraño de describir.

Me falta el aire, trato de respirar por la nariz, pero me es imposible y termino recogiendo el oxígeno que me falta por la boca. Escucho como Max se mueve a mí alrededor, he llegado a un orgasmo explosivo. Cuando me tocó con sus dedos aún tenía las réplicas del mismo y le imploré que parase. No creo poder soportar otro tan intenso.

Suena el sonido de un clic y, a continuación, noto mi tobillo derecho libre. Al segundo no tardo en tener el otro también. Max recorre mis piernas con las palmas de las manos desde los gemelos, llega a los muslos, se para en mi vagina y sopla sobre ella. Eso hace que un escalofrío suba por mi espalda.

Max continúa su recorrido por mi cuerpo, repartiendo pequeños besos y mordiscos en diferentes partes que me hacen perder la razón. Llega a mis manos y me retira las muñequeras. Después de estar no sé cuánto tiempo en la misma postura, mis hombros se resienten y me cuesta seguir erguida. Mi

Maestro me sostiene, y vuelvo a dar un quejido de dolor mezclado con placer al sentir mi pecho pegado al suyo.

Sigo con el antifaz puesto. Quiero que me lo retire, ansío mirarlo a los ojos, pero no lo hace. Me guía para que camine y me freno al notar que las puntas de mis pies chocan con algo duro. Max coloca su mano en mi nuca y me empuja hacia adelante para que me incline. Poso mi vientre y pecho sobre una superficie fría.

—Estira los brazos —me dice, y le obedezco—, sujétate al borde de la barra.

No tardo en recibir una palmada en mi trasero que envía una corriente directamente a mi clítoris. ¡Dios, parece que todo mi cuerpo esté conectado a esa zona!

Frunzo el ceño e intento erguirme en cuando esparce algún tipo de líquido sobre mi ano.

—Shhhh, tranquila. Sólo te estoy estimulando para prepararte. Aún no estás preparada para esto. —¡Ni pienso estarlo!—. Voy a usar un pequeño dildo, respira hondo.

¡¿Qué?! ¡¿Pero no me dijo que no estaba preparada para eso?! Retengo el aire al sentir el objeto, que según Max es pequeño, introducirse en mi interior. Me frota la espalda de arriba a abajo y con las rodillas me obliga a separar las piernas. Jadeo en alto al sentir como empieza a sacarlo y a meterlo poco a poco. Los músculos van cediendo y relajándose. Inhalo con fuerza cuando noto que ha parado.

—Ya está. No ha sido para tanto. —Juraría que se está riendo de mí—. Dame un color.

¿Color, color? ¿Y ahora a qué viene…? A vale, veamos… Me ha dolido horrores al principio, pero ahora… Bueno, ahora parece que no me duele.

—Verde, Maestro. —Max deposita un efímero beso en una de mis nalgas al responderle.

—Espero que estés preparada. Esto va a ser algo brusco —me advierte.

Sujeta con la mano la trenza que me ha hecho antes y tira un poco de ella logrando que encorve la espalda hacia atrás. Introduce su miembro de una sola embestida y se queda quieto al llegar al fondo de mi matriz. Doy un grito en alto, y comienza moverse entrando y saliendo a un ritmo vertiginoso. Una, dos, tres… dejo de contar perdiéndome en las emociones que me

inundan por completo. Mi pecho roza con cada sacudida la textura fría de la barra donde estoy colocada.

Max cambia el ángulo de su cuerpo tocando una fibra sensible que me hace ver las estrellas. Los jadeos son mutuos, escucho el sonido que realiza con cada sacudida. El temblor previo a un orgasmo se inicia en mi vientre y da un tirón a mi cabello antes de salir de golpe de mi interior. Me quejo en alto con un sonoro «no».

Me da la vuelta con rapidez y me sujeta de la cadera levantándome para que mi trasero quede en el borde de la barra. Me retira la venda de los ojos. Parpadeo intentando enfocar la vista. Una nube de lujuria nos envuelve, me da lo mismo estar desnuda frente a él, me da igual el resto del mundo. En este instante somos él y yo. El verde de su mirada me ancla a la realidad, tiene las pupilas dilatadas. Es tremendamente erótico saber que está así por mí.

Rodeo su cadera con mis piernas mientras Max sujeta mis muslos acercándose de nuevo a mi centro.

—Míranos, somos uno —comenta, bajando la mirada justo cuando entra de nuevo en mí con lentitud. Con tanta lentitud que me desespera. Llevo la mirada a donde tiene la suya y compruebo la visión de cómo va desapareciendo pulgada a pulgada. Mi vagina responde a esa visión con un espasmo involuntario. Max sonríe y me besa con pasión impulsándose en un solo envite. Mi jadeo es opacado por su boca que absorbe cada una de mis protestas.

Separa sus labios de los míos colocando su frente pegada a la mía. Empieza a moverse de manera lenta atrás y adelante, entrando y saliendo hasta casi salir por completo sin dejar de mirarme a los ojos mientras lo hace. Envuelvo su cuello con mis manos y no puedo evitar besarle al llegar por segunda vez al orgasmo. Mis músculos lo aprietan queriendo que no se escape, rogando para que no se aleje.

Max retira una de las pinzas de mis pechos y grito al segundo por el dolor, mi vagina se contrae al instante y él agacha su cabeza para pasar la lengua sobre mi pezón dolorido. Realiza el mismo acto con el otro, besándolo y humedeciéndolo con su boca para calmarlo sin dejar de mover su cadera y prolongando aún más mi clímax. Me entrego en cuerpo y alma a él cuando aumenta la velocidad hasta su propia liberación, lo amo.

Nuestras respiraciones son agitadas y el sudor recorre nuestros cuerpos. Me siento agotada y feliz. Se aleja de mí para retirar el preservativo que echa a una papelera cercana. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que sigo en el sótano. Tengo la cabeza que me da vueltas. Ha sido todo tan inmenso que no logro controlar mis sensaciones. Max se acerca a mí y me retira el juguete del ano, dejándome vacía con una sensación extraña.

Inexplicablemente, me entran ganas de llorar y de refugiarme en mí misma. Me abrazo y comienzo a temblar. ¿Por qué estoy así?

—Tranquila —me dice—, no estás sola. Me tienes a mí, yo cuidaré de ti —comenta, rodeándome con una manta que no sé de dónde ha salido.

MAX

La respuesta de Em a todos los estímulos que ha recibido me ha sorprendido. Es una mujer de lo más receptiva. La noto temblar mientras se abraza a sí misma y reparo en que las endorfinas de su cuerpo deben estar intentando regularse después de la sesión que hemos tenido. Busco una manta para cubrirla, coloco un brazo debajo de sus piernas y otro en su cintura para levantarla y llevarla a la planta superior. Necesita agua para hidratarse.

No he podido evitar mirarla a los ojos cuando me di cuenta de lo cerca que estaba de correrse. He sentido una conexión que jamás he experimentado con nadie. Y el miedo que ahora noto en mi corazón al saber que tendré que dejarla ir cuando se marche de mi casa, me da pánico. Mi conciencia no deja de gritar «¡mía, mía, mía!» y las ganas de reclamarla como tal aumentan por segundos.

Voy con ella en brazos hasta la cocina sin querer dejarla sola ni un segundo. La poso sobre la encimera mientras lleno un vaso de agua. Se lo doy para que lo beba y espero a que lo acabe. Cuando ya no queda ni una sola gota, nos vamos al sofá del salón, y me siento con ella encima. Em se refugia entre mis brazos, le doy el cobijo que precisa, retirándole la cinta del pelo y dejando que su cabello se esparza libre. Se lo acaricio y juego con varios de sus mechones entre mis dedos hasta que se queda dormida.

Me levanto cargando su peso sobre mis brazos y la llevo a mi dormitorio dejándola sobre el colchón con cuidado de no despertarla, aunque frunzo el ceño al escuchar como su estómago se resiente y dudo que haya comido algo en el día. Dejo que descanse mientras voy a preparar algo de cenar para ambos. Una vez tengo lista una bandeja con lo necesario para que reponga

fuerzas, me acerco al garaje y abro el maletero del coche para recoger el resto de las bolsas de la tienda por la que pasé antes. Necesita algo para estar cómoda por casa. Espero que lo que le he comprado le guste.

Respiro tranquilo al llegar al dormitorio sin que se me caiga nada al suelo por el camino, coloco la bandeja encima de la mesita de noche y la bolsa sobre los pies de la cama. Me siento a su lado atraído por su belleza, embobado al ver como duerme plácidamente. Retiro un mechón de su rostro y no puedo evitar volver a besarla.

Em se mueve con pereza y parpadea al sentir mis labios sobre los suyos. En cuanto me ve, sonríe con sinceridad. Estoy enamorado de ella y no creo poder ser lo suficientemente fuerte para hacer lo correcto cuando llegue el momento. No me apetece hacerlo, quiero ser egoísta, retenerla a mi lado cada segundo del día. No quiero dejar que se vaya y que todo se quede en un recuerdo como me dijo ella el día que la encontré en el sótano.

Pero todo ese sentimiento de posesión se esfuma al recordar lo que arriesga al estar a mi lado: su libertad, la libertad de una persona anónima; el temor de que la señalen por la calle al caminar; y la sentencia de los demás por mi culpa. Luego llega el miedo de ser el causante de que el grupo entre en un conflicto por culpa de lo que pueda suceder si Mike se entera. Para muchos Slow Death es más que un grupo de *rock*, es nuestra familia y yo con mis actos estoy cometiendo alta traición.

—Te amo. —Le escucho decir en un susurro que me deja sin aliento.

Capítulo 20. Madurez.

MAX

«Te amo».

En la vida me imaginé que alguien, y mucho menos Emilie, sabiendo como soy, se llegara a enamorar de mí. Nada más escuchárselo decir, quise declararle que yo también la amaba, pero la imagen de Dana, la periodista que está detrás de Alex y Mey, apareció de repente en mi mente recordándome que estaría encantada de sacar a la luz una relación mía con una mujer. ¿Y qué fue lo que hice?

Ser un maldito cagón.

¡Exacto! Sonreí y le di un beso en la frente como si nada. Cenó y esperé a que terminara para hacerle saber que tenía que ensayar una pieza musical y que estaría ocupado. Todo mentira.

Llevo desde ayer pensando en sus palabras, en todo lo que conllevan. En todo lo que puede cambiar su vida si le confieso que esos sentimientos son mutuos. La opresión que siento en la boca del estómago, cada vez que me imagino todas las posibilidades, me echa para atrás. No he sido capaz de pegar ojo en toda la noche. Me he quedado tocando la guitarra hasta la madrugada y, cuando amaneció, le dejé el desayuno hecho junto con una nota avisándole que tenía que hacer unos recados.

Y aquí estoy. En el único lugar donde sé que obtendré respuestas o, al menos, algún tipo de consejo. Llamo a la puerta y espero con impaciencia. Es temprano, pero, por lo general, siempre han sido madrugadores, dudo que no estén levantados a estas horas.

La puerta se abre e intento poner la mejor de las sonrisas que puedo, pero tanto él como su mujer me conocen demasiado bien.

—Anda, niño, no te quedes en la entrada. Pasa, la encontrarás en la cocina —me indica Charles.

—Gracias, señor Fuller.

—Te llevo pidiendo desde la primera vez que te encontré en esta misma casa, intentando robar un trozo del pastel de calabaza, que dejes de llamarme señor, pues me haces sentir más mayor de lo que soy.

—Bueno, yo se lo dije en su momento y lo seguiré reiterando que, para mí, diga lo que diga, es un señor. —Uno con todas las letras, de pies a cabeza.

—No tienes remedio. —Niega con la cabeza—. Voy a regar las plantas mientras charláis. —Me guiña un ojo de manera cómplice.

Inspiro en profundidad, jazmín… Es curioso como un aroma nos puede transportar directamente al recuerdo de una persona en concreto. En mi caso cada vez que viajo y me llega este olor tan característico, me acuerdo de mamá Fuller.

Camino con paso lento meditando las palabras que voy a emplear. Tengo algo de reparo por saber qué opina. Me freno, quedándome detrás de la puerta de la cocina al descubrir que está hablando en alto, y frunzo el ceño.

—Sí, doctor, le llamaré si tengo algún síntoma. —Su voz parece cansada. Me alarmo al pensar en la peor de las posibilidades—. Sigues teniendo la costumbre de escuchar las conversaciones de la gente detrás de las puertas. —Doy un salto y entrecierro los ojos al darme cuenta de que a esta mujer no hay manera de ocultarle nunca nada.

Empujo la puerta para entrar y me encuentro con su mirada graciosa.

—¿El cáncer…? —le pregunto con miedo a saber la respuesta.

—Sigo con la lucha, pequeño. Era una llamada de rutina, no te preocupes por mí —me tranquiliza mientras coloca el teléfono inalámbrico en el soporte que tiene en la alacena de la cocina—. Cuéntame, ¿qué has hecho ahora para que vengas a hacerme una visita tan temprano?

Dejo salir un suspiro y me siento en una de las sillas. Coloco los codos sobre la mesa y me tapo el rostro con las manos.

—He roto una promesa —le confieso apenado. Oigo el sonido de una silla arrastrarse, levanto la cabeza para ver como se ha sentado junto a mí, y me indica con la mano que prosiga—. Me he acercado a alguien que no debería y temo por cómo puedan reaccionar los chicos y su padre cuando se enteren. Me ha revelado que me ama —le suelto de golpe.

—Eso era algo evidente, ¿de qué te extrañas? Esa pequeña ha estado enamorada de ti desde la primera vez que puso sus ojos en ti y te vio tocar.

¿Cómo puede saber que me refiero a Em? No he pronunciado su nombre.

—¿Cómo…?

—¿Te crees que no me fijé en cómo te miraba cada vez que iba a los conciertos? —me interrumpe—. Has venido a que te escuche y te dé un consejo, pero en esta ocasión no puedo ayudarte. —Coloca la mano sobre la mía—. La decisión es tuya.

—No sé qué hacer. Puede que mi padre tuviese razón en todo lo que me reprochó en su momento —susurro, recordando las últimas palabras que me dijo el día del funeral de mi madre. Un golpe en la nuca me despierta de golpe y me llevo la palma de la mano a la zona—. ¿Y ahora qué hice?

—Eso por pensar estupideces en alto. —Me señala con el dedo índice, regañándome.

—Pero puede que tuviese razón. Emilie me ama. Afirmas que lo ha hecho desde siempre —le explico—, es joven, mucho más que yo. Quizá no sea lo que quiere, quizá sólo lo haga por lo que siente por mí —cuestiono en alto y más dudas aparecen ante mí.

Mamá Fuller levanta una ceja y un escalofrío recorre parte de mi cuerpo.

—¿Volvemos a la charla del sexo? ¿Cuántos años tenías cuando viniste hecho un amasijo de dudas? —pregunta y espera la respuesta.

—Dieciséis, pero es distinto.

—¿Cómo te atrevas a decirme que es diferente porque ella es una mujer? Te quedas sin postre el resto de tus días. —Abro la boca para quejarme de su amenaza y tengo que cerrarla al ver que hace un gesto con la mano—. ¿Le has preguntado acaso?

Niego con la cabeza. No hemos hablado demasiado que digamos. Me ha pedido que le enseñe, fue ella la que decidió bajar al sótano por su propio pie, pero, aun así, no he llegado a preguntarle si es una decisión que haya tomado por su curiosidad o por otros motivos.

Me despido de Charles y mamá Fuller una hora más tarde. Subo a la moto y conduzco intentando aclarar mis ideas. Me alejo del bullicio de La City acelerando la velocidad al máximo que está permitido. Los recuerdos amargos de mi padre, echándome en cara el tipo de persona que soy, llegan a mí.

Posiblemente, uno de los momentos más bochornosos que puede llegar a tener un adolescente es que lo pillen en plena faena en su dormitorio acompañado de una chica. Para mí, no fue exactamente así. No es que fuera

virgen a mis dieciséis, ya conocía el placer de la compañía femenina, pero no me satisfacía por completo.

Al salir un día del instituto, una chica esbelta de pelo negro como el ébano, que era del curso superior, se me acercó y me preguntó si podía pasarse por mi casa por la tarde para escuchar como tocaba la guitarra. Se le notaba a leguas que quería algo más, le dije que sin problema alguno. Mis padres no estarían en casa, nunca lo estaban debido al trabajo.

Cuando subió a mi cuarto, se sentó sobre la cama, y me hizo gracia que escogiera ese lugar en vez de la silla del escritorio. Empecé a hacer tonterías con la guitarra que el padre de Adam me había regalado hacia unos años. Unos cuantos acordes al aire y, en menos de lo que me imaginé, ya estábamos dándonos un revolcón.

No recuerdo su nombre, porque sólo nos vimos en esa ocasión. Era una chica con experiencia, sabía lo que le gustaba y no tuvo problema alguno en decírmelo. Me pidió que le atase las muñecas y le tapara los ojos. Me solicitó sin tapujos que no la tratara como una muñeca frágil. Justo en ese momento me di cuenta de la sensación de plenitud que me embriagaba. No era sólo sexo, era mucho más. Demandó y le complací, hasta que mi padre entró alarmado por los gritos que escuchaba y todo se fue a la mierda.

Me llamó enfermo, psicópata e incluso me amenazó con llevarme a un psicólogo tratándome de desequilibrado. Me marché de casa como tantas veces había hecho, rompiéndome la cabeza con las palabras que me había dedicado. En las otras ocasiones había sido a causa del *rock*, nunca le pareció bien que me quisiera dedicar a ello. Llegué a casa de Adam y me encontré con mamá Fuller que, nada más verme, me abrazó y me aconsejó que descargara todo lo que tenía acumulado dentro.

Me ofreció un refresco y una porción de tarta de calabaza y me aclaró que su hijo no estaba en casa en ese instante, pero que podía confiar en ella. Y lo hice. Me dio algo de vergüenza, pero ella no se alarmó al escuchar que un adolescente hubiese tenido sexo, tampoco me juzgó en ningún momento. Más bien me explicó que cada persona tiene gustos distintos y que cada cual debe ser libre de querer explorar y conocerse a sí mismo.

Y eso mismo fue lo que hice. Investigué y me di cuenta de que todas las fantasías que tenía eran normales y que había más personas como yo, con mis mismos gustos.

Mi padre se distanció por completo desde ese instante. Cuando cumplí los dieciocho y mi madre falleció de un paro cardíaco, sólo se acercó a mí para proferirme con rabia en su mirada:

—Me alegro de que tu madre no esté para ver el pervertido en que te has convertido. Siempre quiso que fueses feliz con una mujer el día de mañana y que conocieras el amor. —Bufé en alto, no quise mirarlo a los ojos mientras me hablaba. Tenía la mirada perdida observando cómo los empleados del cementerio metían el ataúd, donde reposaban los restos de mi madre, en un hoyo—. Rezaré el resto de mis días para que ninguna pobre chica se enamore de ti, porque estoy seguro de que lo único que ella obtendrá a cambio será desdicha.

No fui capaz de responderle nada. Se alejó de mí mientras la lluvia caía calándome hasta los huesos. Sus palabras se me quedaron grabadas a fuego en el alma. Puede que nunca me llegase a conocer del todo, que pensara de mí que era un abusador o algo por el estilo, pero tampoco intentó hablarlo conmigo.

Unos años más tarde al hacernos conocidos con nuestro primer trabajo discográfico, y cuando la prensa empezó a indagar sobre nuestras vidas y todo lo que nos rodeaba, recordé que en algo puede que sí tuviese razón, puesto que nunca podría tener la típica relación con una chica, porque eso supondría un calvario para ella.

Así que decidí alejarme de las relaciones sentimentales. Sexo, puro placer es lo que tuve hasta que un ángel apareció en mi vida y me enamoró con su sonrisa alegre, con la preocupación por cada detalle a la hora de realizar su trabajo en el *backstage* la manera de moverse entre tanta gente sin ser casi percibida.

Excepto por ti.

Giro en una rotonda, debo volver. Tengo que hablar con Emilie.

Esquivo las miradas indiscretas de los *paparazzis* que están en la calle esperando con cámara en mano, guardo la moto en el garaje y entro en casa con la incertidumbre de lo que sucederá a partir de hoy cuando le diga mis sentimientos a Em.

Compruebo que en la cocina no queda resto alguno del desayuno que le preparé esta mañana y subo al dormitorio al no encontrarla en el salón. El sonido de la ducha me indica que debe estar dentro, así que llamo a la puerta.

—Em, ya he vuelto —le aviso en alto al comprobar que tiene el pasador puesto y no puedo entrar.

—Saldré en unos minutos —me responde ella.

—De acuerdo, estaré tocando un rato mientras tanto. —Decido sobre la marcha, ya que tocando siempre he sido capaz de hacer que el tiempo se evapore, quizá de esa manera no me dé cuenta de lo que tarda en salir.

EMILIE

Ayer le confesé en alto a Max que lo amo. Estoy segura de que me escuchó decirlo, pero no ha hecho ningún comentario al respecto. Ha estado atento a mis necesidades cotidianas, comida, vestimenta... Me ha dejado descansar entre las sábanas de su cama, pero sin recibir calor alguno de su parte. Cuando me desperté esta mañana, ya se había marchado. Me dejó una nota que encontré en la mesita de noche: *Te he hecho algo para que desayunes. Me he ido a hacer unos recados, volveré al mediodía. Espero que descansaras bien. Tienes ropa a los pies de la cama. XX, Max.*

Arrugué el trozo de papel nada más leerlo con la rabia inundándome por completo. No tanto porque se hubiese marchado sino, más bien, por la firma. Me sentí como una *groupie* de la que se despide después de una gira.

Creo que va siendo hora de que me vaya a mi casa. Me miro al espejo y compruebo que ya no queda rastro alguno del golpe que me dio Trevor. Tengo la mirada triste, pues en el fondo sé que haberle dicho a Max que lo amo lo ha fastidiado todo. Fue un impulso que no pude controlar, abrí los ojos, lo vi sonriéndome, y se me escapó. No me arrepiento de ello, pero el dolor que siento va en aumento. Debo irme.

Echo en la cesta que hay en el baño la toalla con la que me he secado el cuerpo y salgo a buscarle. Me he puesto un vestido primaveral que Max me ha comprado y que encontré a los pies de la cama cuando desperté.

Max está en la habitación que tiene en la planta superior ensayando como un auténtico poseído. Mañana tendría que incorporarme a las clases para no perder el curso, llevo esta semana sin acudir y supongo que no puedo faltar mucho más tiempo.

Camino por el pasillo y, aunque no se escucha prácticamente nada, sé que eso cambiará cuando abra la puerta. Giro el pomo y ahí está abstraído por

completo del mundo que lo rodea, tocando la guitarra con los ojos cerrados y sentado en un taburete. Espero apoyada en el marco de la puerta a que termine, aunque, si por mí fuera, me quedaría toda una vida contemplándole hacer lo que más le gusta.

—Llévame a casa, Max —le comento con voz apenada una vez termina y me quedo con la boca abierta cuando, de repente, cambia el compás por completo haciendo caso omiso a lo que acabo de decirle.

No reconozco esa melodía, no es ninguna del repertorio que tienen los chicos. Comienza a entonar en alto una letra desconocida para mí, y yo, embelesada, disfruto de su voz en solitario, ya que normalmente suele hacer los coros, pero esto es distinto.

Levanta la mirada y, para mi asombro, sigue coordinando el movimiento ágil de sus dedos sobre las cuerdas de la guitarra mientras canta.

No sé cómo decirte que eres el hogar que siempre he anhelado. Que estoy harto de no saber abrirme, de no dejar que mis sentimientos hablen.

No sé cómo decirte que me tienes, me tienes por entero, no sólo mi mente, mi alma, me tienes por completo.

Llévame a casa, tus brazos. Me vuelvo loco, salí por la puerta sin decir que te quería. Eres mi hogar…

No sé cómo decirte que quiero acariciarte, perderme en ti y susúrrate «mi Ángel». Las pupilas se me dilatan cada vez que éstas se posan en tu cuerpo. No soporto la idea de perderte, que te alejes.

Las lágrimas recorren mi rostro, me las seco con la palma de la mano. Max deja la guitarra a un lado y se levanta cauteloso. No sé si, después de esto, seré capaz de poder hablar con algo de coherencia.

—¿Qué, qué ha sido eso? —pregunto con nerviosismo.

—Lo que siento, parte de mis sentimientos —me revela, acariciando mi rostro con el dorso de la mano mientras cierro los ojos ante su contacto.

—¿Me…, me quieres? —tartamudeo y compruebo al abrirlos que su mirada brilla.

—No —dice, y mi corazón se parte en dos—, te amo —susurra sobre mis labios antes de que éstos lleguen a unirse. Lo abrazo y correspondo a ese beso lleno de dulzura.

Se aleja de mí posando la frente sobre la mía.

—Pero… —No me gusta ese «pero»—. Tenemos que hablar. Necesito saber si todo lo que ha sucedido estos días entre nosotros es por lo que sientes hacia mí o realmente es algo que quieres tú.

—¡¿Qué…?! —Me alejo del calor de su cuerpo para enfrentarlo—. ¿Crees que estaría dispuesta a hacer algo que no me gusta sólo porque te amo? —le inquiero con indignación—. No soy una niña, Max. He madurado, sé lo que quiero. Investigué por curiosidad, principalmente por ti, no voy a autoengañarme, pero lo que me haces experimentar no es forzado.

—Está bien, siento haberte preguntado. Necesitaba saberlo. —Se frota la nuca.

—¿Qué va a suceder ahora, entre nosotros? —Muevo los pies incómoda por saber la respuesta.

—Nadie debe saberlo. —Frunzo el ceño.

—¿Es por mi padre? —pregunto en alto con la primera posibilidad que me vine a la mente.

—En parte, pero… —hace una pausa y sujeta mis manos, entrelazando nuestros dedos—, no soportaría lo que llegaran a decir de ti por mi culpa en la prensa, Em. No puedo hacerte eso.

Bajo la mirada pensativa. Tengo que frenarme para no ponerme como una adolescente caprichosa y gritarle que esa decisión es mía y no suya. Pero la mirada de pánico, que encuentro en el verde de sus ojos, me apacigua. Quizá sólo necesite tiempo. El asunto es, ¿estoy dispuesta a concedérselo?

Capítulo 21. Demanda.

EMILIE

No me quiero hacer ilusiones con lo que me ha dicho Max, aunque inevitablemente siento que estoy en una nube de la que no me quiero bajar. De verdad que intento tener los pies en el suelo, pero me es complicado. Llevo tanto tiempo soñando con un gesto, una mirada, una palabra de afecto por su parte que estos días en su casa parecen sacados de un cuento de hadas, un poco diferente, pero cuento de hadas al fin y al cabo.

Me ha acercado en su coche hasta North Acton. Me pidió que le enviara un mensaje cuando llegase arriba y que, si el ascensor aún estaba fuera de servicio, me diera media vuelta, puesto que podía volver en otro momento.

Sobreprotector.

Sí, pero de una manera adorable. De todas maneras le envíe un wasap en cuanto entré a mi dormitorio, justo después de pasar el interrogatorio de papá. Me ha costado mirarlo a la cara cuando me abrazó al llegar. Sé que es una tontería y que no tengo un cartel en la frente que diga que ya no soy virgen, pero es mi padre y me siento extraña. Me imagino que todo será cuestión de días, nada más.

Me acosté en la cama al poco de venir y pedí cita con mi ginecólogo. Sé que hemos usado medios anticonceptivos, pero también que un preservativo no es cien por cien seguro. Awen es la prueba de ello. No quiero quedarme embarazada con dieciocho años, así que cuanto antes me informe de cuál método es el más aconsejable seguir, lo acataremos.

Me costó quedarme dormida, quizá por los nervios de saber que hoy me enfrentaré cara a cara con Trevor de nuevo. No dejo de repetirme que no va a suceder nada, que hay un montón de personas en el centro y que no es necesario quedarme a solas con él.

Reviso el móvil para comprobar la hora. Le comenté a Meghan que me incorporaba hoy a las clases y me dijo que me esperaría en la entrada principal para entrar juntas al aula.

Me muevo con inquietud y sujeto la carpeta entre mis manos, las cuales no dejan de sudar. Como no llegue pronto, tendré que entrar sola, y eso mismo es lo que deseaba evitar en un inicio, por ese motivo le envié un mensaje ayer y le avisé.

El timbre que da comienzo a las clases suena y compruebo con resignación que no hay más personas que entren al edificio. Pongo los ojos en blanco y espero unos segundos más, rogando por ver llegar a la *peliteñida* en cualquier momento.

El jefe de estudios me ve parada delante de conserjería y me pregunta si necesito algo. Al decirle que espero a alguien, frunce su ceño y me indica que, si no tengo pensado entrar en el aula, no puedo quedarme aquí parada. Así que, con una angustia que me revuelve el estómago, subo los escalones hasta el primer piso y me acerco a mi destino. Nos toca Física del sonido de la mano del profesor Russell.

Cierro los ojos e inspiro en profundidad. Las manos no paran de temblarme, el corazón hace un rato que abandonó mi cuerpo y corre libre sin control. Empujo la puerta y reviso con la mirada en dónde poder sentarme mientras escucho de fondo como sigue hablando el maestro Russell.

¿Maestro? ¡Ay, por favor!, espero no estar roja como un tomate. A partir de ahora tendré que dejar de llamar así a mis… profesores.

«Estáis en esta clase para formaros. Confío en que terminéis este curso creando sorprendentes efectos acústicos. Aprenderéis a ajustar, balancear y ecualizar con habilidad en todo tipo de entornos. Un directo musical no esconderá secretos para vosotros. En el mundo audiovisual sentiréis que el “audio” es lo primero».

Me quedo de piedra al ver en tercera fila a Trevor. Lo peor de todo es que Meghan está a su lado y me saluda como si nada con la mano para que me arrime a ellos.

—Señorita Parker. Tome asiento de una vez que interrumpe la clase —me indica el señor Russell.

Me siento en el primer sitio que encuentro libre lo más cerca posible de la salida y me paso las siguientes dos horas escuchando y tomando anotaciones sin evitar sentirme observada desde atrás. Sin embargo, desarrollar las funciones de operación y control de equipos de sonido no ayuda a que la mañana pase con rapidez. Compruebo cada cinco minutos la hora y, cuando suena la campana que anuncia el primer descanso que nos

dejan a mitad de la mañana, me levanto de mi asiento con tanta rapidez que la carpeta casi se me cae al suelo mientras la recojo.

Salgo al pasillo y me voy directa al aseo de mujeres que está a dos puertas tan solo de distancia. En unos diez minutos comenzará la siguiente asignatura y no creo lograr pasar este día indemne.

Me refresco la cara en el lavamanos y me miro al espejo.

Es tu sueño, no dejes que te lo quiten.

Cierro con fuerza los ojos e intento calmarme como puedo. Me repito una y otra vez que no pasa nada y que todo saldrá bien. Mi teléfono móvil emite una vibración y lo saco del bolsillo de mi cazadora vaquera y un mensaje de WhatsApp de Max aparece en él.

Max: Cómo has amanecido? Todo bien en clase?

Una sonrisa boba se me forma en la cara y contesto a sus preguntas de manera escueta.

Emilie: Todo bien, no te preocupes.

De alguna manera no le estoy engañando, no ha pasado nada como para que se preocupase. Además tampoco quiero que piense que la situación me supera.

La puerta del baño se abre y entra Meghan sonriente. Hoy lleva puesto una camiseta con un escote pronunciado y un *short* de talle alto que marca su cintura. Es una chica a la que, a cada paso que da, se le nota la confianza que tiene en su cuerpo, en sus gestos... En definitiva, en ella misma.

—¿Por qué no te sentaste a nuestro lado? —me pregunta mientras me seco las manos con un trozo de papel.

—¿En serio me preguntas eso? —le respondo con incredulidad.

—Venga, chica, que no fue para tanto —le quita importancia a lo sucedido—. Trevor ya se disculpó. Sí, se le fue un poco de las manos, pero lleva meses detrás de ti y es un hombre. Es lógico que quisiera mover ficha.

Pestañeo ante su falta de sensibilidad. No puedo creer lo que escucho, pero no voy a entrar en una discusión absurda si eso es lo que piensa en realidad. Me giro para mirarla a los ojos.

—Me dijiste que nos veríamos en la entrada. —Mi voz sale con resentimiento.

—Me encontré con Trevor por el camino. Él también es mi amigo, no renunciaré a hablarle porque tengáis vuestras diferencias.

—Haz lo que quieras, nunca te he pedido que lo hagas —contesto con algo de rabia. Recojo la carpeta y me dirijo al pasillo para ir de nuevo al aula, dado que la siguiente clase comenzará en nada.

El teléfono vuelve a vibrar y me paro a mitad de camino mientras los compañeros pasan a mi lado. Leo un nuevo mensaje de Max, el cual me escribe que me extraña.

—Vaya, parece que no has perdido el tiempo en la casa de ese chico. —Doy un pequeño salto al escuchar a Meghan, que revisa la pantalla de mi móvil por encima de mi hombro, y yo lo guardo con rapidez—. ¿Ya lo habéis hecho? —inquiere levantando una ceja.

—Ésa es una pregunta que no pienso contestar.

—No hace falta que lo hagas. Lo acabas de hacer. —Me quedo observándola mientras se aleja de mí—. Espero que no seas celosa, los músicos nunca se han caracterizado por ser hombres de una sola mujer —murmura en alto, consiguiendo que me duela.

Intento que el comentario hecho con malicia por Meghan no me afecte. Conozco a Max. Es cierto que siempre ha sido un mujeriego, pero me confesó que me amaba y no puedo desconfiar de él. Debo creer en sus palabras.

La mañana transcurre con lentitud y a la hora del almuerzo me voy al comedor. Trevor se acerca para hablar conmigo y pedirme disculpas nuevamente. Le aclaro que no quiero ni verlo en lo que resta de curso, pero aprovecha para recordarme que tenemos que realizar el proyecto de final de trimestre en grupo. Para mi sorpresa soy capaz de contestarle y asegurarle que nunca volveré a fiarme de él y que no es necesario vernos para hacer el proyecto, ya que Meghan puede servirnos de puente, dado que parece que se llevan también. Independientemente del motivo, ya sea porque me encuentro arropada por el resto de compañeros que comen distraídos o por otra razón, me siento más segura de mí misma.

—¿Acaso estás celosa, preciosa? —se burla, colocando su mano en mi antebrazo. Me aparto de él realizando un gesto brusco y la sensación de una arcada me sube por la garganta.

—No me vuelvas a tocar en tu vida, Trevor —exijo, notando que pierdo fuerza en la voz. El recuerdo de lo que sucedió llega de improvisto y tengo que cerrar los ojos un segundo para no seguir viéndole la cara.

—¿Es cosa mía o te noto algo distinta? —Abro los ojos y levanto una ceja sin entender muy bien a qué viene ese comentario—. ¿Acaso te lo has pasado bien durante estos días en la casa de… Max? —pronuncia el nombre gesticulando de manera exagerada y sonríe de medio lado mientras mira de reojo a Meghan, la cual acaba de pasar cerca de nosotros para pillar un asiento en una de las mesas libres.

¿Se lo ha contado? La diviso de lejos mientras se lleva una patata frita a la boca. ¿Le ha ido con el cuento de que pasé estos días en su casa? No puedo creerlo.

—Como lo pase o deje de pasarlo no es asunto tuyo —le replico con rapidez.

Las ganas de plantarme en la mesa de Meghan y gritarle que no tenía derecho de decirle a nadie dónde he estado durante este tiempo aumentan, pero en su lugar giro sobre mis pies y abandono el comedor sin apenas haber pillado un mísero bocadillo para comer. Se me han ido las ganas por completo.

A cada paso que doy, en mi mente me repito una y otra vez que tengo que mirar hacia adelante, que hacerlo hacia atrás no me ayudará. Debo ser una mujer valiente, una mujer independiente. Lograré terminar mis estudios, conseguiré obtener el título de técnico de sonido y demostraré que valgo para algo más que llevar el agua a los artistas. Me probaré a mí misma que puedo alcanzarlo. Mi destino es el que yo decido, el que yo elijo para mí.

Todo lo que ahora está sucediendo no importará, ni tampoco lo que Trevor y Meghan hablen, pues todo eso no me influirá, todo se quedará atrás. Son sólo unos pocos meses y lo habré conseguido, sólo unos pocos meses…

MAX

Me mata saber que Em tendrá que lidiar con el cabronazo de Trevor. Deberíamos haber presentado cargos en su contra ese mismo día. Expulso una bocanada de aire al rememorar ese día.

Nos mandamos mensajes a diario, me cercioro de que esté bien y le pregunto a menudo por cómo lo lleva. Aunque no es suficiente, porque la

extraño.

Han pasado varios días desde que se marchó. No hemos podido vernos ni un instante. Ella por tener que ponerse al tanto de los trabajos que su profesor ordenó en su ausencia, y yo por los ensayos que cada vez son más severos. La promoción del nuevo disco está a nada de comenzar, y los *paparazzis* han aumentado su presencia.

Muevo el cuello y el sonido de las vértebras suenan al segundo.

—Joder, tío. No hagas eso —me pide Alex con cara de desagrado.

—Estoy agotado y por la cara que tenéis el resto no soy el único que lo está —comento mientras coloco la guitarra en el soporte situado al lado del amplificador.

—No seas un quejica. Tenemos que perfeccionar el mejor sonido posible antes de ir al estudio de grabación. La fecha del lanzamiento está a la vuelta de la esquina y debemos sabernos el repertorio como si se tratara de la palma de nuestra mano —explica en tono serio él.

—Es imposible ganarte en eso, bro. —Niego con la cabeza—. Últimamente, la usas con demasiada frecuencia. —Hago un gesto con la mía como si me estuviera masturbando. Henry y Adam comienzan a reírse en alto.

—No te metas con él —indica John—, bastante tiene con lo que está pasando.

—Aguafiestas.

Subimos al salón al rato, después de acordar el horario de mañana. Adam sonríe embobado al encontrarse a su chica, Alice, acostada encima del sofá. Ella sí que se ve cansada, tiene una mano dentro del capazo del cochecito donde Awen descansa. Mi amigo se acerca a ella, le retira un mechón que le tapaba parte del rostro y le da un beso en la mejilla con delicadeza.

—Marchaos a dormir, lo precisáis. Lucís como la mierda. —Sinceridad arrolladora de Alex para subir el ánimo. ¡Genial!

—Se desvela cada noche, mínimo dos o tres veces. —Observa a su hija que, al escuchar la voz del padre, abre los ojitos de par en par—. Hola, mi Musa. ¿Quieres que nos vayamos a casa? —La levanta en brazos.

Awen balbucea sonidos incoherentes que dibuja una sonrisa estúpida en nuestros rostros. Dirijo de nuevo la vista hacia Alice, que se ha despertado.

Tiene la mirada fija en su familia, sonríe de forma entrañable sin decir palabra alguna disfrutando de la imagen que tiene en frente.

Cierro la puerta de mi casa y me voy directo a la ducha. Pese a lo tarde que es, la prensa sigue manteniendo su vigilancia en la calle. Me encantaría poder tener la libertad de ir a mi antojo hasta la escuela de Em y visitarla a la salida de sus clases como una pareja normal, pero eso no ocurrirá. No soy una persona normal, nunca disfrutaré de las cosas que hace el resto sin la persecución continua a la que nos vemos expuestos por ser quienes somos.

El agua tibia me despeja y relaja a partes iguales. Cuando termino, me seco y camino completamente desnudo hasta la mesilla. Compruebo los mensajes del móvil. He recibido uno de ella hace cuatro minutos.

Max: Sigues despierta?

Em: Sí, tengo que terminar unas cosas antes. Qué tal con los chicos?

Max: Bien. Tienes encendido el portátil?

Se me acaba de ocurrir algo. Espero un largo minuto su contestación y aprovecho para encender el mío.

Em: Ahora sí ☺

Max: Buena chica.

Me tumbo sobre el colchón, apoyo la espalda en la almohada y coloco la *webcam* de manera que sólo me enfoque hombros y cabeza. La llamo por Skype, necesito verla, aunque sea a través de una videollamada. La acepta al tercer tono.

Intenta peinarse con las manos y para de golpe al verme. Se muerde el labio inferior con nerviosismo. Es…, joder, es un ángel.

Lleva puesta una camiseta gastada, de a saber qué siglo. Sin embargo, la admiro como si estuviera vestida por el diseñador más prestigioso del mundo. Sus mejillas adquieren un tono encantador.

—Estás preciosa —la alago con sinceridad.

—Oh, espera. —Me sorprende levantándose de la silla de su escritorio.

Nunca he estado ahí, sé que Henry ha ido a visitar a Mike en alguna ocasión, pero dudo que le dejaran entrar en esa parte de la casa. La visión de su dormitorio me llama la atención: la cama de tamaño medio tiene una colcha en tono ocre y un par de estanterías llenas de libros y películas, los

cuales me hacen recordar con algo de nostalgia, las veces que escuchaba, desde lejos sin que se enterara, los debates que mantenía con Henry y Mike entre concierto y concierto. Em siempre les decía a ambos que no podían opinar sin haber leído antes la novela en la que se basaban y que, aunque fueran buenas, se perdían muchos detalles de las mismas. Posiblemente, tenga razón.

—Ya está. —Se vuelve a sentar y sonríe de manera victoriosa.

—¿A dónde fuiste?

—Fui a comprobar que papá estuviera en su dormitorio y he cerrado la puerta. —Se coloca detrás de la oreja un mechón de pelo. También se ha ido a peinar, que me he dado cuenta de ese pequeño detalle, pero no se lo diré—. ¿Cuándo nos veremos? —cambia de tema soltando un suspiro.

—No lo sé con seguridad, intentaré que sea cuanto antes.

Asiente con la cabeza con algo de tristeza en la mirada. Me muero por sostenerla una vez más entre mis brazos, besarle el cuerpo entero y perderme entre sus piernas.

Mi miembro piensa lo mismo que yo y se anima con sólo imaginarlo. Me paso la lengua entre los labios.

—¿Qué llevas puesto? —le pregunto con tono grave. Eleva la mirada para acto seguido bajarla y comprobarlo como si se le he hubiera olvidado.

—Nada especial. —Tuerce de manera graciosa la boca. Me muestra el borde de la prenda deteriorada.

—Tú la haces especial. —Se sonroja con notoriedad—. ¿Qué más llevas puesto, Ángel?

—Na… —cambia de opinión—. Sólo la ropa interior.

—¿Sólo la ropa interior?¿Qué? —la guío, pretendiendo que perciba mi juego. Inhala con fuerza y fija su mirada en la mía. Eso me gusta.

—Sólo la ropa interior, Maestro —susurra con timidez.

—Muéstramela —le ordeno. Ella duda y vuelve a mirar de reojo hacia la puerta. Me imagino que con temor a que su padre se entere—. Mírame. —Lo hace—. Estamos solos, no hay nadie más. ¿Has cerrado la puerta por completo?

—Sí, lo he hecho.

Me quedo en silencio, esperando que acate el mandato sin tener que repetirlo de nuevo. Tarda poco en reaccionar, pero se levanta y aparta la silla a un lado. Da dos pasos hacia atrás, consiguiendo que pueda verla de cuerpo entero, cambia el peso de un pie al otro, sujeta con ambas manos el borde de la camiseta, cierra los ojos un instante y respira con fuerza antes de retirársela.

Blanco, tenía que ser blanco. Sencillo encaje, sin adornos a la vista. Se mueve intranquila, se sujeta el antebrazo con la mano tapándome parte de la vista. Decido cambiar de táctica.

—Túmbate en la cama —solicito sin perder fuerza en la voz. Como si de un salvavidas se tratara, se mueve con rapidez hasta ella. Coloca un cojín para la espalda, y reprimo una sonrisa al comprobar su obediencia—. ¿Me escuchas bien desde ahí?

—Sí, Maestro. Lo escucho bien.

—Perfecto. Cierra los ojos. —No duda—. Retírate el sujetador —demando, y lo termina dejando a un lado de la cama.

Las mejores vistas del planeta entero, sin lugar a dudas. Tiene los pezones erectos, me imagino que la distancia no existe y puedo llevar mi boca a ellos. Me muevo para ponerme más cómodo y comienzo a frotarme la polla con la palma de la mano.

—Siente mi aliento en tu piel. —Sujeto mi miembro con más fuerza—. Tócate para mí, Ángel. ¿Notas como recorro tu cuello con mi lengua? —Jadea. Con algo de reticencia lleva la mano a esa zona—. Saboreo tu aroma, eres perfecta. Bajo con calma hasta tus pechos, los beso y mordisqueo.

Em junta las rodillas. Sigue sin abrir los ojos, aprieta uno de sus pezones, y le indico que lo haga con más fuerza. Gime, su respiración cada vez es más rápida. La mía, también. Continúo moviendo abajo y arriba la mano sin perder el ritmo. Trago con fuerza saliva y aprieto la mandíbula, no quiero correrme todavía.

—Acaricio tu abdomen, bajo por él hasta dar con el borde de tus braguitas. Me deleito con calma, sin prisas.

—Ah… —exhala en alto.

—Ábrete para mí —exijo.

La rapidez con la que se retira la prenda me muestra el grado de excitación en el que se encuentra. Se muerde el labio impaciente. El sonido de mi respiración es lo único que oye, hasta que termina por separar las piernas con algo de timidez.

—Muy bien —apremio con orgullo—. Juego con tu clítoris, mi boca está sedienta…

—Oh… —No se reprime al frotarse.

—Entro de una embestida, y tú estás aceptándola deseosa.

—Sí —dice sin pudor, manteniendo cada paso que le ordeno.

—Abre los ojos y déjate llevar —termino diciendo.

Cuando nuestras miradas se unen, por un momento imagino estar frente a ella y que soy capaz de alargar la mano y acariciar su bello rostro mientras el orgasmo recorre su cuerpo. Aumento la velocidad y me masturbo con más ímpetu. Los chorros de semen salen disparados y me niego a apartar la vista cuando compruebo que Em entreabre la boca y no deja de tocarse al verme.

Dan unos toques a la puerta. ¡Mierda, Mike!

Emilie se asusta y se levanta de la cama con un movimiento ágil. Recoge del suelo la camiseta y se la pone de nuevo. Me quedo en sumo silencio.

—Emilie, ¿estás bien? —pregunta extrañado Mike al otro lado.

—Sí, papá. ¿Te he despertado? —Em se lleva las manos a las mejillas, me imagino para comprobar su temperatura. Roja, está completamente roja.

—Me ha parecido oír algo.

—Lo, lo siento estoy… —Mira hacia mí y le señalo la estantería—. Estoy viendo una película, bajaré el volumen.

—Deberías estar durmiendo, que mañana tienes clase —le reprende—. No te quedes hasta tarde.

—Lo haré, papá. Que descanses —se despide de él y apoya la cabeza en la puerta —.Intento no reírme, de verdad que lo intento, pero es superior a mí—. Shhhh, aún puede estar cerca.

—Perdona —me disculpo.

—Será mejor que me vaya a dormir —comenta cabizbaja.

—Pronto nos veremos.

Capítulo 22. Planes.

EMILIE

Escribo los apuntes que dicta el profesor con la mayor rapidez posible para más tarde pasarlos a limpio en casa si soy capaz de descifrar mi propia letra. Dejo sobre la mesa el bolígrafo al escuchar el timbre del final de la última clase.

¿Estrés?

¡Qué va! Esto está por encima de todo eso sin duda alguna. Estoy deseando terminar, no pensé que el señor Russell fuera a ser tan estricto. Por primera vez y pese a mis conocimientos previos, temo no conseguirlo.

Alejo ese pensamiento de mi mente, porque sé que puedo.

Las conversaciones de los alumnos se entrecruzan intentando ponerse de acuerdo en los detalles restantes del trabajo final. También Meghan y Trevor hablan entre sí a una distancia prudencial de donde me encuentro. Recojo la libreta y la guardo en la carpeta, prefiero no prestarles atención.

—Emilie —menciona mi nombre con júbilo.

—¿Qué quieres, Meghan?

—¿Te acercas a mi apartamento para revisar lo que he avanzado en el proyecto? —Frunzo el ceño y miro de reojo a Trevor, que conversa animadamente con otras personas.

—¿Va a ir él? —le pregunto dudosa.

Pese a que en el último mes hemos tenido nuestras desavenencias, Meghan y yo mantenemos una cordialidad, quedamos de vez en cuando en la cafetería y nos ponemos al día con las tareas del curso. Ella se comporta como siempre, habla por los codos y no deja de quejarse de su compañera, de la cual dice que es una estirada que no sabe lo que es la diversión. Intento no meterme en ese tipo de conversación, no soy quien para criticar de nadie a su espalda y menos aún sin conocerla, pero parece que eso no le importa demasiado a Meghan.

— Debería venir. Te recuerdo que estamos en el mismo grupo. —Me mantiene la mirada.

—Entonces olvídate, no es necesario. Trae mañana todo lo que tengas, y yo haré lo mismo. Lo repasamos a la hora de la comida —le indico.

—Vamos a suspender por tu rabieta… —masculla entre dientes.

¡Ya está bien!

Doy un carpetazo encima de la mesa, Meghan agranda los ojos, y ahora yo le sostengo la vista con rabia.

—¡He dicho que no voy! ¡No vamos a suspender, aprobaremos! —sentencio con decisión!

—Vale, mañana traeré los apuntes —chasquea la lengua.

Me doy media vuelta sin despedirme. Camino por el pasillo con el malestar aún encima. De vez en cuando sigue insistiendo en que haga las paces con él, sabe que no quiero ni que lo mencione. ¿Tan difícil es de entender?

Mi móvil comienza a vibrar, aún lo tengo en silencio. Lo saco del bolsillo, y me extraño al ver que me han agregado a un grupo llamado *Nos vamos de boda*. ¿Quién se casa?

La Sartenes añadió a Emilie

Me río por lo bajo al ver el apodo que le puse a Mey. Durante bastante tiempo estuvo en las redes y los medios de comunicación por su escena con una, y no pude evitar llamarla así.

La Sartenes: Ya está dentro.

Alice: Pero que no es necesario tanto alboroto, va a ser una cosa sencilla.

La Sartenes: Como que no hace falta!!

Emilie: Alguien me explica qué sucede?

La Sartenes: Alice se casa en dos semanas!!

Alice: Me caso.

Alice: Eso.

Emilie: Felicidades!!!

Alice: Gracias ☺

La Sartenes: Sí, sí. Felicidades, pero hay que ponerse al lío.

La Sartenes: Necesitamos, vestidos, peluquería, flores…

La Sartenes: Mierda! Tu vestido, Alice!!!

Alice: Que no va a ser nada grande, solo los más cercanos…

**Emilie: Buff, escribís muy rápido,y me pierdo. No tengo tiempo casi para nada, estoy con el proyecto final y… Bueno, eso **

La Sartenes: No te preocupes, yo me encargo :p

Emilie: Seguro?

La Sartenes: Que síii.

Emilie: Ok, pues ya me contarás. Os dejo que voy a entrar en el metro.

Alice: Un beso.

La Sartenes: Ciao! Y no tardes tanto en volver a dar señales de vida!

Salgo de la aplicación de WhatsApp y guardo el móvil de nuevo, entretanto bajo los escalones con cuidado de no matarme. Si no me he retrasado por estar escribiendo mientras iba por la calle, el metro llegará en unos tres o cuatro minutos. Una boda, Alice y Adam se van a casar.

¡Oh, espera! Eso significa que lo veré. ¡Voy a ver a Max!

MAX

Escucho con atención al señor O´Conell, el cual nos está dando la charla del siglo. Intenta convencernos para que hagamos dos megaconciertos en Europa antes de que comencemos la gira por Latinoamérica. No le gustó demasiado que le solicitáramos el aplazamiento del nuevo álbum en su momento y, aunque aceptamos su petición para que su hija Adabella sea nuestra *tour manager*, parece que no es suficiente.

—Serán dos actuaciones. Una aquí en Londres y la otra en Alemania, en Múnich —nos informa de manera profesional, repasando nuestros gestos uno a uno a medida que habla.

—¿En qué fechas? —pregunta Adam, inclinando su cuerpo hacia delante en la mesa en la que estamos sentados de la sala de juntas de la discográfica. Me imagino que tiene en mente a su familia, no quiere separarse de la pequeña Awen tan pronto.

—Será una vez terminéis de grabar el disco. Dejaré que el nuevo single —indica, fijando su mirada en Alex—, el cual está creando bastante expectación, circule por las redes y en las radios durante un tiempo determinado. Mi equipo está ultimando los detalles para que el primer

concierto se realice a finales de noviembre y el de Múnich en enero del próximo año.

Adam se reclina en el asiento, su rostro luce pensativo y tanto Henry como John, que están más cerca de él, se acercan para consultarle por lo bajo que qué opina. Alex se levanta y le hace un gesto con la mano a nuestro mánager Jeremy que camina en su dirección con paso pausado; un mánager que ejerce tan solo sobre el papel, pues todos, sin excepción, estamos deseado que termine el contrato que lo une a nuestro grupo.

Después de pasar toda la tarde pormenorizando los detalles, hemos acordado que haremos ambas actuaciones. El señor O´Conell nos recordó que Jeremy no estará en ellas, puesto que la desconfianza que sentimos hacia él ha ido en aumento a lo largo de los años y no es injustificada.

Entro en el garaje de mi casa y aparco la moto. Lo primero que hago, una vez me retiro el casco y lo dejo en su lugar, es revisar los mensajes del móvil esperando tener alguna noticia de Em. Llevamos sin vernos un par de meses. Ella está ocupada con los exámenes; y yo, por mi parte, entre entrevistas, ensayos y la inminente la grabación del disco, no he podido sacar ni un instante para acercarme a hacerle una visita.

Sabía desde un inicio que no podríamos vernos con regularidad, pero estar alejado de Emilie me está matando. Hablamos por teléfono, nos enviamos mensajes y de vez en cuando incluso hacemos videollamadas. Le pregunto cómo lleva su rutina y cómo le van las cosas con su amiga Meghan, con la que ha tenido algún que otro desencuentro según me ha comentado. Al principio, pese a que trató de que no se le notara, la sentí afectada, aunque parece ser que, pasados unos días, hablaron entre ellas, y a pesar de que, según me contó, no es lo mismo, ahora están mejor. Tiene un corazón de oro, porque si llega a ser a mí, a quien le hacen una cosa semejante, no vuelve a verme en la vida.

El cabrón de Trevor está en su misma clase. Intenté no perder los papeles cuando me confesó que el capullo se atrevió a pedirle disculpas y acercarse a ella el primer día. De esto, me enteré pasado un tiempo. De vez en cuando, le insisto para que me informe de cómo es para ella tener que encontrarse con la cara de la sabandija esa. Por lo que me cuenta, su amiga Meghan accedió a que no tengan que tratarse en persona y realizar las tareas que

tienen pendientes de este modo. No dejo de soñar con ella, con sus labios sobre los míos, con su piel aterciopelada bajo el tacto de la mía…

La boda de Adam será en unas dos semanas. Ha intentado mantenerlo en secreto para que la prensa no se entere de la localización de la misma y que su chica no se sienta acosada por la repercusión mediática. Según sus propias palabras, asistiremos solamente los más allegados; entre ellos Marcus, Mike y… mi Ángel. No sé si tendré la suficiente paciencia para seguir esperando y poder verla.

Guardo el móvil al comprobar que no me ha enviado ningún wasap. Me desanimo un poco y temo que la distancia le haya afectado. Me coloco de nuevo el casco y decido ir hasta North Acton, quizá con suerte pueda contemplarla, aunque sea desde la distancia.

Tengo apoyada la espalda en una de las paredes de piedra del cementerio que está detrás del edificio de Emilie, levanto la mirada sin la necesidad de contar las plantas, ya que me conozco de memoria su ubicación. He dejado la moto a unas pocas calles de distancia intentando ser precavido para que no me descubra nadie, y menos Mike.

La oscuridad de la noche no es tanta en una ciudad como Londres, las luces artificiales de farolas y edificios alumbran con tal intensidad que es imposible apreciar las estrellas. Me gusta vivir en la ciudad, me gusta el asfalto, no soy como Henry que cada vez que tiene oportunidad viaja hasta un lugar apartado para, según dice él, respirar aire puro. Sin embargo, es alejarse un poco de la misma, como en este momento, y van aumentado en mayor número esos pequeños puntitos que están a varios años luz.

Me camuflo gracias a la arboleda que rodea el cementerio, las sombras que proyecta la luna llena me dan cobijo. Vuelvo a centrar la vista en la ventana de Em, no estoy seguro de que esté en casa, en vista de que no hay ninguna señal que me lo confirme. Saco el teléfono del bolsillo de la cazadora de cuero y le envío un mensaje a la espera de que me conteste.

Max: Estás en casa?

Sonrío al comprobar la rapidez con la que me responde.

Emilie: Sí, claro. Por qué lo preguntas?

La luz de su cuarto ilumina su ventana, y me muero por verla.

Max: Te puedes asomar?

Emilie: Vale…

No tarda en aparecer ni dos segundos. Lleva el cabello recogido en una trenza, apoya los codos y la comisura de sus labios se levantan mientras escribe en su teléfono algo. A la nada me llega un mensaje suyo que leo al instante.

Emilie: Ya estoy en la ventana. Para qué querías que me asomara?

Max: Ves el árbol que está pegado a la entrada del cementerio?

Emilie: Sí.

Mi Ángel lo busca inclinando el cuerpo un poco hacia adelante, y decido dar un paso para salir de mi escondrijo y que pueda divisarme con mayor facilidad. Abre la boca sorprendida, y la saludo con la mano.

Los mensajes en esta ocasión se quedan cortos. Quiero escuchar su voz y la llamo al móvil.

—Bajo en cinco minutos, me pongo algo rápido y…

—Em, frena —la interrumpo—. Me encantaría que bajaras, pero no me quiero arriesgar a que tu padre nos vea.

Ni tampoco los *paparazzis*, a los que he dado esquinazo para llegar hasta aquí.

—Es que tengo ganas de poder darte un abrazo —comenta, reposando la cabeza en el lateral de la ventana.

—Emilie, no tienes ni idea de las ganas que tengo de enterrarme en tu cuerpo y no salir de él en días. Como bajes, soy capaz de profanar tierra santa y no lo lamentaré. —Disfruto a través del teléfono de como jadea sorprendida por mis palabras. Es el sonido más erótico que he escuchado en mi vida. Sin llegar siquiera a tocarla, pese a la distancia en la que nos encontramos, con tan solo oír su voz, mi imaginación emprende una película de alta definición que me pone a mil por hora.

Es mejor que me despida de ella, visto que necesito ir a casa.

Te vas a terminar dislocando la mano de tanto usarla.

—Tengo que irme mi Ángel, pero coincidiremos en la boda —suspiro con la idea de poder tenerla cerca de nuevo y estrecharla entre mis brazos.

—Sí, la boda…

Me extraño al oír que su voz suena triste, melancólica. Pensé que le haría más ilusión vernos o incluso la idea misma de la ceremonia de Adam y Alice, pero no parece que sea así.

—¿Sucede algo? —le pregunto con interés.

—Nada, es… —duda y me pongo nervioso ante sus dudas a la hora de contarme qué es lo que le preocupa—. Tendremos que hacer como que no ha sucedido nada entre nosotros, y no soy buena actriz. No me gusta tener que engañar a nadie.

Sabía que tarde o temprano algo así me diría; sin embargo, no creí que fuera a ser tan pronto. No puedo renunciar a ella, ni ahora ni nunca.

—No engañas a nadie, Em, tan solo no lo vamos pregonando. —No me lo creo ni yo, así que decido cambiar el tema antes de marcharme en mi moto—. Te prometo un baile.

—¡¿Qué, cómo?! —Se yergue y doy un paso al frente temeroso de que se balancee y termine en el asfalto.

—¡Joder, Em!, ten cuidado y no te asomes tanto —le digo con el corazón en la garganta del susto.

—Perdona… —se disculpa por lo bajo.

—Confía en mí, tendremos un baile.

Me despido a los pocos minutos, aunque ninguno de los dos deseaba terminar con la llamada. Cuando llego a mi calle, atisbo a Dana, la periodista que persigue cada vez que tiene oportunidad a Alex y Mey, apoyada en una de las furgonetas de la prensa, me saluda moviendo los dedos de la mano mientras sonríe hacia mí. Estoy seguro de que esa víbora estaría encantada de destrozar la reputación de Em por unos cuantos titulares en primera página. No pienso dejar que eso suceda, jamás.

Capítulo 23. Lejanía.

EMILIE

Escucho el sermón que nos está dando el profesor Russell. Pongo los ojos en blanco y con cansancio expulso un suspiro en alto al comprobar que, pese a que la gran mayoría de sus alumnos rebasan los veinte años con creces, nos trata como a niños de cuatro años. Este hombre debe de estar harto de seguir dando clases año atrás año.

—El curso ha llegado a su término, y se les entregará su nota final para la próxima semana, pero no todos obtendréis la titulación. A aquellos que la consigáis, sabed que no os garantizará trabajar de ello en un futuro —comenta mientras se pasea de un lado al otro con las manos en los bolsillos justo enfrente de la primera fila, donde los alumnos, temerosos, tragamos saliva del resultado que nos podamos encontrar.

¡Viva el optimismo!

Un treinta y cinco por ciento de la nota final será otorgada por las prácticas que hemos realizado en una sala de mezclas hace unos días, donde hemos tenido que demostrar todos los conocimientos adquiridos a lo largo de todos estos meses. El resto es a partes iguales entre el examen final, que hicimos el lunes, y el proyecto que se presentó y de cuya puntuación aún no tenemos noticias. Parece que le gusta tenernos en vilo hasta el último segundo.

«Tengo suerte», pienso mientras observo el rostro de cada uno de mis compañeros. Soy una privilegiada, porque, aunque no apruebe, sé que no me faltará un empleo cuando termine aquí. Volver a ser asistente no es que sea lo que deseo, pero es mejor que alejarme de la música. Todos mis compañeros conocen de sobra quién es mi padre. Al empezar el curso, mi apellido me delató y cuando el señor Russell me preguntó si tenía alguna relación con Mike Parker, no pude negarlo. En consecuencia, no pude evitar que quisieran saber de los chicos de Slow Death, de sus aventuras, polémicas y curiosidades varias sobre lo que es estar de gira con un grupo de la talla de ellos.

La melodía cansina que nos informa del final de la jornada resuena por todo el centro. Nos levantamos de nuestros asientos, y recojo mis

anotaciones guardándolas en la carpeta.

Meghan se acerca a mi mesa. Desde que volví, hemos tenido bajos y altos en nuestra amistad. Estuve unos días sin dirigirle la palabra, debido a que me molestó mucho que le contara a Trevor que estaba en casa de Max y, además, que no le diera importancia a lo que él hizo. Sin embargo, era necesario hablar con ella, dado que el proyecto del curso lo hacía en conjunto con ella y con Trevor. Preferí relacionarme con Meghan antes que con él.

Poco a poco, hemos vuelto a tratarnos con cortesía.

—¿Vas a ir mañana a la boda de Magister? —pregunta con interés.

Dejo de guardar las cosas y la miro con los ojos abiertos de par en par. ¿Cómo se ha enterado? Nadie lo debería de saber.

—¿Cómo…?

—Por favor, no puedo creer que no lo sepas. Twitter está que arde desde hace días con la noticia.

Decido no darle alas al asunto y continúo con lo que estaba haciendo. Me pidieron que no le contara a nadie sobre la ceremonia que tendrá lugar mañana en las afueras de Londres, y eso mismo haré.

—¿No vas a contarme nada? —me insiste sombrada—. Venga, Emilie, somos amigas, suéltame algo jugoso.

¿Amigas? Tengo que morderme la lengua, no quiero ponerme a discutir con ella sobre su concepto de la *amistad*. Puede que tardara en darme cuenta de ello, pero ahora sé que Meghan no es la clase de amistad que espero tener. No le hago el vacío y la saludo, pero de ahí a asegurar que somos amigas hay un abismo.

—No, no voy a comentar nada —le indico—, y ahora si me disculpas me tengo que marchar que tengo prisa.

Salgo al pasillo y me cruzo por el camino con la mirada posesiva de Trevor. Sigo a lo mío como si no lo hubiera visto. No ha vuelto a intentar hablar conmigo desde que tuvimos la conversación en la cafetería. Me regala miradas como la de ahora casi todos los días y, cuando soy consciente de ello, mi corazón se acelera de manera automática, a causa de que el temor de encontrarme con él a solas sigue en mi mente. Me arrepiento de no haberle denunciado como me pidió Max en su momento, pero ahora es demasiado

tarde para lamentarse de ello, debo lidiar con las decisiones que tomé en el pasado.

Antes de ir a casa, paso por la *boutique* donde está encargado tanto el vestido como los zapatos y complementos que llevaré mañana. A pesar de que está guardado en una funda protectora, decido llamar un taxi y no ir en metro al temer que se arrugue.

En cuanto llego a casa, veo a mi padre como un perro enjaulado dando vueltas por el salón buscando algo.

—¿Qué sucede? —inquiero, dejando sobre el sofá todo lo que porto encima.

—No encuentro el cargador del móvil —me responde, sin dejar de moverse un instante.

—¿Has mirado en el cajón de la cocina? Sueles dejarlo ahí de vez en cuando. —Me giro y voy a revisar el sitio en cuestión. ¡Bingo!—. Aquí lo tienes papá.

Mi padre entra a la cocina con una gran sonrisa, me da un beso en la frente sujetándome de las mejillas, como suele hacer siempre, antes de poner su teléfono a cargar.

—Gracias, mi vida, no sé qué haría sin ti.

—Eres un exagerado, como mucho estarías dos días incomunicado hasta que dieras con el cargador —me burlo de camino al salón para recoger la funda del vestido y llevarla a mi cuarto.

—¿Me vas a dejar que lo vea? —curiosea a mi espalda, intentando ver algo.

—No, tendrás que esperar.

—Está bien, seré paciente. Por cierto, hablé con Henry esta mañana por teléfono. Me informó de que si queremos podemos quedarnos a pasar la noche en la finca donde se realiza el enlace. Conociendo las fiestas que estos chicos se montan, puede que acepte. —Se ríe en alto.

Henry y papá siempre se han llevado bien. Hablan a menudo por teléfono, gracias a él fuimos invitados a la gala de los Brits.

—Está bien, llevaré algo de ropa en una maleta pequeña por si sucediera eso. Me voy a mi dormitorio para acostarme.

—¿Tan temprano, no cenas? —cuestiona en alto.

—No tengo hambre y quiero descansar. Mañana por la mañana tengo peluquería y luego el trayecto de más de tres horas hasta Birmingham…

—Como prefieras, pero mañana desayunarás como es debido.

Dudo que eso ocurra, tengo tantos nervios en el cuerpo por reencontrarme con Max que no creo que dé ni un bocado.

Me meto en la cama y apago la luz de la lámpara que tengo encima de la mesilla de noche. Doy un par de vueltas sin conseguir una postura que me permita relajarme y quedarme dormida. Mi móvil se alumbra y vibra con la entrada de un mensaje. Al instante lo palpo sin encender la luz y abro el mensaje que me envía Max.

Me pregunta que si estoy en casa y si me apetece que hagamos una videollamada. Le respondo con rapidez entusiasmada con la idea, ya que son pocas las ocasiones que hemos podido hacerlo en este tiempo.

Retiro hacia tras las sábanas que me tapaban, pulso el interruptor de la habitación, que me ciega por unos segundos, busco el portátil y me reviso con celeridad delante del espejo. Reposo mi espalda en el cabecero de la cama con el ordenador encima de las rodillas, lo enciendo y me da algo cuando veo que se empieza a actualizar el Skype.

Típico.

Una vez actualizado, no tardo en recibir la llamada que acepto al instante.

—Mañana es el día. ¿Tienes ganas de ello? —me dice a través de la pantalla. Tiene el pelo revuelto y no lleva camiseta puesta. Me muerdo el labio inferior al recordar la última conversación que tuvimos por este medio y todo lo que llegamos a hacer…

—Ni que fuéramos nosotros los que nos casamos. —El semblante de Max se vuelve blanco en el acto, y no sé cómo tomármelo. Por una parte, me parece gracioso, por otra…—. Respira, Max, era sólo una broma.

—Sí, ya, ya lo sé. Deseaba llamarte por un motivo. —Max cuadra los hombros, su mirada se vuelve intensa, y sé que ha dejado de ser él y que en este momento quien tengo delante es el Maestro X—. Mañana cuando vayas a la boda, quiero que…

MAX

Llevo esperando que llegue este día desde el momento en el que supe que Em estaría entre los invitados. John, Henry y yo iremos en una limusina que

nos trasladará hasta el lugar varias horas antes de la ceremonia. Me dirijo con la maleta a la casa de Henry que es dónde hemos quedado para salir todos juntos. El traje que llevaré me espera en la mansión que Adam ha alquilado para la ocasión.

Todos menos Alex y Mey pasaremos la noche en ella. El tener a la prensa detrás de ellos e intentar no dar motivos a su ex Kimberly son razones suficientes para que se marchen cada uno a su casa al término de la celebración. Me entristece saber que el pequeño Peter no vendrá por culpa de que Kim no quiera que esté en el mismo sitio en el que estará Mey.

Bruja.

Llamo a la puerta de Henry con insistencia mientras los reporteros, que son varias decenas, me están enloqueciendo con las preguntas que realizan. En cuanto veo que nuestro batería hace acto de presencia y abre la misma, no tardo en entrar y exhalo con fuerza. Al levantar la vista, me doy cuenta de que está hablando por el móvil en tono serio. Camino hasta el salón y subo los pies a la mesa del centro procurando relajarme un poco. En cuando cuelga la llamada, se sienta a mi lado.

—¿Tu padre? —curioseo, conociendo la respuesta.

—El mismo. Dice que vendrá de visita en unos meses. —No se le ve muy contento con la idea, pero tampoco me extraña—. Dudo que eso suceda, desde que volvió a Irlanda no ha vuelto a pisar Londres.

El padre de Henry es irlandés. Su madre, una mujer rubia de ojos azules preciosa, se enamoró de él, y el fruto de esa corta relación es nuestro loco batería.

Abro la boca con la intención de cambiar de tema, ya que sé que no es algo de lo que le guste hablar. Giro la cabeza al sentir que llaman a la puerta principal y creo que John ha llegado en el momento idóneo. El rostro de Henry muta por completo cuando le da acceso al salón, volviendo a ser el hombre alegre que todos conocemos.

La limusina no tarda en venir, nos subimos a ella. Durante el trayecto bebemos un par de cervezas mientras nos reímos recordando viejos tiempos, en donde los chicos de los cursos superiores me atosigaban y perseguían hasta que me hacían morder el suelo. Lo gracioso de rememorar esa época es que ahí fue cuando conocí a los chicos. Justo cuando pensé que nadie se pararía a ayudarme, Alex, Adam, Henry y John se metieron de por medio para defender a un mocoso como yo y terminaron como unos trapos. Aún

tengo presente la sonrisa traviesa que intentábamos ocultar a mamá Fuller mientras nos limpiaba las heridas. Nos dijo que no sería la primera en la que nos veríamos envueltos y tuvo toda la razón. Esa misma semana el grupo que me emboscó en un callejón días antes volvió con ganas de fiesta, aunque en esa ocasión no me encontraba solo, los tenía a mi lado. Desde ese día somos una familia, somos hermanos.

El viaje dura cerca de tres horas, y ya estamos a punto de cruzar la entrada de acceso a la finca privada. Los medios de comunicación rodean la limusina intentando captar alguna imagen del interior, pero los cristales son tintados, y no llegan a vernos. Miro el reloj y compruebo que quedan un par de horas para que dé comienzo la boda de nuestro amigo.

Abrimos las puertas sin esperar a que el chófer baje del auto y, a continuación, cada uno recoge del maletero sus pertenencias antes de subir los escalones que nos separan del edificio principal.

—Bienvenidos, mi nombre es Marie —nos saluda una mujer de unos cuarenta años con el pelo perfectamente recogido en un moño y un acento francés de lo más marcado—. Llamaré a un mayordomo para que les lleve el equipaje y lo deje en los dormitorios de la planta superior.

—¿Tenemos asignados los dormitorios? —pregunta John, levantado la vista en dirección a dicha zona.

—No, aún no. El único cuarto reservado es el de los novios, el que ocuparán esta noche después de la ceremonia.

—Mejor alojarnos lejos de ellos que hoy seguro aprovechan la noche y no habrá manera de pegar ojo —nos sugiere Henry.

—Muchas gracias, pero no es necesario que avise a nadie, nosotros podemos subirlas y encontrar un dormitorio —le indico a Marie, que abre y cierra la boca sin emitir sonido alguno con algo de desconcierto.

Este lugar es enorme. Hace algún tiempo en una entrevista para la radio nos preguntaron el motivo por el cual no vivíamos en una mansión como la mayoría de los famosos. Nuestra contestación fue la siguiente: «No somos como la mayoría». Tenemos más dinero del que quizá podamos gastarnos en una vida, todos somos de la opinión de que no necesitamos más de lo que tenemos. No precisamos un Picasso colgado de la pared del baño, ni tampoco grifos bañados en oro. Somos afortunados por vivir de nuestra música, residimos en uno de los barrios más caros de Londres y nunca nos

hemos privado de ninguna fiesta o capricho, pero parece que a gran parte de la sociedad eso le parece poco.

Es inevitable no pensar en todas estas cosas mientras camino sobre el suelo de mármol blanco de las escaleras que dan a la segunda planta.

—¡¿Dónde dice que se quedarán a dormir los novios?! —grito a la mujer desde arriba. Ella da un salto y se lleva la mano al pecho.

—En el ala Este —responde con nerviosismo. Pobre, aún no sabe la que vamos a liar en este sitio.

Nos miramos unos segundos y, sin mediar palabra, corremos por el pasillo que está en la otra dirección a la que nos ha indicado Marie. John entra en una de las primeras puertas que encuentra, mientras que Henry me empuja con el hombro a medida que avanza intentando llegar antes que yo a una de las alejadas. Poso la palma de la mano en el pomo y pretende que la retire, pero logro girarlo y levanto el puño en señal de victoria.

—Te he dejado ganar —se excusa mientras da unos pasos alejándose—. Mejor escojo una de éstas, ya que lo más seguro termines llevando a alguna de las camareras a tu cuarto, y no quiero escuchar sus lamentos por lo mal que follas.

—Eres un renco… —Me quedo de piedra al ver que de una de los cuartos que están situados entre el que ha escogido Henry y el mío sale Em.

—¡Hola, pequeña! —Henry la abraza como de costumbre—. ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde está tu padre?

—Creo que ha escogido una de las habitaciones del comienzo del pasillo, pero son tantas puertas que no sé exactamente en cuál de ellas estará.

Empiezo a contar las mismas y tiene razón, en esta zona habrá al menos cerca de unas ocho. Mierda, va estar a tan solo dos pasos de distancia y no sé cómo voy a poder aguantarme.

—Lo veré más tarde. Voy a comprobar si en este sitio tienen televisión por cable. —Henry le da un beso en la mejilla a Em, y mis puños se cierran al verlo.

¿Celos?

Joder, no. Henry siempre ha tratado a Em como a una hermana pequeña.

—Vale. Yo tengo que empezar a cambiarme que tengo que ayudar a Alice con algunos detalles, y Mey no llegará hasta más tarde. —Em se gira. Nuestras miradas se cruzan por un instante—. Nos vemos.

—Nos vemos —le respondo mientras entra de nuevo a su dormitorio.

Adam no deja de dar vueltas y revisa cada dos segundos el reloj que está colgado en la pared del salón, donde nos encontramos todos a la espera de que le indique alguien de la organización que podemos salir al jardín.

—¡Joder! ¿Qué cojones le sucede a ese reloj que no avanza? —Levanta los brazos exasperado.

—Quedan quince minutos para la ceremonia. ¿Seguro que no quieres huir? —se burla Henry—. Aún estás a tiempo, bro.

—¡Los anillos!, ¿tienes los anillos? —cuestiona, mirando a John pasando por completo del comentario que ha hecho Henry.

—Claro que los he traído. —John mete la mano en el interior de la chaqueta—. Tranquilo, los tengo… ¡Mierda!, los dejé encima de la mesilla de noche.

—¡Joder! —vuelve a gritar Adam que está a punto de subirse por las paredes.

—Quédate con él e intenta que se relaje un poco —le comento a John, pues él es el más indicado para tranquilizar al futuro novio—, dale un trago de *whisky*. Mientras, subiré yo a por ellos.

—Date prisa o nos arrancará la cabeza.

Asiento con rapidez y comienzo a correr, por el camino veo a Mike y a los padres de Adam charlar mientras bajan por las escaleras. Les saludo sin pararme demasiado explicándoles la emergencia, y mamá Fuller se ríe en alto. Llego a la segunda planta y entro en el dormitorio de John, en el cual encuentro la pequeña caja donde dijo que iba a estar. La guardo en el bolsillo de la chaqueta del traje que llevo y me doy media vuelta para bajar lo antes posible.

En cuanto doy un paso fuera, choco con el pequeño cuerpo de Em que también va a la carrera y la sujeto de los hombros para que no pierda el equilibrio. Reviso cada lateral del pasillo asegurándome de que no hay nadie y, sin mediar palabra alguna, le tomo de la mano y la llevo hasta mi dormitorio unas puertas más adelante.

—¿Qué haces, estás loco? —susurra a mi espalda.

—Shhhh, tengo que comprobar algo —le comento al llegar a la puerta y con la mirada le pido que me siga dentro.

Em entra sin perder tiempo. Cierro con rapidez y no malgasto los pocos segundos que tenemos en trivialidades. La beso con pasión empujándola hasta la pared más cercana y respirando con dificultad, no quiero separarme de ella. Mis manos recorren su cuerpo y bajan por su cintura, continúan hasta dar con la abertura lateral de su vestido en el muslo derecho. Me separo un momento intentando controlar mis actos mientras introduzco mi mano en el interior de su vestido sin dejar de mirarla a los ojos, palpo su piel y aprieto su trasero con cuidado acercándola a mi miembro, el cual tendrá que esperar un poco más.

—Buena chica —apremio, depositando un beso rápido sobre sus labios, al comprobar que no lleva ropa interior como le pedí que hiciera—. Ahora voy a aprovechar el rato que tenemos para un pequeño juego.

—¡¿Ahora!? —me pregunta alarmada—. Alice me espera, está histérica. No puedo ponerme a jugar ahora, Max.

—Tranquila, serán sólo diez segundos. —Me alejo de mi Ángel y voy a buscar la maleta que me traje sólo por si surgía la oportunidad.

La melodía de la balada *Nothing Else Matters*, que tocamos con Metallica hace unos años en un concierto benéfico, suena. Las chicas emprenden la marcha dirección al altar que está situado al final de un pasillo bajo una carpa en el jardín trasero de la finca. Mi Ángel está hermosa. Me fijo con más detenimiento en cada detalle, ahora que la lujuria no me ciega. Mey y ella van vestidas de la misma manera, un vestido rojo largo con abertura en uno de los laterales, que por cierto ya he probado de lo que es capaz de otorgar.

—Estás preciosa —le dice Adam a su chica en cuanto la tiene delante de él.

Alice se sonroja mientras lleva la mano al colgante en forma de púa y lo sujeta entre sus dedos. El oficiante de la ceremonia nos indica al resto de los asistentes que tomemos asiento. Estoy seguro de que los votos que se están intercambiando son de lo más emotivos por cómo reaccionan las chicas. Sin embargo, lo que sucede a mi alrededor carece de importancia, puesto que tengo a mi Ángel a dos pasos de distancia, y es imposible que me centre en las palabras de amor que se profesan los tortolitos.

Em comienza a llorar emocionada, sin dejar de sonreír, entretanto mira fijamente a su amiga Alice, que está terminando de pronunciar las últimas

palabras. Decido otorgar algo de atención a mis amigos. No vaya a ser que Mike, el cual está sentado en primera fila, se dé cuenta de algo, y esta boda termine con un funeral. El mío.

— …el destino te puso en mi camino hace un año, dándome la oportunidad de ir en tu busca. —Adam acaricia su mejilla, y ella pone la palma de su mano encima de la de él —. Nunca imaginé amar con la intensidad con la que lo hago. Me has entregado todo lo que he anhelado en mi vida, y prometo protegerlo y apreciarlo el resto de mi vida. —Coloca la alianza en el dedo anular de Adam con algo de dificultad, pero éste termina cediendo—. Hoy y para siempre, estoy contigo.

—Por la autoridad que me ha sido otorgada, yo os declaro marido y mujer. Puede besar a la novia.

Todos sin excepción empezamos a gritar «¡vivan los novios!» y a aplaudir como verdaderos locos. Adam besa a su ahora mujer, y Alex va directo a los brazos de Mey. En cambio yo me quedo como un estúpido mirando a Emilie de reojo mientras Henry y John me abrazan alegres. No obstante, esa alegría me falta poder compartirla abiertamente con la persona que amo y, por esto, no puedo ser partícipe de ella por completo.

Capítulo 24. El baile.

EMILIE

Los nervios que siento son abrumadores. Si yo me encuentro en este estado, no quiero ni imaginarme cómo está Alice. Papá y yo hemos llegado hace unos veinte minutos. Él escogió un dormitorio cercano a las escaleras mientras yo me decanté por uno un poco más alejado del suyo.

Este sitio es precioso, inmenso, elegante y lujoso. Es ideal para una boda, además lo bueno que tiene es que nos protege de los *paparazzis*, que están agolpados en el exterior y que no pueden captar ninguno de nuestros movimientos. Por lo tanto, podremos estar tranquilos y ser nosotros mismos, o al menos la mayoría.

Estiro el vestido rojo encima de la cama, no es precisamente mi estilo, pero, con los exámenes y el poco tiempo que he tenido, dejé que Mey eligiera por mí. Total, ambas somos las damas de honor y, según ella, debemos ir conjuntadas para la ocasión.

Un sonido de pisadas fuertes que provienen del pasillo llama mi atención. Me arrimo a la puerta curiosa por saber quiénes están haciendo tanto ruido.

«Te he dejado ganar —oigo la voz de Henry, y abro la puerta para saludarle—. Mejor escojo una de éstas, ya que lo más seguro termines llevando a alguna de las camareras a tu cuarto y no quiero escuchar sus lamentos por lo mal que follas».

Un jarro de agua fría me cae encima al ver a quien se lo dice. No me imaginé encontrarme con Max así, y menos ser testigo de cómo su amigo le espeta que esta noche se follará a una camarera.

—Eres un renco… —se queda mudo nada más verme.

—¡Hola, pequeña! —Henry me abraza con cariño y le correspondo de igual manera—. ¡Cuánto tiempo! ¿Dónde está tu padre?

Mi padre, mi padre… ¡Ah, claro!

—Ha escogido una de las habitaciones del comienzo del pasillo —le comento con rapidez, ya que en este instante no sabría dónde tengo la cabeza si me preguntaran—, pero son tantas puertas que no sé exactamente en cuál de ellas estará.

—Lo veré más tarde, voy a comprobar si en este sitio tienen televisión por cable. —Asiento, y Henry me da un beso en la mejilla antes de entrar en su dormitorio.

—Vale. Yo tengo que cambiarme para ayudar a Alice con algunos detalles, y Mey no llegará hasta más tarde —le hago saber y me doy la vuelta para mirar a Max—. Nos vemos.

—Nos vemos —me responde él.

Entro de nuevo al dormitorio sintiendo el latido de mi corazón en los oídos. Muevo la cabeza intentando aclarar las prioridades, dado que Alice me necesita. Tengo que encajarme el vestido e ir a ayudarla.

Me maquillo de manera ligera y me preparo para ir con la novia. Los tacones son altos y me permiten no parecer un pequeño tubo dentro del vestido que llevo puesto. Me miro al espejo y tuerzo la boca intentando colocarme el escote, puesto que es un vestido palabra de honor. ¿Dónde está el corsé que me regaló Peny cuando a una le hace falta? En este momento me vendría genial.

Me dirijo a la estancia donde se encuentra Alice y, al entrar en ella, la hallo hiperventilando, sentada a los pies de la cama, sin haberse puesto el vestido de novia, dado que aún lleva la ropa interior en tono marfil con un encaje sencillo, que es de lo más bonita. Una pequeña corriente de aire pasa en ese momento al cerrar la puerta recordándome la demanda de Max y haciéndome reparar en que voy sin ropa interior. No sé para qué me ha pedido tal cosa, pero tengo curiosidad.

—Alice, ¿te sientes bien? —indago, acercándome a ella con pasos comedidos.

—Yo… —Levanta la mirada, y me fijo en que tiene los ojos llorosos—. Tengo….

—No me digas que tienes dudas —le corto al instante.

—No, claro que no. —Se pasa la mano por los ojos alejando cualquier rastro de lágrimas—. Tengo miedo de que las tenga Adam porque ha estado tan distante estos últimos meses que… En fin, me confesó que es porque quiere regalarme una noche de bodas inolvidable, pero llevo subiéndome por las paredes desde que me dieron el alta definitiva. Creo que tengo ganas de decir el «sí, quiero» para acto seguido poder raptarlo e ir al dormitorio y

no salir en toda la noche de allí. —Agrando los ojos al revelarme eso—. ¡Dios, parezco una ninfómana! No me hagas caso, estoy un poquito nerviosa.

—Sí, ya veo. Un poquito bastante. —Me río por lo bajo.

Le ayudo a vestirse mientras esperamos la llegada de Mey, pero, cuando voy a empezara a peinarla, me doy cuenta de que no tenemos suficientes horquillas para el recogido.

—Voy a mi cuarto a por el resto, no tardo nada —le indico.

Sujeto con las manos la tela del vestido para no pisarlo mientras procuro ir lo más rápido que puedo. Cuando la puerta de uno de los dormitorios se abre, Max sale de éste, choca conmigo, me sujeta de los hombros y se cerciora que no haya nadie cerca mirando a cada lado del pasillo. Sin mediar palabra alguna, me agarra de la mano y me arrastra hasta la entrada de su cuarto un poco más adelante.

—¿Qué haces, estás loco? —le susurro.

Me dice que tiene que comprobar algo, y supongo que sé lo que es. Estoy segura de que este calor repentino que siento en las mejillas es a causa de lo que me estoy imaginando. Entro sin perder tiempo, cierra la puerta a su espalda y me mira a los ojos con deseo. Nuestros labios no tardan en juntarse, me besa con pasión, y correspondo con la misma intensidad. Mi espalda termina pegada a la pared y seguimos saboreando este pequeño momento de desenfreno. Mi pecho sube y baja como si hubiera corrido una maratón, y sus manos recorren mi cuerpo mientras yo me aferro a sus hombros como a un salvavidas para no ahogarme en las sensaciones que me hace sentir. Casi sin darme cuenta, localiza la apertura lateral del vestido e introduce una de las manos por ella provocando que jadee por lo bajo al notar mi piel contra la suya. Su mirada intensa no se separa de la mía, me aprieta el trasero juntándome más a su cuerpo y dejándome saber lo excitado que está.

—Buena chica —me apremia antes de besarme los labios en un gesto rápido, natural—. Ahora voy a aprovechar el rato que tenemos para un pequeño juego.

—¡¿Ahora?! —Levanto la voz alarmada—. Alice me espera, está histérica. No puedo ponerme a jugar ahora, Max.

—Tranquila, serán sólo diez segundos. —Se aparta de mí y busca entre sus pertenecías algo que esconde de mi vista en la mano.

—De verdad, Max, tengo que irme. Alice me está esperando —le aseguro con pesar. Muevo los pies intranquila, pues no quiero que vuelva a ponerse mal por culpa de que me he demorado en volver.

—Shhhh. —Coloca un dedo sobre mis labios y la frente sobre la mía—. Abre las piernas, Em. —Trago con fuerza y separo los pies un poco tal y como me solicita—. Me encantaría poder tocarte cada vez que me apetezca esta noche y he pensado en una manera para que eso sea posible.

Entreabro la boca con la intención de preguntarle qué es lo que tiene pensado hacer, pero en un movimiento inesperado intercambia el tacto de su dedo índice por el de sus labios, entretanto noto como vuelve a separar la tela del vestido y gimo al sentir como me frota el clítoris.

—Te he extrañado tanto. Tú aroma... —Inhala mi cabello mientras continúa realizando círculos con sus dedos—. Estás preciosa. Hoy brillas con luz propia, Em.

Clavo mis uñas en sus hombros como respuesta a sus deliciosos toques y creo perder la razón por completo al susurrarme en tono grave que tiene algo especial aguardándome para cuando podamos estar a solas en su sótano de nuevo. A continuación, sin previo aviso, me introduce algún tipo de juguete en el interior de la vagina.

¿Segura de que es un juguete?

Convencida.

Una vez totalmente dentro, se separa de mi cuerpo. No es molesto, ni siquiera exageradamente grande, pero no pensé que haría algo así. El brillo de sus ojos es de pura picardía.

—No te lo quites, ¿de acuerdo? —Asiento aún con la extraña sensación entre mis piernas—. Ve con Alice, te veré en un rato —me comenta mientras pasa la lengua entre sus labios y abre la puerta para que salga. Cosa que hago.

Unos segundos más tarde y Mey me hubiera pillado de lleno saliendo de su dormitorio, puesto que me encontré con ella justo después de dejar a Max. Me fijé en que lleva un colgante precioso alrededor del cuello que no deja de tocarse, me imagino que se lo ha regalado Alex. Atendí a la novia y terminé de peinarla a tiempo. Salimos dirección al jardín y comenzamos a caminar cuando la melodía empezó a sonar.

Me fue inevitable no emocionarme con las palabras que se intercambiaron Adam y Alice. Se les ve tan enamorados y hacen una familia tan bonita que se merecen todo lo mejor del mundo.

No comprendo muy bien el motivo por el cual Max me ha puesto ese…, eso…, lo que sea que llevo dentro. No noto nada, la sensación es como si tuviera un tampón y soy consciente de ello al caminar o si junto mucho las piernas, pero tampoco es que sea algo grandioso. Quizá no sea para mí.

Se escucha un helicóptero sobrevolar por encima de nosotros, los focos del mismo pretenden alumbrar y captar algo en la oscuridad de la noche. La carpa bajo la que estamos nos protege de los *paparazzis* y curiosos, en ella hay varias barras con bebidas y comida para servirnos a nuestro antojo que bordean una estudiada pista de baile, además de varias mesas situadas en una de las esquinas para poder sentarnos cuando estemos cansados. Los padres de Adam vigilan de cerca a su nieta mientras los novios abren el primer baile de la fiesta.

Me llevo a la boca un canapé delicioso que saboreo con placer. Henry se acerca hasta donde estoy, y me asombro que no pilla uno, ni dos, sino que, al menos, se lleva a la boca unos cinco de golpe.

—¿Con hambre? —me burlo asombrada.

—No, ya comí antes. Es sólo vicio —me replica, y me río por lo bajo—. ¿Qué tal el curso? Me comentó tu padre que pronto sabrás la nota final. Esperamos contar contigo para los conciertos que lleguen.

—Supongo que bien, nunca se sabe con el profesor Russell. —Me encojo de hombros—. Yo también espero poder formar parte del próximo equipo.

—Sabes que siempre tendréis un hueco entre nosotros, pequeña, tanto tú como tu padre —me dice con sinceridad—. ¿Te apetece bailar un poco? Aprovecha ahora, que luego estaré ocupado. —Lleva la vista a una de las camareras que están reponiendo las bebidas en la mesa contigua, y ya me imagino el tipo de ocupación a la que se refiere.

—Claro, ¿por qué no? —le contesto.

Me adelanto dando un paso y tengo que quedarme quieta un segundo al notar el cosquilleo interno que va en aumento. Aprieto las piernas y trago saliva. Busco con la mirada dónde se encuentra el causante y lo localizo hablando con total tranquilidad con su amigo Alex en la otra punta de la pista. Su mirada se cruza con la mía un instante y sonríe de medio lado.

Lleva la mano al interior del bolsillo de su pantalón e inmediatamente sube la intensidad. Un sudor frío recorre mi espalda. No voy a soportar moverme sin gemir por el camino.

—¿Estás bien? —se preocupa Henry, colando su mano en mi brazo.

—¡¿Qué?! —exclamo, queriendo salir cuanto antes de aquí—. Sí, claro. Lo estoy —le miento descaradamente y acepto su ayuda para emprender la marcha y así llegar a la mitad de la pista de baile.

Respiro más tranquila cuando el aparato, que Max ha puesto con maldad, deja de vibrar en mi interior, porque sé que lo ha hecho a sabiendas de lo que me haría, y comienzo a bailar.

MAX

No puedo evitar sonreír al ver la cara que se le ha puesto a Em cuando activo el vibrador con el mando a distancia que tengo en el bolsillo de pantalón.

—Tío, ¿me estás haciendo caso? —me pregunta Alex.

—Claro que sí —le respondo sin haber captado ni la mitad de las cosas que me ha contado. Levanta una ceja y espera a que me pronuncie. Improviso—: Me estabas hablando sobre tu encuentro con Mey, y… ¿sobre Kim? —tanteo mientras le doy de nuevo al botón que aumenta la vibración un punto más.

—No, ¿qué cojones te pasa últimamente? Estás como ido. —Niega con la cabeza.

—¿Qué tal andan las cosas por aquí? —nos interrumpe mamá Fuller, acercándose con paso calmado—. Maxi —menciona mi nombre, y presto atención—, retira la mano del bolsillo y saca a esta pobre mujer a bailar antes de que se acabe la noche.

Agrando los ojos con temor a que se haya dado cuenta del jueguecito, en el que estamos inmersos Em y yo. Apago el dispositivo y acepto gustoso de poder bailar con ella.

—Y tú —le dice a Alex—, ¿a qué esperas para estar con Mey? Aprovecha el tiempo —le riñe, y él le sonríe antes de darle un beso en la mejilla para ir en busca de su Diosa.

Le ofrezco el brazo de manera caballerosa, tal y como nos enseñó en su momento. Mamá Fuller no sólo ha sido un ancla en cada momento de nuestras vidas dándonos consejos y asegurándose de que no nos metiéramos

en líos, sino que nos ha guiado para que fuéramos por el buen camino alejándonos de las drogas que merodean el mundo de la música con su presencia en cada concierto, con su ánimo en cada ensayo, permitiéndonos ser nosotros mismos y demostrándonos que se puede vivir a tope cada momento sin edulcorarla de ninguna manera artificial. También estuvo ahí para enseñarnos cosas tan divertidas como bailar, pese a que el intento de ello le costara varios pisotones.

Una santa.

Sujeto su mano y la alzo a la altura del hombro, coloco la mano derecha con la palma ahuecada a la altura de su omóplato e inhalo cerrando los ojos, atento al ritmo del tres por cuatro del compás del vals que suena. Mi posición es erguida, los codos quedan a la altura adecuada y comienzo a moverme sobre la pista. Un dos tres, un dos tres.

—Deberías estar bailando con otra persona, y lo sabes —me reprende ella.

—Esperaré que sea más tarde, ahora mismo acaba de empezar la celebración y no creo… —Me interrumpe, dándome un pisotón deliberadamente.

—Ups, qué torpe estoy últimamente —se disculpa, sonriendo y no puedo evitar reírme con ella perdiendo el ritmo por completo—, debe ser cosa de la edad.

Mamá Fuller decide llevar las riendas y da un giro acercándose peligrosamente a donde están Henry y Em bailando. Se aleja de mí cuando la melodía termina y aplaude.

—¡Henry! —exclama ella—, ¿cambiamos de pareja? Quiero comprobar que no te hayas olvidado de ningún paso.

—¡Claro! —le contesta él—. Ha sido un placer, pequeña, más tarde si no estás cansada, repetimos. —Ok, mi jodido subconsciente acaba de interpretar esa frase como le ha salido del culo. Henry sujeta la mano de Em y da un paso con ella para acercase a mí—. Cuídala bien, bro. No te pases con ella que te conozco —me intenta intimidar.

No me extraña la reacción que tiene. Henry pocas veces se pone serio, pero cuando lo hace es por un motivo. Él quizá sea el miembro del grupo que más confianza ha adquirido a lo largo de estos años con Mike, dado que ambos tienen gustos similares en cuanto a aficiones y demás historias que

ellos saben. Ha tratado a Emilie como a una hermana pequeña, y es bien sabido por todos que no dudaría en defenderla si fuera necesario. De ahí que John, una vez que se dio cuenta de mi interés por Em, me advirtiera de que si era algo pasajero lo dejara ir. Sin embargo, esto, lo que siento, no es nada pasajero.

—Está en buenas manos —le aseguro y acepto la mano de ella, acercándola a mi cuerpo.

La música continúa y esta vez lo que suena es una balada. La pego más a mí, y ella posa su mejilla en mi pecho mientras me rodea con sus brazos el cuello. Comenzamos a movernos con pasos lentos.

—Esto es duro —susurra sólo para mis oídos.

—Lo sé, Ángel. Lo sé —le respondo, sabiendo de sobra a lo que se refiere—. Intenta venir esta noche a mi dormitorio —le reto.

Em levanta la mirada y se muerde el labio inferior. Joder, qué ganas de besarla tengo en estos instantes.

Bésala, bésala, bésala.

—Lo intentaré —me dice sonrojada, bajando la mirada.

—Por si no es posible, quiero sentirte una vez más y recordar la sensación de tenerte entre mis brazos…

Llevo una de mis manos al bolsillo y acciono el dispositivo acrecentando la velocidad e intensidad del mismo al máximo poco a poco. Em ahoga un jadeo en mi pecho y me clava las uñas en la nuca con fuerza. Su calor corporal aumenta, y no dejo de moverme con el ritmo que se escucha a todo volumen a nuestro alrededor. La respiración de ella es arrítmica, alterno varias veces el aparato con posiciones distintas sabiendo con seguridad que está a punto de llegar al clímax.

Emilie se para de golpe. Su pelvis se arrima peligrosamente a la mía. Muerde la tela de la chaqueta que llevo puesta, y agacho la cabeza para poder susurrarle al oído.

—¿Me sientes? —Muevo la cadera para que note mi excitación—. Esto es lo que provocas en mí. Estás preciosa y solo hay una cosa que mejoraría esta situación, yo dentro de ti mientras me muevo lentamente hasta hacer que pierdas la cabeza.

La intensidad con la que inhala Em se hace más intensa, provocándola de tal forma que termina por rogar por lo bajo para que le permita correrse.

Para premiarla, pulso un botón que la dejará sin aliento y la insto a hacerlo con las palabras «déjate llevar».

Y lo hace, escucho sus gimoteos casi silenciosos sin que nadie se percate de ellos a nuestro alrededor, mientras que mi polla está más dura que una piedra por regalarme uno de los orgasmos más excitantes que he podido contemplar.

Apago el vibrador. La balada termina.

—No te marches todavía. —Le sujeto del brazo al ver que se aleja para recuperar la compostura—. Si me dejas expuesto, van a ver la tienda de campaña que llevo en la bragueta. —Ella se ríe ante mi confesión.

—No sería una buena manera de que se enterasen —intenta disimular lo gracioso de la situación, tapándose con la mano la boca.

—No, no sería. Posiblemente, tu padre haría con mi polla canapés, y Henry los serviría encima de una bandeja acompañándolos con algún chiste gracioso.

Seguimos riéndonos durante un rato hasta conseguir que no sea tan evidente lo que me incita cada vez que la tengo frente a mí. Sin embargo, no tardamos en tener que separarnos de nuevo para seguir interpretando un rol que no me gusta, el de amigo.

Capítulo 25. Nadie.

EMILIE

La celebración se alarga hasta altas horas de la madrugada. Mey se ha marchado en limusina a su casa pese a que lo más lógico hubiese sido que se quedara a pasar la noche como todos aquí, pero Alex también se va cabizbajo al no poder continuar junto a ella. Por lo poco que sé, es todo por culpa de la ex, Kimberly. Nunca me agradó esa mujer. Cuando la conocí en su época de *groupie*, se le veía a leguas que lo único que quería era cazar a Alex, pero quién era yo para decir nada; al fin y al cabo, no me llevaba tanto con ellos. Con el que tenía más relación era con Henry. Magister siempre fue muy atento y simpático conmigo… y, ahora que lo pienso, la gran mayoría de ellos siempre me han tratado como a una hermana pequeña.

Menos Max, que por alguna razón siempre se alejó de mí, aunque todo cobra sentido en estos momentos. Puede que estos años que han pasado, en los que hemos estado alejados el uno del otro, fueran necesarios.

Los padres de Magister.

Adam.

Adam, a ver si me acostumbro. Es demasiado tiempo llamándole de esa manera. Bueno, el asunto es que Martha y Charles hace una hora que se retiraron a su *suite* con la pequeña Awen, a quien cuidarán durante lo que queda de semana, dado que los recién casados se marcharán a Paris a pasar la luna de miel.

Le digo a Marcus que deje de comportarse como un guardaespaldas y que se divierta con los demás, pero parece que eso de la diversión y Marcus no van de la mano, así que me doy por vencida. Estoy agotada y, ahora que no está Mey para obligarme a seguir en pie, creo que es hora de que me retire.

Me acerco a la zona donde está situada la barra. Mi padre bebe y ríe en compañía de los chicos. Adam y Alice se besan, y Max les sugiere que se vayan de una vez a su dormitorio. John le da un codazo para que deje de meterse con ellos, pero todos conocemos de sobra a Max y siempre será así.

—Papá, me voy a descansar. Ya no aguanto más —le comento, sujetando entre mis dedos las cintas de las sandalias de tacón que tanto daño me han

causado. Hace horas debí de habérmelas sacado.

Mi padre se ríe a carcajada limpia de una de las imitaciones que realiza Henry. Se gira para mirarme y me desea que descanse bien. Asiento y me despido de todos levantando la mano. La mirada de complicidad que me echa Max me recuerda que he quedado en pasar por su cuarto esta noche, pero no sé cómo podré lograrlo.

Cierro la puerta a mi espalda y alzo la cabeza al exhalar un suspiro en alto mientras dejo caer las sandalias por cualquier sitio. Tras encender las luces me dirijo al baño y me retiro el vibrador que tan gratos momentos me ha hecho pasar con Max en la pista de baile. Me desnudo y me doy una ducha rápida.

Al salir, me pongo una camiseta larga y me miro al espejo para ver cómo me sienta. Es una de las primeras que me compré de Slow Death justo antes de empezar a trabajar en el *backstage*. Me parece mucho más cómoda que un pijama ahora que está comenzando el buen tiempo.

Me tumbo sobre la cama. ¿Habrá subido ya o seguirá con los chicos en la fiesta? Abro la boca sin poder evitarlo y bostezo. Subo los pies y me hago una pequeña bola. Cierro los ojos, serán sólo unos diez minutos.

El sonido de mi teléfono me despierta y doy un salto incorporándome con rapidez mientras intento centrar la vista y encontrar dónde lo habré dejado. Lo localizo debajo de la almohada, no recuerdo muy bien cuándo lo dejé ahí. Agrando los ojos al ver que han pasado más de tres horas desde que me retiré de la fiesta. Max insiste y termino por aceptar la llamada.

—Pensé que vendrías —me dice sin más, y frunzo el ceño.

—¿Terminasteis ahora? —le pregunto curiosa.

—Nos hemos dejado llevar un poco por el entusiasmo juerguista de Henry.

—Como si a ti no te gustara una fiesta tanto como a él. —Pongo los ojos en blanco.

—Abre la puerta —comenta antes de dar por terminada la conversación.

¡¿Qué?!

Me levanto de la cama y la abro tal como me pidió. Inmediatamente, entra Max sin esperar a que me dé tiempo a asimilarlo. Lanza su móvil encima del colchón y cierra la puerta dando un portazo. Acto seguido me sujeta por la cintura y me arrima a su cuerpo. Me besa, y arrugo la nariz al notar el fuerte aliento a alcohol que tiene. Me separo de él colocándole una mano en el pecho.

—¿Se nota tanto?

¡¿Que si se nota?! Explotaría cualquier alcoholímetro.

—Un poco. —Hago un gesto con los dedos de la mano, algo visualmente pequeño, intentado no darle demasiada importancia.

—Iré a lavarme los dientes. —Señala el baño, y asiento.

Al final, ha terminado por venir él. Me siento al borde de la cama a la espera de que salga. La luz del móvil de Max llama mi atención, no deja de parpadear. Debe tenerlo en silencio.

Venga, una ojeadita.

No, no. Eso no sería correcto. Es su móvil personal, no debo de mirarlo.

Una pequeña.

Me muerdo el interior del labio y llevo la mirada a la puerta del baño. Me estiro para agarrar el teléfono y compruebo que no tiene ningún tipo de contraseña en la pantalla.

Confiado.

La ventana de un mensaje entrante me deja tonta. ¿Quién es Nadia?

—Ya estoy fresco como una lechuga —bromea Max al salir del baño. Levanto la mirada del móvil encontrándome con la suya—. ¿Qué haces con mi teléfono, Em?

—Ti… tienes un mensaje —le respondo con dificultad.

—¿Has leído mis mensajes? —pregunta avanzando hacia mí.

—No he llegado a verlo. Por cierto, ¿quién es Nadia?

—No es nadie. —Me quita el teléfono de la mano, y me quedo con las ganas de saber qué contenía el mensaje de esa tal Nadia.

—¿Es una sumisa? —indago un poco más.

—Te he dicho que no es nadie, déjalo ya, Em. —Su tono de voz cambia. No debería estar molesto, debería ser yo la que lo estuviera.

—No, no quiero dejarlo. —Elevo la voz y me levanto para intentar darme fuerzas y poder preguntarle lo que temo sea una verdad—. ¿Acaso me ocultas algo, Max? ¿Sigues yendo a los clubs? ¿Es eso?

—¡¿Qué?! No, no he vuelto a ir desde que comenzamos a estar juntos.

—¿Estamos juntos? ¿En serio lo estamos? —No entiendo mi enfado repentino, bueno… sí que lo entiendo. Estoy que me muero de los celos—. Porque lo único que sé es que pasé unos días en tu casa y que me pediste que no se lo contara a nadie, cosa que he cumplido. No hemos vuelto a coincidir desde entonces.

—Nos hemos llamado, hablamos casi a diario… —Su rostro se contrae, da un paso al frente intentando tocarme la mejilla. Me alejo de él, si me roza, sé que caeré.

—Márchate, Max, vete a tu dormitorio, por favor —le pido en voz baja y cierro los ojos para no ver su rostro.

—Em, no estás hablando en serio... —Le escucho decir con voz afectada.

Trago con fuerza, abro los ojos fijándolos en la puerta, camino los pasos que me separan de la misma y giro el pomo para que Max salga.

Sin decir nada más, espero a que se mueva. Pasa por mi lado, se me queda mirando, y ladeo la cabeza. No sé si estoy haciendo lo correcto o si me estoy comportando como una niña caprichosa. De lo que sí estoy segura es de que no puedo pasar un momento a solas con él, si no es sincero conmigo.

Estoy por cerrar cuando escucho la risa de una mujer en el pasillo y me alarmo.

—Max, ¿qué cojones haces en el dormitorio de Emilie? —Henry aparece de improvisto.

Oh, oh.

MAX

¡Joder! ¿Por qué me tiene que suceder esto a mí? ¿Qué cojones hace enviándome un mensaje Nadia? Y para rematar la noche Henry acaba de pillarme saliendo del cuarto de Em.

Noche redonda.

Volteo la cabeza y observo como Henry avanza en mi dirección con rostro serio y los puños apretados, dejando atrás a la camarera que le acompañaba a su dormitorio. ¡Mierda, soy hombre muerto!

—Hola, Henry. —Em asoma la cabeza e intenta sonreír mientras se coloca un mechón del cabello detrás de la oreja de manera nerviosa—. Max ya se iba, me ha acercado… —Baja la mirada como buscando una excusa y se agacha para recoger del suelo algo—. Se encontró por el pasillo una de mis sandalias, estaba tan cansada que ni me enteré de que se me había caído. Gracias, Max. —Me mira a los ojos con rapidez antes de volver a prestar atención a Henry—. Voy a seguir durmiendo, vosotros podéis continuar con la fiesta.

Mi amigo frunce el ceño, pues parece que algo no le cuadra de la mentira que le acaba de contar Em.

—No ha sido nada, que descanses —me despido de ella.

Avanzo por el pasillo con el móvil aún en la mano. Henry no deja de seguir mis movimientos con la mirada. Decido abrir el WhatsApp y ver el mensaje que me ha enviado Nadia esperando que me salve del interrogatorio que estoy seguro que me quiere aplicar mi amigo.

Nadia: Hola, Maestro. Espero que no me castigues por tener el atrevimiento de contactar contigo. Quería confirmar si este año también vas a celebrar tu cumpleaños en el club y hacerte saber que estoy deseando volver a servirte.

El mensaje viene acompañado de una fotografía de lo más explícita. Lleva un traje de licra negro con un escote hasta el ombligo que deja parte de sus voluminosos pechos a la vista. Menos mal que Emilie no lo ha visto.

—¡Hey, bro! —llamo a Henry como si lo que acabara de pasar con Em no tuviera importancia—. Para el próximo mes te apuntarás a mi fiesta de cumpleaños como todos los años, ¿verdad?

—¿Y eso a qué viene ahora? —Se cruza de brazos con desconfianza, y me acerco hasta él mostrándole la pantalla del móvil.

—¿Quieres más explicaciones? —Fuerzo una sonrisa sólo para salir del apuro.

—¡Joder, tío, cómo te lo montas! —exclama, intentando retirarme el teléfono de la mano, cosa que evito alejándome de él.

La camarera, que lleva un rato aguardando por mi amigo pacientemente, se cansa de ver nuestro numerito y lo llama. Henry me guiña un ojo y termina por largarse para pasar el brazo por encima del hombro de la chica que se ruboriza como una colegiala.

No he sido capaz de dormir en toda la jodida noche y le he enviado varios mensajes a Em que no han sido respondidos. Me he llegado a preguntar si me engañó cuando me aclaró que no vio el contenido del mensaje de Nadia, pero no creo que lo hiciese.

Coincidí con Mike en la mañana y le pregunté si estaban a punto de irse, a lo que me contestó que su hija decidió regresar antes, ya que parece ser que le sentó mal la cena.

Sí, claro. Seguro que fue eso.

Suena el timbre de la entrada de mi casa. Dejo la botella de cerveza sobre la encimera de la cocina y me dirijo a ver quién viene a incordiar, pues no estoy de humor para nadie.

Reviso a través de la ventana quién es y me encuentro a John esperando a que le abra. Camino sin ganas hasta la puerta, y él entra sin dirigirme la mirada.

—Pasa, hombre, estás en tu casa…

—¿Por qué no me lo has dicho? —me increpa enfadado.

—¿El qué? —cuestiono mientras cierro la puerta

—¿Te piensas que soy idiota? He hablado con Henry —me comenta sin dejar el tono molesto—. No pongas esa cara, no sabe nada. Me ha contado que recibiste un mensaje de una chica que frecuenta el club y que tenía ganas de que fuera tu cumpleaños para poder divertirse. Como te imaginas, una cosa llevó a la otra, y me soltó que ayer te vio salir del dormitorio de Emilie por no sé qué de una sandalia en el pasillo. ¿Desde cuándo la ves?

¡Joder, joder! Me froto el puente de la nariz sin saber cómo explicarle todo.

—Hace unos meses… —empiezo a hablar, y, sin esperármelo, John me da un puñetazo que impacta de lleno en mi pómulo izquierdo—. ¡Joder! —exclamo en alto.

—Bien, ahora ya puedes seguir. Cuando todos me pregunten si sabía algo, podré decir que te di un puñetazo nada más enterarme. —Se sienta en el sofá,

y lo miro incrédulo.

—Estás loco —le digo, sentándome a su lado.

—Como todos en esta familia, sólo que a mí se me nota menos. Ahora cuéntame todo y no omitas nada.

Todo, lo que se dice todo, no se lo llego a contar. Le explico lo sucedido con Trevor y Em el día que la traje a mi casa, que ése fue el comienzo de una relación con ella y que hemos mantenido a distancia a lo largo de estos meses. También lo que pasó ayer cuando vio que tenía un mensaje de Nadia y cómo reaccionó ella. Estoy a la espera de que hable, que me diga que me olvide de ella y que me aleje por completo de su vida.

—Tiene razón. —John da un sorbo a la cerveza, la cual le he servido a mitad de mi monólogo.

—¿Qué? —me sorprende su reacción, sin comprender a qué se refiere.

—Emilie, tiene razón. Le estás pidiendo demasiado y no estás ofreciéndole nada a cambio. Escúchame atentamente. Por lo que me has dicho, y sin entrar en detalles que no quiero saber, ella se siente cómoda en tu mundo. Te quiere igual que tú a ella.

—No tienes ni idea de cuánto la quiero —le revelo en voz baja.

—Pues demuéstraselo, joder. Tanto tú como yo sabemos que tarde o temprano todo se destapará. No quieres que el grupo se vea afectado por ello. Bien, lo comprendo, aunque lo más seguro es que Mike te descuartice cuando se entere, y Henry… mejor no pensar en ello.

—Gracias por los ánimos…

—A lo que quiero llegar es que es normal que Em se sienta como lo está haciendo. ¿No te has planteado que quizá necesite que le demuestres que forma parte de tu vida?

—No quiero exponerla al público, ¿es que no lo entiendes? —Elevo la voz desesperado.

—Pues no lo hagas. —Arrugo la frente sin comprender a dónde quiere ir a parar—. Está visto que todos sois igual de estúpidos —reflexiona en alto, mirando hacia el techo—. ¡Los clubs, idiota! Deja que forme parte de esa vida al menos. Sé que contigo estará en buenas manos y que la cuidarás.

—No tengas ninguna duda al respecto.

—Más te vale o seré el primero en oponerme a que estés con ella.

Tiene sentido, no había considerado esa posibilidad. Mi espalda choca con el respaldo del sofá y me quedo pensativo mientras John bebe un sorbo de la botella de cerveza.

Tengo que idear una manera de que podamos estar juntos, de demostrarle, como dice John, que forma parte de mi vida. Y tengo que conseguirlo sin que la prensa lo descubra…

Capítulo 26. Una cita.

EMILIE

Sujeto entre las manos el papel en el que se acredita que soy técnico de sonido. ¡He aprobado!, aún no me lo puedo creer. ¡Tengo el título!

Tenía mis dudas por culpa de los sermones que el señor Russell me daba recordándome que por ser la hija de Mike Parker no tenía nada asegurado. Cosa que ya sabía de sobra, no hacía falta que me lo dijera cada cuatro días. Soy yo la que se ha dejado los codos aprendiendo y memorizando cada tema hasta sabérselo al dedillo.

Debería de estar saltando de alegría, gritar con todas mis fuerzas «¡lo he conseguido!». Sin embargo, no me siento con ganas de nada. Max ha desistido de intentar ponerse en contacto conmigo. Al día siguiente de la boda recibí al menos unas cuarenta llamadas suyas y tropecientos mensajes que no contesté. Necesitaba tiempo para pensar en lo que había pasado y en el motivo por el cual me sentó tan mal que no me hablara de esa… Nadia.

Me imaginaba que no sería de las que se ponen celosas, dado que siempre lo he visto con mujeres a lo largo de estos años y, aunque me dolía, sabía que no significaban nada para él, sólo sexo o diversión. En esta ocasión sentí que, al ocultarme o no querer hablar de ello, esta mujer era más que un simple entretenimiento y, lo peor, que quizás aún estaba viéndola.

Hoy he hecho el esfuerzo de salir de casa para venir a recoger las notas finales. No dejo de soñar con Max por las noches viéndome a mí misma en su sótano mientras avanzo hasta la zona donde está la cama con dosel que tiene allí. Distingo dos figuras retorciéndose de placer y jadeando y, al apartar con la mano una de las telas para conocer la identidad de quiénes son, me despierto en el instante en el que Max me mira a los ojos mientras disfruta con otra que no soy yo.

Sé que es una pesadilla, que es una inseguridad mía lo que provoca que tenga este temor.

—Vaya cara de perro que tienes —me alaga Meghan, acercándose a mí mostrando una sonrisa de oreja a oreja —. ¿Qué te sucede, no has aprobado?

—No es eso, estoy cansada nada más.

—Por la cara de muerto que traes, te lo creo. —Meghan se arrima más a mí—. Dime. ¿Qué tal fue la boda? ¿Algún tipo de orgía? La prensa está como loca intentando conseguir declaraciones de los empleados que asistieron al enlace.—Me da un codazo de manera graciosa.

Me separo de ella con el ceño fruncido. No pienso contar nada a nadie de lo que sucedió allí y dudo que los empleados hablen. Magister, digo Adam, se aseguró de que todos firmaran un contrato de confidencialidad. Si lo incumplen, se las verán con los abogados de Slow Death y no querrán llegar a esa situación.

Voy a contestarle cuando me suena el teléfono. Lo saco del bolsillo del pantalón y compruebo que es una llamada de Max. ¿Qué hago?

¡Atiéndele!

Levanto la vista y me encuentro con la mirada curiosa de Meghan que intenta ver quién es la persona que me llama.

—Tengo que dejarte, Meghan. Te deseo lo mejor en tu carrera como DJ —me despido de ella, no quiero ser falsa y asegurarle que seremos las mejores amigas para la posteridad, porque dudo de ello.

—Nos vemos, Emilie —responde a mi espalda.

Me alejo unos pasos por el pasillo aún sin ser capaz de descolgar la llamada. Inspiro en profundidad y deslizo el dedo sobre la pantalla táctil aceptándola. Acerco el móvil al oído y, casi sin voz, digo «hola». No recibo contestación alguna y retiro el teléfono para poder comprobar que ha colgado en el momento en el que la acepté. ¡Maldita mi suerte! Justo cuando me había decidido.

¿Y ahora qué hago? Si lo llamo pareceré una desesperada, pero, ¿y si no me devuelve la llamada y ésta ha sido la última oportunidad que teníamos de intentar arreglar las cosas? Han pasado cuatro días desde la última vez que trató de contactar conmigo y temo que no quiera volver a hacerlo, que se dé por vencido y que…

Un sentimiento de tristeza encoje mi corazón, lo oprime hasta casi no dejarme respirar, al pensar en su indiferencia.

Doy un salto sobre mis pies al sentir de nuevo el tono del móvil. Es él. Inhalo antes de responder.

—¿Em? —menciona mi nombre, y me tapo la boca con la mano para que no escuche como me afecta—. ¿Em, estás ahí?

—Sí…, lo estoy —me cuesta hablar, tengo la garganta totalmente cerrada.

—Yo… Lo siento, no puedo seguir así. —Tengo que salir a la calle y sentarme en los escalones de la entrada del edificio. ¿Está rompiendo conmigo?—. Te amo, mi Ángel. Eres única para mí. Sé que necesitas mucho más de lo que te puedo ofrecer y eso me mata por dentro.

No puedo evitar soltar un sollozo al escucharle confesarme eso. Max se alarma y me pregunta el motivo por el cual lloro.

—Yo también te amo, Max —le termino diciendo—. Siento haberme portado como una cría.

—No lo has hecho, si yo hubiese estado en tu situación, hubiera actuado incluso peor de lo que lo has hecho tú, pero quiero que tengas claro una cosa, Nadia —menciona su nombre y una parte de mi corazón se quiebra— no me importa. No te voy a engañar. Es una chica de mi pasado que frecuenta los clubs, que quería saber si quedaría con ella en mi cumpleaños, pero no le he contestado ni pienso hacerlo. Em, tú eres mi presente y deseo que seas mi futuro.

—Max… —me emociono al escucharle y no sé qué decirle.

—Necesito verte, tenerte entre mis brazos y saber que aún me perteneces, que soy tuyo y demostrarte que me tienes por completo.

—Yo… ¿Cómo? ¿Cuándo? —Las emociones no dejan de aflorar y no soy capaz de pronunciar nada con coherencia.

—Esta noche sobre las diez, en la entrada del cementerio que está detrás de tu casa. No tardes, Em, te estaré esperando. —Max cuelga la llamada, y me deja en un estado de aturdimiento total. ¿Qué es lo que tendrá entre manos hacer?

Me paso el resto del día pensando en que nos vamos a ver. Le comento a Peny por WhatsApp que no tengo ni idea de qué ponerme, porque no me ha dicho Max si será sólo un breve encuentro o es una cita. Y cuál es mi sorpresa cuando me dice: «Lleves lo que lleves, no te pongas bragas».

Ella sí que sabe.

A cuadros me dejó.

Pero le has hecho caso, pervertida.

«¡Ay, cállate!», le replico a mi conciencia que está en un estado de excitación que ni yo misma me lo explico. Bueno, para ser sincera sí. ¡A quién quiero engañar, es Max!

Me doy los últimos retoques delante del espejo del baño y salgo una vez que he domado la melena. Como la temperatura es cálida, me he decantado por un vestido de tiras y una chaqueta de punto blanca. Estoy harta de los zapatos de tacón y me inclino por calzar unas plataformas cómodas.

Paso por mi dormitorio, agarro el bolso donde llevo tanto un monedero como las llaves de casa y el móvil y, al salir al salón, me encuentro a mi padre de brazos cruzados.

—¿Vas a salir? —Pongo los ojos en blanco.

—Sí, no estoy segura de la hora a la que llegaré, pero no quiero que te preocupes. —Me arrimo a él y le doy un beso en la mejilla.

—¿Tienes algún tipo de cita? —gruñe.

«Cita», me repito mentalmente esa palabra. Una sonrisa tonta aparece en mi rostro con sólo imaginármelo, pero rápidamente la aparto al ser consciente de que Max no es el típico hombre que lleva a una chica a una y me desinflo como un globo pinchado.

—Sólo he quedado. Nos vemos —me despido de papá antes de que siga con su escrutinio.

Muevo los pies de manera impaciente mientras bajo en el ascensor y reviso por cuarta vez en el último minuto la hora que es. Quedan diez minutos, pero quiero ser puntual y no hacerle esperar.

Salgo del portal y me aseguro de que se cierra antes de alejarme del mismo. Rodeo el edificio y cruzo la calle que separa la fachada de éste de la entrada del cementerio. La luna brilla de manera esplendida, refleja una luz plateada que sólo es interrumpida de vez en cuando por alguna nube solitaria. Estar cerca de tumbas y tener la luna llena debe de poner los pelos de punta a cualquiera, pero llevo viendo este lugar desde la ventana de mi dormitorio desde hace tanto tiempo que no me da miedo alguno.

Me quedo situada bajo las ramas del árbol y apoyo mi espalda en el tronco. Si mis cálculos no me fallan, éste es el lugar donde estaba situado Max aquella vez que le vi desde la ventana. Levanto la vista y, sí, entre las hojas se puede apreciar mi ventanal y me pregunto cuántas veces lo habrá hecho.

El sonido de alguien acercándose me distrae de mis pensamientos y diviso a Max que camina por la acera en mi dirección. A medida que avanza, mi corazón va aumentando el ritmo. Me siento expectante y tímida a la vez,

me dispongo a saludarlo una vez llega hasta donde me encuentro cuando me pasa la mano por detrás de la nuca y me atrae a su boca para besarme como sólo él sabe.

MAX

Con una mano sujeto su nuca, rodeo su cintura con la otra y la beso con pasión. Necesitaba con demasiada urgencia probar sus labios.

Me separo de ella posando mi frente en la suya, intentando controlar la respiración en cada bocanada que doy.

—Hola —le saludo con una sonrisa—, te he extrañado.

—Y yo a ti —me responde y me hace el hombre más feliz al escucharlo—. ¿Qué vamos a hacer? Me refiero —hace una pausa, se pone nerviosa y mira al suelo—, ¿vamos a hacer algo?

Comprendo que dude, yo mismo le llegué a decir en su momento que no esperara la típica relación de pareja, aunque aún no estoy seguro de que lo que tengo en mente sea lo que ella necesita, pero tengo que intentarlo.

—Es una sorpresa. Ven, tengo la moto al doblar la esquina a un par calles, y te he traído tu casco —comienzo a caminar con ella de la mano. Giro la cabeza y me encuentro con que Em observa fijamente nuestras manos entrelazadas como si fuera algo especial. Ese gesto me demuestra lo acertado que está John, soy un estúpido como bien dijo él.

—Mi… ¿mi casco? —Levanta la mirada encontrándose con la mía y se sonroja al percatarse que la he pillado.

Me río por lo bajo y le doy un beso rápido en la mejilla. Después de asegurarme de que tiene el casco puesto, nos subimos a la moto y arranco. Me sujeta por la cintura con fuerza e intento no ir demasiado deprisa.

Accedo a la M1 en Edgware incorporándome a la carretera y levanto la voz para decirle a Em que se sujete con más fuerza, ya que voy a aumentar la velocidad. Varios coches pitan a nuestro paso y no soy consciente de por qué lo hacen hasta que me doy cuenta de que Emile tiene un vestido y con el viento se le levanta de tal manera que se le ven las piernas hasta los muslos.

Mis celos van creciendo, para la próxima vez traeré el coche.

Unos cincuenta minutos más tarde salgo en la salida 6, por N Orbital en dirección a St Albans. Nuestro primer destino.

Normalmente las calles están llenas de turistas que llegan de toda Europa para contemplar la catedral, pero a estas horas la mayoría de las ellas están desiertas. Justo lo que necesitamos para que nadie me reconozca y vaya con el cuento a la prensa o saquen fotografías que luego pueden colgar sin nuestro consentimiento en las redes.

Aparco justo enfrente del local de William que está situado en Beech Rd. William es un chico que conocí en los club hace algún tiempo. Hace dos días lo llamé y le expliqué mi situación. Creo que cada vez hay más personas que saben lo de Em y eso me pone nervioso.

Ayudo a mi Ángel a bajar de la moto y le pido que me pase el casco. Yo me quito el mío, entrelazo nuestros dedos, y entramos en el restaurante sin demora alguna, no vaya ser que tentemos demasiado a la suerte.

—¿Esto, esto es lo que creo? —pregunta ella maravillada con la vista.

—La primera cita oficial, de las muchas que están por llegar —le aclaro, y ella se lanza a mis brazos para besarme emocionada.

EMILIE

No puedo creerlo. El sitio es precioso, no pregunto en alto el motivo por el cual está vacío porque me lo imagino. Lo cierto es que, aunque estuviera a rebosar de gente, sería imposible que dejara de prestar atención a cada palabra que me dedica en este instante Max.

Me explica que le ha pedido un favor a un amigo y que disfrutaremos de una velada acompañada de las mejores exquisiteces que nos ofrezca el chef.

—Ese debo de ser yo —dice un hombre corpulento que estará cerca de los cuarenta mientras se acerca a nosotros. Se limpia las manos en el mandilón negro que tiene atado a la cintura y me sonríe mientras mira de reojo a Max—. Eres un maleducado —le suelta sin dejar mi mirarme—. Soy William, bienvenida a mi humilde restaurante. Espero que la decoración sea de tu agrado. Este chico que tienes a tu lado es bastante insistente cuando quiere.

—Encantada, William, soy Em… —Max da un paso al frente tapándome la vista.

— Emilie. Para ti, Emile —comenta con voz grave, y me guardo para mí un risa que quiere salir por sí sola.

—¡Wow, para el carro, hombre! Que sabes perfectamente que tengo mujer desde hace años —le pone las cosas claras William—. Pasad, os he preparado una mesa alejada del ventanal para que podáis estar más cómodos.

Max me sujeta la mano de manera posesiva, y disfruto como una enana de la situación. Nos sentamos en el sitio que nos muestra su amigo, y me fijo un poco más en la decoración que ha hecho mención antes. El restaurante tiene las paredes de madera y la luz es tenue, gracias a los candelabros que emiten poca luminosidad, pese a tener todos encendidos. Las mesas están decoradas con un pequeño jarrón de flores en el centro y por el olor que desprenden no son atrezo.

Nos sirven un delicioso bistec para cada uno acompañado de verduras hervidas. Max pide una cerveza mientras que yo decido beber sólo agua. Me comenta un poco sobre los conciertos que se realizarán antes de la gira, y le confirmo que asistiré a ellos como técnico de sonido si no hay ningún contratiempo. Me felicita por haber aprobado, y aprecio en su mirada que realmente es así, que se alegra de mis logros y no lo dice por agradarme.

A la hora de los postres recibe una llamada y se levanta de la mesa para atenderla, no sin antes disculparse por ello.

Me fijo en que se frota la nuca de manera nerviosa y que baja la voz para que no le escuche mientras habla. Me pregunto con quién estará hablando, no quiero seguir pensando en cosas que no son y decido acabar mi plato a la espera de que Max acabe.

Como tarda más de lo que pensaba, me levanto y aprovecho para ir al aseo. Una vez término de lavarme las manos y secarlas bien, salgo encontrándome a Max en el pasillo.

—¿Te ha gustado la cena? —me pregunta, y sigo notándole algo… ¿tenso?

Quizá sean cosas mías.

—Me ha encantado. ¿Ya nos vamos?

—La noche no acaba más que empezar, Ángel —me susurra, acercándose a mis labios, y yo lo rodeo con mis brazos por detrás de su cuello disfrutando el momento.

Cuando noto la lengua de Max jugar con la mía, no puedo evitar expulsar un gemido. Sus manos pasan de mi cintura a mi trasero juntando su pelvis a

la mía. Vuelvo a emitir un extraño sonido que sale de mi garganta al sentir su erección. Sin esperármelo, me levanta la tela del vestido y se encuentra con la sorpresa de que no llevo ropa interior. Se separa de mí y frunce el ceño extrañado. Me entra la vergüenza de golpe y desvío la mirada.

—Joder, Em —suelta de golpe.

—Me aconsejó Peny que… —le intento explicar.

—Recuérdame que le dé las gracias a Roxy la próxima vez que la veamos. —Levanto la vista y me doy cuenta de que su mirada es de puro deseo. Peny, creo que te haré caso más a menudo de aquí en adelante—. Ahora no me voy a poder aguantar el trayecto que nos queda —musita, apretando mi nalga con su mano y acercándome a sus brazos de nuevo.

—¿A dónde vamos ahora?

—Te voy a presentar a mis amigos. —¿A sus amigos? ¿Qué amigos? Max debe de notar la cara de asombro que pongo y reparar en que no me entero a quien se refiere—. Ángel, vamos a Mazmorra.

¡Oh!

Capítulo 27. Mazmorra.

EMILIE

No me ha servido de nada el tiempo que tardamos en llegar a Mazmorra para tranquilizarme. He estado aquí antes, sé lo que me encontraré nada más entrar; sin embargo, ahora es distinto. Vengo de la mano de Max, lo que hace que todo cobre mayor importancia.

Traspasamos la puerta de hierro que el que vigila nos abre nada más vernos. Max aparca cerca de la entrada y me ayuda a bajar de la moto. Las piernas me tiemblan, y las manos me sudan.

Unos chicos vestidos con los típicos atuendos de licra se acercan a donde nos encontramos. Uno de ellos me suena mucho e intento hacer memoria. De cerca lo sigue un chico delgado de cabello moreno algo despeinado que luce un collar en el cuello y en ese instante una bombilla imaginaria se enciende.

—Em, te presento a Kevin, Isaac y es…

—El Maestro H —digo en alto, recordando el momento en el que se presentó la última vez que estuve aquí. Inmediatamente, noto como mis mejillas van aumentando de calor y estoy segura que estoy roja por completo.

—Sí, exacto. Es un placer volver a verte. —Me guiña un ojo.

— Chicos, ésta es Emilie —comenta Max, haciendo oídos sordos a su amigo. Me mira a los ojos centrando toda su atención en mí, y espero a que me diga lo que parece va a ser algo importante—. Em, una vez crucemos esa puerta, Kevin será el Maestro K, y debes pedir permiso para poder dirigirte a cualquier Maestro a no ser que ellos te hablen en primer lugar. Isaac es un sumiso, puedes hablar con él sin problema alguno, igual que con el resto de sumisas, y dentro él atiende por el nombre de Saky.

—¿Cómo se llama el Maestro H en la realidad? —pregunto con curiosidad.

—Hank, aunque se siente más cómodo en su papel como H. ¿No es cierto? —le cuestiona su novio Issac, rodeando su cintura para acto seguido besarse de manera tierna.

Intento con todas mis fuerzas recordar los apodos que usan para no equivocarme una vez estemos dentro. Me repito a mí misma una y otra vez: «Maestro K, Kevin. Maestro H, Hank. Isaac, Saky».

—Creo que antes de entrar debes ponerle algún tipo de nombre, y luego está el asunto de… —Hank habla dirigiéndose a Max que lo interrumpe sin dejar que termine su frase.

—Ángel, se llamará «Ángel» —sentencia de manera firme y me sujeta la mano, entrelazando nuestros dedos para emprender la marcha y entrar juntos al lugar.

MAX

No me gusta tener que separarme de Em. Menos sabiendo que… Joder, H tiene razón. No he dejado que terminara de hablar porque sabía de sobra lo que me iba a decir, pero no puedo tomar esa decisión sin comprobar con mis propios ojos cómo lleva Em estar aquí. Les he pedido a los chicos que mientras estemos dentro estén pendientes de cualquier gilipollas que se atreva a posar sus ojos en ella. Saky, que es de armas tomar, se ha tomado la licencia de afirmar que como alguien lo haga se queda sin polla para jugar.

Contemplo como se aleja por el pasillo que da a los vestuarios de las sumisas y que se encuentra con Roxy a quien abraza. Me quedo más tranquilo al saber que no tendrá que cambiarse de ropa sola y que estará acompañada hasta que nos encontremos dentro de lo que serán unos minutos eternos.

Mis amigos me martirizan mientras me cambio de ropa. Saky no se encuentra con nosotros, está esperando a que H salga y así comenzar lo que para ellos es algo habitual. En mi caso es distinto, siento un nerviosismo que jamás he llegado a notar en los años que llevo en este mundillo.

Les consulto si está todo preparado tal y como les he solicitado que hicieran, y me responden que así es. Es el momento.

Cruzo las puertas que separan la zona de juegos con la de los vestuarios. Inmediatamente, el sonido de la música electrónica me motiva a cuadrar los hombros. X está aquí. Saludo a la mayoría, puesto que son gente con la que suelo coincidir a menudo. Todos conocen mi verdadera identidad, no es algo que haya ocultado jamás. Incluso parece que el ser alguien reconocido por la

sociedad y seguir frecuentando los clubs, es una cosa que valoran y agradecen.

Saky le susurra al oído a su Amo, pues parece que ha visto algo que le ha llamado la atención en una de las esquinas de los reservados. Pese a estar algo alejados están a la vista de todos, dado que no han cerrado la cortina para tener la privacidad que algunos desean cuando van a esa zona. Observo con más detenimiento y compruebo que es una pareja manteniendo relaciones sexuales.

Niego con la cabeza al ver como mis dos amigos se acercan a ellos. H les pregunta algo y debe de ser que no les molesta lo que quiera que les haya dicho, ya que, con sólo una mirada, Saky se pone de rodillas y abre la cremallera del pantalón de su Amo sacándole la polla para comenzar a comérsela.

Dejo de prestarles atención al ver por el rabillo del ojo a mi Ángel, preciosa como siempre. Lleva una trenza recogida en una coleta alta y luce un corsé de dos colores, rojo y negro, que realza su pecho y en la parte de abajo una minifalda negra con lazos rojos de una tela semitransparente que me pone a mil. Roxy le dice algo al oído antes de alejarse, y ella asiente.

Me subo por las paredes al comprobar las miradas que suscita a su paso. Cuando llega a mi altura, coloca las manos a la espalda y baja la mirada. Le toco el mentón para que no lo haga, prefiero que me mire a los ojos.

—¿Estás bien? —indago curioso por saber cómo se siente.

—Nerviosa, Maestro —me hace saber en voz baja algo cohibida.

Asiento y veo que K me hace una señal desde la otra punta de la pista para informarme de que tiene todo listo. Cuando vuelvo a mirar a Em, me encuentro con la sorpresa de que está mirando a H y a Saky.

Sujeto a Em de la cintura desde la espalda y acerco mis labios a su oído.

—¿Te gusta lo que ves? —Ella se tensa por un instante, pero noto enseguida que tiene la piel de los brazos erizada—. Hay mujeres a las que les excita ver a dos hombres juntos mantener relaciones. En cambio, a otras no. ¿De qué tipo eres, Ángel?

Le doy unos segundos para que lo medite, pero no aparta la mirada de ellos, y eso es información más que suficiente para mí. Sin embargo, deseo oírlo de su propia boca, no quiero que se guarde nada. Paso la palma de mi

mano por su vientre y bajo hasta su entrepierna sin levantarle la faldita. Lo sé, soy un jodido egoísta, no quiero que nadie vea su cuerpo.

No tardo en comprobar que está excitada, a causa de que suelta un pequeño jadeo al sentir el contacto de mi mano sobre su parte íntima haciéndome cambiar lo que tenía en mente.

—Ve junto a Roxy y dile que te lleve a la sala para prepararte, vamos a jugar un poco. ¿Estás dispuesta?

— Para ti siempre, Maestro —susurra de tal manera que mi polla no va a aguantar.

Em me obedece, y no la pierdo de vista hasta que da con Roxy. Ésta le pide permiso a su Amo, el cual me saluda con un movimiento de cabeza nada más verme. En cuanto oteo cómo se van juntas, me encamino a proponerles algo a mis amigos. Dudo que se nieguen, más bien la idea le entusiasmará a Saky. ¿Cómo se lo tomará Em? Éste es el momento de comprobar si puede con todo lo que esta vida conlleva.

EMILIE

Me mantengo cerca de Peny o Roxy, tal y como me recomendó que hiciera cuando me dio una serie de consejos en el vestuario. Me sonrojo a medida que avanzo al escuchar a un par de chicos que me piropean y me preguntan si estoy dispuesta a pasar un rato divertido. No les contesto, puesto que, según mi amiga, si hago algún tipo de contacto visual con ellos, es como darles pie a continuar con el juego, cosa que no quiero hacer. Según me dijo, esto no pasaría si tuviera un collar, pero Max no me ha dado ninguno, así que…

Llegamos a un pasillo, y veo a Kevin cruzado de brazos delante de una puerta. ¡Maldita sea, que no, que aquí dentro es el Maestro K!

Roxy lo saluda, y nos abre la puerta quedándose él fuera. La sala está prácticamente vacía, excepto por los látigos y utensilios que hay en las paredes colocadas, desde esposas a cuerdas, antifaces, varas y una pala de madera ancha que me da miedo de solo mirarla. En el centro de la estancia una cruz anclada al suelo me recibe, y miro con los ojos abiertos a mi amiga.

—¿Esto, esto es lo que creo que es?

—Una cruz de San Andrés, cariño —comenta ella como si me acabara de informar del tiempo—. Te ayudaré a prepárate para el Maestro X.

Miles de preguntas pasan por mi cabeza, y varias situaciones lo hacen por mi mente. En todas ellas me doy cuenta de que Max está ahí para cuidarme y velar por mi seguridad, así que me dejo guiar por Roxy y accedo que me ate las muñecas y los tobillos. Me extraña que no me haya desnudado. Estoy de espaldas a la puerta y no puedo saber quién entra o si hay espectadores, lo que me pone nerviosa, porque no creo que pueda hacer nada con gente delante. Intento separarme un poco de la cruz, pero rápidamente compruebo que no soy capaz de moverme.

—Bueno, hasta aquí mi cometido. —Roxy se coloca delante de la cruz donde mi campo visual puede verla—. ¿Te acuerdas de la palabra de seguridad? —Asiento. «Rojo», recuerdo—. Entonces sólo me queda desearte que te diviertas —me sugiere ella con una sonrisa en la cara, despareciendo al segundo.

Muevo la cabeza a un lado y al otro. Los segundos no pasan y los minutos parecen horas. Escucho a mi espalda movimiento y me tenso al imaginarme que es alguno de los hombres que me piropearon al pasar por la pista de camino a aquí. Me asusto al sentir más de un murmullo. ¿Dios, quiénes son?

Suelto todo el aire de mis pulmones al ver a Max que se sitúa delante del aparato al que estoy atada. Se le ve serio. Me examina, sin decir nada, las ataduras de manos y tobillos comprobando que no me hagan daño. Se yergue una vez finaliza y me mira a los ojos con intensidad.

—He preparado algo —me anuncia para acto seguido levantar el mentón en un gesto llevando su mirada a la entrada, la cual no puedo divisar.

El Maestro H y Saky aparecen a su derecha. Este último dos pasos atrás de su Amo. ¡¿Va a dejar que me toquen?! No quiero que nadie lo haga si no es Max. Mi ritmo cardíaco se acelera con sólo pensarlo. Max debe haberse dado cuenta, en vista de que me roza la mejilla con la mano y besa mis labios.

—Están sólo para aumentar tu placer. No debes preocuparte, jamás dejaré que nadie te toque —me tranquiliza—. Eres mía, Em. Sólo mía. ¿Confías en mí?

—Sí, Maestro. Siempre —y no miento. Confío plenamente en Max.

—Eres el ángel más hermoso que jamás ha pisado este mundo. —Con esa frase que me deja sin aliento rodea la cruz privándome de su vista.

Escucho como Max se desplaza por la habitación. Saky y su Amo empiezan a besarse delante de mí, pero lo suficientemente alejados como para no sentirme incómoda. Se tocan mutuante por encima de la ropa, y en mi interior noto que el calor de mi cuerpo va creciendo poco a poco. Están inmersos en su mundo, ajenos a todo.

Max vuelve a ponerse delante de mi campo visual y me fastidia la visión. ¿Quién lo hubiese dicho de mí?

Yo, pero nunca me escuchas.

—¿Sabes lo que es esto? —Levanta la mano, en la cual sujeta una bola con unas cintas ajustables, y reconozco lo que es—. Contéstame.

—Sí, lo sé.

—¿Sabes cómo funciona o para qué se usa?

—Es una mordaza. Se usa para que la sumisa no pueda hablar, Maestro —le contesto incómoda.

—Cuando se utiliza algo así, y la sumisa no pude verbalizar su palabra de seguridad, se le da una pelota de goma que tiene que sujetar con la mano y si la deja caer al suelo el juego se para. ¿Cómo te sentirías si te pidiese esto? ¿Qué sientes cuando la ves?

Frunzo el ceño e intento analizar mis sentimientos. No poder hablar, ni gritar, ni chillar, tener la boca tapada como cuando Trevor… la sensación de presión en mi pecho aumenta, el temor de volverme a sentir de esa manera… indefensa, vulnerable, ahogándome con mis propias palabras que no pueden salir…

—No quiero que la uses, no creo que pudiera soportarlo —le confieso, sintiéndome mal por ello.

—No lo voy hacer, tan sólo quería comprobar si eras capaz—asegura, y me quedo más tranquila—. Prefiero escuchar tus gemidos y tus suplicas. —Su voz ronca logra que mi cuerpo se estremezca—. De todas formas con el tiempo trabajaremos en eso.

Espera, ¿a qué se refiere?

Max vuelve a moverse alejándose de nuevo y, cuando puedo ver a los chicos, de los cuales me había olvidados por completo, suelto sin poder evitarlo una maldición en voz baja.

—Joder… —me asombro al comprobar que están prácticamente desnudos. El Maestro H tiene la espalda apoyada en la pared mientras el

movimiento de cabeza que realiza Saky me indica que está realizándole una felación.

Intento cerrar las piernas al sentir como un espasmo involuntario se produce de golpe en mi interior, pero me frustro al darme cuenta de que no puedo por culpa de tener las piernas inmovilizadas. Noto como Max me desabrocha las cintas del corsé y trago saliva con fuerza.

Cierro los ojos cuando me quedo desnuda de cintura para arriba. Las ganas de llevar las manos a los pechos en un acto reflejo aparecen, y me lastimo las muñecas al intentar hacerlo. El sonido de los jadeos de Saky llaman mi atención, y abro un ojo con lentitud, luego el otro y percibo que ni siquiera están pendientes de lo que hace Max o de mí. El Maestro H le ha puesto una especie de anillo en la base de su miembro y le lame los pezones mientras le toca su…

¡Ay, por favor, que lo van hacer delante de nosotros!

¡Sí, sí, sí, sí!

Max me acaricia con la palma de la mano la espalda, desde los omóplatos hasta llegar al final de la misma y… Como me baje la falda, creo que soy capaz de gritar rojo a pleno pulmón. No obstante, lo que sucede es todo lo contrario, dejo de notar su piel contra la mía durante unos segundos.

Jadeo en alto al sentir como me toca desde atrás mi zona íntima. Estoy en llamas… Juega con los labios de mi vagina, y doy un pequeño grito al sobresaltarme y sentir que introduce un dedo en mi interior.

Los chicos siguen a lo suyo, en esta ocasión compruebo que también pueden usarse para los hombres las pinzas para los pezones y presiento que voy a morir de un colapso al ver como empieza a masturbarle con un dildo.

Max se aleja, y me quejo en alto, no quiero que se marche. Necesito que me toque. Exijo que lo haga, por favor…

Se me corta el aliento de golpe al sentir las hebras de lo que podría ser un *flogger* recorrer mis brazos, hombros y espalda… Aprieto el trasero al sentir el primer impacto sobre mis muslos. La minifalda es muy corta, tanto que, ahora que lo pienso, Max puede que tenga una visión completa de mi culo. El siguiente movimiento me lo confirma al notarlo sobre la nalga derecha.

Una, dos, tres, cuatro… pierdo la cuenta de las veces que me acaricia, frota y me estimula con pequeños pellizcos. Caigo en la cuenta de que he

cerrado los ojos en algún momento y los abro medio atontada, sumida en una neblina de placer. Aún no sé cuándo fue el preciso instante en el que la pequeña incomodidad se alejó, pero me da lo mismo.

Max rodea la cruz, me sujeta la cara con ambas manos y me besa con pasión. Su pecho sube y baja como si le costara respirar. Inclino la cabeza hacia un lado cuando comienza a depositar besos por mi cuello, clavícula… Para llegar a mis pezones erectos que lame y mordisquea logrando que dé algún que otro jadeo en alto.

Los sonidos en la habitación de lujuria se entremezclan. Fijo la vista en la pareja que tengo frente a mí y abro la boca al ver como el Maestro H coloca a Saky de cara a la pared, y éste último con las piernas separadas encorva la espalda. Paso la lengua entre mis labios. Max aprovecha el momento para ponerme unas pinzas en los pezones que me causan un pequeño dolor al principio, y siseo inconscientemente, pero por suerte se apacigua al poco rato. Llevo la mirada a mis pechos y advierto en que, en esta ocasión, ambos pezones están unidos por una cadena. Levanto la vista, y Max sonríe de medio lado cuando da un tirón leve a la misma.

—¡Ah! —exclamo en alto ante el latigazo de placer que recorre mi vientre hasta el centro mismo de mi ser.

—¿Te gusta mirar? —me susurra Max al oído. A lo que me quedo sin palabras.

Lleva la mano a mi clítoris y comienza a mover los dedos de forma ágil realizando círculos. Cuánto me alegro de ser bajita en este momento, gracias a eso el centro de la cruz me queda a la altura del vientre justo por encima de…

—¡Joder! —digo sin complejo, cuando de repente se arrodilla y lleva su boca sin pudor alguno a mi vagina. Me devora con hambre, su lengua recorre mi entrada. Quiero retorcerme, pero me es imposible.

No creo que pueda soportarlo por mucho más tiempo.

Pongo los ojos en blanco al notar las primeras oleadas de lo que parece será un orgasmo demoledor. Inhalo y exhalo con esfuerzo, me falta el aliento y ni me he movido.

—¡Max! —me quejo cuando se aleja de mí antes de poder llegar al clímax. Él se levanta. Su rostro denota malestar, está serio, pues acabo de cometer un error tremendo al llamarle por su nombre.

—Te acabas de ganar un pequeño castigo —me informa—. ¿Quién soy?

—Maestro, no volverá ocurrir. Por favor, necesito… —comienzo a suplicar, no quiero que me deje a medias—. Pero es que…

—Shhhh —me silencia—. Tienes prohibido correrte hasta que te lo permita, ¿me has entendido? —Asiento, bajando la mirada—. Ángel, te he preguntado si lo has entendido.

—Sí, Maestro —digo entre dientes. No es justo. Esto debería de ser divertido, debería… Una emoción casi desconocida para mí empieza a burbujear en mi interior, odio, ira…—. Entiendo a la perfección que estás siendo un maldito sádico, pero quiero —le suelto mientras intento mover los brazos—, necesito correrme —termino confesándole.

—Y lo harás cuando yo te deje que lo hagas. —Acerca su mano a mi mejilla mirándome a los ojos y apaciguando por completo las ansias asesinas que me han entrado de repente—. Créeme, no soy un sádico, conozco a más de uno y no te gustaría estar en este momento con ninguno.

Dejo de tener a la vista a Max, no sé a dónde se ha marchado. Lo único que sé es que H y Saky están gozando como nunca y me tienen de espectadora. Contemplo como tira de su cabello mientras se hunde por completo en él una y otra vez sin tregua alguna. Mis músculos vaginales responden a la imagen que tienen enfrente, recordándome el nivel de excitación que aún perdura a flor de piel.

Una palmada en mi trasero me alerta de que Max ha vuelto. Me acaricia acto seguido justo en la zona donde lo ha hecho, repite la acción un par de veces, y tengo que morderme la lengua para no llegar al orgasmo que tanto deseo.

MAX

Me he tenido que alejar unos minutos después de que me haya llamado *sádico*. Sé de sobra que es por las emociones que siente, pero me ha dolido y he decido esperar a tener la mente fría para continuar.

«Autocontrol. Nunca se debe perder», recuerdo una de las primeras directrices que me enseñaron.

Ahueco la palma de la mano para que el impacto no le cause un dolor extremo, pero sí que su piel se enrojezca poco a poco de una manera

deliciosa. Alterno el ritmo para que no sepa cuando realizaré el siguiente movimiento, el cual estoy seguro que en este instante desea que ocurra.

Compruebo echando un vistazo por encima de la cabeza de Em que tanto Saky como H están a punto de terminar y creo que mi pequeño Ángel no podrá soportar mucho más rato. Soplo en su cuello y comienzo a repartir pequeños besos por su espalda bajando poco a poco. Me arrodillo y le desato los tobillos, primero el derecho y luego el izquierdo. La sujeto por la cadera para que dé un paso atrás, la cuerda se tensa y reviso que no le llegue a cortar la circulación en las muñecas. Están bien.

Le pido, sin articular palabra alguna, que deje las piernas separadas colocando ambas manos en el interior de sus muslos rozándole la ingle y examino el calor que desprende la zona.

Se me pasa por la mente usar un inmovilizador para los tobillos, pero desecho la idea al escucharla jadear al ver a mis amigos follar entre sí.

Me bajo el pantalón hasta la mitad de las piernas y sujeto la base de mi polla con la mano. Tanteo su entrada, y Em menea su trasero de manera provocadora. ¡Mierda, el preservativo! Hago ademán de apartarme para ir a buscar uno.

—No. —Me quedo petrificado al escucharle de nuevo esa palabra aquí dentro—. No te alejes. Tomo la píldora desde hace meses. Por favor, Maestro… Ya… ya no puedo más… Te necesito…

¡Joder!

Sin pensarlo demasiado, sujeto la trenza de Em y tiro de su cabello hacia atrás intentando no ser brusco, con la otra mano me aferro a su cintura y de una embestida entro en ella hasta el fondo.

—¡Ah! —grita.

Muevo la pelvis adelante y atrás con rapidez. Aprieto los dientes para contenerme y continuar. Entro y salgo cambiando el ángulo en un momento dado, y Em vuelve a gemir en alto mientras me suplica y me dice que ya no puede más.

—No cierres los ojos —le ordeno.

H está retirando el anillo que rodea la polla de Saky mientras sigue follándoselo de una manera brutal. Empieza a masturbarlo, y yo hago lo mismo con Em, suelto su melena y, sin perder el ritmo que parece casi sincronizado con el de ellos, froto su clítoris.

—Ma… Maestro, por… por favor —suplica Em.

—Córrete para mí —le susurro al oído.

En ese mismo instante Saky tiene su orgasmo, y la visión que debe tener Em añadiendo todo lo demás hace que sus músculos internos me aprieten la polla de una manera inimaginable, mientras que se agarra a las cuerdas retorciéndolas entre las palmas de sus dedos hasta que los nudillos le quedan blancos.

Grita en alto, pero no me contengo y continúo un rato más incrementando el ritmo hasta que llego al clímax de una manera casi celestial. No es para menos, sólo con mi Ángel sería algo semejante.

Me retiro con lentitud. En esta ocasión soy yo el que realizo una exhalación en alto. Me subo el pantalón y atiendo a Em desatándola por completo. Realizo una comprobación de rutina para asegurarme de que no sufre quemaduras por culpa de la fricción de la cuerda o ningún tipo de hematoma o cardenal en la piel.

Em tiene que sujetarse a mis hombros para no caer al suelo. La levanto en brazos y la llevo hasta un diván que está en el extremo de la habitación. Al retirarle las pinzas, me muerde el antebrazo y me pide disculpas. Sus mejillas están sonrojadas, y desvía la mirada evitando mirarme a los ojos.

—¿Sucede algo? —le pregunto preocupado.

—Me gustó —confiesa, agachando la cabeza en mi cuello.

Me río en alto y sujeto su rostro para besarla asegurándome de que no sienta vergüenza alguna. Lo que hagamos juntos no le incumbe a nadie.

—Disculpad, tortolitos. Nosotros nos vamos a seguir con la fiesta. A Saky le apetece bailar un rato —se despide H, y con rapidez tapo el cuerpo de Em con la manta que tengo cerca—. Joder, y eso que hemos sido obedientes y no la hemos ni mirado.

—Es cierto —afirma su pareja con una sonrisa de oreja a oreja—, en tal caso lo hubiéramos mirado a él.

—Largaos de aquí, capullos —les apremio a ambos, y éstos se marchan, dejándonos a solas.

—No voy a poder mirarles sin ponerme roja como un tomate —me revela ella.

—Adoro cuando te ruborizas —le respondo, besándola de nuevo. Es imposible no hacerlo teniéndola aquí conmigo.

Tardamos en salir a la pista de baile unos minutos hasta comprobar que Em ha recuperado las fuerzas. Levanto la cabeza para ojear por encima de las decenas de personas que bailan intentando divisar a mis amigos. Sin embargo, la figura de Nadia aparece de la nada contoneándose en mitad de la pista, y decido que es mejor dar la noche por terminada.

No pienso arriesgarme a que Em se compare con ella o algo similar. Tengo que dejar las cosas claras, si pretendo seguir viniendo con ella aquí o a cualquier otro club.

Capítulo 28. Especial.

MAX

La felicidad es notoria en el rostro de todos. Hemos acabado la grabación del disco y, aunque aún queda la promoción, entrevistas y demás historias, estamos contentos de que nuestro nuevo álbum esté al fin terminado.

—Quiero hacer un brindis. —Levanta la voz poniéndose en pie Adam, alzando la botella de cerveza—. ¡Por la familia!

«¡Por la familia!», gritamos todos al unísono imitándole.

La casa de los Fuller siempre ha sido el sitio donde más cómodos nos hemos encontrado para disfrutar de alguna que otra celebración. Por lo menos de este tipo. Es un hogar lleno de amor, recuerdos y nostalgia de un tiempo pasado que era, sin duda alguna, mucho más sencillo de lo que lo es ahora mismo.

No puedo dejar de sonreír viendo como la pequeña Awen tira del cabello de Alice para que ésta le preste la atención que demanda. Intenta abrirle los deditos con cuidado, sin mucho éxito.

—Fiesta en mi casa esta noche —afirma Henry, mirando a todos con emoción.

—Id vosotros, yo me quedaré con mis chicas —responde con rapidez Adam, quien acaricia la manita de su hija consiguiendo de esa forma que se olvide de dejar calva a la madre.

—Desde que eres padre de familia te has vuelto un calzonazos aburrido —intenta meterse con él para que cambie de idea.

—Conmigo tampoco cuentes —interrumpe Alex con mirada ausente.

—Joder, vaya mierda. —Se cruza de brazos—. ¿Contaré al menos con vosotros, no? —Gira la cabeza para mirarnos a John y a mí que estamos sentados justo enfrente de él.

—¿Qué habías pensado? —pregunta nuestro bajista.

—Música, chicas y alcohol. Principalmente. —Mueve las cejas de manera graciosa.

—Está bien, iré. ¿Qué dices Max, te apuntas? —Todos esperan una respuesta por mi parte.

—Tengo planes —les informo sin dar muchas explicaciones.

No presto demasiada atención a las quejas de Henry. Se cree que voy a acudir a algún club, cuando en realidad…

Recibo una llamada que interrumpe mis pensamientos, me levanto de la mesa del comedor y camino hasta la cocina para poder escuchar sin tener que agudizar el oído. «Número oculto». ¡Qué raro!

—¿Diga? — Atiendo la llamada con reticencia.

—Soy Dana Tuner. Quisiera hacerte unas preguntas con respecto a los rumores que corren sobre una posible relación con una chica.

—Sin comentarios —contesto, comenzando a notar los nervios acumulándose en la boca de mi estómago. He sido cuidadoso, no creo que sepa la identidad de Em—. Como bien dices son sólo rumores.

—Lo descubriré. —Aprieto con fuerza el móvil queriendo desintegrarlo—. Saluda a los chicos de mi parte.

Hija de… ¡Joder!

Tengo la intención de tirar el teléfono contra la pared más cercana cuando siento que alguien me sujeta del antebrazo y me lo impide. ¿Charles? Cierro los ojos avergonzado por haber estado a punto de perder la paciencia en su casa.

—¿Qué te ocurre, chico?

—Los planes que tenía, voy a tener que cancelarlos —mascullo entredientes con malestar. Me siento en la silla más cercana colocando los codos sobre la mesa enfadado por la situación. Mamá Fuller entra a la cocina, al verme, frunce el ceño. Su marido le retira de las manos la bandeja que lleva de los cascos vacíos de las botellas, que se han bebido hasta ahora, dejándola sobre la alacena. Ambos se sientan a mi lado esperando que hable.

—Cuéntanos qué sucede. —Sonríe con gesto tierno Martha.

Expulso el aire de mis pulmones y les cuento sin demasiados detalles la llamada que he recibido y que, por precaución, deberé anular la cita que tenía en mente para esta noche. Es absurdo pretender ocultarle algo a la madre de Adam, siempre sabe lo que nos ocurre incluso antes de que suceda.

No se sorprende cuando le susurro el nombre de Em, y Charles intenta no reírse por lo bajo cuando lo hago.

—Déjalo en nuestras manos —Charles y su esposa me bridan su ayuda y, pese a que no tengo ni idea de lo que van a hacer, sé con total seguridad que puedo confiar en ellos.

—No tenéis que…

—¿Vas a contradecirnos? —Mamá Fuller niega con la cabeza—. Lo dudo, perderías y lo sabes. Ahora levántate y sigue celebrando con los chicos mientras nos ocupamos de los pormenores.

—Pero… —pretendo decirles que no es preciso.

—No discutas conmigo. Venga, sal, que como sigas tardando y no regreses en menos de diez segundos, Henry empezará a interrogarte.

—Está bien, está bien. —No estoy seguro de si me lo dice para que le obedezca sin rechistar o realmente sabe que mi amigo hará eso, pero no pienso perder ni un solo instante en meditarlo. Sin embargo…—. ¿Podría pediros un favor? Sé que es una tontería, pero estoy convencido de que es algo que le gustará.

—Dilo de una vez, niño. Mira que le das vueltas —me regaña Charles.

Me aproximo hasta la nevera, agarro el lapicero que tienen para realizar las anotaciones de las compras semanales, arranco una hoja de la pequeña libreta que está sujeta con un imán y comienzo a escribir con rapidez.

—Pedid esto por mí, si no es mucha molestia, no mencionéis mi nombre.

Mamá Fuller lee con detenimiento el escrito. Sus ojos se entrecierran al sonreír y asiente con un gesto dulce.

—Estará todo preparado, no te preocupes —me tranquiliza.

EMILIE

Quedará poco para que Max llegue. Me pidió que lo esperara en nuestro árbol. Nuestro árbol…, se me forma una sonrisa tonta con sólo recordarlo. He salido antes de casa para evitar que papá me viera de casualidad ir en dirección contraria al metro. Puede que sea una tontería, pero, estar escondiendo lo nuestro a los ojos de todo el mundo, me está volviendo un poco paranoica.

¿Un poco? Has dado una vuelta completa al edificio.

Se llama «ser precavida».

El graznido de un cuervo llama mi atención. Entro al cementerio con paso comedido y levanto la vista buscando su procedencia entre las ramas frondosas. Oigo como bate las alas y, de repente, ahí está. Ha volado hasta posarse encima de una de las lápidas de piedra que tengo más cerca.

—Em, ¿qué haces aquí dentro?

—¡Por Dios, qué susto! —Me llevo las manos al pecho de golpe—. No vuelvas a hacer eso, jamás.

—Lo siento —se disculpa, y no le creo ni una pizca. Está conteniendo las ganas de reírse. Aún puedo sentir el bombeo de mi corazón que corre a mil por hora y sin frenos.

—¡No te rías! —le recrimino, y eso causa que dé una carcajada en alto, cosa que me molesta.

Entrecierro los ojos mientras él intenta parar. Suelto un bufido de enfado y me alejo de él para volverme a casa. Max me frena rodeándome con sus brazos desde la espalda.

—Perdón, perdón —me dice, intentando recuperar la compostura—. Ya paro. No te marches. Tengo una sorpresa preparada, y si te vas, no sabrás qué es.

—¿Una sorpresa?

—Aha —comenta en el hueco de mi cuello, haciéndome cosquillas con su respiración.

Me dejo guiar por él. Caminamos un par de calles agarrados de la mano, y aún no me acostumbro a ese gesto. Cada vez que me roza, las pulsaciones se me disparan, y creo que en cualquier momento el corazón me va a salir del cuerpo. La boca se me abre sola en cuanto veo una limusina negra gigantesca que obviamente lleva los cristales tintados. Alterno la mirada entre Max y el coche, una y otra vez, sin comprender muy bien qué ocurre.

—Es…, ¿es para nosotros?

—Lo es.

Un señor de mediana edad, bastante alto con el típico atuendo de chófer, nos abre la puerta. El interior es suficientemente amplio como albergar a unas doce personas. Me acomodo en uno de los asientos, y Max se sienta junto a mí. Comienza a sonar una balada cuando la limusina inicia su marcha.

Me arrimo un poco más a Max, y éste pasa su brazo por encima de mis hombros, rompiendo por completo el espacio que nos separaba.

No tardamos demasiado en llegar a nuestro destino, esperamos un poco a que nos abran la puerta y bajamos juntos. Observo a mi alrededor sin saber muy bien dónde nos encontramos. Estamos en la parte trasera de un edificio de unas cinco plantas de altura, me suena la fachada, pero, aun así, no logro discernir de qué edificación se trata. Max tira de mi mano para que lo siga, y entramos por una puerta que da a un almacén, continuamos caminando, y abro la boca al comprobar que hay varios trabajadores que intentan no centrar la mirada en nosotros mientras pasamos por su lado. El sonido de una cocina se escucha de cerca, ¿por qué sé que es una cocina? Sencillo, el chef no deja de dar alaridos en alto, proliferando órdenes a sus empleados.

Subimos en un ascensor, me imagino que ha de ser para los empleados. Max me arrincona usando los brazos como una celda, lo miro a los ojos mientras me guardo las ganas de besarle a la espera de un movimiento por su parte. Acerca sus labios a mi oído y me susurra con deleite: «Esta noche es toda para ti». La puerta de repente se abre, y él se aleja sonriendo de manera enigmática.

—¿Confías en mí?

—Siempre —contesto sin dudarlo un instante.

Max me rodea y me tapa los ojos con sus manos. Me guía indicándome a cada paso que doy. Al poco rato, siento que la temperatura cambia, una leve brisa mueve mi cabello y oigo a lo lejos el sonido de los coches.

—Ya puedes mirar —me apremia, retirando las manos.

Parpadeo un par de veces y no sé a dónde llevar la vista. Una pantalla de cine gigante está a pocos pasos de nosotros. Me giro y contemplo que la decoración de la terraza donde estamos es alumbrada por cientos de diminutas bombillas que iluminan todo a su alrededor.

Me emociono al ver un camino de pétalos blancos que van a dar a una hamaca, encima de la cual hay un enorme ramo de rosas rojas de textura aterciopelada. Abro y cierro la boca sin saber qué decir.

—¿Te gusta? —Asiento—. Te mereces mucho más, mi Ángel. —Max da un suspiro, y lo miro a los ojos—. Te amo, Em. Sé que mereces mucho más de lo que te ofrezco y…

No dejo que prosiga y llevo mis labios a los suyos queriendo transmitirle tanto en este gesto. Me sujeta por la cintura, y se aleja de mí con algo de reparo. Mi respiración está alterada, él junta su frente a la mía y cierra los ojos.

—Como sigas por ese camino terminaremos sin ver ninguna película —me advierte—, y estoy convencido de que ésta te gustará.

—¿Tan seguro estás? —Me es imposible dejar de sonreír.

—Dímelo tú, creo que se llama… —hace una pausa, y me impaciento. Le doy una palmada en el brazo y sonríe mientras se frota la zona—, *Labyrinth.*

¡¿Qué?! ¡Dios, sí!

Doy un salto a sus brazos alzando la voz en un grito de alegría y júbilo que no puedo reprimir.

Nos pasamos el resto de la noche acurrucados en la hamaca viendo cómo Sarah intenta llegar a su meta mientras el Rey Jareth la pone a prueba con juegos mentales, acertijos difíciles e innumerables trampas a lo largo del laberinto, que está en constante cambio. Al término de la misma, me lleva a la *suite*, logrando poner el toque que faltaba para que el encuentro se convirtiera en algo inolvidable.

Capítulo 29. Felicidades.

MAX

Morbo, placer extremo, fantasías hechas realidad. He podido vivir eso durante años en el terreno del BDSM. Ahora que tengo la posibilidad de compartir esta parte de mi vida con Emilie, quiero que aprendamos juntos nuevos retos, que conozcamos nuestras almas como propias. Quiero que sea mía.

Si Em hubiese pertenecido a este mundo, todo sería diferente. Lo más seguro es que al mencionarle la «ceremonia de collarización» conocería de antemano lo que significa y sabría la importancia del misma.

Pero no es así, y temo que quizá no valore la relevancia que tiene el aceptar o denegar tal ofrecimiento por mi parte.

Nuestra relación ha ido en aumento. Hemos disfrutado de paseos a la luz de la luna, aprovechando que la noche nos protegía de miradas indiscretas, hemos visitado en alguna ocasión más a William, que muy amablemente volvió a cerrar el restaurante para nosotros. También pasamos algún que otro domingo acurrucados en el sofá viendo películas como una pareja normal.

Después de la primera toma de contacto que tuvo en Mazmorra, regresamos en un par de ocasiones más. Hablé con mis amigos de que si veían a Nadia cerca me avisarán para dejarle las cosas claras y que se olvidara de esas ideas erróneas.

Hoy es el día, 6 de julio.

Lo normal sería que me regalaran cosas a mí y no que aprovechara mi cumpleaños para dar un regalo, pero de esa manera me aseguro de que no lo va a esperar.

En la última semana he estado visitando distintas tiendas para dar con el idóneo, el perfecto para mi Ángel y lo he encontrado: una gargantilla de cuero negro ni muy gruesa ni muy fina con pequeños diamantes que realzarán la tez de Em una vez lo tenga puesto.

Existen muchos tipos de colares en el mundo BDSM, sobre todo desde que aparecieron los juegos *online*, y todas quieren ser Anastasia… No

quiero ni pensar en ello. Para los que de verdad vivimos en este mundo sólo aceptamos tres.

El *Collar de Consideración* que es aquel que se otorga en la «etapa de prueba» y que, tradicionalmente, se da al principio de una relación potencial más allá de un encuentro casual. Este collar actúa para declarar abiertamente a otro Dominante que esa/ese sumisa/o está «fuera de sus límites», por lo tanto ningún Dominante honorable puede perseguir a esta/este sumisa/o de ninguna manera.

Más les vale.

El *Collar de Entrenamiento* es el segundo intercambiado entre un Dominante y su sumisa/o. En esta etapa se lleva a cabo interacción, acuerdos, sesiones… se exploran las necesidades sexuales, deseos, personalidades, sueños, objetivos y metas de cada uno. Así mismo, la compatibilidad entre ambos con el fin de ver si ellos pueden demostrar que será un enlace lo suficientemente bueno como para pasar a una relación de compromiso aún más profunda.

Y, por último, el *Collar Formal* que es la representación de la etapa final del compromiso. Expresa la creencia de que Dominante y sumisa/o comparten un deseo genuino cada vez mayor de compartir su vida y continuar en la relación por tiempo indefinido.

Es cierto que las normas y reglas a seguir en la comunidad son por un motivo. Pero también existen excepciones, pues hay parejas que practican el D/s en la intimidad de su hogar sin que nunca nadie se entere y no van a ningún club. Cosa que no veo mal ni mucho menos, en mi caso no me quedó otra para conocerme a mí mismo y, gracias a ello, encontré amistades a las que tengo mucho aprecio.

Retiro el collar del estuche y lo guardo en el bolsillo de mi pantalón, sin olvidarme de la pequeña llave que lo acompaña. Voy a ofrecerle a Em ser mi sumisa y espero que me acepte como Amo. No pienso pasar por las etapas de consideración y entrenamiento. La amo, y me ama, nos conocemos desde hace años, y no puedo más que sentir devoción por ella.

Le he pedido que esta noche acuda con un antifaz que cubra su rostro. He hablado con Roxy, y se encargará de hacerle compañía hasta que me sea posible estar con ella. Subversion es lo suficientemente grande para que no

se encuentre con los chicos, pero no quiero arriesgarme. Tampoco podría imaginarme ir sin ella o pedirle que no fuera.

Salgo del garaje dirección a la casa de Mey. Ella aún no lo sabe, pero he organizado un pequeño encuentro con Alex, aunque, bueno, la idea fue toda de John, pero lo que sucederá en la sala de los espejos… Mmmm, eso no pienso perdérmelo.

Llevo un casco dentro de la mochila que cargo a la espalda y la ropa que debe ponerse. Con el carácter que tiene *la leona* debo saber cómo encauzar la conversación para que acepte la invitación. Aparco la moto no muy lejos de su edificio y espero con paciencia a que los *paparazzis* dejen su tarea de acoso para otro día. Una vez que reviso que no queda ninguno a la vista, me apuro y llamo a su piso. Insisto un poco más al ver que con el primer toque no me atiende.

Le meto prisa para que me deje subir en cuanto descuelga el telefonillo y entro al portal. Saco de la mochila el casco mientras subo los escalones. Mey abre la puerta de su casa, seria y con los brazos cruzados.

—¡Joder, qué recibimiento! Yo que vengo a proponerte algo a lo que no podrás resistirte, y tú me pones esa cara. —Le sonrío, intentando que no siga con ese humor. Entro en el pequeño apartamento y poso tanto mi casco como el que le he traído sobre el primer sitio libre que veo sobre la encimera de la cocina.

—Max, ¿qué coño haces en mi casa a estas horas? —indaga, sentándose en el sofá.

Me meto un poco con ella sacándole el tema del desorden que tiene en su casa, mirando de un lado al otro tanto el salón como la cocina.

—¿Y a ti no te han dicho alguna vez que es peligroso sacarme ese tema si pretendes poder volver a jugar con tu *cosita?* —Señala mi entrepierna con malicia.

Me río ante la respuesta que le doy, «cosita», dice.

—Cambiando de tema, levántate que tienes que arreglarte.

Me cuesta lo mío convencerla de que no hay periodistas en la calle e intento otra táctica.

—¿Te apuntas a la fiesta o acaso te has vuelto una amargada que no sabe disfrutar de la vida? —le susurro a la espalda mientras mira a través de la ventana.

—Dame media hora para arreglarme. Te voy a demostrar quién es el alma de una fiesta.

—Toma. —Le lanzo la mochila que portaba en la espalda y la agarra al vuelo—. Buenos reflejos —me burlo, sonriendo—, ponte la ropa que hay dentro o no podrás entrar a donde te voy a llevar. —Intenta abrir la cremallera con curiosidad, y la cierro con rapidez para que no cotillee dentro—. ¿No confías en mí?

—No —responde segura de ello.

—Quizá te sorprenda lo que ves y tengas miedo de aceptar el reto. —Bajo la voz de manera misteriosa.

—No tengo miedo a nada ni a nadie. —Levanta el mentón al hablar.

—De acuerdo, ve al dormitorio y demuéstralo saliendo con la ropa que hay dentro —termino diciendo mientras me siento en el sofá y coloco los pies cruzados por encima de la pequeña mesa que hay enfrente de él.

Aprovecho el rato que Mey está cambiándose para hablar por WhatsApp con Em. Le pregunto si ya ha salido de su casa, y me comenta que está con Peny de camino al club.

¡Joder, qué ganas tengo de verla!

—Estoy preparada —me hace saber Mey, y le tengo que advertir que no va a poder vestir la gabardina—. Tranquilo, me la sacaré en cuanto lleguemos al sitio misterioso al que me llevas.

Me levanto del sofá y, poco a poco, voy sintiendo las ganas de llegar.

—Ponte el casco —le recuerdo.

—Deja de ordenarme cosas, si no quieres que te dé con él en la cabeza —amenaza ella, y no puedo más que reírme.

—¡Qué bien lo vamos a pasar hoy! —exclamo emocionado.

EMILIE

Subversion está situado en Aldgate, cerca de Brick Lane en Westminster, a unos veinticinco minutos del centro de Londres que es donde he quedado con Peny para ir de compras, dado que tienen un estricto código de vestuario.

Durante lo que son las cuatro horas más largas de mí vida, me dejo arrastrar por medio Londres. No le ha servido que sea un conjunto, no.

Tengo un armario nuevo completo que dudo pueda pasar desapercibido para mi padre.

Lo peor de hoy ha sido el momento de ir a un salón de estética donde me han… ¡Qué dolor!, no sé si a Max le importara, pero no pienso volver a depilarme ahí. Prefiero quedarme con la ingle brasileña que permitir que me vuelvan a hacer un completo.

—Estás preciosa, cuando te vea el Maestro X no serás capaz de sentarte en días —comenta Peny, mirándome de abajo a arriba.

—¡Ay, no me digas esas cosas! —Me tapo las mejillas con las manos, sintiendo como me voy ruborizando por segundos.

—Parece mentira que aún te sigan afectando determinados comentarios. —Pone los ojos en blanco—. Tenemos que ir marchando, no es bueno dejar a un Amo esperando, pues puede castigarte por ello. —Sonríe de medio lado, y creo que la idea de un castigo le gusta.

Salgo del vestuario de la tienda, y Peny va directa al mostrador para pagar. Le llevo explicando toda la tarde que tengo dinero y que no tiene que hacerlo, pero insiste.

Max me escribe por WhatsApp, me imagino que ha ido a buscar a Mey para llevarla al club. Me entristece saber que no puedo compartir mi alegría con mis otras amigas, sé que no me juzgarían. Posiblemente, Mey me sometería a un interrogatorio exhaustivo, pero nunca me sentiría mal. Tengo que hablarlo con Max, no quiero seguir ocultándoselo a ellas.

El trayecto en el auto de Peny hasta Aldgate es corto. Aparca cerca del club y me recuerda que tengo que ponerme el antifaz antes de acceder a él. Se acerca con paso firme y me ata los lazos con fuerza para que éste no se me caiga. Ella misma lo ha escogido, porque dice que le recuerda a la época victoriana, en dónde se realizaban bailes de máscaras.

Llevo un corpiño rojo ajustado con pedrería en los bordes del escote, una minifalda y unas sandalias romanas de tacón con unas tiras que suben hasta el gemelo. El portero del local me sonríe al mirarme, y me doy cuenta de que sus ojos no van directos para mi escote como pensaba, lo hacen al cuello. Peny me da un empujón para que no pronuncie una palabra y entre.

El sitio está lleno de gente que baila, la música suena a todo volumen. Alzo la cabeza intentando encontrar algún rostro conocido. Apartan a varias

personas con los brazos para abrir camino, y veo a Kevin acercarse a nosotras.

—Seguidme —ordena con su característica voz grave.

«Hola, cuánto tiempo…». ¡Ay, no, que está en plan Maestro todo poderoso!

Lo seguimos como nos muestra, y me indica que debo permanecer en una habitación. Entro en ella; está provista de un potro de castigo, una cruz de San Andrés, varios grilletes y una cama con dosel.

—Roxy, tienes que dejarla sola. El Amo Max quiere que le esperes en posición, no hace falta que te desnudes. —Vale.

Mi amiga se encoge de hombros y se marcha con el Maestro K. Cierran la puerta dejándome a solas. «Que lo espere en posición…». Está bien, me agacho y me arrodillo con las piernas abiertas, coloco la espalda recta con los hombros ligeramente hacia atrás y espero.

He perdido la noción del tiempo, la música que se escucha de fondo no ayuda. Me mantengo firme en la posición, pese a comenzar a sentir que el hormigueo de una pierna comienza a fastidiar.

La puerta se abre, no levanto la vista. Sé que le gusta que lo mire a los ojos, pero no voy a hacerlo a no ser que me lo solicite. Frunzo el ceño cuando no soy capaz de reconocer los pasos de Max.

—Vaya, así que es cierto. Eres una sumisa. —Levanto la mirada con miedo.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunto aterrorizada.

Me incorporo lo antes posible, la pierna me falla, y tengo que apoyarme en lo primero que tengo a mano, que es el poste de la cama.

—Tranquila, preciosa. No voy a hacerte nada, vine a comprobar algo que no podía creer y a ayudarte a que descubras con tus propios ojos cómo es la realidad. —Me alejo a medida que habla, y mi espalda choca con la pared.

—Lárgate de aquí, Trevor —le insto, intentando aparentar seguridad.

—No hasta que sepas lo que hay. —Retira un objeto del bolsillo de su pantalón, y comienzo a gritar por auxilio—. Nadie te escuchará con la música, para de forcejear. —Me sujeta con ambos brazos mientras me tapa la boca con una mordaza—. De esta manera no volverás a morder.

No tengo ni idea de por qué está aquí, ni tampoco lo que quiere. Me lanza sobre el colchón con fuerza y se sube acto seguido a mi vientre colocando ambas rodillas a cada lado de mi cuerpo. Cierra la cortina que rodea la cama y me susurra al oído que no me mueva ni haga ningún ruido.

Las luces se apagan, no comprendo nada. ¿Quién lo ha hecho?

Trevor se arrima a mi cuello inhala con fuerza y cierro los ojos, intento sacármelo de encima, pero pesa demasiado. Me apresa las manos por las muñecas.

—Si eran este tipo de cosas las que te gustaban, habérmelo dicho, yo también he acudido alguna que otra vez a jugar a algún local, pero los muy cabrones me expulsaron —me murmura al oído mientras pega más su cuerpo al mío. El sonido de la fiesta se oye con más fuerza por un instante, y me doy cuenta de que alguien ha entrado. Intento incorporarme, aunque me es imposible.

—Ángel, ¿por qué está la luz apagada? —«¡Max!», intento gritar, pero la mordaza me lo impide.

La luz se enciende de repente.

—¡¿Pero qué cojones?! —exclama él.

Trevor me deja que observe, la tela de la cortina es semitransparente, y puedo distinguir la figura de Max contemplando a…

¡No puede ser! Una chica con el pelo color verde está arrodillada frente a él.

—Maestro, he estado esperando este momento desde que me eligió entre todas las sumisas. Seré obediente, complaceré todos sus anhelos y dejaré que use mi cuerpo a su antojo como siempre ha hecho.

Quiero apartar la vista, no puedo con esto. Trevor me sujeta con fuerza la cabeza aplastándomela contra el colchón para que no lo haga.

—¿Dónde está? —inquiere Max en tono severo—. ¡Respóndeme, Nadia!

¡No! Ella no.

El corazón me palmita de tal manera que no logro escuchar lo que hablan a continuación. Utilizo todas mis fuerzas contra el cabrón que tengo sobre mí, y el recuerdo de lo que hizo Mey hace unos meses me da el valor para golpear con la rodilla a Trevor que se lamenta en alto sujetándose la entrepierna. Me incorporo y me retiro la bola de metal que tengo en la boca.

MAX

He tardado más de lo que tenía previsto por tener que llevar de vuelta a Mey a su casa. Tengo unas ganas tremendas de ver a Em y poder entregarle el collar. También de comentarle lo que he podido escuchar, que no ver, de Alex y su Diosa.

Me extraña encontrar la habitación con las luces apagadas. En cuanto las enciendo, me encuentro con Nadia en el lugar donde debería de estar Em y me entra el pánico.

—Maestro, he estado esperando este momento desde que me eligió entre todas las sumisas —expone sin levantar la mirada del suelo—. Seré obediente, complaceré todos sus anhelos y dejaré que use mi cuerpo a su antojo como siempre ha hecho.

Joder, ¿se piensa que le voy a dar el collar a ella? Llevo la mano al bolsillo y rozo el mismo como si se tratara de una extensión de Em para poder tranquilizarme.

—¿Dónde está? ¡Respóndeme, Nadia! —exijo, alzando la voz.

El sonido de alguien quejándose en alto me distrae. Llevo la mirada a la cama con dosel y percibo movimiento en el interior. Doy un paso al frente al presenciar cómo sale Emilie y se pasa el dorso de la mano por la boca.

—Em… —susurro, dando un paso al frente, y ella cierra los ojos—. Nadia, lárgate de aquí —le grito con rabia. Ella se levanta y mira por encima de su hombro dirección a Em.

—Eres una puta —Emilie le profiere, cosa que me asombra. Camina con decisión, sujeta el hombro de Nadia para que ésta se gire y, en cuanto lo hace, le da una bofetada—. Tenía razón Max, Meghan. No eres nadie.

¿Meghan? Joder, no me digas que ella es la amiga de Em.

Te lo ha dicho, estúpido.

—Em, Ángel… Yo no sé lo que ha pasado. Quería…, vine… —Retiro del bolsillo el collar, que tantas ganas he tenido de ponerle en el cuello, cuando veo el dolor en su mirada.

—Rojo —dice en alto mientras una lágrima cae por su mejilla.

Siento como el collar que sostengo en la mano se desliza con lentitud entre mis dedos y éste cae al suelo mientras veo como el amor de mi vida se

aleja. Se acabó.

Capítulo 30. Conmoción.

MAX

«Rojo, rojo, rojo».

¿Por qué? ¿Qué cojones acaba de ocurrir? No comprendo una mierda. Lo único que oigo una y otra vez es la voz de Em diciendo esa palabra que jamás creí escucharle mencionar en alto. «Rojo».

Se me ha parado el corazón y roto en mil pedazos. Necesito hablar con ella, necesito que me explique el porqué ha huido de esa manera sin esperar una explicación por mi parte.

Joder, yo no tenía ni idea de que Meghan era Nadia.

—¿Maestro? —Vuelvo en mí al percibir la voz de Nadia.

—¿Aún sigues aquí? Márchate de mi vista. —Me agacho para recoger el collar del suelo y lo guardo en el bolsillo de nuevo—. No quiero volver a saber nada de ti, jamás.

—Pe… pero, ella no es una verdadera sumisa. Nunca comprendería lo que supone el sacrificio y la entrega. Ya has visto cómo ha reaccionado largándose sin esperarte.

—He dicho… —le apremio, mirándola a los ojos con ira— que te vayas. No la conoces como yo, no tienes ni puta idea de lo que está pasando ahora mismo. Del dolor que debe estar sufriendo.

—Me reitero, Maestro. Si no sabe sobreponerse a la idea de que en tu vida ha habido otras mujeres es que no te merece como Amo. En cambio yo… —Intenta acercarse a mí, y asco es lo que siento en este instante.

—¡Fuera! —rujo, y ella da un salto repentino sobre sus pies, baja la mirada y termina por salir de la habitación.

Me llevo las manos a la cabeza de manera frustrante. Una pequeña risa de fondo me recuerda que no estoy solo. Doy un par de pasos hasta llegar a los pies de la cama. Los músculos de todo el cuerpo se me tensan al ver al hijo de puta de Trevor intentando incorporarse. No soy capaz de razonar o asimilar mis actos, actúo por impulso, me lanzo encima de él, y terminamos ambos en el suelo. A diferencia de la primera vez, que lo pillé desprevenido, en este instante me llevo el primer puñetazo que me deja

medio atontado. Respondo con todas mis fuerzas pegándole con ganas en la cara con el puño cerrado.

No tardo en notar unos brazos que me separan de Trevor y me levantan del suelo.

—¡Déjame que lo mate! —grito en alto, intentando salir del agarre de… ¿John? ¿Qué hace aquí?

—Tranquilo, bro. No quiero que vayas a la cárcel —me calma en tono tranquilo.

Me arrastra a duras penas fuera del club. Me suelto de su agarre y comienzo a gritar en alto el nombre de Em. No la veo por ningún sitio. Corro calle arriba buscándola por todas partes. Reviso entre los coches, llevo la mirada a cada callejón, pero nada, no la encuentro. Tengo ganas de golpear, de que me golpeen hasta que el dolor que siento desaparezca. Doy vueltas como un maniático y tiro al suelo un contenedor de basura que se cruza en mi camino.

—¿Estás mejor?

—¡No, no lo estoy! ¿Por qué no has dejado que terminara con él? ¿Tienes idea de quién es acaso?

—Sí, lo sé, me encontré con Emilie. Casi no podía hablar, pero me pidió que fuera a buscarte, porque me necesitarías. Creo que se dio cuenta de que sabía lo vuestro al notar que no me sorprendí al encontrarla dentro del club.

—Se acabó, se fue. ¡Joder! —Me siento en el borde de la acera abatido.

—Cuéntame qué ha pasado, quizá tenga solución —comenta mi amigo, sentándose a mi lado.

Me cuesta explicarle, tengo que ordenar los acontecimientos y ponerle al día con respecto a Meghan y Emilie. A medida que hablo, reparo en que ella sabía de sobra quién era Em cuando estaba con ella estudiando, que se hizo pasar por su amiga.

—Era mi deber protegerla, cuidarla. Mi responsabilidad. Sé que no ha sido a propósito, pero le he hecho daño y no me lo perdonaré —me sincero.

—Creo que si esto ha pasado por algo será. Quizá debas poner tiempo para que todo se calme o pensar en olvidarla de una vez si crees que con ello tiene la posibilidad de ser feliz. Puede que también sea en parte culpa mía por haberte incitado a introducirla más en tu mundo, Em no deja de ser un niña aún…

No presto atención a las palabras de John, no tengo la cabeza para atender a nada ni a nadie. Me siento como una mierda. Desearía poder tener la posibilidad de ir atrás en el tiempo y no ser tan estúpido, cambiar el pasado y hacer que nunca se hubiera producido el encuentro con Nadia, del cual no tengo ni recuerdos.

Me levanto sin decir nada, me alejo de John, al que dejo sentado llamando por mí y camino sin rumbo por las calles de Londres hasta que entro en un bar. La música del interior me llama la atención, tienen un grupo tocando en directo. Pido una botella de Ron y bebo a morro de ella. Me pongo a beber sin control alguno intentando ahogar la voz dolorida y llena de sufrimiento de Em.

Termino por dar saltos sin control y todo el mundo se fija en mí. Piensan que estoy de fiesta, que soy un juerguista, nada más lejos de la realidad. Tan solo quiero borrar estas últimas horas y que la luz de la mirada de Emilie y su confianza vuelvan.

EMILIE

Me falta el aire, no puedo respirar. Tengo, tengo que salir de aquí lo antes posible. Camino con rapidez sin fijarme con quién me tropiezo por el camino, los *flashes* del local me ciegan. Me retiro el antifaz de la cara y lo dejo caer al suelo. Choco con alguien que me sujeta de los hombros y, al levantar la vista, me encuentro con John.

—Emilie —menciona mi nombre y no se sorprende en absoluto por encontrarme aquí, frunce el ceño al fijarse en mi rostro, y desvío la mirada.

Cierro los ojos, la presión en mi pecho aumenta, y estoy empezando a sentirme mareada, tengo que marcharme cuanto antes. Sin embargo, acabo de recordar que Trevor sigue en la sala y que Max esta con él.

—Busca a Max, no dejes que cometa ninguna estupidez. Ve con él, y… —no sé qué más decir, las palabras se me atascan en la garganta—. Ayúdale, te necesita.

Sin más, me alejo de John. Emprendo una huida hacia el exterior del club. Cuando consigo salir, miro al cielo buscando alguna señal que me revele que es una pesadilla lo que acaba de ocurrir, que no es cierto, pero nada sucede.

Me siento vacía, desorientada y sola. Analizo una y otra vez cada impresión, cada sonido y pensamiento. Dudo que pueda volver a entrar en un local, la sensación de impotencia cuando Trevor me inmovilizó… No quiero

que suceda de nuevo, no creo poder mirar a los ojos a Max en este instante y puede que no sea capaz de darle la confianza que precisa para que podamos solucionarlo. Necesito pensar.

—¡Emilie! —Peny alza la voz para llamarme y evitar que siga alejándome.

Me quedo parada en la mitad de la carretera. Las lágrimas caen por mi rostro sin descanso. Traicionada, dolida y dañada, eso resume mi estado actual.

Peny toca mi hombro para que me dé la vuelta, inmediatamente la abrazo y comienzo a llorar de manera desconsolada. Me ofrece ir a su casa para cambiarme de ropa y me guía hasta su coche.

Durante el trayecto los llantos han ido cesando poco a poco y me quedo en un estado aletargado en el que mi mente no deja de rememorar cada instante.

—¿Quieres explicarme qué ha sucedido? —indaga de manera cautelosa.

Niego. En este momento no quiero decir nada en alto, porque eso supondría hacerlo más real. Al llegar a su apartamento, logra que le cuente un poco lo que ha pasado. Declino la oferta de quedarme a pasar la noche con ella, y una vez tengo puesta la ropa adecuada, me lleva a mi casa.

Cuando entro por la puerta, mi padre sigue despierto sentado en el sofá con el mando a distancia en la mano y la televisión encendida.

—¿Pequeña, estás bien? —me pregunta él, levantándose al verme.

Niego con la cabeza, no puedo engañarle. El mentón me tiembla por sí solo e intento no derrumbarme.

—Papá… —menciono su nombre como cuando tenía seis años, y me despertaba con una pesadilla en mitad de la noche.

—Shhhh —me calma, abrazándome—, ¿es por ese chico con el que te has estado viendo? ¿Te ha hecho algo? —Su voz va cambiando a medida que habla por una más severa—. Juro que como te haya hecho daño…

No me extraña que piense que estaba con un chico, pese a que no le he contado nada. En las últimas semanas he estado viéndome con Max a escondidas y llegaba a altas horas de la noche.

—Se terminó, papá, se acabó —le espeto con voz entrecortada.

Mi padre me sirve una tila caliente y me sugiere que vaya a la cama a descansar. No me pregunta mucho al ver que, cada vez que lo intenta, las lágrimas asoman.

En la soledad de mi dormitorio metida en la cama con la sábana hasta el cuello, empiezo a romperme la cabeza. Puede que Max no conociera la identidad de Nadia y no fuera consciente de que era Meghan. Peny me comentó que no pasaba nada por haber hecho uso de la palabra de seguridad, que si quería podía hablar con Max y que podríamos retomar la relación Maestro/sumisa que teníamos.

Lo cierto es que hasta que me lo comentó ni me había parado a pensar en la posibilidad o repercusión que podía tener haberla usado. Según ella, no deja de ser una medida para ser utilizada en caso de que sea algo insoportable.

Sin embargo, no es una situación habitual en la que haya parado un juego previo. Creo que… No sé lo que creer.

Los días pasan, no duermo bien por las noches y, cuando sale el sol, me quedo en mi dormitorio sin hacer nada. Mi padre insiste en que coma, pero no me apetece.

—Ve a darte un baño e intenta animarte un poco. No puedes seguir así —me insta mi padre con semblante preocupado desde la puerta.

—Voy… —Suspiro sin ganas.

El agua no me reconforta como de costumbre, no dejo de pensar en él. En los momentos vividos y en que quizá no se vuelvan a repetir. Salgo de la ducha y me visto con un pijama nuevo. Cuando entro en mi dormitorio, me encuentro con que papá ha cambiado la ropa de cama por una limpia y ha recogido los vasos de agua amontonados en la mesilla.

Me quedo durante horas mirando por la ventana, fijo la vista en el árbol que está cerca de la entrada al cementerio recordando con melancolía las veces que quedé con Max para luego salir a hurtadillas sin que mi padre nos viera. ¿Debería llamarle? Busco con la mirada dónde he dejado mi teléfono, pero no lo encuentro por ninguna parte.

La puerta de mi habitación se abre de golpe. Me giro extrañada de que papá no haya llamado antes y veo preocupación en su rostro.

—Cariño, ha pasado algo… —Agrando los ojos a la espera de que termine su frase, el tono apesadumbrado que usa me alarma de que no es cualquier cosa—. Me ha llamado Henry. —¡Max!—. Es Mey…, debemos ir al hospital.

¡¿Mey, qué le ha pasado a Mey?!

Un pitido se instala en mis oídos mientras empiezo a moverme con rapidez buscando ropa para ponerme. El pijama ha sido mi fiel compañero estos días y no tengo idea de en dónde he dejado mis cosas. Encuentro mi teléfono móvil en el salón, apagado y sin batería. Supongo que, desde que llegué, ha estado aquí. Ni siquiera me he molestado en encenderlo.

Durante el trayecto la culpa aflora en mi interior, he dejado que mis propios dilemas y las dudas me alejaran de Mey estos últimos meses. No quiero pensar en lo peor.

Cuando llegamos al hospital, preguntamos por ella en recepción, y nos indican que debemos esperar noticias de un doctor en la sala de espera. En cuanto damos con el sitio, veo a Alice que no deja de llorar y me abrazo a ella.

Nos ponen al día de las graves lesiones que tiene a causa de un accidente que ha sufrido mientras conducía. No comprendo muy bien lo que ha pasado, puesto que unos policías se presentan en el hospital para hablar con Alice, dado que es la única persona que tiene Mey en caso de emergencia. Me alejo de todos y me siento en una de las sillas, esto no puede estar ocurriendo.

Me tapo la cara con ambas manos y me encojo mientras lloro al saber que la vida de mi amiga pende de un hilo. Max está presente, no se ha acercado a mí ni me ha dirigido la palabra. En este instante necesitaría tanto uno de sus abrazos, pero sé que eso nunca sucederá.

MAX

Dejé que pasara la noche y a la mañana siguiente comencé a llamarla como un loco, pero no hubo manera de contactar con ella, me saltaba el buzón de voz una y otra vez.

John ha venido a visitarme y a comprobar que no me diera por cometer ningún tipo de locura como ir en busca de Trevor o algo semejante. Insiste en que quizás es una señal que nos indica que no debía ser. ¡Y una mierda!

Paso las noches prácticamente borracho, jugando con el collar entre mis dedos. Reconozco que he llegado a un punto que roza la obsesión.

¿La roza?

Tengo el salón hecho una mierda. Las botellas vacías están por todas partes, restos de comida en varios platos que me trajo mi amigo, para que al menos comiera algo, siguen en el mismo sitio. Mi casa está irreconocible. Enciendo el televisor para intentar distraerme un poco y me levanto del suelo al escuchar una notica de Mey en exclusiva que lanza Dana.

Sin dudarlo demasiado, salgo a la calle encontrándome varias unidades móviles de la prensa que obstaculiza el tráfico. Evito contestar a las preguntas incómodas de los *paparazzis* y entro en la casa de Alex. Todos estamos pendientes. Nadie sabe nada sobre el paradero de Mey. Incluso Henry ha perdido su sonrisa.

Al cabo de unas horas, Alice recibe una llamada alarmante del hospital. Mamá Fuller y Charles aparecen en el momento idóneo y se quedan con su nieta mientras nos preparamos para irnos. Al salir de nuevo a la calle, Marcus hace lo posible para mantener a raya a los reporteros, pero son demasiados y él es humano. Grito por encima de las preguntas que le hacen a Alex que me adelantaré con la moto y le daré noticias en cuanto sepa algo.

Conduzco como un auténtico loco, acelero al máximo la moto mientras esquivo a los coches y me salto varios semáforos en el trayecto. Prácticamente, dejo la moto tirada en el suelo al llegar a la entrada de emergencias y voy directo a la recepción.

—Mey Wood, nos han llamado avisándonos de que estaba aquí —consulto casi sin aliento.

—¿Es un familiar?

—No, pero…

—Lo lamento mucho, pero no puedo darle información si no es un familiar directo o la persona de contacto del paciente —me informa la mujer desde su asiento. Doy un golpe con el puño cerrado sobre el mostrador.

Debe de ser que mi actitud no les ha gustado, y dos hombres uniformados de seguridad avanzan hacia mí. Escucho la voz de Alex a lo lejos y levanto el brazo al verlo al fondo del pasillo.

—¡Tío, estoy aquí! —le grito.

—¿Qué cojones pasa? —pregunta cabreado.

—Pasa que no me quieren decir nada —comento, señalando a la mujer que está tan tranquila mirándome por encima de la montura de sus gafas—. Dicen que sólo pueden hablar con su familia directa o con Alice que es a la que Mey ha autorizado.

—¡Joder! —grita con impotencia Alex.

No tardan en llegar el resto de chicos que corren por el pasillo en nuestra dirección. Alice, sin perder tiempo alguno, pregunta a la recepcionista por el estado de Mey. Nos mandan esperar, nos dicen que debemos esperar…

Levanto la vista cuando veo llegar a Emilie acompañada de su padre. Tiene ojeras y se la ve cansada, me da la sensación de que ha perdido peso y eso me preocupa. Se abraza con fuerza a Alice mientras llora entre sus brazos. John me pasa el brazo por encima del hombro y me dice que me siente con él. Intenta distraerme, sé que éste no es lugar ni el momento para hablar con ella.

Los médicos llegan e informan del estado en el que se encuentra Mey al cabo de lo que parece una eternidad. El corazón se me contrae al observar como Em llora desconsolada apartada del resto, doy un par de pasos en su dirección.

—¿Qué vas hacer? —me susurra John al oído y me sujeta por el brazo para que no siga caminando.

—No puedo verla así —le respondo por lo bajo.

Vuelvo a mirar a Em y compruebo que Henry se encuentra a su lado y la abraza consolándola. Cierro con fuerza los ojos y decido alejarme. Salgo a tomar un poco el aire. Vamos a tener que pasar muchas horas aquí dentro a la espera de alguna señal de mejoría de Mey, y preciso distanciarme un poco de Emilie o seré tan estúpido de decir o hacer algo que provoque algún revuelo.

Los medios de comunicación no han tardado en hacerse eco de la noticia. Están a una distancia considerable de la entrada del hospital, separados por unas vallas que vigilan varios agentes. Dejo caer el peso de mi cuerpo contra la columna y reviso el estado maltrecho de mi moto que aún se encuentra tirada tal y como la dejé en el asfalto, pero paso de moverla ahora.

—Menudo circo, ¿verdad?

—Mike, no me enteré de que estabas aquí. —Enderezo la espalda al encontrármelo a mi lado.

—Admiro a las chicas por lo que han tenido que pasar. Esos buitres son de lo peor, les importa una mierda cómo se encuentre Mey, se pelearían por la exclusiva de su… —Muerte, sí, de eso no me cabe duda—. No quiero ni decirlo en alto.

—Te comprendo.

—No sé cómo podéis soportarlo.

—Es uno de los precios que estamos dispuestos a pagar por ser quienes somos, aunque me niego a pensar que todos son iguales. —Fijo mi mirada en la suya al decírselo, porque realmente es lo que pienso.

—Emilie no lo soportaría —me suelta, y me quedo de piedra. No soy capaz de reaccionar y no sé si lo dice porque sabe algo o por decir—. Todos sabéis lo que ocurrió con la madre de Emilie. —Asiento con lentitud—. Cuando me abandonó, no sólo se alejó de nuestro matrimonio, también lo hizo de su hija. Tuve que criarla solo y quizá la he sobreprotegido más de la cuenta en estos años. Ella lo es todo para mí. —Lo comprendo a perfección—. Por un instante me he imaginado a mi niña en esa cama de hospital, y con estos hijos de puta esperando dar una noticia como ésa, y me hierve la sangre.

—No pienses eso. —Me moriría si algo le pasara a Em. Joder, Alex debe de estar en un sin vivir.

—Tienes razón, no debo pensar en estas cosas. Mey es una mujer fuerte que se recuperará y, cuando lo haga, pondrá a todos esos en su lugar. —Alza el mentón en dirección a la prensa de manera despectiva.

—Estoy convencido de que lo hará —intento ser positivo.

—Sabes que os tengo un aprecio muy grande y sois casi como de mi familia, pero compadezco a aquellas que os elijan en un futuro. —Trago saliva con fuerza y aprieto la mandíbula—. No es la clase de vida que desearía para mi hija.

Mike entra de nuevo al edificio, y yo me quedo pensando en esto que me ha dicho. Después de un rato levanto la mirada comprobando como ríen entre ellos mientras los reporteros beben café a lo lejos.

«Emilie no lo soportaría». El solo hecho de demostrar el error de esa afirmación supondría exponerla. Puede que John tuviera razón y todo ha sido

una señal.

Capítulo 31. Aceptación.

EMILIE

Busco con la mirada dónde puede estar Max. He recibido consuelo por parte de todos, pero él es la única persona que quiero a mi lado en este instante. Cuando suceden cosas como las de hoy, que la vida de una persona a la que se quiere pende de un hilo prácticamente, te das cuenta de lo que realmente es importante en la vida.

Aún tengo muchos miedos, tengo mis dudas y temores acechando. También inseguridades que siempre me han acompañado y que se han acentuado al descubrir lo de Meghan tal y como ocurrió, pero sé que no he sido justa y que no he permitido que Max me diera su versión de los hechos. Quizás aunque lo haga, me sea difícil aceptarlo. Es duro pensar en ellos dos juntos, aunque no sea de una manera romántica.

Luego hay que añadirle a todo esto que la idea de ceder todos mis actos a Max como Maestro me perturba. No por él, sino por mí, por como pueda reaccionar mi cuerpo ante esa situación. Trevor me ha dañado de una manera que no me imaginé, lo compruebo cada noche, con cada pesadilla que hace que me desvele notando el sudor recorrer mi espalda y la falta de aliento para respirar.

Camino por el pasillo del hospital y me encuentro a mi padre que me da un beso en la frente. Le digo que necesito estirar las piernas y que volveré en un rato.

—No tardes, estaré con el resto —me pide, alejándose en dirección a la sala de espera.

Sigo mi recorrido hacia el exterior y me topo con Max apoyado en una columna, alejado de las cámaras de los reporteros que intentan captar algún movimiento y, así, dar algún tipo de avance informativo.

Retuerzo con nerviosismo el borde de la camiseta que llevo puesta. Es la hora de enfrentarme a él y comprobar si hay solución para lo nuestro.

—Hola —saludo en voz baja. Max no se inmuta, continúa de espaldas a mí con la cabeza agachada—. Tenemos que hablar —me atrevo a decir en alto al ver que no me hace caso.

—No creo que sea necesario —me replica de manera distante. Doy un paso hacia él, extiendo la mano y toco su hombro para que se dé la vuelta y me mire—. Cada decisión que tomamos tiene sus consecuencias, ¿no es cierto?

—¿A qué te refieres? —inquiero con reticencia. Mis ojos buscan los suyos de una manera desesperada, pero, pese a que se ha girado, no me mira a la cara.

—Emilie. —¿Emilie? No su Ángel, no Em. Me aparto arrastrando un pie hacia atrás—. Necesito que sepas que no sabía quién era Nadia, puede que eso no sea suficiente para ti, comprendo lo dolida que debes sentirte. —Lo escucho atentamente mientras se frota la nuca y, al fin, levanta la mirada—. Tengo algo que te pertenece. No puedo conservarlo, es tuyo por derecho. —Lleva la mano a su bolsillo, y al mostrarme lo que es, me tapo la boca con las manos—. No sé con seguridad si comprendes el significado de este collar; independientemente de eso, es tuyo. No soportaría seguir con él en mi poder.

No entiendo por qué tengo la sensación de que, pese a que me está entregando algo tan valioso y con tanta importancia, intuyo que se está despidiendo de mí. Max me sujeta ambas manos y posa el collar acompañado de una pequeña llave en ellas. Los pequeños brillantes resaltan sobre el cuero negro. Es precioso. Mueve mis dedos instándome a cerrar las palmas de las manos, y vuelvo a fijar mi mirada en la suya.

—Siempre te amaré, siempre me tendrás. —¿Me está diciendo lo que creo? Abro la boca para recordarle que yo también lo amo, que podemos intentarlo, que no se rinda, pero, como ha hecho en más de una ocasión, coloca el dorso de su dedo índice sobre mis labios para que no añada nada—. Un buen Maestro debe saber qué es lo que le conviene a su sumisa, incluso antes de que ésta sea consiente, aunque no sea lo que él quiere.

No sé qué hacer. ¿Gritar, llorar, patalear?

Dale una buena bofetada.

—No me llames. Sigue siendo libre. Sé tú misma y sé feliz por los dos —me aconseja y, sin más, se marcha. Abro las manos y contemplo la joya que sostengo.

Ahora sí que éste es el final.

MAX

Despedirme de Em ha sido lo más difícil que he hecho en mi vida. Lo único que tiene importancia es su bienestar, y su padre tiene razón, no puedo ponerla en la tesitura de que pierda todo aquello que tiene sólo por mí.

A cada paso que doy para alejarme de ella, mi alma se quiebra.

—Es lo mejor para ella. —Freno en seco al escucharle afirmar eso. Volteo la cabeza y me topo con Mike de brazos cruzados y rostro serio apoyado en la entrada de urgencias.

—¿Nos has escuchado? —le pregunto sin rodeos.

—Sí, lo he hecho.

—¿Cómo, cuándo…?

—Eso es lo de menos. Tenía mis sospechas, y me las habéis aclarado. —Se acerca con determinación a mí mientras a lo lejos puedo oír el lamento de Em. ¡Joder, no!—. Lo superará, igual que tú.

Aprieto la mandíbula con fuerza. ¿Qué sabrá él? Jamás olvidaré a Em, ni mucho menos podré superar haberla dañado de esta manera. Me toca el hombro, camina con pasos cortos y se queda parado antes de acceder de nuevo al hospital.

—Y Max —me apremia, dándome la espalda sin girarse—, da gracias de no entrar por esta puerta con las piernas rotas por haberte atrevido a acercarte a mi niña.

¡Joder!

EMILIE

Apago el televisor incapaz de continuar con la película *La princesa prometida,* siempre me ha gustado la sátira. La descubrí hace años cuando un día los chicos estaban en el bus de la gira. Mi padre me había pedido que los avisara de que era la hora para hacer una prueba de sonido, y me los encontré tirados de cualquier forma con la mirada fija en el reproductor, se reían a carcajada limpia. ¡Anguilas chillonas! No comprendía a qué se referían e investigué, como de costumbre, todo aquello que a Max le llamaba la atención. Tenía dieciséis años y acababa de llegar con mi padre para formar parte del equipo. Bueno, más o menos, ya que era más bien la chica de los recados.

Como no quería pedirles prestado el DVD, ya que me daba vergüenza, en la siguiente ciudad, en la que paramos, fui a investigar. Terminé adquiriendo no sólo la película, sino también el libro, el cual por cierto tiene un final menos optimista.

Tiempo después me enteré de que el cinéfilo de la banda era Henry, él es el culpable de reunir a todos y ver películas de culto. Curiosamente, es una de las cosas que tiene en común con papá, normal que terminaran llevándose bien. Y aquí estoy ahora, tumbada en el sofá a moco tendido con una manta que me llega al cuello y el rollo de papel higiénico, que casi he terminado de tanto sonarme, sin poder soportar cómo Westley pronuncia una vez más esas palabras de amor.

«Como desees».

—¡Felicidades! —exclama en alto mi padre. Pongo los ojos en blanco, le advertí que no me apetecía celebración alguna—. ¡Venga, levántate! Te cortaré una porción. Creo que te gustará.

—No tengo hambre, no debiste hacer nada. —Retiro la manta y me incorporo para sentarme. Mi padre me acerca un pequeño plato con un trozo de tarta de chocolate y crema que poso sobre las rodillas—. Gracias.

Extiendo la mano para agarrar la cucharilla que me da papá. Doy el primer bocado sin ningún entusiasmo y compruebo que no disfruto del dulce.

—He estado pensando. —Levanto la vista, y papá se sienta a mi lado en el sofá. Tiene que apartar la manta hacia un lado, ya que la dejé hecha una bola—. Quizá nos vendría bien un cambio de aires. —Entrecierro los ojos sin comprender a qué se refiere—. Me han ofrecido ser el jefe de técnicos de una banda nueva que…

—Espera —le interrumpo y dejo el plato encima de la pequeña mesa que tengo enfrente. Me giro para poder mirarlo a los ojos y prosigo—: ¿Me estás sugiriendo que quieres dejar Slow Death?

—Es una posibilidad, creo que nos vendría bien. —Coloca la mano sobre la mía.

—¿Por qué me incluyes? Yo no quiero formar parte del equipo de ninguna otra banda. Llevo años soñando con ser parte activa en los conciertos, ¿y ahora me dices esto? —Separo la mano de la suya.

—Es sólo una alternativa. Quería hablarlo contigo. —Me levanto sin poder seguir con esta conversación—. Dime al menos que lo pensarás, opino

que es lo mejor. Sabes que sólo deseo que seas feliz.

—Eso no está en tu mano, papá —espeto por lo bajo dirección a mi dormitorio.

Han pasado cuatro meses que se sienten como si fueran cuatro años. Justo después de la conversación con Max, pasé por una etapa de negación, en la que albergaba la esperanza de recibir una llamada, un mensaje, algo. Me refugié en los recuerdos y no podía hacer otra cosa más que lamentarme por el impulso que tuve, de cómo reaccione cuando me enteré de lo de Meghan.

No volveré a conocer a nadie como él. No me volveré a enamorar.

Pasado un tiempo, cuando me enteré de la mejoría de Mey, fui a visitarla teniendo la mala suerte de encontrarme con él allí. La frustración y el desgaste emocional al comprobar que no mostraba ninguna muestra de interés por arreglar lo nuestro me hundieron por completo. Me lo merezco, todo ha sido por culpa mía.

Hace prácticamente un año nos dimos nuestro primer beso y, si mal no recuerdo, fue la última vez que escribí en mi diario.

Decido buscarlo para releer algunas cosas que sé que me pondrán melancólica.

Masoquista.

Abro cajones sin recordar dónde lo dejé la última vez. Levanto el colchón con la esperanza de que siga en el lugar donde habitualmente lo guardaba. Nada. Retiro la ropa del armario por si por algún casual está al fondo del mismo, pero sin resultado alguno. Acabo sentada en el suelo mirando el estropicio que he causado en mi cuarto. Frunzo el ceño. Una ligera sospecha sobrevuela mi mente.

—¡Papá! —grito de repente—, ¡papá!

Los pasos apresurados de mi padre se escuchan por el pasillo. Levanto la mirada, me observa desde la puerta con la boca semiabierta.

—¿Qué ha sucedido aquí? —cuestiona, entrando con cuidado de no pisar ninguna prenda.

—Dímelo tú. ¿Dónde está mi diario? ¿Lo has cogido? —Papá desvía la mirada por un instante—. ¿Qué has hecho con él? ¿Lo has leído? —Me levanto del suelo y lo encaro con enfado.

—Cariño, debes comprenderme. Estabas tan distante…, eres mi hija, y me preocupé por ti. —Intenta tocarme la mejilla con el dorso de la mano, y

me alejo—. Luego llegaste destrozada, y no sabía el motivo. —Baja la mirada con arrepentimiento—. Un día que estaba ordenando tu dormitorio mientras te dabas una ducha, lo encontré y…

—¡¿Cómo has podido!? —Alzo la voz—. ¡No tenías derecho!

—Emilie…

La respiración se me acelera, cierro los ojos y me llevo la mano a la sien. Max y todo lo que tenía escrito sobre él entre esas páginas hacen que vuelva a fijar mi atención en mi padre, al que en este momento odio con todo mi ser. Temo realizar la pregunta, me gustaría no tener que hacerla, pero...

—¿Hablaste con Max? —Gira la cabeza cerrando los ojos—. ¡Contéstame! ¿Le dijiste algo?

—Era lo que tenía que hacer. Eres mi niña.

—¡No soy una niña! —me altero, levantando las manos con indignación. Busco con rapidez un abrigo que ponerme, las llaves, el móvil y… el collar que guardo bajo la atenta mirada de mi padre. Le esquivo para poder salir al pasillo, ya que sigue parado en mitad de mi dormitorio.

—¡Emilie! ¿A dónde vas? —me pregunta él, saliendo detrás de mí.

—No lo sé, ahora mismo sólo necesito salir de aquí —comento, abriendo la puerta de la entrada—. No te preocupes. Volveré cuando me haya calmado —termino por decirle, puesto que veo en sus ojos miedo.

Al salir a la calle, me tapo con la capucha. La lluvia cae con fuerza. Saco el móvil del bolsillo y marco el número de Peny, ésta me responde inmediatamente.

—¡Feliz cumpleaños!

Yupi.

—Necesito hablar con alguien —le digo con voz afectada.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta al otro lado de la línea.

—¿Puedes venir a buscarme?

—Por supuesto. Dame diez minutos.

Cuelgo la llamada mientras me refugio de la lluvia debajo de un pequeño sobresaliente que tiene la fachada del edificio. Espero con impaciencia a que llegue mi amiga moviendo con nerviosismo los pies sin creer lo que ha hecho mi padre.

Peny toca el claxon cuando llega, y corro para subirme a su coche y no mojarme más de lo que ya estoy. Entro por la puerta del copiloto y le doy las gracias mientras me pongo el cinturón de seguridad.

—¿Mi casa o una copa? —ella me da a elegir mientras emprende la marcha de nuevo.

—Una copa me vendrá bien. —Retiro el collar del bolsillo y juego con él entre las manos. Podría haber sido todo tan distinto…

—¿Qué haces con un collar? —me pregunta ella, alternando la mirada entre la carretera y mis manos.

—¡Pero mira al frente que nos la vamos a pegar!

—No me cambies de tema. ¿Qué haces con un collar? —me insiste de nuevo, haciendo hincapié en la pregunta.

—Me lo dio Max —le revelo con tristeza.

—¡Y te lo guardas para ti! Llevo todos estos meses escuchándote llorar por las esquinas y lamentándote de lo mucho que lo extrañas, diciéndome lo mucho que lo amas, ¿y no se te ocurrió compartir conmigo esto? —Peny gira el volante con brusquedad aparcando el coche en un lateral de la carretera. Tengo que agarrarme al salpicadero con una mano por la maniobra que realiza y la miro con asombro—. Cuéntame cómo y cuándo.

MAX

No soy el mismo de siempre y todos lo han notado. De vez en cuando, parece que el ánimo sube, pero es todo un espejismo de cara a la galería. Jeremy nos ha estado jodiendo, llamándonos continuamente para atender las demandas del calendario con respecto a los programas y entrevistas que teníamos en mente para promocionar el nuevo disco. Sin ningún tipo de consideración ni empatía por su parte por el estado de Mey, la cual ya se encuentra mejor.

Me he distanciado por completo de los clubs, no tiene sentido alguno para mí volver. No encuentro en ellos lo que antes me ofrecían, aunque sigo manteniendo contacto con Kevin, Isaac y Hank, los cuales comprenden perfectamente cómo me siento.

El cotilla de Isaac me comentó por WhatsApp un día que se había enterado de que Trevor, ese malnacido, había sido expulsado de algún que otro club del norte del país por causar daño a alguna sumisa y no detener una

escena cuando éstas usaban la palabra de seguridad. Parece ser que es un sádico sin autocontrol alguno. Descubrió que se hizo amigo de Nadia en algún momento y que, dado la fijación que ella tenía con ser mi sumisa, ésta le facilitó de alguna manera la entrada a Subversion para ver a Emilie.

Por lo general, en el acceso de cada club se revisa que las personas que entran no tengan ningún tipo de veto previo, porque se intenta que la gente que acude a estos sitios se sienta segura y que ningún loco psicópata haga de las suyas con los/las *sumis*. Los encargados se enteraron de lo que Nadia hizo y consiguió que le denegaran la entrada.

Me alegro de haber estado ahí en el momento idóneo cuando Emilie me necesitó. Puede que el destino exista. Quizá, sólo quizá, ése era mi papel desde un principio: velar por ella para que no le pasara nada. Lamentablemente, todo se quedó en eso, le pedí que no me llamara, y lo ha cumplido. Em, mi Ángel, me visita cada noche en forma de sueño. Sus ojos, sus labios carnosos, rosados, húmedos y de lo más tentadores me atormentan en cada recuerdo.

—Joder, bro. Quita esa cara de sapo que llevas —comenta Henry, haciendo que vuelva a la realidad y deje de pensar en lo que pudo ser y nunca será.

Expulso con pesadez el aire de los pulmones y apoyo la espalda en el respaldo de la silla. Estamos en la discográfica, puesto que nos han avisado de que tienen una noticia importante que darnos sobre los conciertos que comenzaremos a primeros de año.

—¡Ya era hora! —exclamo cuando el señor O´Conell, acompañado de cerca por su hija Adabella, se adentra en la sala. Ésta fulmina con la mirada a Henry al recordar el último encuentro que han tenido en una entrevista con los medios de comunicación, y que le costó una de sus baquetas a mi amigo.

—Bien, ya estamos todos. ¿Nos podéis contar qué ocurre, a qué se debe tanto misterio? —Adam se adelanta impaciente por terminar con la reunión y volver con su chica y su hija.

Se toman su tiempo para acomodarse en su respectivos asientos a la cabecera de la mesa. Nos mira a cada uno y sonríe de manera escalofriante.

—Vuestros teloneros acaban de firmar nuevo disco. —Nos miramos unos a otros sin saber cómo reaccionar a la noticia que nos da el señor O ´Conell—. Os comunicamos que los encargados de sustituirlos, y por lo tanto de acompañaros de cerca durante la gira de Latinoamérica, serán… —se

hace el interesante y sonríe de medio lado— Dark & Black Roses —suelta el bombazo, y giramos la cabeza de golpe todos al mismo tiempo en dirección a Henry.

—Tienes que estar de broma, ni de coña me subiré a un avión con… —anuncia, haciendo un gesto de desagrado con la cara—, y mucho menos tocar en un mismo concierto. —Henry se levanta de la silla arrastrándola hacia atrás.

—No se os está pidiendo permiso, se os está informando de la decisión que se ha tomado —le aclara con tranquilidad.

Pasamos las últimas dos horas intentando convencer a los de la discográfica de la mala idea que han tenido, sin conseguir que cambien de opinión. Tienen un contrato firmado, y debemos aguantarnos, al fin y al cabo son nuestros patrocinadores oficiales en las giras. Esta decisión traerá algún tipo de consecuencia seguro.

—Venga, tío, tranquilízate no tiene por qué pasar nada. Saldrá bien —John ánima a Henry.

—Ya se verá, no queda otra que resignarse —se conforma él.

—¡Chicos, esperad! —grita Jeremy que corre en nuestra dirección.

La zona de recepción está repleta de gente que se mueve de un sitio para otro, y lo vemos esquivar a un empleado que lleva consigo unas carpetas en las manos.

—¿Qué quieres ahora? —pregunta Alex, dando un paso al frente.

—Acabo de recibir una llamada de Mike. —Le escucho con interés—. Ha dimitido.

—¡¿Qué?! —exclaman todos a la vez.

Ve escribiendo el testamento.

¿Y Em? ¿No la volveré a ver? ¿Nunca?

Los chicos rodean a Jeremy e indagan queriendo saber el motivo de su decisión. «Asuntos personales». Nadie la menciona, y me guardo las ganas de preguntar por ella en alto. Hoy es su cumpleaños, puede que haya decidido pasar página y que ésta sea una manera de poner distancia entre nosotros. Su padre siempre hará lo mejor para su hija y, si mi Ángel necesita

espacio y no volver a verme, me imagino que Mike habrá tomado la decisión de apoyarla.

Debo aceptar la realidad, por mucho que ésta duela.

Capítulo 32. Me tienes.

EMILIE

Desde que me enteré de lo que hizo mi padre a mis espaldas, y si a eso añado lo que me comentó Peny sobre el collar, me vi en la obligación de tomar una decisión importante. Era cuestión de dejar que siguiese pasando el tiempo o reaccionar y tomar las riendas de mi vida.

No me fue difícil llegar a tal conclusión, puesto que amo a Max y tengo que intentarlo.

Al llegar a casa esa misma noche, papá me dijo que había dimitido. Puse el grito en el cielo dejándole bien claro que yo no seguiría sus pasos. Di un portazo entrando en mi dormitorio y al día siguiente pudimos sentarnos a hablar como adultos, palabras textuales de papá.

Me expuso su punto de vista, el miedo que siente a que no soporte la presión de la prensa, a que me asocien con la vida lujuriosa de Max y me increpen por la calle. Me recordó por completo a lo que me dijo en su momento Max. Agarré la mano de mi padre, lo miré a los ojos y con toda naturalidad le confesé lo que pensaba.

—Debes dejar que tome mis propias decisiones en la vida. Si éstas son las equivocadas se verá con el tiempo y seré la única responsable de ellas. Te puedo asegurar que no es un capricho pasajero lo que siento por Max. Él es mi todo, papá —le revelé.

—¿Te das cuenta a lo que te vas a tener enfrentar? —me preguntó con miedo en sus ojos sin dejar de sostener mi mano.

—Si lo tengo a él a mi lado, sé que soy capaz de superar cualquier adversidad. Debes confiar en mí y dejarme crecer. —Le di un beso en la mejilla.

— Llamé a Jeremy y le informé que dimitía, ¿quieres que rectifique y que vuelva? —me consultó con un suspiro que se prolongó más de lo normal.

—Haz lo que veas más conveniente, pero no tomes la decisión basada en mí. Debes hacerlo por ti. Quiero que seas feliz, papá. Hemos estado mucho tiempo apoyándonos desde lo de mamá, mereces poder rehacer tu vida, conocer a otra mujer y no seguir pensando que soy tu responsabilidad.

—Siempre lo serás, mi niña. —Nos dimos un abrazo, y ese mismo día me ayudó a buscar el que ahora es mi nuevo apartamento.

Cuando Peny me vio el collar en el coche el día que la llamé, me aclaro que, técnicamente, Max es mi Amo. Le expliqué que no me preguntó si quería ser su sumisa y que, simplemente, se despidió de mí.

—Estupideces —soltó en ese instante—. ¿Quieres a ese hombre?

—Con todo mi corazón —no dudé en expresarlo en alto.

—Entonces reclámalo. Te ha dado un collar, él es un Maestro. Blanco y en botella —sentenció.

El plan parecía sencillo. Peny me aleccionaría sobre el mundo BDSM, que, todo sea dicho, pensé era más simple. Yo creía que te daban una orden y la cumplías, ¡qué equivocada estaba! Se ocupó de mostrarme códigos, comportamiento estándar, jerga típica, símbolos… Una vez me mudé al pequeño apartamento en las inmediaciones de Stratford, en Cann Hall Road —lo mío con los cementerios ya es para tesis, sí, tengo uno a pocas calles—, comenzamos con las clases.

Me abrazo con fuerza a Peny, le tengo tanto que agradecer.

—¿Cuándo tienes pensado ir a buscarlo? —me pregunta ella, separándose de mí para mirarme a los ojos. Me retiro un mechón de pelo y lo coloco detrás de la oreja.

—Voy a acudir al concierto de Múnich como técnico de sonido. Tuve que hablar con la nueva *tour manager,* Adabella, dado que a Jeremy no le pareció bien que pidiera aplazar el comienzo de mi contrato —recuerdo con rabia—. Pero antes de ver a Max tengo que comprobar que soy capaz de sobrellevar el entrar en un club sin que me dé un ataque de pánico o algo similar.

—Me parece bien, pero espera a que vuelva de casa de mis padres en un par de días y te acompaño —dice, sonriendo.

—No quiero acudir a Mazmorra o a Subversion, si voy allí cabe la posibilidad de que algunos de sus amigos me reconozcan —le explico.

—De acuerdo, encontraré algún club que no frecuenten. Feliz año, enana —se despide, saliendo de mi apartamento, y le respondo gritándole que no soy una enana, cosa que le hace gracia por cómo se ríe mientras baja las escaleras.

En unas diez horas comenzaremos un nuevo año. He quedado en ir a casa de papá a cenar con él, así que me hago un bocadillo pequeño de queso para comer, pues conociéndole preparará cena para ocho, y terminaré con indigestión.

Salgo sobre las seis, el metro en un día como hoy es un caos. Las luces navideñas adornan las calles, y todo el mundo lleva una sonrisa en la cara. Caminan con prisa repletos de bolsas con compras de última hora. Antes de entrar en la boca del metro, me fijo en los chicos y chicas vestidos de gala que reparten panfletos sobre las fiestas en pubs y clubs que se realizarán pasadas las doce. Uno de ellos llama mi atención, no sólo por la poca ropa que lo cubre pese a estar bajo cero, sino por el hecho de llevar un collar alrededor de su cuello. Me acerco a él con cierta prudencia. y me da uno.

Leo con atención las señas del club mientras bajo los escalones a la entrada del metro y rezo para no matarme en el intento. Éste explica que tiene a disposición vestuario apropiado y que ofrecen diversión, primera copa gratis, un calabozo donde poder realizar tus sueños realidad… Pongo los ojos en blanco y lo guardo en el bolsillo de mi abrigo.

—Tienes que volver —apremio con rotundidad a mi padre al terminar de cenar—. ¿Has visto las críticas que han tenido por el concierto del mes pasado? —le comento, recordando las quejas de los fans que acudieron al mismo.

Primer concierto oficial del nuevo disco y la fastidian. No ellos, ellos estuvieron geniales como de costumbre, pero el equipo que se encargó de ese evento en particular, es otro tema.

—Sí, lo vi. Hubo una descompensación con los graves que es de manual, por no hablar de la de veces que a Alex se le acoplaba el sonido, dejando casi sordo al público. —Niega con la cabeza.

—¡Exacto! Eso no hubiera sucedido si hubieses estado al frente, en el puesto que te corresponde. —Me cruzo de brazos y lo miro a los ojos—. He hablado con Adabella, el avión hacia Múnich sale en dos semanas, y nos espera a ambos para subsanar la reputación del grupo. Bueno, principalmente a ti.

—¡¿Que has hecho qué?! —se sorprende, frunciendo el ceño, pero conozco de sobra a mi padre y sé que esto es lo que quiere.

—Sé que aún no te has decidido por ningún otro grupo, también que Slow Death es para ti mucho más que eso, y no quieres perderlo por un arrebato de

padre sobreprotector. —Mi progenitor abre la boca y no dejo que me interrumpa—. Me lo debes por lo del diario. —La cierra al instante—. Tomaste una determinación por mí al hablar con Max, cosa que no te correspondía, y yo he hecho lo mismo contigo. Te aguantas —sentencio con una sonrisa en los labios.

Apoya la espalda en el respaldo de la silla y se queda callado durante unos segundos. Levanta la mirada y sonríe.

—¿Me habrás pedido un aumento de sueldo, no? —bromea en tono jocoso, y no puedo evitar soltar una carcajada. Estoy segura de que los chicos recibirán a mi padre con los brazos abiertos.

Me despido de él a la media hora de estar oficialmente en Año Nuevo. Papá me ofrece quedarme a pasar la noche en el que hasta hace poco era mi dormitorio, pero no acepto.

Intento localizar un taxi, pero es una misión imposible, deben de estar hasta los topes. Guardo el móvil y rozo con el dedo el panfleto del club.

Mala idea.

¿Por qué? Sólo pretendo comprobar que soy capaz de no entrar en pánico, aunque me vengan a la mente los recuerdos de Trevor. No está lejos, puedo ir caminando hasta allí, me tomaré una copa mientras observo el ambiente y me iré a mi casa.

Sí, eso haré.

MAX

Recibo una llamada de Adam que me insiste en que no llegue tarde. Qué pesadito se pone cuando quiere. Es el día de fin de año y sé que Martha no me perdonaría si no acudo como cada año.

Necesitamos de la magia de mamá Fuller para animarnos, nos vendrá bien a todos. El concierto que tuvimos en el estadio Wembley fue una mierda, pero una bien grande y gorda. El cabreo que se pilló Henry después del concierto fue monumental, hacía tiempo que no lo veía tan enfadado, pero también puede que haya sido debido a que nuestros nuevos teloneros, sobre todo su vocalista, hicieron de las suyas.

Tengo que reconocer que no fue uno de mis mejores espectáculos. Albergaba la esperanza de que Em viniese en cualquier momento y, aunque

fuera de algún modo, la volviera a ver, pero no apareció, y todo se fue al traste.

En el ensayo del día anterior intuíamos que algo así podía pasar, el técnico jefe que buscaron para sustituir a Mike no se imponía y no había manera de que sus órdenes llegaran al debido tiempo.

Me acerco a la mesilla pequeña que está pegada a la cama, abro el cajón y acaricio una vez más la prenda íntima que robé de su maleta hace una eternidad. Cierro los ojos acto seguido mientras me pregunto qué estará haciendo en este instante.

Bajo al garaje y me subo a la moto. La puerta mecánica se eleva con lentitud y me encuentro con que Dana está en la calle con una cámara fotográfica en la mano para realizar alguna instantánea. Es lo que me faltaba. Desde que se descubrió cómo obtuvo la última información de su exclusiva, varios medios la han vetado. Al parecer tiene un empeño casi enfermizo por Slow Death e intenta, según ella, resurgir con un bombazo. Acelero, toda la moto vibra al pasar por un pequeño bache y maldigo en alto. Procuro conducir con cuidado, ya que en esta época del año es habitual toparse con alguna capa de hielo.

En cuanto arribo a Kensington, aparco y me saco el casco antes de llamar a la puerta. No tarda en abrir Alice. Me sonríe y me dice que están todos en la mesa esperando a que llegara para comenzar. Adam me recrimina la tardanza, saludo a todos y voy a la cocina donde mamá Fuller prepara los últimos detalles para servir la mesa. Intento disfrutar de la noche. Reímos, comemos y a la hora de los postres Alex lanza un notición.

— …tanto Peter como ella nos acompañarán —comenta Alex, haciendo referencia a Mey que está sentada a su lado—. He hablado con Diana y ha aceptado viajar con nosotros, así que incluso podéis sacar partido de ello. —Le guiña un ojo a Adam.

Al final, seremos un gran número en Latinoamérica, las chicas nos acompañan y los peques también. Sólo falta…, no, eso no sucederá.

—Tú lo que quieres es divertirte antes y después de cada concierto, di la verdad —se burla Henry, riéndose él solo, al saber que la niñera del pequeño Peter vendrá.

Voy a meterme con ellos un poco cuando siento el móvil vibrar. Me levanto y me dirijo a la cocina. Miro la pantalla y me extraña recibir una llamada suya.

—¿Qué sucede? —me inquieto sin esperar siquiera un saludo de por medio.

—Necesito tu ayuda —me pide con la voz temblorosa.

—¿Te ocurre algo? —pregunto preocupado.

—Creo, creo que algo va mal. —Su voz suena de una manera extraña. Me alarmo al imaginarme mil y una situaciones distintas.

—¿Dónde te encuentras? —Se escucha música de fondo. Me responde después de preguntárselo por segunda vez, y le sugiero que no se mueva que voy ahora mismo a por ella.

—¿Qué vas a hacer? —John entra y cierra la puerta a su paso.

—Voy a ir a buscarla, parece ser que se ha metido en algún lío o algo similar. —Doy un paso, y me sujeta del brazo.

—Deja. Voy yo.

—No —le contradigo con rotundidad—. No te metas en esto, John.

—Es una…

—Es una mujer. Tiene diecinueve años, joder. Sólo voy a ayudarla nada más.

—¿Queréis bajar la voz? Hoy no quiero nada de discusiones en esta casa —nos regaña Martha entrando en la cocina—. Tú —le indica y señala a John—, deja de intentar proteger a todo el mundo, el niño ha crecido y sabe lo que debe hacer. Y tú —me apremia, señalándome a mí en esta ocasión, y trago saliva con fuerza por temor a que me suelte alguna de las suyas—, ¿a qué esperas para salir de casa? ¡Venga, estás tardando!

Susurro un «sí» y voy directo a la entrada. Me paro sólo lo necesario para colocarme la chaqueta de cuero y agarrar el casco.

El latido de mi corazón aumenta. El sonido de su voz hace estragos en mi sistema. Ya voy de camino, Emilie…

Me subo a la moto y acelero al máximo la velocidad. ¿Qué cojones hace ella en un sitio así? Ruego e imploro porque esté bien, tengo la intuición de que algo va mal.

EMILIE

Al ser un día especial parece ser que dejan acceder a curiosos al club y no es necesario vestir de manera específica. Le doy el dinero de la entrada

al chico que está en la puerta, y me permite entrar. Varias parejas se manosean mientras mueven sus cuerpos al ritmo de la música que está a todo volumen, demasiado alta.

Tengo que dejar el abrigo en el guardarropa debido al calor, pero antes retiro de los bolsillos tanto el móvil como el monedero. Pese a haber cenado en casa de papá, decidí ponerme algo distinto a lo habitual. Llevo un vestido corto que me llega por encima de las rodillas. Caminar entre las personas se hace difícil y tengo que esquivar alguna que otra persona borracha a medida que avanzo, lo que me provoca que suspire en alto una vez acerco a la barra. Sin embargo, al mirar a mi alrededor, comienzo a sentirme asfixiada.

—¡Hey, pon una copa para esta hermosura que tengo a mi lado! —Escucho como le pide al barman levantando el brazo en su dirección un chico rubio que me observa fijamente.

¿Es por mí?

—No quiero beber nada, gracias. —Tengo que alzar la voz para que me oiga, y él aprovecha para acercarse un poco más.

El camarero coloca sobre la barra una bebida transparente, el chico de mi lado la sujeta entre las manos y me la ofrece sonriendo.

—Venga, anímate. La primera es gratis —insiste.

—En serio, muchas gracias, pero no me apetece —le vuelvo a repetir.

Arrima sus labios a mi oído y me aparto un poco hacia atrás. No me gusta que esté invadiendo mi espacio personal de esta manera tan… obvia.

—Quizás estés en el sitio equivocado. Éste no es lugar para niñas. —Me alejo de él frunciendo el ceño. No soy una niña. Le retiro la copa de las manos y doy un trago prolongado a la misma con rapidez, la garganta me quema a medida que el líquido baja—. ¡Eso es, fiesta!

No soporto que me intente tocar, coloca la mano en mi antebrazo a cada rato. Se aproxima más de lo habitual para hablarme, y termino por aclararle que estoy esperando a alguien para ver si de esa manera se marcha, pero no lo hace. Al final, tengo que recurrir a uno de los consejos que Mey me dio cuando me habló de chicos en su momento.

—Tengo que ir al aseo. —Levanto la mano señalando cualquier sitio al azar.

—Te espero aquí.

No hace falta.

Me mezclo entre la gente intentando despistar al rubio y miro por encima de mi hombro comprobando que me sigue con la mirada, aún apoyado en la barra y dando un sorbo a su bebida. Fuerzo una sonrisa de lo más falsa y continúo andando.

Doy un paso, dos… tengo que pararme y cerrar los ojos al notar que la vista se me nubla, las caras de las personas de mi entorno no dejan de moverse, se distorsionan como si estuviera viendo un canal de televisión mal programado. Levanto la vista y veo un cartel luminoso donde pone WC.

Cruzo la puerta del aseo de mujeres, la música mengua un poco. Coloco las manos a ambos lados del lavamanos más cercano y abro el grifo para refrescarme la nuca y la cara. La mano me tiembla, y el corazón empieza a bombear de manera extraña, casi sin control. Rápido, lento, rápido, más rápido, lento… Me tambaleo un poco hasta entrar en uno de los cubículos y sentarme en el inodoro.

Busco mi móvil. Algo no va bien. Entro en la agenda de contactos del teléfono y pulso sobre el nombre de la única persona que tengo en mente en este instante, sin saber muy bien el motivo, Max. Me contesta al rato y casi no soy consciente de lo que de digo. Le indico donde me encuentro, y me anuncia que vendrá a buscarme. Eso debería de tranquilizarme, pero no es así. Oigo el sonido de personas hablando entre sí, a lo lejos, que se ríen y susurran entre ellas.

De repente, la puerta se abre, pues no he puesto el pestillo. Doy un grito en alto al ver de quien se trata. Es Trevor. Intento defenderme como puedo, muevo los brazos y las piernas con movimientos exagerados intentando que no me toque, mientras que siento como me sujeta por los brazos, me tapa la boca con una mordaza y me susurra al oído «al fin, te tengo».

Pestañeo una y otra vez. Levanto la vista. Mis manos y pies están atados sujetos a una cruz en una habitación muy similar a la de Subversion. Estoy desnuda. No comprendo nada, ¿cómo he llegado aquí?

—¿Te gusta esto, verdad? —me increpa a mi espalda—. Te mostraré cómo me gusta a mí.

El silbido previo llega a mis oídos antes de impactar sobre mi piel. Quiero gritar en alto de dolor, la espalda me quema mientras las lágrimas caen sin control. Intento desprenderme de las cuerdas que me dejan sin circulación en las muñecas para huir, pero no soy capaz.

Golpea una y otra vez sin descanso, noto la sangre correr a causa de las heridas que me está infringiendo y que la cabeza me pesa más de lo normal. Siento que me voy a desmayar en cualquier instante; sin embargo, una voz a lo lejos logra que luche contra ello.

—¡Em, Em! —Max—. Em, estoy aquí. Me tienes, no te dejaré.

Por un instante dejo de notar el latido de mi corazón al escucharle pronunciar esas palabras. Abro los ojos con lentitud, la respiración me falla.

Capítulo 33. Vive.

MAX

Con el corazón en un puño aparco la moto enfrente del local que me indicó Em. No tardo mucho en llegar gracias a que me he saltado más de un semáforo en el camino.

Tengo que pagar una estúpida entrada para poder acceder al interior. Estoy convencido de que han superado el aforo, porque casi es imposible moverse entre tanta gente, aunque por suerte no es un sitio enorme. Voy directo a la barra y pregunto a uno de los camareros si ha visto a una chica con la descripción de Em, pero me contesta de malas maneras que no tiene tiempo de fijarse en la cara de nadie y que, si no voy a pedir ninguna bebida, le deje trabajar.

Capullo.

Me desplazo a lo largo de la barra para hacerle la misma pregunta a otro de los empleados. Éste, a diferencia de su compañero, se para un poco en atenderme y me indica que vio a una chica de melena larga con cara de niña hablar con un tipo rubio. Señala con el dedo, y observo al susodicho flirtear con una mujer joven que se ruboriza cada vez que le susurra algo. Me dirijo hasta donde se encuentra con la intención de averiguar qué sabe sobre Em cuando, de repente, diviso que en un descuido vierte un líquido en la copa de la chica.

Acelero el paso y, sin decir nada, tiro la copa al suelo.

—¡¿Estás loco?! —me suelta, dando un paso hacia atrás para que no se le moje la ropa.

—¿Qué cojones has puesto en la copa? —Lo sujeto del cuello de la camisa y lo acerco a mi cara.

—No sé de lo que hablas. Suéltame si no quieres que te denuncie —me amenaza, pero en su mirada atisbo temor.

Le doy un puñetazo en la cara, su cuerpo choca contra un par de personas que tiene detrás de él. La chica grita en alto tapándose la boca con las manos, y me agacho colocando una rodilla en su pecho mientras le reviso los

bolsillos de la chaqueta que lleva. Descubro unos cuatro frascos con ese líquido y le digo al camarero que llame a la policía.

—¿Dónde está, qué has hecho con ella? —increpo, agarrándole con fuerza de la camisa ejerciendo presión en su cuello.

—¿Quién? —pronuncia con dificultad.

—¡La chica de pelo largo castaño con la que estuviste hablando!

—Se… —Aflojo un poco la fuerza. Su rostro ha cambiado de color, le falta aire, y necesito que me revele dónde está Em—. Se fue al baño. —Comienza a toser y se toca la garganta con la mano cuando me separo de él.

—Toma. —Le doy los frascos a uno de los de seguridad que se han acercado a comprobar a qué se debe el alboroto—. Le pillé metiendo algo en la bebida de la chica.

—Gracias. Lo mantendremos en el almacén hasta que llegue una patrulla y se lo lleve, aunque puede que tarden un poco. En un día como hoy están desbordados.

Me marcho de allí. El club se ha despejado algo al correrse la voz de que vendrá la policía. Y eso me hace pensar en la clase de antro en el que ha dado a parar Em. Localizo los aseos y, antes de cruzar por la puerta, escucho un grito de agonía que me deja sin aliento.

Un par de personas curiosean cuchicheando entre ellas por lo bajo, están mirando fijamente el hueco de uno de los lavabos.

—¡No, Trevor, no! —Distingo la voz de Em, preparado para matar de una vez a ese hijo de puta y echo un vistazo dentro.

¡Mierda!

Me arrodillo al comprobar que mi Ángel tiene los ojos desorbitados y las mejillas rojas de una manera exagerada. Intento tocarla para que se tranquilice, pero no deja de mover brazos y piernas y no para de mencionar a ese cabrón. Miro a mi alrededor y compruebo que no está por ningún sitio, Trevor no se encuentra aquí. ¿Qué está sucediendo?

—¡Em, Em! —grito su nombre—. Em, estoy aquí. Me tienes, no te dejaré —le indico, tocando su rostro.

¡Mierda, está ardiendo!

—Max…, ayúdame —me pide con ojos vidriosos. Sus pupilas dilatadas y el comportamiento que tiene me sugieren que han podido drogarla.

—¡¿Qué hacéis ahí parados!? Llamad a una puta ambulancia —les insto a las personas que no hacen nada más que molestar alzándoles la voz por encima del hombro.

Y aquí es cuando uno se da cuenta la clase de humanidad que rodea al mundo. En vez de echar una mano, se marchan frunciendo el ceño por haberles gritado.

Saco el móvil, realizo yo la maldita llamada y le explico a la teleoperadora lo ocurrido y la dirección en donde nos encontramos. Me comunica que tardarán en llegar, dado que ha habido un accidente de tráfico en una autopista, y que le explique los síntomas que muestra Em para que pueda ayudarme mientras se ponen en camino.

—¡Necesito una ambulancia, ahora!

—Señor, debe tranquilizarse para que le auxiliemos e indiquemos qué tiene que hacer. Intentaremos que llegue lo antes posible. Ahora dígame… —Corto la llamada, cabreado.

Tengo que llevarla a un hospital. Necesito sacarla de aquí lo antes posible. La levanto del suelo cargando su peso en los brazos. Ha adelgazado desde la última vez que la vi, comienza a tener unos tics en las extremidades que no son normales, y me apuro a salir a la calle con ella.

Me siento en el bordillo de la acera y miro a un lado y al otro de la carretera esperando a que llegue la ayuda. Me frustro, no puedo continuar sin hacer nada, pero es imposible que pueda montarla y trasladarla en la moto hasta el hospital más cercano.

Cierro los ojos y maldigo en alto cuando compruebo que el móvil de John está apagado y, sin pensar demasiado en ello, llamo a la casa de mamá Fuller. En el primer tono me atiende.

—Dime dónde estáis. —Es lo primero que dice la madre de Adam. Le doy la dirección sin plantearme cómo ha sabido el motivo por el que la llamo—. Llegarán en unos minutos, mi niño.

No puedo evitarlo, sujeto entre mis brazos a Em, las lágrimas me caen sin poder controlarlas mientras le susurró al oído, una y otra vez, que todo estará bien, que la amo, que me tiene…

Pasan los minutos, si no alguien no la asiste en breve y le sucede algo… No puedo pensar en una vida sin ella. No puedo.

El sonido de los frenos de un coche se escucha de cerca, levanto la vista y presencio como Alex se baja seguido de todos los chicos, y Mey los acompaña. Henry frunce su ceño, aprieta los puños y su yugular se hincha al fijar la vista en ambos. Avanza con pasos firmes hacia nosotros.

—¡Ayudadla, os lo ruego! —les digo con voz quejumbrosa, temiendo por la vida de mi Ángel.

—¿Qué cojones ha pasado? —gruñe Henry. Adam y John lo sujetan de los brazos para que no continúe caminando, Alex se coloca delante de él y pone ambas manos en su tórax—. ¿Te has enrollado con ella y me has estado mintiendo a la cara? ¿Te la has estado tirando?

—Mierda, la que habéis liado —me dice Mey, acuclillándose a nuestra altura—. ¿Qué le ha pasado?

—Creo que la han drogado —le desvelo, observando el rostro de mi dulce Ángel contraerse de dolor. Es la conclusión a la que he llegado, ya que el tipo de antes estaba con alguna clase de sustancia en su poder, y si sumamos a eso que me han dicho que antes estuvo con ella…

Una ambulancia aparece de la nada, me intento erguir con Em en brazos, pero Mey se adelanta y la sostiene ella. Voy a retirársela cuando noto el primer impacto sobre mi cara que me hace caer de espaldas contra el asfalto.

—¡¿Cómo has podido?! ¡¿Por eso se fue Mike?! —me grita Henry al que acaban de volver a frenar para que no me descuartice.

—Ahora, no. ¡Joder, parecéis niños! —intervine Mey—. Emilie nos necesita.

Un paramédico atiende a Em con rapidez y la sube al vehículo. Me incorporo lo más rápido que puedo y con miedo entro en la parte trasera para acompañarla hasta urgencias.

Lo último que observo antes de que las puertas se cierren es la mirada de decepción que me regala Henry. Sin embargo, me centro en mi Ángel, a la que le revisan tanto el ritmo cardiaco como las pupilas. Em comienza a tener convulsiones, mientras que yo, asustado, agrando los ojos queriendo abrazarla, sostenerla entre mis brazos y no sentirme impotente.

—¡Déjenos trabajar! —me chilla uno de los enfermeros que me tiene que sujetar de los hombros para que vuelva a sentarme.

Observo con angustia como intentan estabilizarla. Hablan entre ellos, no tengo ni idea de la mitad de las cosas que mencionan. Cuando las puertas se abren de nuevo, no esperan ni dos segundos en moverla en camilla a la entrada del hospital mientras gritan los síntomas provocando que un doctor se aproxime y les ordena que entren en el segundo box.

—No puede pasar, debe esperar aquí —me indica una enfermera con la mirada entristecida.

—¿Se pondrá bien? ¡Dígame que se pondrá bien!

—Está en buenas manos. Le atenderán inmediatamente y vendrán a informarle cuando se sepa algo. —Observa mi rostro y frunce el ceño—. Debería de mirarle alguien ese ojo.

—Estoy bien —le respondo de malas formas. Ella termina por alejarse, no sin antes volver a repetirme que alguien vendrá a informarnos cuanto antes. Me llevo las manos a la cabeza. ¿Por qué se metió en ese sitio?

—¡Tú! —Henry llega dando pasos firmes—. ¿Desde cuándo?

—Ya no estamos juntos —le contesto, intentando que se tranquilice mientras levanto las manos en forma de escudo.

—¿Te he preguntado desde cuándo? —insiste.

—¡Joder, tío, estás loco! —le inquiere Adam detrás de él—. ¿Cómo te bajas del coche de esa manera?, aún estaba en marcha. ¿Quieres matarte?

—Un año —le replico, ignorando al resto de los chicos que entran y se frenan al escucharme—. No pienso decir que lo siento, bro. —Lo miro a los ojos—. La amo y ella… ¡Joder! Em lo es todo para mí.

Me observa de abajo arriba y niega con la cabeza. Cierra el puño y da un golpe en la pared más cercana.

Da gracias de que no es tu careto.

—¿Alguno lo sabía? —sondea al resto—. Estoy hasta los huevos de ser el último que se entera de todo. Decidme, ¿alguno lo sabía? —Adam y Alex niegan. Mey levanta la mano y me sonríe con tristeza en la mirada encogiéndose de hombros.

—Hey, a mí no me vayas a golpear que llevo aguantando sus lamentos por años —se excusa John—. Además te puede decir que le pegué en cuanto lo supe.

Henry clava sus ojos en mí, y asiento dándole la razón.

—Mike te va a matar —afirma él.

—Ya lo sabe, y sigo vivo. No me preguntes por qué ni yo mismo lo sé.

—¿Cómo has podido? Es una ni… —John sujeta el antebrazo de Henry y niega con la cabeza.

—Están enamorados. Conocemos a Max de toda la vida. Entiendo que es un *shock* descubrirlo de esta manera, comprendo que le tengas un cariño especial a Emilie. —Le mantiene la mirada—. De verdad que sé cómo te sientes, pero estamos hablando de nuestro hermano, ¿piensas que le haría algún tipo de daño?

—Joder, por supuesto que no. Es sólo que… —Vuelve a mirarme y cierra los ojos un instante con fuerza—. Como le hagas llorar, te las verás conmigo. —El sonido de alguien corriendo por el pasillo me llama la atención, y dirijo la vista al fondo del mismo. Es Mike que pregunta por su hija a cada enfermera que se cruza con él en el camino—. Si no la cuentas, que sepas que me quedo con tu colección de guitarras —me suelta Henry, haciéndome ver que vuelve a ser el mismo capullo de siempre.

—¿Dónde está mi hija? ¿Qué le ha pasado? —indaga sin aliento Mike al llegar a nuestra altura. John decide contarle lo que ha pasado. Sin embargo, yo no soy capaz de continuar con este tipo de tonterías, necesito que me comuniquen de una puta vez cómo se encuentra Em. Sé que hablan entre ellos, pero no soy capaz de escucharles ni leer sus labios. Mantengo la mirada en la puerta por la que se la han llevado, contando los segundos para volver a sentirme vivo asegurándome de que mi Ángel está bien—. ¿Es eso cierto, chico? —Mira hacia mí, y no sé qué responderle, no estaba atento—. ¿Emilie te llamó por teléfono y acudiste?

—Sí, yo…

—¿Familiares de Emilie Rose Parker? —Rodeamos al médico inmediatamente—. La paciente llegó con un severo caso de intoxicación por Estramonio, el cual crea alucinaciones, delirios, insuficiencia respiratoria y fiebre... —¡Joder!—. Ha sido un milagro que llegaran a socorrerla a tiempo. —¿Eso…, eso significa que está bien?—. La dosis que ingirió pudo ser letal dado su complexión y peso. Le hemos administrado Fisostigmina. Ésta eliminará con bastante rapidez los síntomas que produce la droga. En este momento estamos controlando su evolución mediante monitorización. Se pondrá bien —concluye su diagnóstico, y expulso el aire que estaba conteniendo en los pulmones.

—Gracias —me sorprende Mike, dándome un abrazo.

EMILIE

Parpadeo con dificultad, noto sequedad en la boca y me cuesta respirar con normalidad. Frunzo el ceño al percibir la claridad que me da directamente en la cara, la cual proviene de una ventana a mi izquierda. El peso de algo sobre mi vientre me extraña e intento incorporarme, sin embargo sólo logro doblar un poco el cuello.

Retengo el aliento al ver a Max tendido sobre mi regazo. Pese a estar sentado en una silla, me abraza prácticamente con medio cuerpo encima de… Miro a mi alrededor. ¿Una cama de hospital? Estiro la mano para poder acariciarle y sentirle una vez más.

Dejo de jugar con los mechones de su cabello cuando me llegan imágenes de Trevor y de… Me yergo con rapidez, llevo la mano a la espalda esperando encontrarme marcas de heridas profundas, pero no hay nada.

Vuelvo a centrar la mirada en Max, el cual tiene sus ojos abiertos de par en par. Profundos, intensos y con ese brillo que tanto extrañé.

—Mi Ángel… —me susurra, incorporándose en un impulso para rodearme con sus brazos. Poco a poco voy reaccionando y le correspondo de igual modo—. No vuelvas a hacer una locura semejante en tu vida.

—Max… yo… lo siento. —Agacho la cabeza, arrepentida de la decisión impulsiva que tomé. Con una delicadeza extrema me acaricia la mejilla, nuestras miradas se unen, y retengo las lágrimas esperando con impaciencia lo siguiente que dirá.

—Estás castigada —me informa con tono serio. Abro la boca para defenderme, la culpa de lo que ha pasado no ha sido toda mía. Sus labios se curvan en una sonrisa antes de recorrer el camino que los separan de los míos para terminar por fundirnos en un beso.

No es uno cualquiera, ni es un simple beso en el que se mueven los labios y se cierran los ojos esperando que termine, es sentido, completo, y éste se nota en el alma, en cada poro de mi piel. El latido de mi corazón me da la razón, y en el aire se palpa deseo, lujuria, anhelo, sentimiento, amor… Jamás pensé que se pudiera expresar tanto sin que hubiera una sola palabra de por medio.

Se aleja un poco, termina posando su frente sobre la mía. Extrañaba este gesto.

—Joder, lo que me va a costar acostumbrarme a estas escenitas. —La voz de Henry me sobresalta, y llevo la vista a la puerta de la habitación.

Sostiene entre las manos dos vasos de plástico que, por el olor que desprenden, puedo asegurar que es café.

—¡Que te jodan! —le responde Max, y agrando los ojos, sin comprender muy bien lo que sucede.

—Dime cuándo y con cuántas. —Se ríe de su propia ocurrencia Henry—. Hola, pequeña —me saluda—, tu padre está hablando con el médico, no tardará en venir.

—¿Alguien me puede decir cuántos años llevo dormida? —pregunto extrañada por la imagen tan rocambolesca que tengo frente a mí. Ambos me miran y comienzan a reírse.

Está bien… creo que estoy soñando.

Eso tendría sentido.

Han pasado un par de horas y ha venido un médico a comprobar mis constantes vitales para determinar si es seguro darme el alta. Llevo ingresada más de veinticuatro horas de las cuales no tengo recuerdo alguno. En ese tiempo parece ser que me he perdido mucho. Han venido todos a verme, Alice dejó a la pequeña Awen y a Peter con los padres de Adam para poder venir a visitarme.

—Me debes detalles. Detalles jugosos —me espeta Mey con los brazos cruzados—, no me conformaré con menos.

Niego con la cabeza observando de reojo a Max que habla con mi padre a un extremo de la habitación. Por la cara que tiene creo que papá está ejerciendo su papel sobreprotector a la perfección.

—Chicos, tenemos problemas. —Entra por la puerta Alex, mirando la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Qué ocurre ahora? —John se acerca a él, seguido de Mey que rodea a su pareja por la cintura y coloca su mentón en el hombro de éste.

—¡Hostia puta! Será hija de la gran…

—¿Hola? ¿Queréis compartirlo con el resto, por favor? —les indico.

—Dana… —dice en tono grave Alex.

El rostro de Max se contrae al escuchar ese nombre. Retiro la sábana y decido levantarme con cuidado de que el camisón de hospital que llevo puesto no deje a la vista nada. Necesitan con urgencia cambiarlos, son horrorosos. Él se aproxima corriendo hacia donde estoy para ayudarme a caminar, cosa que no es necesario.

No es necesario decírselo.

Retiro de las manos de Alex el móvil y compruebo con mis propios ojos el artículo sensacionalista con un titular de lo más llamativo: ***La novia del BDSM. Max Foster, guitarrista del grupo Slow Death, ha sido visto salir de un club llevando en brazos a la que, según fuentes cercanas, han señalado como Emilie Parker, una joven de diecinueve años hija del jefe de sonido de la banda.***

La noticia viene acompañada de fotos en las que se me ve el rostro.

—Joder —maldice Max—. Em, lo lamento, no me fijé en que me siguieron. —Se lleva las manos a la frente y cierra los ojos—. Lo solucionaré, diré que…

—¿Podéis dejarnos a solas un rato? —les apremio en alto a todos.

El resto mantienen un rostro cabizbajo mientras se alejan y salen al pasillo. Mi padre me da un beso en la mejilla antes de seguirlos. La puerta se cierra quedándonos a solas Max y yo.

El silencio que se ha acomodado entre ambos, así que decido ser la primera en romperlo y ser sincera.

—Te amo. —Le sujeto de las manos.

—Yo también te amo, Em. Pero…

—No. Déjame hablar —le interrumpo sin dejar de mantenerle la mirada—. Dudo que pueda volver a acudir a un club. Sé que soy reservada, confiada demás en ocasiones. —Levanta una ceja, y pongo los ojos en blanco—. También tomo malas decisiones y tengo más dudas y temores de los que he llegado a hablar jamás con nadie. —Ladea la cabeza y me acaricia la mejilla.

—Eres perfecta tal y como eres, Ángel. —Sonrío al escucharle llamarme de esa manera.

—No, no lo soy —le contesto con sinceridad—. Sin embargo, a tu lado sé que todo eso desaparece. A tu lado me siento segura de mí misma, me

siento completa. Los medios, la prensa, no tienen importancia. Lo que sentimos el uno por el otro, sí la tiene.

—Em, lo eres todo para mí. No puedo pedirte que…

Y vuelta con lo mismo…

—Acepto —suelto de golpe.

—¿A qué te refieres? —duda.

Me alejo para ir a buscar la bolsa que contiene la ropa que llevaba puesta el día que ingresé. Abro el bolsillo del vestido y retiro el collar. Se lo muestro y es ahí cuando comprende a lo que me he referido.

—No quería que sucediera así, tenía en mente realizar una ceremonia…

—Da lo mismo cómo o dónde. Lo importante es su significado. —Max da dos pasos al frente y agarra el collar. Cuadra sus hombros y su mirada se intensifica.

Hola, Maestro X.

—Me diste el regalo de tu sumisión y lo recibí con agradecimiento y aprecio. Te doy las gracias por el presente que me has hecho y por completarme. Eras la pieza que me faltaba. Lo único obligatorio es el amor y la confianza. —Me aparta el cabello a un lado y me lo pone—. Al poner este collar en tu cuello y al ser aceptado por ti, te aseguro que haré todo lo que sea para ser digno de ti. Prometo apoyarte y cuidarte, exigirte y dejarte volar, respetar las necesidades de nuestra relación por encima de cualquier otra cosa, amarte, honrarte, ayudarte en todo y ser sensible a tus necesidades y deseos. Reconozco la confianza que has puesto en mí y la responsabilidad que conlleva mi aceptación de ésta. En momentos de problemas seré un buen amigo y una buena pareja, nunca olvidaré que esto es una relación de amor. Admiro y acepto con todo mi corazón el regalo de sumisión con el que me has obsequiado. Con este collar te pido que seas mía. ¿Aceptas?

Identifico parte de los votos que se suelen hacer en las ceremonias de las que me habló Peny, me emociono y retengo en mi interior todo lo posible las lágrimas que están a punto de surgir. Inhalo con fuerza para poder darle una respuesta e intento hacer memoria para hacerlo lo mejor posible.

—Sí .—El brillo de sus ojos se acentúa—. Hago esto sin orgullo ni altanería, sin arrogancia sino con reflexión, con deferencia hacia ti, con humildad. —Max parece asombrarse al darse cuenta de que me he

aplicado—. El collar que me ofreces es un poderoso recordatorio del control que te he entregado. Para ti, es todo mi amor.

Max usa la llave y cierra el collar. El pequeño clic suena y en ese mismo segundo una parte de mí se libera sintiéndose en casa.

—No será fácil ni sencillo —me advierte con temor, haciendo referencia a lo que nos espera con los *paparazzis*.

—La vida nunca lo es.

—Estoy orgulloso de ti —me elogia.

—Gracias, Amo. —Bajo la mirada avergonzada, y él me obliga a levantarla colocando sus dedos en el mentón.

—Mi Ángel —susurra antes de fundirse de nuevo en un beso que me pone los pelos de punta.

Camino de la mano de Max, y tanto mi padre como el resto del grupo y sus parejas respectivas, Alice y Mey, nos acompañan. En el exterior del hospital decenas de periodistas esperan que salgamos y pretenden que hagamos algún tipo de declaración. Las puertas se abren, y alzo la cabeza con orgullo.

—¿Estás segura de esto? —vuelve a insistir una vez más Max.

—Sí —le comento.

Llevo puesto el collar que me ha regalado y no pienso sacármelo. Sé de sobra que no es necesario tenerlo puesto las veinticuatro horas del día y que sólo lo usaremos en momentos puntuales, pero le he dicho que deseo hacerlo. No pienso esconder quien soy, ni a quien amo.

Podrán decir lo que quieran de mí, podrán murmurar o increparme; no obstante, al final del día sé que podré contar con el apoyo de quien realmente son mis amigos y familia. Y sin duda, con el amor de mi vida, el amo de mi corazón, cuerpo y alma, Max, porque sé que, pase lo que pase a nuestro alrededor, nos tendremos el uno al otro y superaremos cualquier percance que aparezca en el futuro.

Capítulo 34. Alas.

EMILIE

He vuelto a mi apartamento una vez me han dado el alta médica en el hospital. Llevo un par de días sin salir a la calle por culpa de que los medios de comunicación están en la entrada de mi edificio haciendo acampada. Max ha venido a verme cada día enfrentándose a las preguntas que le realizan, y, aunque le he comentado que en algún momento voy a tener que aprender a sobrellevar todo este circo mediático, me ha aconsejado esperar que se calmen un poco.

Max suele llegar a media tarde, vemos alguna película, charlamos sobre las ciudades que vamos a poder conocer en la próxima gira por Latinoamérica, cenamos y, si se queda a dormir simplemente, me rodea con sus brazos pidiéndome que descanse para, acto seguido, irse a su casa con la primera luz de la mañana. Pero hoy no va a suceder eso, me niego a continuar escondida entre cuatro paredes hasta que llegue el día en que nos tengamos que ir a Múnich.

¡Así se habla!

Tengo que hablar con él sobre cosas que han quedado sin responderse en su momento y que no pueden ser evitadas por mucho más tiempo.

Recojo el libro que dejé encima del sofá y lo llevo a la estantería con el resto cuando escucho el sonido del timbre. Inspiro en profundidad antes de acercarme a contestar y descuelgo.

—¿Sí? —pregunto como si no supiera que es Max por la hora que es.

—Abre —solicita en tono serio, pues debe de tener a los *paparazzis* cerca.

—Bajo en un segundo —le indico con determinación.

—¿Cómo? Em, esto está lleno de…

—He dicho que bajo —vuelvo a repetir en un tono un poco más contundente.

—Está bien, he venido con el coche, lo acercaré hasta portal. —No parece muy convencido de mi decisión, pero ahora es lo de menos. Sonrío de manera victoriosa y me encamino a buscar el móvil, llaves, monedero…

Estoy tan animada que casi olvido el abrigo y tengo que entrar de nuevo en el apartamento a por él.

Caminar con Max de la mano cerca de la orilla del Támesis es algo que nunca llegué a imaginar que sucedería. El sol hace tiempo que se ha ocultado; sin embargo, tanto los turistas como las demás parejas pasean disfrutando de la buena noche que hay pese a las bajas temperaturas. Un escalofrío recorre mi espalda, y Max se percata de ello, puesto que se para y con su mirada realiza un escaneo por todo mi cuerpo de pies a cabeza. Rodea mis mejillas con sus manos y frunce el ceño.

—Estás congelada —comenta en tono preocupado y comienza a retirarse la cazadora con la intención de prestármela, niego con la cabeza.

—Estoy bien, no es necesario. —Un trueno suena a lo lejos, y alzo la vista. Se terminó el buen tiempo.

—Será mejor que nos marchemos, no quiero que enfermes.

—Exagerado —susurro por lo bajo.

—Em, acabas de salir del hospital, y no deseo volver a pasar por una experiencia como ésa. —Me sujeta por la cintura acercándome a su cuerpo—. No pienso perderte por nada del mundo —me confiesa, rozándome los labios con su boca mientras pronuncia estas últimas palabras.

«Serán degenerados», escucho como nos increpa una señora pasando por nuestro lado. Max se aleja dando un paso atrás y mantiene la mirada fija en ella con verdadero dolor. Sin más, le toco la mejilla con la palma de la mano para que no se flagele por la acción de una persona que jamás sabrá de lo que habla.

—Max, no ha pasado nada. No le des importancia. —Repaso su rostro comprobando que poco a poco se serena. Cierra los ojos y, sin previo aviso, me rodea con sus brazos con fuerza.

—Te amo, Ángel mío.

Tengo la intención de responderle que yo a él también lo amo, pero el sonido de la tormenta acercándose me distrae. Alzo la vista al cielo, unas pequeñas gotas de lluvia salpican mi rostro. El olor a humedad comienza a notarse en la atmosfera que nos rodea.

—Comienza a llo… —me interrumpe de la manera más deliciosa que puede existir, besándome. Una lluvia fina comienza a caer sobre ambos, la

ignoramos durante un rato hasta que se incrementa con tal fuerza que empiezo a sentir como se filtra por dentro del abrigo calándome los huesos.

Max reacciona con rapidez colocando la cazadora a modo de paraguas improvisado sobre nuestras cabezas. Mantengo la mirada en sus ojos llenos de felicidad mientras el agua se desliza por su rostro; y, sin darme cuenta, realizo un suspiro. Aceleramos el paso para salir de Battersea Park, aunque no presto mucha atención del camino que tomamos hasta que soy consciente que hay que atravesar Albert Bridge. Vamos directos a Chelsea, vamos… a su casa.

Planto los pies en el suelo pese a que nos queda más de la mitad para terminar de cruzarlo. Un coche toca el claxon, y el latido de mi corazón se dispara de golpe.

—Em, ¿se puede saber qué haces?

—Tenemos que hablar —trago saliva más nerviosa de lo normal. Sé que no es lugar ni el momento indicado para hacerlo, pero en mi casa estos días no sucedió nada como para que sacara el tema de nuevo y además no quería romper la armonía que teníamos.

—¡¿Ahora, aquí?! —Asiento.

—No me diste tu opinión en el hospital. —Entrecierro los ojos a causa de la lluvia y me cruzo de brazos por instinto para resguardarme sin éxito. Se aproxima para taparme sosteniendo en alto la cazadora. Lo tengo tan cerca de mí que termino bajando la mirada, lo voy a decepcionar. Lo sé.

—¿Mi opinión con respecto a qué? —me pregunta—. Em, mírame —me apremia, y creo reconocer ese tono que usa. Le obedezco—. Ahora contéstame.

—Te comente que no creía que fuera capaz de volver a pisar un club —realizo una pausa y me muerdo el labio inferior con nerviosismo—. No me has dicho nada al respecto.

—No, no lo hice.

—Tampoco imagino que pueda… —Cierro los párpados con fuerza, intentando alejar de mi mente lo que ahora sé con certeza fueron alucinaciones.

—Em, vayámonos a casa —insiste—. Hablaremos allí de ello sin que el diluvio universal caiga sobre nuestras cabezas.

—De acuerdo…

MAX

Hago todo lo posible por alejar de los teleobjetivos el rostro de Em, estoy intentando abrir la puerta con la llave, pero, al tener los dedos entumecidos, no lo logro a la primera. Por suerte no hay muchos *paparazzis*.

¡Lógico, con la que está cayendo!

Enciendo la luz del *hall* nada más entrar y, enseguida, me doy cuenta de que se está formando un charco de agua a nuestros pies.

—Quítate la ropa —le indico de forma apresurada.

—¿¡Qué!? —Imagino que por cómo reacciona no me ha comprendido y me giro para que me mire a los ojos mientras le aclaro algo que debería ser primordial.

—Emilie… —Miro al suelo y levanto la vista de nuevo para observar su reacción—. Ve a la ducha de la planta baja antes de que te pongas enferma.

—Vale… —Pone los ojos en blanco, y aprovecho para tener una visión de su trasero cuando ésta decide obedecerme.

Los últimos días en su casa han sido una odisea, comprobé como cada noche tenía pesadillas y por suerte parece que se calmaba cuando la abrazaba. No pienso empujarla más de lo necesario, tampoco voy a obligarla a acudir a ningún club si no puedo garantizar que esté cómoda y se sienta segura dentro de uno. Decidí no entrar en detalles sobre este tema para que tuviera tiempo y se recuperará del todo. ¡¿Y qué hace ella?! Ponerse a hablar de ello en el momento y lugar menos indicado.

¡Castigo!

Ignoro por completo a mi conciencia, que Em quiera charlar sobre el tema es algo necesario y me alegro que sea capaz de sincerarse conmigo, pero hacerlo bajo un aguacero… es otro asunto.

Mientras Em se da un baño, decido subir a mi dormitorio y cambiarme la ropa por una que esté seca. Cuando voy a comprobar si ya ha terminado, me percato de que tiene la puerta entreabierta y escucho con facilidad el sonido del agua. Sin hacer ruido entro y recojo del suelo las prendas empapadas para meterlas en la secadora.

Niego con la cabeza cuando noto que en los bolsillos del pantalón vaquero tiene algo. Introduzco la mano para vaciarlos y saco el móvil, las llaves y del otro el… el collar. ¿Por qué traerá consigo el collar?

Dejo todo encima del mueble del lavabo, salgo al salón pensando en el motivo por el cual lo lleva con ella. Tardo dos minutos en programar el jodido aparato que tantos quebraderos de cabeza me dio cuando lo adquirí hasta comprender como funcionaba.

Di la verdad, fue mamá Fuller quien te enseñó.

¿Por qué tardará tanto en terminar? Me arrimo de nuevo a la puerta y compruebo que continúa bajo el agua caliente, el vaho que hay dentro lo confirma. Le preparo un albornoz y me quedo absorto un instante observando el collar.

EMILIE

Me quedaría toda la vida bajo el chorro caliente si por mí fuera, ¡qué gustazo da! Sin embargo, sé que Max hace un buen rato que ha acabado porque lo he escuchado merodear por aquí. Cierro el grifo del agua, retuerzo el cabello para que no gotee más de lo necesario y deslizo la mampara mientras me sujeto con cuidado para no resbalar.

Me quedo petrificada al ver un albornoz meticulosamente doblado y encima de él está el collar. ¡Lo ha encontrado! Cuando salí de casa, no quise dejarlo allí; sin embargo, no sé el motivo exacto, tan sólo no quería alejarme de un obsequio tan valioso y de alguna manera saber que lo tengo en mi poder me hace sentir que soy importante para Max. La duda de qué hacer pasa por mi mente, pero, rápidamente, se disipa por una nota que encuentro a su lado: ***Póntelo, estaré esperando por ti donde ya sabes. X***

Mis piernas se juntan por instinto al leer la breve nota firmada por X. ¿Estaré preparada? Y si…, y si entro en pánico y tengo que usar la palabra de seguridad. En este momento me encantaría poder llamar a Peny y que me diera uno de sus consejos.

Paso la palma de la mano por la superficie del espejo para retirar la capa que se ha formado a causa del vapor y observo mi reflejo. Sujeto con las manos temblorosas el collar y me lo coloco alrededor del cuello, cierro el pequeño candado y, cuando termino, levanto la vista asombrada por como luzco. ¿Ésa soy yo?

Tengo las mejillas sonrojadas, bajo la mirada, y mi cuerpo desprende confianza. Me siento atractiva, de alguna manera incluso sexi.

Me pongo el albornoz y salgo del baño. Me dirijo al sótano, sé que lo encontraré allí. Espera por mí, por mí… Cuánto hemos pasado hasta llegar a este punto y es ahora cuando me doy cuenta de que es a mí y no a otra a la que espera.

Bajo peldaño a peldaño hasta llegar al final de la escalera, exhalo antes de empujar la puerta. Max está de espaldas revisando algo en la pared del fondo. Se da cuenta de mi presencia y se gira; va vestido con un simple pantalón vaquero, nada cubre su torso, y yo no puedo evitar recorrer con la mirada cada uno de los tatuajes que cubren su piel deseando poder tocarle.

Doy un paso al frente y, sin ningún tipo de reparo, abro el albornoz y lo deslizo de mis hombros consiguiendo que acabe a mis pies. Sin perder ni un instante el contacto visual con Max camino con lentitud completamente desnuda. Hace un gesto con la cabeza, ladeándola ligeramente dirección a la cruz de San Andrés, y pierdo un poco de esa confianza que creí recuperar.

—Amo, no creo que… —La voz me tiembla.

—Mi hermoso Ángel —me alaga y con la palma de su mano acaricia mi mejilla—. Eres más fuerte de lo que crees, ¿confías en mí, no es cierto?

—Completamente —aseguro de forma rotunda.

Inclina la cabeza y me sonríe antes de besar mis labios con delicadeza. Me deja con ganas de que continúe, pero sus planes han de ser otros, me recoge el cabello, y cierro los ojos mientras me peina con los dedos.

—Voy a conseguir que te olvides de todo —me susurra al oído desde atrás—. Ahora eres mía, y no vamos a salir de aquí hasta que cada poro de tu cuerpo reconozca mi tacto.

Me esfuerzo por no soltar un jadeo ante su forma de hablar. Me rodea para quedar frente a mí, extiende su mano y con las yemas de sus dedos me acaricia el cuello bajando con extrema lentitud hasta uno de mis pechos. Rompe por completo los esquemas cuando decide continuar su camino deslizándose hacia mi abdomen y provocándome un estremecimiento en todo el cuerpo.

Gimo sin control al sentir su mano abierta cubriendo completamente mi vagina y abro los párpados encontrándome de lleno la mirada intensa de Max, que tiene las pupilas dilatadas. Mantengo la mirada firme, y comienza a mover esos dedos prodigiosos que le han dado la fama y gloria que se ha ganado tocando la guitarra.

¡Dios, qué bueno es!

No puedo evitar acercarme un poco a él buscando se alguna manera inconsciente el calor de su piel. Sin ningún tipo de contemplación introduce sus dedos en mi interior, y suelto un jadeo por lo inesperada y, al mismo tiempo, placentera que me es la sensación.

—Joder —maldice en voz baja y arrima su cuerpo concediéndome lo que anhelaba. El aroma que desprendemos es de pura lujuria. Me sujeta de la cadera mientras me sigue torturando con su toque mágico. Agacha la cabeza y lleva a su boca un pezón, el cual mordisquea tirando de él con los dientes sin ejercer demasiada fuerza.

Estoy a punto de llegar, estoy…

¡No! Se separa, y tengo que aguantarme las ganas de llorar, gemir y gritar a partes iguales.

MAX

Sé de sobra el nivel de excitación en la que se encuentra. Incluso yo estoy en tensión a causa de las ganas que tengo de enterrarme por entero en su cuerpo. Paseo por delante de los juguetes que están colocados en la estantería mientras escucho su respiración agitada. Una vez tengo decidido qué es lo que usaré en ella, la miro y le pido sin verbalizar que se acerque a la cruz.

Me obedece dando pequeños pasos mientras se muerde el labio inferior, se ha puesto nerviosa. Sujeto su muñeca y la levanto para atarla, en esta ocasión prefiero que esté mirándome, quiero que tenga presente quien está con ella.

—¿Me ves? —le pregunto mientras me seguro que ambas manos quedan inmóviles y la cuerda no le corta la circulación.

—Te veo, Amo. —Cada vez que pronuncia Amo de esa manera creo que perderé el control.

—Pienso llevarte al mismísimo cielo y conseguir que vueles, desplegando las alas como el ángel que eres —le informo—. ¿Recuerdas la palabra de seguridad? —me responde con inmediatez que sí y, antes de alejarme a por las cosas, le paso la mano detrás de la nuca y la beso con pasión. Juego con su lengua y acerco mi pelvis a su cuerpo logrando que

jadee al notar mi erección. Me separo de ella y voy a por las pinzas para los pezones que tan bien le quedan.

Me recreo lamiendo y masajeándole los pechos para prepararlos a conciencia. Cuando se los coloco, cierra los ojos y las piernas. No he querido delimitar su libertad de movimiento del todo por un motivo.

—Piernas separadas —requiero en tono grave.

Con algo de dificultad lo hace y le apremio tirando ligeramente de la cadena que une ambas pinzas. Implora por un orgasmo con la mirada, con su cuerpo, con palabras. Sin embargo, sé que aún puede llegar más alto.

Sin perder tiempo agarro el *flogger* y comienzo a usarlo sobre sus pechos, brazos, abdomen y piernas. Jadea, grita y gime, pero no usa la palabra que tanto temo volver a escuchar. Acaricio su piel ardiente y me acuclillo posando el *flogger* en el suelo. Sujeto los muslos de Em y los coloco sobre mis hombros, mis manos sujetan su trasero y la sostengo con fuerza para que la cuerda no tire demasiado de sus hombros. Inhalo su aroma y lamo su entrada, bebo de ella, mientras que se retuerce de placer y, cuando presiento que se aproxima su clímax, vuelvo a separarme de ella.

—¡Deja de hacer eso! —grita desesperada. No le respondo, me acerco a la cajonera que está situada cerca de la puerta para tantear un lubricante que sea estimulante y, a continuación, escoger un *plug* anal de tamaño medio—. ¿Amo? —gimotea.

—Separa las piernas —le ordeno mientras esparzo el líquido viscoso sobre el juguete, para acto seguido echar sobre mis dedos un poco y lubricar su entrada con él.

Los ruiditos que genera ante la estimulación que le estoy proporcionando son de lo más provocadores. Tiro el tubo de lubricante al suelo, introduzco en su ano el dedo índice con cuidado, realizo círculos alternando de vez en cuando una penetración con él. Cuando creo que ya está lo suficientemente relajada, añado un segundo dedo y en consecuencia Em se agita de placer.

Pruebo a colocar la punta del *plug* en su entrada, sin ejercer demasiada presión lo voy metiendo poco a poco hasta que su base más estrecha queda completamente enterrada en ella.

Doy un paso atrás admirando a mi Ángel, su pecho sube y baja con cada bocanada de aire que intenta dar. Me bajo el pantalón y quedo desnudo frente

a ella. Su mirada va derecha a mi erección, entreabre la boca al verla, me hace sentirme el hombre más viril del mundo con esa expresión.

Al contrario de lo que se espera, voy de nuevo a la cajonera, escucho a mi espalda como da un quejido lastimero de desesperación. Poco después, sin haberla hecho esperar demasiado, esbozo una sonrisa antes de besarla, entrelazo su mano izquierda con la mía y le paso una pequeña pelota de espuma de color rojo para que la sujete con la otra.

—¡¿Qué, qué es esto?! —se alarma al verla.

—¿Te acuerdas lo que te expliqué de ella?

—Sí, pero…, pero yo, no… —tartamudea.

—¿Confías en mí? —Em, asiente con reticencia, paso las manos por detrás de sus muslos y la alzo pegada a mi cuerpo. Su vagina emite un calor tremendo—. Rodéame con las piernas con fuerza, tanta como se te sea posible, no te reprimas.

Lo hace con inmediatez, y sin preámbulos ni miramientos me introduzco en su interior, cálido y sensual.

—¿Estás preparada? —le urjo con los dientes apretados—. Si no lo soportas, deja caer la pelota al suelo.

—Yo…, no sé si será una buena ide…

La interrumpo moviendo la cadera con rapidez sabiendo que así la profundidad es mayor, entro y salgo con fiereza. Martilleo de manera incontrolable, una, dos tres veces seguidas. Em emite un grito en alto sorprendida por la rudeza del momento, y sus músculos internos comienzan a ejercer presión sobre el largo de mi miembro. Con un brazo sujeto su trasero y determino que es ahora o nunca, le tapo la boca con la mano que tengo libre, y ella abre los ojos de la impresión.

Le mantengo la mirada, mientras que continúo moviéndome, bombeo incansable a punto de llegar al orgasmo.

—Me tienes, te tengo —jadeo cada palabra acompañada de un ritmo constante de mi pelvis.

EMILIE

La cabeza me da vueltas, cada roce de su tórax con mis pechos me hacen ver las estrellas. La piel me hormiguea, acaricia mis muslos pidiéndome que

le rodee la cintura con ellas. El juguete que ha usado en mi ano se hace más presente cuando entra en mi interior de golpe, y doy un grito en alto. Aprieto con fuerza la pequeña pelota, está siendo rudo, pero me resulta agradable al mismo tiempo.

Los latidos de mi corazón van por libre hasta que noto como me cubre la boca con la mano y todo vuelve a mí de golpe: la presión en el pecho y la angustia de no poder respirar; rehén de mis propios temores.

De pronto, soy capaz de discernir el brillo intenso de su mirada y, como si se tratase de un salvavidas, me aferro a ella.

—Me tienes, te tengo —me dice con algo de dificultad entre cada impacto que realiza.

Con los brazos aún en alto y apretando la mano derecha, tras poder volver a disfrutar del momento, noto como modifica el compás del vaivén manteniendo la profundidad de sus embestidas y provocando que me acerque al abismo.

Desliza la palma de la mano de mi boca por el largo de mi cuello pasándola por detrás de la nuca. Junta nuestras frentes manteniendo el contacto visual.

—Vuela, mi Ángel —me susurra justo antes de besarme.

Me pierdo completamente; labios, pechos, ano y vagina se interconectan formando una explosión a escala mundial. Espasmos involuntarios recorren mi cuerpo, mi útero se contrae con tanta fuerza que temo perder el conocimiento. Estoy experimentando un orgasmo intenso y desgarrador. Max emite un gruñido entre mis labios cuando consigue llegar al suyo propio.

No soy capaz de emitir palabra alguna, tengo la boca seca y me cuesta llenar los pulmones de oxígeno. No soy dueña de mi cuerpo, no soy capaz de moverme, ni de pestañear. Tan solo jadeo y pongo los ojos en blanco cuando Max me retira tanto las pinzas como lo que quiera que me metió en el trasero. Me desata las muñecas, y caigo inerte sobre sus brazos.

Me parece sentir que me levanta en brazos. Pestañeo con lentitud cuando algo toca mis labios, es un vaso.

—Bebe. —Abro la boca y dejo que el agua refresque mi garganta, una tela suave me cubre por completo—. Descansa, mi amor.

Entreabro los ojos, la luz del amanecer traspasa la ventana. Alzo la vista y me doy cuenta que estoy en la cama de Max, entre sus brazos. Acomodo la barbilla encima de su pectoral y aprovecho para ver como duerme.

—¿Has descansado bien? —pregunta sin abrir los ojos.

¡Está despierto!

—Sí, muy bien. Aunque…

—¿Aunque qué? —Inclina la cabeza y me observa con intriga. Levanto las sábanas y le muestro que no llevo ropa alguna.

—Suelo dormir con una camisa o un pijama —le aclaro.

—A mí me gusta más de esta manera —me sugiere, sujetándome de la cintura para posicionarme de cuclillas encima de su cintura.

—¿Me vas a dejar mandar? —me burlo de la posición.

—¿Te gustaría hacerlo? —indaga, y medito sobre ello un instante.

—No, me gusta que lo hagas tú —le confieso y bajo la mirada con algo de timidez.

—Adoro cuando te sonrojas con tanta facilidad. —Hinca los codos en el colchón y me da un beso en los labios de manera rápida—. ¿Te sentiste bien anoche en el sótano?

Automáticamente, llevo la mano al cuello y me percato de que continúo con el collar puesto.

—Sí, al principio bien, luego… Bueno, pensé que no podría y al final sí pude —aún me cuesta expresarme con normalidad de todo lo que hacemos. Max se ríe en alto y me abraza.

—Te amo, mi Ángel —me habla al oído, manteniendo firme su agarre en mi cintura—. Nunca haré nada que no quieras o que crea que no puedas soportar. Me tienes para acompañarte en cada paso que demos en la dirección que queramos, sin prisas y sin presiones. Sé que eres fuerte, me lo has demostrado en innumerables ocasiones. No es necesario que volvamos a acudir a ningún club, si no quieres; y si decides hacerlo, estaré en cada momento contigo para cuidar y velar por ti.

Muda, imposible decir nada cuando las lágrimas de la emoción caen por mi rostro, le devuelvo el abrazo con mayor intensidad y aspiro por la nariz.

—Yo también te amo, Max. ¿Lo de ayer fue a propósito? —Me alejo del hueco de su cuello para poder mirarlo a los ojos—. Me refiero a lo de

taparme la boca —aclaro.

—No te voy a engañar, te intentaré llevar al límite en cada ocasión, pero jamás lo cruzaré.

Esta vez soy yo quien le besa esbozando una sonrisa en los labios, consciente más que nunca que pase lo que pase, suceda lo que suceda, nos tendremos el uno al otro, superando cada obstáculo que se vaya presentando en el camino, como una pareja.

Pasamos el resto de la mañana entre las sábanas de su cama, y según Max explorando y conociendo mejor nuestros cuerpos. Más tarde me prepara un desayuno saludable: tostadas con mantequilla, huevos y zumo de naranja. Disfrutamos de una ducha juntos y cuando nos disponíamos a sentarnos en el salón para poder disfrutar de una película, recibimos una llamada de Alex.

—¿Sucede algo? —indago con curiosidad.

—Que va, no es nada. Lo que pasa es que Alex necesita tener todo bien atado antes de que comience la gira y, como en esta ocasión nos acompañan los niños, me imagino que está más paranoico de lo habitual en él —me aclara mientras me ayuda a ponerme el abrigo antes de salir a la calle.

—Puedo irme a mi casa. No quiero molestar. —Alterno el peso de un pie al otro y desvío la mirada por temor a encontrarme que estoy en lo cierto.

Max me sujeta la cara con sus manos para que fije la vista en él.

—No quiero volver a escucharte semejante cosa en la vida. —Su voz suena con enfado—. Eres la persona que amo, te quiero y puedo asegurar, con todo lo que eso implica, que si alguno de los que están en el grupo pensasen que eres una molestia o que tu lugar no está ahí con todos nosotros, dejaría Slow Death sin dudarlo. —Cada palabra que pronuncia lo hace con total seguridad, mantiene sus ojos clavados en los míos y me da un beso rápido en los labios—. Vamos, nos estarán esperando.

Logra con tanta facilidad devolverme la sonrisa. Abre un pequeño armario que tiene en el *hall* y me coloca una bufanda para que no pille frío al salir. Inmediatamente, la tranquilidad que se respiraba es opacada por los periodistas que nos ven caminar por la acera.

—No les prestes atención. Sígueme. —Me agarra de la mano y acelera el paso.

La luz de uno de los focos de las cámaras nos enfoca directamente a la cara. Cada paso que damos va acompañado de dos o tres preguntas que se

solapan unas a otras, cada una de ellas va aumentando en morbo para alcanzar mayor audiencia en sus programas o revistas: «¿Es cierto que es una sumisa?», «¿no le da vergüenza que su familia sepa las cosas que hacen? ».

La mayoría de las preguntas van dirigidas a mí: «¿Le gusta que le azoten, le insulten, la suele inmovilizar?». Soy la nueva, lo comprendo, pero creo que por la fuerza con la que me Max está ejerciendo en mis dedos le afecta lo que sale de sus bocas.

John abre la puerta de la entrada y nos hace señas para que entremos. No obstante, Max se da la vuelta y encara al último que ha realizado la pregunta. Tiro de él para que no entre en su juego, pero o no lo nota o pasa de mí.

—Dígame una cosa, ¿con su mujer folla a cuatro patas o le hace el amor en la posición del misionero? —El hombre agranda los ojos y enmudece al instante—. No creo que sea una pregunta que deba saber nadie y estoy casi seguro de que a su mujer no le gustaría que nos diera esa información. Ningún caballero que se precie las haría ni las respondería —termina diciendo asqueado.

—¡Max, entra de una puta vez! —grita Alex que se asoma un segundo desde la ventana.

No tardamos ni dos segundos en unirnos a todos en el salón, sintiendo la mirada de todos clavada en mí. Alice y Mey no tardan en preguntarme si me encuentro bien. Los chicos, Adam, John y Alex discuten sobre las *alimañas* —palabras textuales que usan para referirse a los de fuera—, Max me pide disculpas por su reacción.

—Gracias por salir en mi defensa —le agradezco de manera escueta.

—Siempre, mi Ángel. —Me besa y escucho un murmullo de fondo que emiten todos. Me alejo de Max y me llevo las manos a las mejillas. ¡Las tengo en llamas!

—¿Qué me he perdido? —Henry sale de la cocina, devorando un trozo de *pizza y* consiguiendo que las carcajadas por parte de todos sean inmediatas.

Me aproximo al ventanal para curiosear sin mover demasiado la cortina, y me fijo en los *paparazzis*. Podrán decir lo que quieran de mí, podrán murmurar o increparme; no obstante, al final del día sé que podré contar con el apoyo de quien realmente son mis amigos y familia. Y sin duda, con el amor de mi vida, el Amo de mi corazón, cuerpo y alma, Max, porque sé que,

pase lo que pase a nuestro alrededor, nos tendremos el uno al otro y superaremos cualquier percance que aparezca en el futuro.

Epílogo

HENRY

Múnich, Alemania.

Muevo la cabeza al compás que marco con el pie, como si golpeara el pedal de la batería. Si estuviera en Chelsea usaría el saco de boxeo sin dudarlo, la tensión acumulada del día se iría con el ejercicio físico y podría centrarme en el concierto. No lo estoy.

Tener que lidiar de nuevo con él, no es agradable. No me gustan sus formas, no confío en nada de lo que sale de su boca. Tengo que dejar de pensar en el estúpido ese…

Aunque quedan unas cuantas horas para la actuación de esta noche, es el momento del ensayo previo, en el que comprobamos que tanto instrumentos como el sonido y los efectos están a punto.

Cuánto me alegro de que Mike haya vuelto a su puesto. Es una tranquilidad enorme saber que estamos en las manos de un gran profesional, porque sé que lo que sucedió en Londres hace unos meses no se volverá a repetir.

Me encuentro sentado en el cómodo sofá que la organización ha puesto a nuestra disposición, entre otras cosas, cuando de repente llaman a la puerta.

Agarro las baquetas, y vuelven a llamar con asistencia.

—¡Ya voy, pesados! —exclamo en alto.

Abro y me encuentro con la pequeña Emilie de brazos cruzados y una ceja levantada. Sujeta entre las manos una carpeta y lleva puesto un pinganillo en el oído, con el que puede hablar con el resto del equipo técnico.

—Te están esperando, vamos con cinco minutos de retraso —me informa, cambiando el peso de un pie al otro.

—¡Wow, tranquila, pequeña fierecilla! Es un ensayo.

—¿Un ensayo? Un ensayo… —Entrecierra los ojos y da un paso al frente mientras me señala con el dedo índice—. Es el primer concierto en el que

estoy ejerciendo de técnico de sonido, no pienso fallar, así que venga, ya estás tardando.

—Voy a tener que comentarle a… —me muerdo la lengua y reprimo lo que tenía en mente decir.

—¿A quién? —pregunta con interés—. Henry, te conozco. Sé que ibas a soltar una de las tuyas. —Pone los ojos en blanco—. Dilo…

—No, da igual. —Niego con la cabeza, intentando no imaginármelo—. Mejor pasemos a otra cosa.

—¿Es sobre Max y nuestra relación? —continúa indagando mientras avanzamos por los pasillos del *backstage*.

—Más o menos…

—¿Va a ser así siempre a partir de ahora? —Me freno al escuchar la voz triste que pone.

—¿A qué te refieres? ¿Así cómo?

—A ti y a mí. Te comportas de manera extraña. —Baja la mirada—. Pensé que habías terminado por aceptar la relación que mantenemos Max y yo.

—Y lo he hecho. —Más o menos—. Igual que tu padre.

—Papá y yo hemos tenido una conversación al respecto sobre ese tema, dado que trabajaremos juntos durante la gira y… bueno, pasaré tiempo con Max. Le he pedido que no interfiera en nuestra relación y le dé un voto de confianza.

—¿Qué te contestó? —pregunto curioso.

—Que no se meterá en ella, siempre y cuando Max me cuide como su bien más preciado y si no lo hace —suspira—, dijo que le romperá las piernas. —Suelto una carcajada—. No te rías, es capaz de hacerlo, aunque sé que no sucederá. Ahora respóndeme con sinceridad a lo que te pregunté.

—No es algo fácil de asimilar, menos aún cuando he compartido tantas juergas con él y sé de qué van sus gustos.

—Eso no parecía importarte antes. Para tu tranquilidad te diré que no pienso hacer ningún trío ni orgía. —Abro los ojos en desmesura.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Emilie? —bromeo, colocando las manos a ambos lados de la cara y gesticulando de forma exagerada. Ella se ríe al verme hacer el tonto.

—Sigo siendo yo, sólo que con un poco más de autoconfianza. —Se pone recta y sonríe—. O eso pretendo. Lo cierto es que te lo cuento a ti porque eres con quien más trato he tenido. Llega a decirme algo similar Magis… digo Adam, y me hubiera sonrojado a la primera de cambio. A lo que voy es que no soy estúpida, sé que habéis compartido más que conciertos estos años.

—Creo que voy a partirle la boca a alguien —mascullo entre dientes.

—Max no me ha contado nada, ¿te olvidas de que los empleados hablan? —Mierda—. A lo que voy es que no quiero que cambie tu forma de ser. Ahora desembucha de una vez lo que me ibas a decir.

—No estoy preparado para determinadas bromas aún.

—Como quieras —carraspea—. Voy a tener que comentarle a Max —intenta imitar mi voz—, que te mantenga a raya. ¿He acertado?

—Ni de cerca. —Me río con ella—. Me alegra saber que mantienes intacta parte de tu inocencia.

—Sólo en parte.

—¡Emilie! —exclamo asombrado.

—¿Lo he dicho en alto? —Se tapa la boca con la mano y ahora sí que no hay manera de que la risa cese.

El ensayo va sobre ruedas, al fin. Me cuesta asimilar las muestras de cariño que se dan de vez en cuando Max y Em en presencia de todos. No es nada del otro mundo, son miradas, besos clandestinos, algún que otro susurro, pero llevo tanto tiempo tratando a Emilie como si fuera una hermana pequeña que… Ella tiene razón no debería de tratarlos de manera distinta.

Sudoroso y con una sed tremenda camino directo al chico nuevo que se encarga de darnos los botellines de agua. Miro de reojo a Max que rodea con sus brazos a Emilie y le da un abrazo.

—Marchaos al hotel y dejad de comer delante de los demás —me burlo.

—No hace falta que lo digas dos veces —me contesta mi amigo. Emilie gira la cabeza, y leo en sus labios un «gracias» que me da con una sonrisa en la cara, sin que nadie llegue a verla salvo yo.

Doy un trago al botellín de agua cuando siento un par de tirones en el pantalón, bajo la vista y me encuentro al pequeño Peter.

—*Quelo abua* —me pide, mirándome fijamente.

Traducción, el niño quiere beber.

«Hasta ahí llego, gracias», respondo de manera sarcástica a mi conciencia. Agarro una botella para el pequeñajo y me agacho para darle de beber.

—¿Has cambiado de opinión, quieres que te enseñe a tocar la batería? —le pregunto con interés.

—*Nop*, voy a tocar la *guitala* como el tío Max —me responde y se da media vuelta corriendo de manera graciosa hacia su padre que lo alza nada más tenerlo cerca.

—Nunca lo conseguirás —me dice Adam, riéndose de mí.

—No sé por qué tienes tanto interés en que aprenda a tocar —menciona a continuación Alice, que lleva a Awen en brazos—. Cariño, no puedes andar por aquí, hay demasiados cables y cosas peligrosas. —Mira a su hija a los ojos para que deje de moverse—. Desde que aprendió a caminar no para quieta. —Vuelve a prestarme atención, y sonrío a la pequeña que al verme esconde la cara en el cuello de la madre.

—Es por la barba, ahora me tengo que afeitar cada día. —Adam se frota el mentón y deposita acto seguido un beso en la sien de su mujer—. Mmmm, Alice, ¿puedes llevarte a Awen al camerino?

—Mey, acompaña a Alice —le indica Alex a lo lejos. Qué raro…

—Alice, llévate a Peter también. Yo voy en un rato —le lleva la contraria a su novio—. No me mires así, me conoces de sobra, y no me pienso ir.

—Pasa de él, Henry. No caigas en su juego —me susurra John al oído.

Giro la cabeza, Dark & Black Roses, el nuevo grupo telonero, se aproximan a donde nos encontramos. Alice le pide a Peter que le de la mano y se marcha con él, se cruza con ellos, y le silban y hacen algún que otro gesto obsceno moviendo las caderas. Alex y John tienen que sujetar a Adam para que no salte en una provocación más que evidente.

Se mueven como una bandada de gansos, y su líder, Ray *Comepollas* Larson, los encabeza.

—Va siendo hora de que se escuche algo de *rock* de verdad en este sitio. Hasta ahora sólo ha sonado pura bazofia —escupe por la boca él—. Rubia, ¿seguro que no quieres probar un buen micrófono —provoca y muestra las

palmas de las manos colocándolas a ambos lados de la cadera y la mueve adelante y atrás— y dejar el que tienes? Estoy dispuesto a enseñarte.

Mey da un paso al frente, Alex intenta sujetarle el brazo, y ella se zafa.

—Déjame comprobar una cosa… —Con la mano abierta le agarra del paquete y aprieta. Éste intenta reprimir el gesto de dolor en la cara sin éxito alguno, y no puedo evitar soltar una pequeña risa—. ¡Oh, qué pena! Creo que es de imitación, me quedo con el original.

Mey suelta la entrepierna de Ray, hace un gesto con las manos como si se las limpiara una contra la otra y ladea la cabeza mirando a su novio a la espera de que éste reaccione.

—¡Mi Diosa, eres la hostia! —le alaga Alex, orgulloso, antes de rodear su cintura y plantarle un beso que más tarde lo más seguro termine convirtiéndose en algo más.

Ambos se alejan dándose muestras de cariño mutuo hablando entre susurros y riéndose por lo bajo. John y Adam no dejan de reírse ante lo que acaban de presenciar. Y no es para menos, Ray intenta respirar hondo sin que se le salten las lágrimas, sin duda es algo digno de ver. Nos alejamos del grupo, no merece la pena continuar aquí a la espera de que se recupere y suelte algún tipo de veneno por la boca.

Entro en el camerino que me han asignado, necesito darme una ducha y cambiarme de ropa. Los músculos de mi cuerpo se relajan bajo el contacto del agua caliente. A los cinco minutos salgo y agarro una pequeña toalla para secarme. Llaman a la puerta. Seguro que es John, ahora somos los últimos solteros y estará aburrido. Tengo que pensar en algo para remediarlo, es inaceptable que eso ocurra.

—Pasa. —Elevo la voz.

Escucho como cierra la puerta, rodeo mi cintura con la toalla y me quedo de piedra al verla en mitad del camerino. Revisa las baquetas que tengo encima de la mesa donde hay más de un producto de cosmética que uso para pintarme el rostro a la hora de salir al escenario. Lo sé, muchos pensarán que es cosas de mujeres, pero disfruto como un auténtico niño disfrazándome para la actuación.

Repaso su silueta, aún no se ha enterado de mi presencia. Trago saliva al contemplarla sobre esos tacones de infarto que hacen sus piernas más largas de lo habitual. La minifalda que se ajusta a sus curvas es pura provocación.

Lleva el cabello recogido en un moño alto, y tengo curiosidad por saber qué tan larga es su melena cobriza. Carraspeo, y ella termina por darse la vuelta y agranda los ojos.

—¿Me echabas de menos, Bella? —Doy un paso, acercándome a ella.

—¡¿Quieres taparte?! ¡Y no me llames Bella! —grita, dando un paso atrás.

—Estoy tapado, creo que notarías el cambio si dejo caer… —Hago un gesto con la mano como si fuera a retirar la toalla.

—¡No lo hagas! —Me sujeta la mano y levanta la mirada. Por un instante me ha parecido ver algo en ella, un brillo de deseo quizá… Se aleja, y pierdo el contacto de su piel—. Compórtate como un adulto, por Dios…

Levanto la ceja al escucharle tal petición.

—A ver dime, si no has venido a aprovecharte de mi cuerpo... —Pone los ojos en blanco al oír mis palabras—. ¿Para qué entonces?

—Dana me ha llamado. Ha resurgido gracias a la exclusiva de Max.

—Continúa —le indico—. Eso ya lo habíamos imaginado, esa mujer no se rinde con facilidad.

—Está indagando en el pasado de todos, preciso que me digáis si hay algo que deba saber para que no salpique al grupo durante la gira.

—Entre Adam y el embarazo, Alex y su divorcio, y lo de Max, ¿no tienen suficiente para un especial de cuatro años?

—No me has contestado. —Pone los brazos en jarra.

—Me voy a vestir. ¿Quieres quedarte a mirar como lo hago, Bella? —Hago el amago de retirar la tela que me cubre.

—¡Que no me llames así! Mi nombre es Adabella. —Se aleja y da un portazo al salir.

Sin duda alguna, la próxima gira será de lo más entretenida.

Continuará…

El desafío de Henry

Slow Death_4